

MELISSA HALL



POR EL PELIGRO

PODER,
ATRACCIÓN y
DOLOR

MELISSA HALL



POR EL PELIGRO

PODER,
ATRACCIÓN y
DOLOR

DESEADA POR EL PELIGRO

DESEADA POR EL PELIGRO

LIBRO DOS

MELISSA HALL

A mis lectores,
vosotros sois el empujón
para que este camino tenga
unas cuantas paradas más antes
de llegar al final de este
maravilloso viaje.

© Melissa Hall, 2019
© Ediciones M e l, s.l., 2019

Primera edición: octubre de 2019

«Esta novela es una obra de ficción. Cualquier alusión a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con episodios, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.»

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Prólogo

BLOODY

El crío que dormía en la litera de abajo iba a volverme loco. Nada más llegar, se tiró sobre la cama y hundió su rostro en la almohada para silenciar su llanto, pero no funcionó. Intentó ahogar su dolor autolesionándose con el retrete que sobresalía de la pared de ladrillos. Agradecí aquel pequeño gesto por su parte; se quedó inconsciente un par de horas y conseguí dormir sin tener que escuchar sus lamentos una noche más. Dos días más conviviendo con él, y acabaría quitándolo de mi camino. Estaba acostumbrado. En San Quentin, los presos mataban a otros para conseguir un rincón mejor que el que solían tener para dormir un par de horas. Pero en la Prisión Estatal de Sacramento, todo era diferente.

Todos los presos teníamos derecho a compartir una celda junto a otro compañero, sin olvidar los tres platos de comida caliente que nos solían servir cada día. Incluso, si te comportabas, tenías acceso a hacer una llamada semanal. Estaba en una prisión de cinco estrellas y ni siquiera tenía ganas de salir de ahí. O, al menos, era lo que solía decirme antes de meterme en la cama para dormir.

Salté de la litera e intenté no golpear al idiota que seguía tendido sobre el suelo. Me arreglé las zapatillas que me habían dado junto al uniforme de color naranja, y acomodé los brazos entre los barrotes para esperar a los guardias que nos llevarían al exterior; El patio donde nos reuníamos todos los delincuentes.

Una de las cosas que podía extrañar de San Quentin era la libertad que teníamos las veinticuatro horas del día. En Sacramento, nos aislaban para no crear conflictos entre las bandas que ganaban territorio en el patio.

Alcé la cabeza al escuchar el silbido de Monko; Era de los pocos guardias con los que se podían mantener una conversación sin tener que llegar al chantaje. Porque sí, en Sacramento también era típico sobornar a la ley para tener ciertos privilegios que te hacían la vida más fácil.

—No lo habrás matado, ¿cierto? —preguntó Monko, echándole un vistazo rápido al nuevo que seguía sin reaccionar. Apartó sus ojos negros del crío y esperó una respuesta por mi parte. Al darse cuenta que aguanté las ganas de reír, el guardia se llevó una mano al cabello rizado que cubría su frente—. Llevaba siete gramos de SDA encima. Al parecer, sus amigos universitarios y él, iban a hacer una fiesta. No llegaron a consumirla porque los detuvieron cuando frenaron bruscamente el vehículo ante un control de alcoholemia. Seguramente, los cabrones de sus amigos, se aprovecharon de él por ser el más débil y el que más ciego iba dentro del coche. Todos testificaron que el portador de la droga era ese pajarillo que tienes ahí tendido. Pobre blanquito rico.

Monko golpeó los barrotes para despertarlo. Cuando el crío escuchó el fuerte sonido del metal resonando en sus oídos, se sobresaltó y no tardó en incorporarse. Nos miró con una sonrisa

torcida y guió su mano hasta su frente. Al darse cuenta que sus dedos se mancharon con su propia sangre, me acerqué hasta él para advertirle que lo mejor era no vomitar delante del guardia.

Fue mi consejo de bienvenida si no quería convertirse en la zorra de alguien en el tiempo que estuviera allí.

—¿Estás mejor?

Éste asintió con la cabeza.

—Gra...Gracias.

¿Quién daba las gracias dentro de una celda?

No le di importancia. Sostuve su mano y ayudé a ese pequeño cuerpo a levantarse del suelo antes de que volviera a besarlo sin darse cuenta. Lo obligué a que siguiera sus pasos hacia delante y, cuando quedamos delante de Monko, le tendí uno de los cigarros que gané la noche anterior jugando al póker con los latinos.

El guardia no tardó en sostenerlo entre sus dedos y ocultarlo en el interior de uno de los bolsillos de la camisa azul marina que llevaba de uniforme. Sacó las llaves de nuestra celda y se limitó a abrirla sin volver a intercambiar una palabra con nosotros dos.

Hasta que el idiota de mi compañero abrió su boca para preguntarle si había recibido alguna llamada de algún ser querido. Por supuesto que Monko no tardó en soltar una sonora carcajada que resonó por el largo pasillo que estábamos a punto de pisar.

—¿Qué has dicho?

El preso sin nombre respondió:

—¿Han llamado mis padres o mi abogado?

Monko me miró.

—Este blanquito es idiota, ¿verdad?

Miré al enclenque del chico que temblaba e intentaba ocultarlo con sus brazos.

—No seas cruel con él —le guiñé un ojo—. Lo pondré al día. O, al menos, lo intentaré.

El guardia tiró de su cuerpo y lo dejó delante de nosotros una vez que nuestras muñecas fueron inmovilizadas por unas enormes esposas que se entrelazaban con las cadenas que nos colgaban por las piernas. No tardamos en seguir su ritmo; Parecía cansado, desnutrido y daba la sensación que su vida se esfumaba de su cuerpo.

—Para ti sí que hay una llamada —dijo, en voz baja.

Lo miré.

Éste no dijo un nombre.

Pero yo sí.

—¿Alanna?

El guardia rio.

—¿No te das cuenta que siempre que tienes una llamada sueltas el mismo nombre? —golpeó mi hombro con su puño—. Es la abogada que finge ser empleada del Estado, pero en realidad trabaja para Vikram Ionescu.

—¿Tú conoces a Vikram?

—¿Por qué crees que te mantengo con vida, rubito? —respondió, con otra pregunta—. Se impacientan, Bloody. Ambos quieren reunirse contigo y llegar a un trato. Si aceptas, saldrás de aquí sin cargos.

Estaba cansado que todos me vieran como el asesino de Evie Thompson. Era cierto que yo ayudé a deshacerme del cadáver, pero jamás, y era de las pocas cosas de las que me podía sentir orgulloso de decir, nunca hubiera matado a una persona inocente. Y ahí estaba, cumpliendo la

condena que le pertenecía a Shana.

—Yo no la maté —susurré.

Pero Monko me escuchó:

—Todos dicen lo mismo que tú. Yo no he sido. No quería. Fue un accidente —dejó de reír cuando le pidió a uno de sus compañeros que nos abriera la quinta puerta de seguridad antes de dejarnos en el patio—. Piénsatelo bien, Bloody. Vikram Ionescu está dispuesto a esperar. Eres joven para pudrirte en prisión.

Pasé de él y esperé a que el último guardia que nos cruzamos en el camino me quitara los grilletes de las muñecas y de los tobillos. Antes que el crío me siguiera, me adentré en el enorme círculo humano que había en el centro del patio; Todos los presos que queríamos ganar un par de pitillos, solíamos reunirnos ahí para hacer pequeñas o grandes apuestas.

Miré por encima de mi hombro y agradecí que diera por finalizada la búsqueda que ejecutó con un par de movimientos de cabeza para reencontrarse conmigo. No podía protegerle. No era su niñera. Y, mucho menos, un colega de prisión.

—¿Quién da más de cinco cigarros?

Intenté alejarme de ellos, pero la voz de uno de los apostadores me detuvo.

—¿Bloody?

Negué con la cabeza y antes de alejarme de ellos le mostré una sonrisa. Mis manos se refugiaron en el interior de los bolsillos del pantalón anaranjado. Seguí paseando bajo la atenta mirada de todas las bandas de presos que había en el patio y de las que ni siquiera me tomé la molestia de convertirme en uno de ellos en los cinco meses que llevaba en Sacramento.

Pero había una banda, una que seguía los mismos patrones que en San Quentin, que intentaba convencerme para que me uniera a ellos.

Los malditos nazis.

—Ahí está mi chico favorito —Otto se levantó del asiento que solía ocupar. Una de sus zorras, el miembro más reciente, dejó de tocar el cabello de su dueño para que éste siguiera avanzando hasta mí—. ¿Quieres un cigarro?

Saqué uno de los cigarrillos liados que gané la noche anterior. Lo acomodé sobre mis labios y me acerqué hasta él para que lo encendiera. Las pupilas de Otto se dilataron al sentirme tan cerca de él. Sacó torpemente un encendedor del bolsillo de su zorra y empujó la ruedecilla hasta que una floja y clara llama salió para darme fuego.

Me centré en sus ojos marrones y como se entrecerraban cuando le echaba el humo del tabaco en el rostro.

—Espero que no me hagas la misma pregunta de siempre, Otto —subí mis manos hasta mi cabello y lo recogí para que la melena no me tocara los hombros. Éste, antes de responder, miró a sus amigos y se encogió de hombros. Intentó atrapar el cigarro que seguía sosteniendo con mi boca, pero se lo impedí—. Creo que tu chica se pondrá celosa si te acercas a mí.

Y no me equivoqué.

Cuando me acerqué a Otto, el chico que él mismo se consideraba la zorra que calentaba su cama por las noches, se acercó hasta nosotros salvajemente para golpearme con esas afiladas uñas que se arreglaba sobre el asfalto. Otto lo detuvo antes de que marcara mi rostro.

—Por favor, Hanke, no interrumpas en las conversaciones que mantienen los adultos —le lanzó una mirada que le hizo tragar saliva—. No puedes golpear a uno de los nuestros, incluso cuando éste piensa erróneamente que lo mejor es hacerse amigo de un guardia negro.

Bajé el cigarro y miré a Otto.

—Estoy seguro que has hecho los deberes —reí—. Sabes quién soy y de dónde vengo, ¿cierto?

El nazi no tardó en reír mientras que sus movimientos de cabeza y manos me confirmaban las sospechas que tuve de él desde el primer día que lo vi en Sacramento. Había estado siguiendo mi culo con su mirada como si tuviera ante él un jugoso melocotón que podría morder en el momento que se le apeteciera.

Pero yo era Bloody.

Nada más llegar a prisión, me metí en líos, dejando bien claro de lo que era capaz de hacer si alguien se atrevía a tocarme la polla literalmente o metafóricamente hablando.

—San Quentín arrojó entre sus muros a un niño blanco y guapo que soltó cuando éste cumplió la mayoría de edad —marcó una enorme sonrisa—. Te convertiste en un hombre fuerte y peligroso. La clase de tipos que me gustaría tener a mi lado.

Me sentí decepcionado.

Chasquéé la lengua.

—¿No te hablaron de Domty?

Otto no tardó en borrar su sonrisa. Su rostro pálido y asqueroso perdió la diversión que iba cargando desde que nos habíamos cruzado en el patio de la cárcel.

—El gran Domty —jadeó, con nostalgia—. Un gran hombre. Un ejemplo a seguir cuando aún seguía con vida...

Le interrumpí.

—Murió como el hijo de puta que era—me di el placer de soltar una carcajada delante de su banda y de él—. Pero tengo algo que agradecerle a Domty —me acerqué hasta Otto —, él me dio este nombre. Soy Bloody gracias al domador de niños.

Hanke intentó acercarse una vez más hasta mí, pero se lo impidieron. Un hombre alto y gordo, de unos dos metros de altura y doscientos kilos que arrastraba día tras días, atrapó la camiseta de la zorra de Otto y lo tiró contra el suelo para que éste dejara de hacerse el héroe delante de su jefecillo.

Las orejas puntiagudas de Otto se doblaron, mientras que su enorme y ancha nariz partida se arrugaba para mostrarme decepción.

—Estás a tiempo, Bloody.

No se daba por vencido.

—No te entiendo o realmente es cierto que no quiero entenderte.

Se escuchó un gruñido de ira y una pataleta tonta que se silenció cuando un puño impactó en la boca del esclavo sexual del mayor nazi que podía tener Sacramento.

—Está bien —alzó los brazos y giró sobre sus zapatillas blancas sin cordones—. ¡Está bien! —gritó, y dejó de dar vueltas para clavar sus ojos en los míos. —¿Qué pasa con el nuevo?

Me agaché un momento para apagar el cigarro en el suelo mientras que seguía prestándole atención.

—¿Qué sucede?

Se relamió los labios antes de responder.

—El dulce niño que han encerrado contigo.

Seguramente me llevaba tres o cuatro años con el crío, pero al ser tan pequeño de estatura, parecía más joven de lo que podía marcar su carnet de identidad.

—Sé más directo, Otto.

Quedé cruzado de brazos y esperé un par de minutos para escuchar sus barbaridades antes de

desaparecer. Necesitaba sentarme en una de las sillas que había en el comedor principal y ojear las noticias antes de volver a la habitación después de comer.

—Me gusta.

—Creo que no eres su tipo —fue mi respuesta.

Aun así, Otto estaba dispuesto a todo.

—Te puedo dar un paquete de cigarros semanal si me dejas a solas con él una hora.

¿Tenía cara de proxeneta?

Podía comercializar con otras cosas, salvo con personas; no iba a prostituir a nadie ante un maldito nazi.

Me alejé de él y pude escuchar de fondo:

—¡Encontraré algo para que accedas, Bloody!

El hijo de puta se convenció a sí mismo que podría darme algo que deseara y no conseguiría nunca en Sacramento.

Estaba muy equivocado.

No tardé en ocupar un buen asiento cerca del enorme televisor que había colgado en el comedor. Me encargué de sacar a uno de los hombres que se había quedado cruzado de brazos sobre la silla que solía acompañarme cada día a la hora de comer. El viejo bajó la cabeza y siguió buscando otra mesa con un hueco vacío.

Me adueñé del mando y fui cambiando los canales de la televisión mientras que se escuchaban las quejas de los demás presos. Dejé de presionar el botón morado cuando me di cuenta que Moira Willman ocupaba un plano importante en un programa llamado «Las mañanas de Sully Watson».

—Han pasado seis meses e imagino que su hija sigue sufriendo las secuelas que le dejó el secuestro —la presentadora se acercó hasta Moira y sostuvo su mano—. Como madre, siento el dolor que estará padeciendo, Senadora Willman.

Ella afirmó con la cabeza.

—Desde que mi pequeña volvió a casa, me di cuenta que había vuelto a nacer junto a ella —mintió al público que la arropó con aplausos—. Aunque no te mentiré, Sully, Alanna no lo está pasando bien. No consigue volver a su vida de antes porque no olvida los rostros de esos canallas que me la arrebataron y fueron capaces de abusar de ella.

Me levanté del asiento, sostuve la silla entre mis manos y la tiré al fondo del comedor mientras que grité con todas mis fuerzas.

Nunca le había puesto la mano encima a Alanna. Y, si alguien se hubiera atrevido, ya estaría muerto.

Brasen fue uno de ellos.

—Darius Chrowning es uno de los secuestradores que a día de hoy y, gracias a la justicia, está entre rejas en la Prisión Estatal de Sacramento —sonrió a la cámara—. Por desgracia, el otro secuestrador, sigue libre.

—Sí, pero seguimos buscándolo día y noche. Tiene que pagar las consecuencias de sus delitos como todos los criminales que están en búsqueda y captura desde que gané las elecciones —Moira arregló su nuevo corte de cabello; no la recordaba así, rubia y con media melena rozando su cuello. —Mi pequeña, cada noche, susurra el nombre de Darius e intenta despertar de las pesadillas que ese maldito le causa incluso cuando ya está lejos de nosotras.

Intenté tranquilizarme.

Si Alanna me tuviera miedo, el primer nombre que saldría de sus labios sería Bloody y no Darius.

Pero Moira jugaba con sus propias mentiras.

—Ha dejado de comer, Sully —fingió limpiar una lágrima traicionera—. Mi niña cada vez está más delgada. El cansancio la deja postrada todo el día en la cama. Yo solo quiero justicia. Y haré justicia.

El público volvió a aplaudir.

La presentadora se acercó a la cámara para despedir el programa:

—Hoy hemos tenido con nosotros a una madre que sigue sufriendo junto a su hija las consecuencias de los delitos cometidos por Darius Chrowning y Raymond Dunner —a la presentadora se le rompió la voz—. Dos delincuentes que no tardarán en volver a hacer daño si la ley decide soltar a uno de ellos y dejan de buscar al otro. No olvidéis que en la página web del programa hemos abierto una encuesta si estáis a favor o en contra de que estos individuos sean castigados con la pena de muerte. Nos vemos mañana, querido público. Un día más en Las mañanas de Sully Watson.

Apagué el televisor.

—¡Hija de puta! —estallé.

Los guardias no tardaron en reunirse con nosotros para obligarnos a hacer una fila. Era la hora de comer y todos teníamos que comportarnos si queríamos llevarnos un trozo de carne y de pan a la boca.

Antes de seguir los pasos de los otros presos, busqué desesperadamente a Monko. Me alejé de la fila que se estaba organizando y pasé por delante de dos guardias que hablaban abiertamente con Monko mientras que vigilaban que los criminales no cometieran una estupidez.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunté.

Éste pidió a sus compañeros que nos dejaran a solas. Cuando se alejaron, no tardé en pedirle un favor.

—Tú dirás.

—Necesito hacer una llamada. Es urgente.

—¿A Vikram?

«¡No!»

Cogí aire para no perder el poco control que me quedaba. Si Alanna se estaba enfermando, necesitaba hablar con ella para saber qué le estaba sucediendo realmente. No quería que sufriera por mi culpa. Y no, no le guardaba rencor por encerrarme allí, más bien, quería quedar cara a cara con ella una vez más.

—A un viejo amigo.

—¿Tiene coño?

Monko me estaba desafiando.

—Fuiste tú quien me dijo que si necesitaba cualquier cosa...

Me cortó.

—Siempre y cuando esté relacionado con Vikram Ionescu —acomodó la mano sobre mi hombro y me dio un apretón—. Él es el único que te puede ayudar. Yo soy el intermediario aquí dentro.

No me quedó de otra que dar mi brazo a retorcer:

—Por favor.

—Lo siento, Bloody.

Monko me dio la espalda y ni siquiera fui capaz de detenerlo. No tardó en tener a sus compañeros cubriéndole las espaldas. Sentí a alguien que tiró de mí y que me dejaba por delante de él para que siguiera el orden de la fila para comer.

Se me había quitado el hambre.

Pero mis nuevos amigos me querían cerca.

Delante de mí, el gordo del patio con un tatuaje nazi en la nuca, me retuvo para que su jefe pudiera a hablar conmigo. Otto no tardó en quedar detrás de mí mientras que se dio el placer de oler mi cabello recogido. Sentí sus dedos jugueteando con mis mechones.

—¿Mi chico favorito ha tenido problemas con el negro?

Apreté los dientes.

—¿Bloody? —Insistió, el gordo.

—Necesito hacer una llamada —confesé.

Éste no tardó en soltar su petición:

—Y yo quiero enterrar mi polla en ese trozo de carne fresca —apuntó con el dedo a mi compañero de celda—. Dame una hora con él y te daré una llamada de cinco minutos con mi viejo teléfono móvil.

Alcé una ceja.

Y lo miré por encima del hombro.

—Mientes.

Otto me lanzó un beso.

—¿Eso crees? —Cuando mi respuesta fue un sí, el nazi no dudó en mostrarme el teléfono móvil que escondía en el bolsillo de sus pantalones—. Una hora a cambio de cinco minutos. ¿Qué te parece?

¡A la mierda!

Giré sobre mis zapatillas mugrientas y quedé delante de él mientras que éste elevaba una ceja ante la sorpresa que le di. Me solté el cabello y me aproximé hasta su rostro.

—Creí que yo era tu chico favorito.

Se le escapó una risa nerviosa.

—Pero mi chico favorito no quiere pasar un rato a solas con el tío Otto.

Reí.

—Tío Otto nunca me ha ofrecido un móvil —me mordisqueé el interior de la mejilla y esperé a que mis puños no le saludaran antes de tiempo—. Es algo tentador. Más que un paquete de cigarros.

—¿Estarías dispuesto a estar una hora a solas conmigo?

Seguí acercándome hasta el nazi. Cuando nuestras frentes se tocaron, le respondí:

—O dos. Todo el tiempo que tú quieras, tío Otto.

Tembló de placer.

—No puedo creer lo que estoy escuchando.

—¿Por qué?

Saqué mi lengua y humedecí mis labios.

—Porque eres un chico terrible —rió, ante mis narices—. Y, sé lo que le hiciste al gran Domty, no lo olvides.

—Domty era un puto gordo que no le ponía la polla dura a nadie —sentí como el grandullón de atrás se sintió ofendido ante mis palabras—. También tenía doce años. Era un crío que no sabía

jugar con las cartas que le dio la vida. Ahora ya soy todo un hombre. Seré capaz de hacer cualquier cosa —llevé mi mano hasta su bolsillo —por cinco minutos de llamada.

Otto paseó sus cortos dedos por mi rostro. Agarró uno de esos malditos mechones rebeldes que cubrían mis mejillas, y lo dejó detrás de la oreja para ver mis labios sin obstáculos.

—Tío Otto está feliz.

Sonreí.

—Debería besar a tío Otto.

Asintió con la cabeza y creí que se desnucaría de la emoción. Pasé mi mano por detrás de su cuello y lo acerqué tan rápido hasta mi boca, que cuando intentó disfrutar del beso, ya era demasiado tarde.

Su lengua se coló en el interior de mi boca. Eso significaba que ese escurridizo músculo me pertenecía. Y, como yo era el dueño, lo arranqué con mis dientes hasta quedarme con esa traviesa lengua.

Otto gritó de dolor.

El grandullón me tiró al suelo y me quedé sentado observando la escena; Los nazis no tardaron en socorrer a su jefe. Escupí la lengua a un par de pasos de Otto y me limpié toda la sangre de mis labios.

No aguanté y empecé a reír como un maldito lunático. Había sido divertido cortarle la lengua al nazi que quería follarse mi culo junto al de mi compañero de celda.

Antes de que el gordo me golpeará, los guardias me levantaron del suelo con la única intención de sacarme del comedor. Cuando nos alejamos de las cámaras de seguridad, me golpearon hasta dejarme inconsciente. Tardaron una media hora antes de que fuera capaz de dejar de reír y cerrar los ojos.

Desperté ante los ruidos que provocaron al otro lado de la celda de aislamiento. Me encontraba tendido en el suelo porque la habitación era tan pequeña que no se podía instalar una cama para un preso de mi estatura.

—¿Estás despierto, blanquito? —Era la voz de Monko.

Me senté en el suelo y arrimé la espalda al muro más cercano para clavar mis ojos a la puerta que había delante de mí. Monko se comunicaba conmigo a través de una pequeña apertura que él mismo abrió.

—Me has jodido la siesta.

Río.

—Tienes visita.

Me costaba respirar por los golpes que recibí. En un intento para levantarme del suelo, solté un grito de dolor y ni siquiera supe camuflarlo con mi sentido del humor.

—Dile a esa abogada que no tengo el cuerpo para follar.

Su respuesta me dejó helado:

—Se trata de Vikram Ionescu.

—¿Qué?

Pensé que el nuevo Vikram quería hablar conmigo a través de la abogada, pero la idea de que

éste se presentara por voluntad propia, me dejó confuso.

—Lo que has escuchado, Bloody.

Escupí saliva en la palma de mi mano para deshacerme de la sangre seca que quedó en mi piel. El último intento que ejecuté para levantarme del suelo funcionó.

—¿Qué pasará si vuelvo a negarme?

Era una gran pregunta que merecía una buena respuesta para que fuera capaz de mover mi trasero hasta el nuevo imbécil que se hacía llamar Vikram.

Monko apartó su cabeza de la pequeña apertura y dejó caer un papel. No tardé en llegar hasta la fotografía que se coló en el interior de la celda de aislamiento. Al descubrir a la persona que había retratada, el corazón me brincó de alegría.

Era Alanna, más pálida y delgada, pero seguía siendo ella. Estaba cruzada de brazos, sentada en el jardín de su casa mientras que mantenía la mirada perdida en el cielo.

—Hablaré con él —dije, sin pensármelo dos veces.

El guardia abrió la puerta y no tardó en pedirme la fotografía. No quería dársela, pero Monko insistió. Si me la quedaba, no volvería a ayudarme con Vikram. Así que no me quedó de otra que deshacerme de la única imagen en la que estaba el rostro de Alanna.

Estiré los brazos como de costumbre y, cuando sentí el helado hierro tocando mi piel, dejé que las cadenas cayeran hasta el suelo y seguí sus pasos.

Tardamos quince minutos para llegar a una de las salas que solían comprar algunos visitantes para charlar con los presos sin tener cámaras de seguridad grabando sus conversaciones.

Delante de mí, había un hombre de cabello oscuro y corto, sentado mientras que observaba el maletín que lo acompañaba.

Lo conocía.

—Tú eres el padrastro de Alanna.

Monko cerró la puerta y nos dejó a solas. Me senté delante de él y esperé varias respuestas a todas las preguntas que rondaban por mi cabeza.

—Mi nombre es Ronald Bailey —estiró su brazo, pero al darse cuenta que no podía estrechar su mano, lo retiró—, aunque nací con el nombre de Vikram Ionescu.

—¿Por qué debería creerte?

Ronald, o más bien el supuesto Vikram, me sacó su partida de nacimiento, el papeleo que hizo para cambiar su nombre y el carnet de conducir con los datos actualizados.

—Gael Gibbs robó mi identidad durante años. No me quedó de otra que conseguir un nuevo nombre y una identidad que me ayudara a sobrevivir después de quedarme sin nada —no parecía furioso, ni siquiera mostró rencor—. Crecimos juntos. Dos hermanos que no compartían el mismo lazo de sangre pero que se amaban por encima de todas esas familias que intentaron separarlos. Cuando lo consiguieron, Gael se convirtió en el hombre que cualquier huérfano desearía ser cuando fuera mayor.

»Pero él nunca fue feliz. Cuando me encontró en Carson, lo único que me dijo es que le hubiera gustado tener la vida de mierda que yo viví siendo un crío. Y eso es lo que hizo. Consiguió robarme todo mi dinero y se alejó de sus seres queridos.

»Estuvo meses buscándome para matarme. Pero como no lo consiguió y me dio por desaparecido en vida, robó mi identidad para seguir mis pasos a una edad más adulta. Y, ahora estoy aquí, después de tantos años, para recuperar todo lo que me arrebataron.

Por fin vi dolor en él.

—¿Habéis hecho daño a Alanna por unos cuantos millones?

Ronald rio.

—Sus propios padres han destrozado la vida de esa niña —sacó su teléfono móvil y me mostró la misma fotografía que me tendió Monko en la celda—. Para mí, Alanna, es la hija normal que siempre quise tener. Ella creció a mi lado. Gael la abandonó. Así que soy mejor padre que él.

Tragué saliva al verla tan débil y destruida por nuestra culpa.

—Tienes que protegerla —sabía que Gael no se daría por vencido hasta que consiguiera una vez más el dinero que le robó a Ronald. —Su padre no se detendrá.

—Ella no necesita un príncipe para sobrevivir ante las tragedias que han destrozado su pobre corazón —Ronald volvió a estirar los labios—. Es algo que admiro de Alanna. Siempre sabe levantarse ella sola sin ayuda de los demás. Nunca me dijo los problemas que tenía con su madre, incluso cuando estaba presente y podría haberla ayudado. Ahora, Moira, no es capaz de levantarle la voz.

«Quizás éste cree que soy gilipollas» —Pensé.

—Quiero hablar con ella.

—¿No te fías de mí?

—Realmente no.

Ronald, o cómo mierdas se llamara en realidad, me tendió un trozo de papel y un lapicero negro.

—Escríbele algo. Yo se lo daré.

Sostuve con temor el material que me dejó cerca de las manos. Aun así, no dudé en escribir algo. Tenía la esperanza de que algún día llegaría a ella.

Hola, cielo.

Se lo devolví.

—¿Qué quieres de ella? —pregunté.

—Necesito que me ayude a buscar a Gael —fue directo. Guardó la pequeña nota y volvió a mirarme—. Ella necesita que la ayudes, junto a tus compañeros.

Bajé la cabeza.

—Alanna cree que soy el asesino de su mejor amiga. Su madre, Moira, insiste en que abusé de ella. Dudo que me quiera ver. Además, tengo que cumplir unos cuantos años en prisión por un delito que no cometí.

—Lo sé. Pero eso también lo sabe ella —detuvo un instante sus palabras para que procesara la información—. Sí, le dije que la asesina de Evie fue Shana. Y es lo que haré para sacarte de aquí si aceptas trabajar para mí. ¿Qué te parece, Bloody?

Una gota de sudor traicionera me recorrió la espalda. Estaba tan nervioso que había empezado a sudar sin darme cuenta.

—¿Así de fácil?

—¿Quieres algo más complicado?

Sacudí la cabeza.

—Tendremos que ir a México —reí—. Buscar a Tartamudito y reunirnos con Arellano para que no confíe en Gael.

Ronald me detuvo antes de que siguiera confesando en el plan con el que empecé a trabajar.

—Me da igual lo que hagáis —rio—. Conseguid mi dinero y Alanna por fin será libre de toda la mierda que le ha caído por culpa de su padre.

—Quiero que hagas algo más por mí.

—¿No es suficiente salir de prisión?

En realidad, no.

Había algo más.

—Delilha Joukhas.

—¿Tu madre?

Asentí con la cabeza.

—Ella está sufriendo los errores que debería pagar mi padre. No puedo dejar que muera en San Quentin sin antes intentar una vez más sacarla de su adicción al SDA.

Ronald tecleó algo en su teléfono móvil.

—Lo intentaré. Pero no puedo prometerte nada.

—Yo sí —dije, e hinché mi pecho—. Soy un hombre que cumple con su palabra. Siempre he sido fiel a las ordenes de Vik...Gael. Nunca le di la espalda hasta que descubrí que nos mintió a todos.

—Lo sé —Ronald se levantó y rodeó la mesa—. Por eso quiero que vayas junto a Alanna. Y, si me prometes que matarás a ese hijo de puta que un día quise como a mi hermano, en un mes tendrás a tu madre fuera de esa maldita prisión.

Yo también me levanté.

—¿Quieres a Gael muerto?

—Sí. Pero primero mi dinero.

Mis manos ya se mancharon con las ordenes de Gael, podía volver a ensuciarlas con la sangre del hombre en el que creí durante años.

—Lo mataré —solté.

El hombre me tendió un teléfono móvil.

—No tendrás que dudar, Bloody.

—No dudaré —le prometí.

Pero Ronald no estaba convencido con mi palabra. Así que presionó un poco más para poder confiar en mí al cien por cien.

—¿Qué sucedería si Alanna te pide que no lo hagas?

Tragué saliva.

Si Alanna se ponía en medio de mi trabajo...

«Cerrar los ojos y presionar el gatillo.»

—Ella no conseguirá detenerme.

—Eso espero —me pidió que me guardara el móvil—. Estaremos en contacto. Tengo que mover a mis abogados para que te saquen de aquí. De momento, te dejaré esa fotografía de Alanna para que veas que soy un hombre de palabra. Podrás llamar a Halle, la abogada que conociste, para comunicarte conmigo. Su número es el que está registrado y el único contacto con el que puedes dar señales de vida. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—¡Bien!

Se despidió de mí y me dejó en la sala esperando a que Monko pasara a buscarme y volviera a encerrarme en la habitación de aislamiento. Pero eso no pasó. Al parecer era mi día de suerte. Volvió a llevarme a la celda junto al idiota que tenía como compañero.

—Me alegra volver a verte con vida —escuché su voz.

Me tendí sobre la cama e intenté sacar el móvil, pero no me arriesgué. Guardé silencio mientras que se escuchaban los muelles de la cama crujir. La cabeza del crío no tardó en asomarse

en la litera de arriba.

—¿Qué cojones quieres?

Éste balbuceó algo:

—Darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por enfrentarte a ese nazi que no nos quitaba el ojo de encima —bajó la cabeza—. No sé qué hubiera hecho si se me hubiera acercado...

Yo respondí por él:

—Ponerle el culo.

—No...No...—tartamudeó, y me acordé de Tartamudito.

¿Cómo estaría?

¿Seguía con vida?

¿Arellano le habría permitido seguir con ellos?

—Mi nombre es Benno.

Asentí con la cabeza.

—Bloody —no podía seguir asustándolo. Él ni siquiera tendría que estar en un lugar como Sacramento.

—En unos días estaré fuera. He hablado con mi madre —sonrió—. ¿Cómo puedo agradecértelo?

Me levanté de la cama y miré sus ojos verdes aceitunados; no tardé en acordarme de Alanna.

—¿Podrías ayudarme a escribir una carta para una chica?

—Por...Por supuesto —me tendió sus manos—. ¿Tienes algo pensado?

—Sí, pero todavía no he escrito nada.

Me dejé caer al suelo y recogí una de las hojas que nos solían dejar para que escribiéramos nuestro día a día dentro de prisión.

—Solo expresa lo que sientes.

Me estaba dando consejos un niño de papá y mamá que había follado menos que yo en toda su vida y las mil que podría vivir en diferentes mundos paralelos.

¿Había caído tan bajo en pedirle ayuda?

Al parecer sí.

—Dile lo que echas de menos de ella.

Cogí el lapicero y le hice caso.

Me gusta como te cepillas el cabello con los dedos cuando te despiertas. Ese maldito mal humor no sólo despierta mi polla...

—¿Vas a poner polla? — Benno me detuvo.

—¿Qué tiene de malo?

—Es grosero.

—A mí me gusta.

Lo borré todo y escribí debajo.

Ni tú misma creerás lo que estás a punto de leer. Eres una maldita cría que se ha quedado clavada en mi cabeza. Pienso en ti a todas horas. Me preocupo cuando sé que estás bien. Cada vez que me dicen que tengo una llamada, el primer nombre que me viene a la cabeza es el tuyo. ¡Joder, Alanna! Te echo de menos. Y no, no puedo olvidar las palabras que

me dedicaste cuando conseguiste deshacerte de mí. Me odias. Eso significa que serás un gran reto para mí. No quiero besar sólo tus labios. Necesito convencerte que yo soy el hombre que tiene que estar junto a ti.

**Te desea,
Bloody.**

Arrugué el papel entre mis dedos.

—¡Nunca diría algo así!

Benno me arrebató la hoja antes que lo destrozara por vergüenza a que Alanna leyera algo así de mi parte.

—Pero es lo que sientes cuando piensas en ella.

—No estoy seguro —me rasqué la barbilla—. Me sigue gustando más lo de polla.

Mi compañero de celda sacudió la cabeza y se tendió sobre su cama para descansar un poco. Yo no tardé en hacer lo mismo. Ocupé la cama de arriba y encendí el teléfono móvil que me dio Ronald. Volví a ojear la fotografía de ella y esperé por un momento verla sonreír, pero no sucedió.

Seguía triste mientras que los de su alrededor se negaban a ayudarla.

—¡Joder! —grité.

Y la respuesta de Benno fue:

—Shh.

No esperaba tener de nuevo visita. Monko me pidió que lo siguiera y no dudé en hacerlo. Seguí sus pasos mientras que el sonido de las cadenas nos acompañaba por los largos pasillos que recorrimos.

Pensé de todo menos en algo bueno.

¿Problemas con Gael?

¿Ronald no quería seguir con su plan?

¿Alanna se negaba a verme?

Pero me di cuenta que no me esperaba Ronald cuando me dejaron en una sala común junto a los demás presos. Al otro lado del cristal blindado se encontraba Tartamudito junto a mi hermano el traidor, T.J.

Sostuve el telefonillo y esperé a que me dieran una explicación.

—Sentimos haber tardado. Hemos tenido unos problemillas al cruzar la frontera —soltó, sin tartamudear.

—¿Por qué cojones no tartamudeas?

Es lo que más me sorprendió.

—Han pasado seis meses, Bloody.

—¿Cómo voy a llamarte ahora?

—Raymond —gruñó.

Miré a T.J.

—¿Tú qué haces aquí?

—Estoy aquí para ayudarte.
Terminó la frase con una sonrisa torcida.
¿Ronald los había mandado?
«Joder» —Pensé «Ya no tartamudea.»



ODI
ET
AMO

(ODIO Y AMOR)

Capítulo uno

ALANNA

Tardaron seis meses para reunir a todos los seres queridos de Evie ante una tumba sin cuerpo. Todos los presentes gimoteaban sin cesar y buscaban a la persona más cercana a ellos para derrumbarse sobre su hombro mientras que ésta pasaba su mano por la cabeza e intentaban consolarse mutuamente. Hacía un día precioso que no tardó en oscurecer por la tragedia que estábamos viviendo; Yo volví a casa y, mi mejor amiga, la cual también desapareció, acabó muerta y con su anatomía perdida en una propiedad que se encontraba a las afueras de Carson. El pastor de la Iglesia que solía frecuentar la familia Thompson, alzó la cabeza de la biblia que arropaba con sus manos para observar a todos los pecadores que tenía delante de sus narices.

Nadie se salvaba en aquel lugar; ni el abogado que esperaba impaciente para poder anular la herencia que hubiera recibido algún día Evie, pero de todas formas cobraría su comisión. Ni el amante de la madre de ella que se paseaba por las viejas tumbas mientras que admiraba los propios músculos de sus brazos. Y, ni siquiera se salvaba del infierno el chico que algún día amó a la joven que no volvería a abrir los ojos, ya que se encontraba muy bien arropado por una compañera de clase que no dejó de besar sus labios cada vez que éste se limpiaba el escurridizo moco que se le escapaba por la nariz con el puño de su camisa blanca.

Pero yo no era la persona indicada para juzgar a la familia Thompson y a todo aquel que se unía a ellos. Mi familia era todavía peor. Sólo tenía que observar a mi madre. Mantuvo en todo momento su brazo sobre mis hombros mientras que se acercaba a mi oído para preguntarme cómo me encontraba. Era tan hipócrita, que se apartaba de mi lado cada vez que la prensa no nos observaba. Y, qué podía decir de mi padre, seguía desaparecido y fue el otro villano que se coló en mi vida; Intentó casarme con un mexicano para salvar su trasero hasta que obtuviera el dinero que le robó a mi propio padraastro.

«Mi familia apesta» —pensé.

Intenté apartar mi cuerpo del que me estaba aprisionando, pero fue inútil. Mi madre clavó sus dedos en el vestido negro que eligieron para mí, y giró su rostro para clavar esos enormes ojos negros -que un día temí- en los míos.

—Veinte minutos más —susurró, con una sonrisa forzada. Arregló su cabello rubio, y volvió a acomodar sus gafas de sol en un rostro que ocultaba la terrible verdad de esa mujer; su maldad.

Sin darme cuenta empecé a frotar mis manos. Quería salir de allí y no cruzarme con nadie que pudiera darme el pésame por haber perdido a mi mejor amiga. Simplemente, no estaba dispuesta a escuchar palabras que se solían soltar por compromiso y educación, sin ni siquiera sentirlas de corazón.

Cuando los padres de Evie se acercaron hasta el pastor para estrechar sus manos, me di cuenta que el entierro había terminado. Los presentes se acercaron con rosas blancas que no

tardaron en abandonar para depositarlas sobre la caja de madera que aguardaba uno de los vestidos favoritos de la difunta.

Mi madre tiró de mí, obligándome a que me acercara como los demás y me deshiciera de la rosa blanca que nos habían dado en el momento que nuestros zapatos pisaron la tierra del cementerio. Golpeó mi mano y mis dedos se estiraron ante el dolor que sentí. La flor cayó en el interior del agujero oscuro y arenoso, formando un manto floreado y espinoso sobre el ataúd de gama alta.

—Tu novio está ahí —apuntó a Harry con la cabeza, mientras que éste optó por guardar la distancia—. Puedo esperarte en el coche.

Quería dedicarle una sonrisa a Harry, pero no lo conseguí. Hice un gesto extraño con la cabeza y no tardé en darle la espalda. En seis meses no había sido capaz de atender a sus llamadas o leer todos los mensajes que me había mandado cuando recuperé mi antiguo número de teléfono. Él merecía algo más que una chica que sufría un colapso mental e intentaba alejarse del mundo entero. Así que opté por la opción más cruel y egoísta y no tardé en seguir los apresurados pasos de mi madre.

Estaba convencida que pronto me reuniría con el chico que una vez ocupó una parte de mi corazón, pero de momento, lo mejor para ambos, era mantener la distancia y el silencio que destruiría esa bonita relación que tuvimos antes de desaparecer.

El chófer cerró la puerta y acomodé el cinturón de seguridad sobre mi pecho. Ignoré el zumbido que hizo vibrar la tela del bolsillo del vestido, y me obligué a mí misma a mirar hacia delante mientras quedaba cruzada de brazos.

—Lleva días sin cogerme el teléfono —su ira me sacó una sonrisa. Desde que Ronald salió, mi madre estaba desesperada. Su querido novio, el cual no tardó en confesar todos esos secretos que guardaba, era el pilar de su carrera política. Así que, si Ronald no estaba cerca, Moira Willman, la mujer poderosa que solía mostrar a todo el mundo, tiritaba ante la idea que todo podría salir mal si no estaba junto a ella su amuleto de la suerte—. ¿Tú sabes algo?

Me encogí de hombros ante su pregunta.

Yo, al igual que ella, no sabía dónde se encontraba Ronald. Más bien, esperaba a recibir un par de ordenes antes de abandonar Sacramento. Y, si no se daba prisa, acabaría asistiendo a clase porque me quedaba sin excusas.

—Dudo que tenga una amante.

Por el rabillo del ojo observé como cerró los ojos para tranquilizarse. Tenía prohibido ponerme una mano encima, y aprendió rápido. En el momento que quedamos cara a cara, ésta supo controlar su odio hacia a mí y convertirlo en un nuevo sentimiento; el desprecio.

Sostuvo con fuerza el pintalabios rojo antes de dirigirme la palabra.

—No es como tu padre —dijo, curvando sus labios cuando terminó de retocarse el maquillaje—. Él no me dejaría. Todo lo que me ha prometido, me lo ha dado.

Observé el paisaje a través de la ventana para entretenerme con algo mientras que seguía hablando con mi querida madre.

—No ha tardado en remplazarte —al sentir sus ojos negros buscando desesperadamente los míos, intenté tranquilizarla—. Hablo de papá. La última vez que lo vi, estaba muy bien acompañado por su amante.

—¿Una zorra en busca del dinero que le pertenece a mi futuro marido?

La zorra de la que estaba hablando era su misma imagen, pero veinticinco años más joven. Shana y ella no eran tan diferentes; ambas sabían menospreciar al sexo femenino. Tenían claro

que, si querían poder, lo obtendrían seduciendo a hombres que supuestamente estaban rodeados del vicio que a más de uno no lo dejaba dormir por las noches; el dinero.

—Tu hijastra.

Soltó una fuerte carcajada.

—Bastante tengo contigo. No toleraría tener a otra cría bajo mi techo.

—Lo que no soportarías es saber que esa mujer es la que ha conquistado el corazón de tu ex marido. No te mientas, mamá —dije, y ni siquiera me tomé la molestia de mirarla—, te duele haber perdido a papá.

Ésta sacudió la cabeza.

—Me gustaría verlo muerto.

Acomodé mi mejilla una vez más contra el cristal y me di el placer de sonreír ante ella.

—Ten cuidado —le advertí—. Todos los que crees que están muertos, tarde o temprano regresan a la vida.

Yo misma era una de ellos.

Su deseo de quererme muerta, falló. Y ahí estábamos, compartiendo vehículo mientras que dábamos un paseo de vuelta a casa.

Missé, la asistente personal de Moira Willman, se coló en mi habitación para recordarme que la psicóloga que solía frecuentar, me esperaba en el despacho de Ronald. Se me hizo extraño por dos motivos: Uno, porque era yo quien solía asistir a su consulta ya que ella no se desplazaba. Y dos, porque era domingo.

No discutí con Missé y me calcé con unas zapatillas para no ir descalza por casa. Tenía esa maldita manía de tener los pies frescos y ponerlos en contacto con el suelo. Pero con visitas, mi madre no me lo permitía.

Bajamos las escaleras y doblé el primer pasillo que teníamos a mano derecha para llegar hasta el despacho de Ronald. Missé me dejó sola cuando alcancé la puerta. Cogí aire antes de llamar a la puerta y lo solté cuando impacté los nudillos. Al otro lado se escuchó la voz de la psicóloga invitándome a reunirme con ella. Empujé la manecilla dorada y no tardé en ocupar el sillón que había delante del enorme escritorio de lujo de madera maciza.

—Me alegro de verte, Alanna —saludó Leanne, la cual se encontraba sosteniendo la libreta donde anotaba todos mis pensamientos que soltaba en cada sesión que tuve con ella—. Sé, que en un día como hoy, lo mejor hubiese sido dejarlo para mañana. Pero tu madre y yo habíamos pensado que necesitarías desahogarte. Que te deshicieras de ese dolor que te atormenta. Por favor, háblame de lo que sientes.

Me sorprendió.

Realmente era fascinante el papel que hacía Moira de madre cuando estaba fuera de casa y lejos de mí.

Estaba cansada.

De los medios de comunicación.

De las visitas a la consulta de Leanne.

De mi madre.

Y de todas aquellas personas que sentían lástima por mí.

«Se acabó»—pensé, estirando los labios.

Tenía que deshacerme de todos ellos, aunque me tacharan de loca por lo que estaba a punto de hacer. Simplemente, me olvidé del dolor, retrocedí unos meses atrás y fui la Alanna que fumaba marihuana en casa de su mejor amiga mientras que soltaba mentiras para que la bruja de su madre no la descubriera.

—No sé por dónde comenzar —dije, acomodando las piernas sobre el escritorio e inclinaba hacia atrás el respaldo del sillón.

Leanne me dedicó una sonrisa y me animó.

—Por dónde tú quieras. Yo estoy aquí para escucharte y ayudarte si me lo permites.

—Antes de que Missé me interrumpiera, estaba durmiendo —cerré un instante los ojos—. Estaba teniendo un sueño extraño. Me encontraba tendida en un campo lleno de tulipanes. No estaba sola. Escuchaba una voz cerca de mi oído. Era masculina.

—¿Harry?

—No. No era Harry —reí—. Era la voz de uno de mis secuestradores —mi sonrisa incomodó a Leanne—. Estaba tranquila, feliz y riendo junto a él. Acariciaba mi cabello mientras que clavaba mis ojos en los suyos color miel. Extraño, ¿cierto?

La psicóloga negó con la cabeza.

—Conviviste con ellos durante un tiempo. Se desarrolla un trastorno en el que la víctima empatiza con el secuestrador. Pero no es tu culpa, Alanna. ¿Qué sientes? ¿Dolor? ¿Rabia?

—Excitación —susurré.

La libreta de Leanne acabó en el suelo.

Aguanté las ganas de reír.

—Es curioso, pero en mis sueños, el secuestrador, siempre me dice que me desea y me dice que se vio en la obligación de retenerme junto a él porque un ser querido se lo ordenó —miré a Leanne—. Incluso, me protege de los hombres que envía una perra que me quiere ver muerta. ¿Estoy enferma? —bajé las piernas—. ¿Está mal soñar con él?

Leanne rebuscó en su cabeza la frase indicada.

—No eres la primera víctima que se enamora de su secuestrador...

Le interrumpí.

—¿Enamorada? —sacudí la cabeza y posé los codos sobre el escritorio para dejar mi barbilla caer sobre las palmas de la mano—. Lo único que quiero es que me folle. Cada noche. Cada vez que cierro los ojos —gemí—. A cada puta hora del día. Me entiende, ¿verdad?

Leanne llevaba rato sin escribir.

Se levantó del asiento que ocupó y recogió todas sus cosas antes de salir del despacho. Intenté detenerla, pero me lo impidió. Sus piernas se movieron tan rápido, que en menos de cinco minutos llegó a estar fuera de casa.

Missé no tardó en anunciárselo a mi madre.

Saqué el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo izquierdo del pantalón y leí el mensaje que tenía pendiente.

Siento no haber podido estar con vosotras.

Envié flores a la familia Thompson.

He perdido mi vuelo. Pronto volveré

a casa.

01:13 PM ✓✓

Ronald contactó conmigo.

No te preocupes.
Mamá pregunta por ti.
Le dije que estabas bien.
Te necesita.
Llámalas cuando puedas.
Empieza a agobiarme.
05:55 PM ✓✓

No tardé en obtener otra respuesta por su parte.

Tu madre entenderá mi ausencia.
No dejes que sus palabras te incordien.
Eres fuerte.
Confío en ti.

05:57 PM ✓✓

—¿Has echado a la psicóloga!? —Apareció, gritando—. Le pago trescientos dólares la hora para que pueda ayudarte a superar los traumas que estás sufriendo.

Me dejó con la boca abierta.

—¿Traumas? —pregunté, e hice unas comillas con mis dedos—. ¿Le llamas traumas a todos los problemas que me habéis causado papá y tú?

Miró por encima de su hombro, al darse cuenta que estaba Missé cerca, escuchándolo todo y observando nuestra conversación, Moira bajó el tono de voz.

—No quiero discutir contigo, Alanna.

«Maldita hipocresía.»

Le di la espalda y me dirigí hasta las escaleras principales para poder encerrarme en mi habitación y aislarme del mundo entero.

—¿Adónde vas? —preguntó, fingiendo desconsuelo por parte de su hija.

Solté la respuesta que podría venderle próximamente a los medios de comunicación.

—A fumar marihuana —dije, alzando el brazo para mostrarle el dedo corazón.

Estaba deseando salir de California y perderla de vista.

Capítulo dos

Serena no tardó en pedirme que abandonara la habitación cuando empezó a recoger la casa por la segunda planta. No discutí con la mujer, más bien, le agradecí que mantuviera siempre impecable el desorden que había últimamente en el cuarto donde dormía. Me mostró una dulce sonrisa y acomodó los enormes auriculares que cubrían su cuello sobre sus oídos. Cerró la puerta y me quedé fuera sin saber muy bien qué hacer a las siete de la mañana. En una hora y media, el nuevo chófer que contrató mi madre cuando se deshizo del antiguo personal, me llevaría a clase para reunirme una vez más con mis antiguos compañeros de instituto. Después de la última sesión con la psicóloga, ésta optó en decir que estaba mejor. Lo mejor para mí, según el informe que le envió con urgencia a mi madre, era socializar con el mundo exterior mientras que volvía a la rutina de una joven de mi edad; estudiar, salir y divertirme con los supuestos amigos que iría haciendo poco a poco.

Bajé al comedor y, cuando llegué hasta la cocina, me arrepentí. No tenía ganas de cruzarme con mi madre y menos con su actitud desagradable con la que conviví durante toda mi vida. Mi cabeza no estaba dispuesta a soportar sus consejos u ordenes en los que terminaría perjudicada. Intenté dar media vuelta, pero su voz detuvo mis pasos. La miré por encima de hombro al escuchar mi nombre y me encontré a una mujer con el cabello rubio revuelto, los ojos cubiertos por el maquillaje del día anterior y unas ojeras que demostraban que no había dormido en toda la noche.

Me acerqué hasta ella sin gesticular palabra y arrastré una de las sillas que había al otro lado del que había ocupado. Se quedó inmóvil, observando los pocos movimientos que di una vez que quedé cara a cara con ella. En el interior del bolsillo de la falda del uniforme escolar, tenía un paquete de tabaco que no tardé en sacar para acomodar uno de los cigarrillos entre mis labios. Del mismo cartón de *Camel* saqué el mechero. Empujé la ruedecilla y, cuando la llama salió, empujé hacia delante la cabeza y dejé que se encendiera el cigarro. Mis ojos se cerraron ante el placer que sentí. Sabía que duraría poco, por eso me di el lujo de darle un par de caladas más antes de que alguien se encargara de estropearme esos cinco minutos que tenía al día para dedicarle al único vicio malo que adopté en mi adolescencia.

—¿Ahora fumas delante de tu madre? —preguntó, empujando la taza de café que tenía cerca de sus temblorosas manos. No respondí por una simple razón; ya no era la cría que temía a la mujer que estaba delante de sus narices. Mi vida había cambiado y no me dejaba influenciar por nadie. —No te reconozco, Alanna.

Para torturarla un poco más, se me pasó por la cabeza recoger uno de los muffins de chocolate con nueces que había sobre la mesa para hincarle el diente, pero no lo hice. No tenía hambre. Seguí fumando hasta que el cigarro se consumió y dejé la colilla en uno de los platos donde solíamos desayunar. Uno de los trabajadores que se encargaba de la cocina y de servir a mi madre, se acercó para llenarme la taza de café. Le mostré una sonrisa para agradecerle el detalle y volví a reunir todo el valor que necesitaba para enfrentarme a Moira Willman.

—No debería importarte lo que hago o dejo de hacer, mamá.

—Sigues siendo mi hija —dijo, apretando los labios.

Fue gracioso.

La mujer que me detestaba fingía sentir cierto aprecio hacía a mí. Así que miré a mi alrededor esperando encontrarme a Ronald cerca, ya que delante de él, sabía interpretar el papel de madre perfecta y cariñosa. Pero no, no estaba. Y por eso entendí que ella siguiera esperándolo por las noches.

—¿Quieres preguntarme algo? —Fui más directa que ella.

Tragó saliva y acabó asintiendo con la cabeza.

—¿Te ha llamado?

—No.

Mi respuesta le disgustó.

Pero siguió insistiendo.

—¿Contactó contigo?

Sonreí.

Empujé la cuchara de plata de postre en el interior del azucarero y me serví un par de tarros de azúcar porque las pinzas habían desaparecido. Removí el café hasta que la sacarosa se integró a la bebida caliente. Alcé la taza y volví a disfrutar de mi desayuno antes de decirle la verdad.

—Me mandó un mensaje cuando llegamos a casa del entierro de Evie —la noticia, le sacó una sonrisa—. Me preguntó cómo nos encontrábamos y dijo que volvería pronto a casa.

—¿Y ya está?

Maquillé un poco las palabras de Ronald.

—¿Debería de haber dicho algo más? —su silencio empezó a molestarme. Quería salir de allí y perderla de vista un par de horas antes de que volviera a pedirme información de su prometido —. Le dije que lo extrañabas.

Moira sacó ese lado oscuro que intentaba ocultarle al mundo. Tardó aproximadamente unos quince minutos antes de perder la cabeza. Arrastró hacia atrás la silla que ocupó toda la mañana y golpeó la mesa con sus pequeñas manos para asustarme. Pero el único que dio un brinco ante su cambio de humor, fue el personal de la casa que seguía trabajando cerca de nosotras.

—¡Estarás contenta!

Elevó un poco más el tono de voz.

No estaba segura si formuló una pregunta o lo afirmaba.

—No veo nada malo en decirle a Ronald que lo has echado de menos...

Me interrumpió.

—¿Por qué habla contigo? ¿Por qué me ignora? ¿Todo esto es por tu padre?

—Demasiadas preguntas, mamá —estiré los labios, e incluso le guiñé el ojo antes de levantarme de la silla —. Tengo que ir a clase. Siento tener que acabar nuestra conversación.

—¡Alanna! —me detuvo, y siguió mis pasos—. Quiero respuestas.

Solté una carcajada.

—Pídeselas a tu prometido —acabamos las dos en el recibidor. Cargué en el hombro mi cartera y recogí el teléfono móvil que había dejado abandonado en el interior de mi abrigo—. Te vas a casar con él. Debería contártelo todo. Yo no puedo hacer nada.

—¿Qué está pasando?

Fue la última pregunta que escuché.

—Al parecer a nadie le interesa que la senadora Willman esté al tanto de los secretos oscuros que uno mismo guarda.

Y, antes de que siguiera gritando o siguiéndome descalza por la casa, salí para reunirme con el chófer que me esperaba en la entrada de la propiedad. Un hombre alto, que ocultaba su rostro por la gorra con enorme visera que pertenecía como complemento del uniforme con el que vestía, me abrió la puerta educadamente sin dirigirme la palabra. Se agradeció el silencio que mantuvimos en todo el trayecto. Al llegar al instituto, antes que se bajara para abrirme una vez más la puerta, lo detuve y salí de allí dándole los buenos días.

Esperé a que el vehículo marchara antes de colarme en las instalaciones del instituto. Todos los alumnos me miraron e intentaron mostrarme esa sonrisa falsa que alguna vez que otra también aparecía en mi rostro. Al no tener un contacto directo con ninguno de ellos, esperaron a que me alejara de los pequeños grupos que se reunían cerca de las escaleras principales, para hablar sobre todo el caos que se había formado a mi alrededor; el secuestro, la captura de varios delincuentes, la muerte de Evie y las falsas noticias que se podían leer sobre mi caso en varios periódicos e incluso en otros medios de comunicación (televisión, radio, etc.) en los que solía acudir mi madre.

Estando en boca de todos, mis pasos siguieron calmados y directos hasta el interior de la escuela. A primera hora, el profesor Loughy, nos hablaría de ciencia mientras que ignoraba a los alumnos que se entretenían con sus teléfonos móviles. Realmente no quería estar ahí, rodeada con los demás mientras que intentaba fingir que no había pasado nada desde que desaparecí. Así que opté por encerrarme en uno de los baños individuales de mujeres y esperé que el resto de chicos ocuparan sus asientos.

Me senté sobre la tapa del inodoro y rebusqué en el bolsillo de la falda hasta toparme con el paquete de tabaco. Saqué un cigarro y me lo encendí tranquilamente pensando que estaría sola y nadie se daría cuenta. Pero me equivoqué; no fui la única que decidió saltarse la primera clase. Un par de chicas se reunieron conmigo sin ser consciente que me encontraba muy cerca de ellas.

—Ahora que Evie no está, ¿Alanna es la nueva zorra reina?

Las demás rieron, menos una.

—No está bien reírse de la gente que está muerta, Kaisley.

—Me burlaba de Alanna —prosiguió—. Dudo que haya pasado por todo lo que han dicho las noticias. El secuestro, los traficantes que la tenían retenida y el supuesto embarazo. Porque sí, chicas, la prensa ha dicho que perdió al bebé por una paliza que recibió del delincuente que detuvieron. Pero yo no me lo creo.

Kaisley era peor que el veneno. Era tóxica y adictiva para todas las chicas que se acercaban a ella. El ejemplo a seguir de muchas adolescentes.

Me quedé un rato más escuchando la conversación mientras que seguía fumando. Mi paciencia duraría poco, pero quería saber qué estaban hablando de mí todas esas personas que me conocían lo suficientemente bien para saber que jamás fingiría un secuestro.

—¿Por qué? —preguntó, una de sus admiradoras.

—¿Viste al secuestrador que detuvieron? —silencio, así que seguramente asintieron con la cabeza—. Parecía un maldito modelo que necesitaba un buen corte de pelo. Era guapísimo. El típico *fuckboy* que nuestros padres no permitirían que estuviera en nuestras vidas. Así que la pequeña zorra se acercó a él, se bajó la falda y se lo folló hasta quedarse embarazada.

—Kaisley...

—¡Cállate, Geovanna! —rio—. Su madre se presentaba a las elecciones. Tener una hija embarazada, de un maldito bastardo con tatuajes, hubiera dado una mala imagen a la futura senadora. Así que planearon el secuestro, el cuento de la nueva droga que habían colado en

California, y volvió cuando abortó en México ilegalmente por algún médico sin licencia.

Todas aplaudieron su relato.

—Yo leí en un blog que el bebé de Alanna fue devorado por el otro secuestrador que tenía el rostro deformado. Era horrible. Con quemaduras de tercer grado que le hacía parecer un monstruo salido de una de esas películas viejas que solían ver nuestros padres cuando eran pequeños.

—No, Jenell —se escuchó un golpe, así que imaginé que la abofeteó—. ¿Has escuchado lo que he dicho? Ella abortó.

—Lo siento —se disculpó un par de veces—. Nuestras madres también hablan de la madre de Alanna. Dicen que ganó las elecciones gracias al hombre que está junto a ella. Un millonario anónimo de bonita sonrisa.

—Sí, en esa familia todas son unas zorras.

—Sobre todo Alanna —rio Kaisley—. Cómo no sabía qué hacer con Harry, le puso los cuernos y volvió una vez que se cansó del supuesto secuestrador.

—¿Crees que se acostó con alguien más?

—Seguro que con el deforme.

En eso tenían razón.

Me acosté con Ray, y no estaba arrepentida.

—Habrás sido asqueroso —fingió sentir náuseas—. Me refiero tener encima de ti a un hombre con el rostro desfigurado mientras que te mira y te dice que no va a dejar de follarte toda la noche.

—¿Creéis que se la chupó?

—Seguro.

Ellas siguieron hablando de mí y yo me terminé el cigarrillo. Al abrir la puerta del baño, las cuatro chicas que no dudaron en convertir mi pesadilla en un relato divertido y cargado de humor negro, se sobresaltaron y sus rostros se descompusieron al darse cuenta que lo había escuchado todo. Geovanna fue la única que no habló mal de mí y se disculpó antes de salir del baño.

—Lo siento, Alanna. Me alegra volver a verte.

Nos habíamos quedado solas. Me acerqué hasta el espejo principal y observé mi rostro mientras que abría el grifo para humedecer mis dedos y deshacerme del olor a tabaco. Nadie dijo nada. Lo único que hicieron fue observarme mientras que se mordisqueaban el labio ante el temor de lo que podría pasar si les decía algo.

«¿La zorra reina?» —reí, con mi propio pensamiento. «A Evie le hubiera encantado escuchar ese nuevo insulto con el que me etiquetaron.»

Kaisley fue la primera en hablar.

—Sé que no estás pasando por un buen momento —dijo, en un intento de sentirse identificada conmigo para que olvidara lo que había escuchado segundos antes de encontrarnos—, pero está prohibido fumar aquí.

Sus seguidoras, ésas que no dejaban de observar su perfil de Instagram para seguir todos los pasos de la chica más popular del instituto, no tardaron en esconderse detrás de ella para que mi ira no les salpicara.

—Me gustaría escuchar esa historia.

—¿Qué-Qué historia? —su tartamudez me recordó a una dulce persona que no se parecía a ella en nada.

—La historia de mi falso secuestro —sonreí. Cerré el grifo y las miré a través del cristal. Mi cabello estaba algo revuelto, así que no tardé en arreglármelo antes de escuchar el maravilloso relato que narraría Kaisley—. Ya sabes —le guiñé un ojo —, como me follé al rubio que se está

pudiendo en prisión y como se comieron a mi hijo. La forma en que chupé la polla del hombre al que llamáis deforme.

Al haber estado tanto tiempo con gente agresiva, lo único que podía pensar en aquel instante era abalanzarme sobre ella y golpearla hasta que quedara inconsciente. Pero contuve las ganas. Esperé a que Kaisley hablara. Giré sobre la punta de mis zapatos y acomodé mi trasero en el lavamanos de porcelana.

—No sé de qué me hablas...

—¿Quieres decir que tú no has dicho todas esas cosas de mí hace dos minutos?

Ella no tardó en negarlo con la cabeza.

Me rasqué la barbilla y empujé mi cuerpo para alejarme del lavamanos. Las chicas seguían temblando detrás de la falda de Kaisley, mientras que ésta, buscaba una salida.

—Y, ¿quién ha sido?

Se miraron entre ellas.

Adentré mis manos en los bolsillos de la falda y detuve los pasos una vez que el rostro de Kaisley quedó a unos centímetros del mío. Juraría, si no fuera por las pocas posibilidades que había a que fuera real, que podía escuchar los latidos de su corazón.

—Diablo —susurré, inconscientemente.

«Maldito mexicano» —sonreí.

—¿Qué? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—¿Quién estaba hablando de mí? —volví a repetir.

Kaisley miró por encima del hombro y me dio un nombre para salvar su trasero del buen golpe que recibiría si volvía a contarme la historia que se inventó de mí.

—Zeli.

—¡No! —gritó Zeli—. Yo no he dicho nada.

Miré a la chica de cabello marrón que se llamaba Zeli y era un rostro nuevo para mí; seguramente era nueva y Kaisley no tardó en meterla en su círculo de amistades.

—No tengo todo el tiempo del mundo.

—Ha sido Kaisley —confesaron—. Sentimos haber dicho todas esas cosas de ti, Alanna.

Dejé que salieran del baño, pero detuve a Kaisley antes de que las siguiera. Su cuerpo impactó contra los azulejos del baño de mujeres. Rodeé su largo y pequeño cuello con ambas manos y clavé mis ojos en los suyos oscuros. Estaba temblando. Era la primera vez que me temía. En años, jamás, se había enfrentado a Evie y a mí hasta que su popularidad creció.

Crecimos juntas, íbamos a las mismas fiestas de cumpleaños cuando éramos pequeñas e incluso respetamos nuestras diferencias dentro y fuera del instituto. Pero desde que Evie murió, Kaisley quería tener la atención de todos. Así que, si su idea era la de enfrentarme, había estado a tiempo de hacerlo.

Pero su plan no salió bien.

El sonido de un chorro de líquido, cayendo con fuerza y humedeciendo el suelo que pisábamos, me alertó que nuestra querida Kaisley se había orinado encima.

Bajé la cabeza y lo comprobé.

—Ni siquiera te he amenazado.

—Eres una bruja —tenía los ojos llorosos, las mejillas sonrojadas y el labio le temblaba cada vez que soltaba alguna palabra—. Te has convertido en una de ellos. Una delincuente. Una amenaza para la sociedad. A lo mejor tú mataste a Evie.

Se me puso el vello de punta.

¿De dónde reunía tanto valor?

—¿Qué acabas de decir?

—Que... tú... mataste... a... Evie...—le costaba tragar saliva. Mis dedos le impedían que siguiera hablando. Apretaba con tanta fuerza su cuello que, por unos segundos, sus ojos se cerraron.

Tuvieron que empujarme para que me alejara de ella. No caí al suelo porque la persona que me alejó de Kaisley sabía controlar su fuerza. Ésta no tardó en rodear su cuello para agradecerle la intervención que tuvo entre nosotras dos.

Mientras que Harry acariciaba su cabello, la princesa en apuros humedeció la camisa blanca de él con unas lágrimas que se forzó en conseguir.

—Iba a matarme. ¡Quería matarme!

—Calma, Kaisley —dijo, obligándola a que lo mirara a los ojos—. Alanna nunca te haría daño.

—¡Tu novia está loca! Completamente loca —su llanto volvió a estallar en el cuarto de baño—. No lo queréis ver, pero necesita ayuda psicológica.

Leyó tantas noticias sobre mí, que pasó por alto todas en las que acomodaban una fotografía mía saliendo del psicólogo.

Harry la apartó de su lado y le pidió que volviera a clase. Cuando Kaisley nos dejó a solas, volví a darle la espalda porque no podía mirarlo a los ojos. Quedé cruzada de brazos y me acerqué hasta la ventana que daba al patio de atrás. Quería morderme las uñas, pero lo evité.

—¿Qué ha pasado, Alanna?

—No te acerques —le pedí.

—¿Por qué? ¿Por qué no me quieres tener cerca de ti?

Quería silencio.

Anhelaba la soledad que obtenía en mi habitación cuando huía de mi madre y del mundo exterior.

—Por favor —supliqué.

Pero no se dio por vencido.

—Llevo meses deseando que llegara este momento —hizo una pausa, y por fin dejé de escuchar sus pasos acercándose hasta mí—. Tuve miedo, Alanna. Creí que un día, un agente de la ley, me diría que te habían encontrado muerta. ¡He estado días sin poder dormir! Pensando en ti. En esos hijos de puta que te secuestraron y vio...

Se calló.

—¿Violaron? —lo miré por encima del hombro—. ¿Tú también crees todo lo que publican en la prensa?

—Vi la entrevista en la que tu madre lo admitía.

Bajé la cabeza avergonzada.

—Es su técnica para ganar más popularidad, Harry —y, después de tantos meses, quedé cara a cara con él sin temer lo que podría pasar entre nosotros dos—. Tú me conoces. Yo no soy así. No sé qué me está pasando..., pero estoy cansada de todo.

—Puedes hablar conmigo.

—Tú no lo entenderías.

—Y, ¿qué tengo que entender?

Tragué saliva.

—Que los culpables de todo esto son mis padres.

—¿Tus...padres?

Harry no me creía.

Y no podía culparlo.

Pasé por delante de él, seguí avanzando con la única intención de desaparecer del baño y del maldito instituto. Pero su mano me retuvo. Se acercó hasta mí y me abrazó con tanta fuerza que podía sentir la calidez de su cuerpo.

—Estoy aquí, Alanna. Habla conmigo. Confía en mí.

Arrastré mis uñas por su cuello y escondí mis dedos en su cabello.

—No puedo —susurré—. No podría ponerte en peligro. Ya perdí a Evie. No pienso perderte a ti también, Harry.

Besé su mejilla y me aparté de su lado.

—¡Alanna! —gritó.

Lo ignoré y salí corriendo por el pasillo mientras que hacía una llamada. El chófer tardó en descolgar la llamada y, cuando lo hizo, le ordené a que pasara a buscarme. Había sido una mala idea ir al instituto. Nunca debí salir de la cama y reunirme con mis viejos compañeros. Cometí un error que no volvería a repetirse.

Cuando el vehículo llegó, abrí la puerta y me adentré inmediatamente. Acomodé el cinturón de seguridad y le pedí al hombre que me llevara a casa. Su respuesta fue el rugido del motor.

Mi teléfono móvil sonó.

Tenía un nuevo mensaje de Harry.

Lo leí:

Te quiero.

Aunque no haya nada entre nosotros dos,

te quiero.

09:10 AM ✓✓

Y yo a ti, Harry.

09:11 AM ✓✓

La voz del chófer hizo que alzara la cabeza del teléfono móvil.

—Vikram te está esperando en casa.

Miré al hombre, el cual se había desecho del uniforme de trabajador. Aprovechó que el semáforo se puso en rojo para mirarme por encima del hombro. Era más joven de lo que había imaginado. Su cabello oscuro, rebelde, ocultaba sus cejas y sus orejas.

No estaba solo.

—¿Quiénes sois?

Su risa me revolvió el estómago.

—El nuevo equipo de guerra, bastarda.

El compañero, el cual guardó el anonimato en todo momento, le golpeó hasta que éste se retorció de dolor. Empecé a asustarme. Ronald no me había dicho nada. Eso significaba que no había nuevos integrantes en el plan que organizó para buscar a mi padre y recuperar su dinero.

—Si vuelves a llamarla bastarda —gruñó, y por fin se deshizo del gorro de la sudadera que ocultaba su cabeza—, te mato.

El corazón me brincó de alegría al escuchar su voz.

—¿Raymond? —pregunté.

Miró por encima del hombro, mostrándome el perfil que no hirieron sus padres adoptivos. Me mostró una dulce sonrisa y estiró el brazo para sostener mi mano.

—Siento no haberte llamado antes.

Capítulo tres

Estaba delante de Raymond y no podía creérmelo. Estuve meses creyendo que él estaba sano y salvo en México, pero me equivoqué. Volvió para ayudar a Ronald y seguir trabajando en el oficio que algún día podría meterlo en prisión. No podía juzgarlo. Yo estaba a punto de hacer lo mismo; delatar a mi padre y conseguir arreglar sus propios problemas. Una vez que obtuviera el dinero, todo acabaría para mí. En unos meses sería una persona libre que se olvidaría de los padres que la torturaron psicológicamente por unos malditos ceros en un talón que no les pertenecía.

Arrojé torpemente la taza de café que nos sirvieron e intenté darle un sorbo, pero estaba muy nerviosa. Tenías tantas preguntas que hacerle a Ray, que terminé por guardar silencio y observar al chófer que me había llamado bastarda.

—Seis meses —susurró—. Llevo medio año queriendo llamarte.

Sonreí y acomodé mi mano sobre la suya.

—No tenías mi número de teléfono. Lo entiendo Ray —no quería que se preocupara por aquella estupidez insignificante. —Ahora estás aquí. Y, estoy segura, que tienes muchas cosas para contarme.

Ray miró al nuevo trabajador de mi madre.

Frunció el ceño y clavó sus ojos color miel en los míos.

—Ronald...o, mejor dicho, Vikram —hizo una pausa—, me dio el número de tu móvil. Pero no me dejaron llamarte.

—¿Quién?

Bajó la cabeza y cogió aire antes de responderme.

—Te...

Le interrumpieron.

—Nadie me había dicho que ibas a tener una cita con la bastar...—se mordió la lengua al darse cuenta que Ray se levantó del asiento que ocupó en la cafetería donde nos detuvimos para asimilar nuestro encuentro—. Está bien, Raymond. Es tu chica. Lo entiendo. Pero sigue siendo la hija de un traidor. Eso la convierte en una bastarda.

Teníamos suerte que el local no estuviera lleno. Dejé que se acomodara al lado de Ray y esperé tenerlo cerca antes de empezar una conversación con él. Pasó uno de esos mechones rebeldes por detrás de su oreja y siguió intentándolo porque tenía un cabello corto y descuidado.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté.

Quería conocer a los hombres de Ronald.

—Reno.

—Reno —repetí, tenía un nombre curioso—. Al igual que tú tienes un nombre, yo también tengo uno...

Al parecer sus modales desaparecieron cuando se desvaneció su anonimato.

—Pero mi padre no es un estafador.

Ray cerró los puños y, antes de que volviera a golpear uno de los costados de Reno, lo detuve.

—Y yo no elegí tenerlo —le aclaré. Hice un pequeño descanso en nuestra acalorada conversación, y le di un trago a mi café—. Si vamos a trabajar juntos, lo mejor será que nos respetemos.

Éste sacudió la cabeza.

—¿Quién te ha dicho que trabajaré contigo?

Era lógico; si estaba ahí, con Ray, es que formaría parte del nuevo equipo que nos trasladaría hasta México para buscar a Arellano; el hombre que estaba ayudando a mi padre a esconderse de todos los problemas que había dejado en Estados Unidos. Pero Reno, en vez de esperar una respuesta por mi parte, se levantó del asiento, me arrebató la taza de café que me habían servido y se dirigió a Ray porque no era capaz de mantenerme la mirada más de tres segundos.

—Estaré en el coche —le aclaró—. Dale las instrucciones a tu chica. Llamaré a T.J y nos pondremos en marcha. Tenemos que salir de aquí antes de que se haga de noche.

Ray asintió con la cabeza y esperó a que ese imbécil saliera de la cafetería.

—¿¡Ha dicho T.J!?! —grité, y tuve que bajar la voz al darme cuenta que cometí un gran error. Ray asintió con la cabeza. —¿Qué hace aquí? ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Sigue trabajando para mi padre? No lo entiendo.

Solté tantas preguntas, que lo único que hizo Ray fue soltar una dulce carcajada.

—Eso ha sido interesante —sonrió—. Bloody, cuando me vio, lo primero que dijo fue...

Y desconecté.

Al escuchar el nombre de Bloody las palabras de Ray se silenciaron.

Eché hacia atrás la espalda y entrelacé mis dedos mientras que observaba como Ray me contaba una historia en la que no presté atención. Lo único que hice fue pensar en Bloody; me acordé de su cabello largo y rubio, sus ojos azules y la forma en la que nos separamos cuando descubrí que él había sido el que enterró a Evie ante la presión de Shana.

—¿Alanna?

—¿Sí?

—¿Me has escuchado?

Realmente, no.

Pero no se lo dije.

—S-sí.

Ray golpeó sus labios con el dedo índice.

—No me digas que he dejado de tartamudear para que ahora lo hagas tú.

¡Tenía razón!

Ni siquiera me había dado cuenta que Raymond había dejado de arrastrar las palabras cada vez que salían de sus carnosos labios. Estábamos manteniendo una conversación fluida hasta que desconecté.

—Eso es increíble —me sentí feliz. Sus miedos fueron desapareciendo para reunir el valor que le quitaron de pequeño. —Es lo mejor que me podrías haber dicho hoy.

Y, de repente, volvió a decir el nombre que esquivé durante meses.

—Bloody.

—¿Qué pasa con él?

—Has dejado de escucharme cuando he hablado de él.

—No es cierto.

—Alanna...

—¿Qué?

Cruzó los brazos bajo el pecho y me lanzó una de esas miradas que conseguían hacerme sentir culpable.

—Te lo dije. Bloody es un imbécil...pero nunca mataría a alguien por diversión —confesó—. No mató a Evie.

—Lo sé —en aquel momento, el que quedó impresionado, fue él—. Me lo dijo Ronald. Shana mató a mi mejor amiga para enviar las fotografías de su cadáver a la prensa junto a mi nombre. Si de alguna forma me daban por muerta, dejarían de buscarme. Pero no le salió bien la jugada. Bloody terminó deshaciéndose del cadáver y ahora es él el que está cumpliendo condena.

—Entonces...

Le corté.

—Me mintió.

—Porque no quería...

—¡No lo digas! Me mintió, Ray. Me dijo que no sabía nada. Para mí, es tan culpable como Shana.

Y, por desgracia, estaba destinada a reunirme con él.

—¿Qué pasará cuando salga de prisión?

—¿Qué quieres que pase? —respondí con otra pregunta.

El móvil tembló sobre la mesa.

Tenía un mensaje de Ronald.

¿Dónde estás, Alanna?

10:35 AM ✓ ✓

Con Raymond.

10:35 AM ✓ ✓

Volved lo más pronto posible.

Tenéis que salir esta noche.

10:36 AM ✓ ✓

Citó lo mismo que Reno.

¿Se ha adelantado el viaje?

10:37 AM ✓ ✓

No. Bloody saldrá de prisión.

10:37 AM ✓ ✓

Respondió tan rápido, que terminé dejándole el visto y no volvió a recibir una respuesta por mi parte. Mis manos dejaron caer el teléfono móvil sobre la mesa; me había puesto nerviosa.

Me levanté del asiento y empecé a jugar con mi cabello para olvidarme por un segundo de todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Sentí una mano sobre mi hombro que terminó llamando mi atención. Me encontré con los ojos melosos de Ray, y éste, con una forzada y torcida sonrisa, me tendió un papel doblado.

Para Alanna.

Era la letra de Bloody.

La reconocí por las líneas curvadas que dejaba a la hora de comenzar una letra en cada palabra que escribía.

—¿Qué...Qué —mordí el interior de mi mejilla para no trabarme con mis propias palabras— hago con esta carta?

—Leerla.

¿Él la había leído?

Sacudí la cabeza y Raymond insistió.

—Le prometí que te la entregaría, y es lo que estoy haciendo —comentó—. Si la lees o no, es decisión tuya. Por cierto —cambió de tema, cuando mis dedos atraparon aquel papel arrugado—, ¿estabas hablando con Vikram?

—Sí —había olvidado el dato importante que me soltó Ronald en el último mensaje. Desbloquéé el iPhone y le mostré la conversación—. Bloody sale de prisión. Nos quiere reunir. Seguramente nos dará algo de dinero...

Ray me interrumpió.

—No será fácil trabajar con los hombres de Vikram —suspiró, y sacó su cartera para pagar la taza llena de café que había robado Reno—. Pero será complicado que Bloody lo comprenda.

—¿Comprender?

—T.J, otros mercenarios...y la pérdida del poder que tenía cuando trabajaba junto a tu padre. Tenía razón.

Bloody no se lo tomaría bien.

Pero, ¿cuándo había tolerado algo sin montar uno de sus espectáculos de macho alfa?

Salimos de la cafetería y volvimos a reunirnos con Reno. Una vez que nos adentramos en el vehículo, nadie dijo nada. Podía sentir la mirada fría del hombre de Ronald a través del retrovisor, pero en vez de darle importancia, dirigí la cabeza hasta el lado derecho que era donde se encontraba Ray.

—¿Tu chica? —pregunté, intentando no sonreír.

Éste se puso nervioso.

Se quitó el gorro de la sudadera y se rascó la nuca al recordar la forma en la que me etiquetaba Reno cuando hablaba con él. Su nuez de Adán se movió al tragar fuerte y me miró como un cachorro en busca de amor.

—Bueno...t-t-tú...—volvió a tartamudear—, y yo...estuvimos un ti-tiempo...

Cogí su mano.

—Tranquilo —besé su mejilla—, me gusta.

Reno se encargó de romper nuestro momento por segunda vez.

—¿Os acerco a un motel?

Gruñí.

Estaba convencida que Bloody y él se llevarían muy bien.

O no.

Tenían el mismo carácter.

Si Reno llegaba a jugar con Bloody, éste acabaría huyendo del país si sus intenciones eran seguir con vida. Así, que el nuevo hombre de Ronald, no tendría otra opción que bajar la cabeza

cuando el otro lo ordenara. Ese era el problema de tratar con Bloody, que podía ser divertido, pero en el trabajo era un tipo serio y duro que no se dejaría pisotear por nadie.

Miré una última vez a Reno, y sentí lástima por él.

Capítulo cuatro

Con Ronald en casa no esperaba escuchar los gritos de mi madre, pero fue lo primero que nos sobresaltó cuando cruzamos la puerta principal. Ésta le reclamaba todo el tiempo que había estado fuera mientras le mostraba todos los periódicos donde aparecía su rostro solitario sin el hombre que la lanzó al estrellato en su nueva carrera política. Su futuro marido se mantuvo cruzado de brazos esperando a que ella dejara de elevar la voz.

Al vernos aparecer, se disculpó con Moira y se acercó hasta nosotros después de haber besado los labios de la mujer que lo esperó furiosa en su hogar. Estrechó la mano de Reno y Raymond, se acercó hasta mí para darme un abrazo y me preguntó si me habían puesto al tanto de los últimos movimientos de mi padre.

—¿Ha estado en California? —le pregunté.

Seguí sus pasos hasta el despacho mientras que ignoraba el espectáculo que estaba dando mi madre mientras que se aferraba a una botella de vino y golpeaba el pecho de Reno porque le impedía avanzar hasta nosotros.

—Heriberto Arellano siempre ha estado comercializando con SDA. Cuando la policía te encontró, los fabricantes que distribuían esa droga le cerraron el grifo al mexicano —me pidió que me sentara—. Gael volvió al país en busca de otro distribuidor. Y lo ha encontrado.

Miré confusa a Ronald.

—¿No lo has detenido?

—No —dijo, acomodando los brazos sobre la mesa—. El dinero que utilizaba para pagar la farmacéutica era dinero de Arellano. Imagino, que el mío, estará en un lugar seguro y lejos de él.

Me encogí de hombros.

—Mi padre dijo que él tampoco lo tenía en su poder.

El rio.

—Porque lo dejó a tu nombre, Ratoncito —odiaba cuando utilizaba el mismo apodo que me puso su hija Shana—. Lo tiene él. Lo controla. Pero no puede acceder al dinero hasta que tú cumplas la mayoría de edad y le des la autorización que necesita para poder tocarlo con sus propias manos.

—A no ser que esté muerta.

Ronald agrandó los ojos.

—No dejaré que nadie te haga daño —me aclaró—. Has sufrido suficiente. Se acabó. Te lo prometo. Cuando tenga mi dinero, te daré una parte para que rehagas tu vida fuera de aquí. Lejos de tu madre, olvidando las mentiras de tu padre y dejando a un lado la prensa que te sigue diariamente.

Relató el sueño que llevaba siguiéndome por las noches desde hacía meses.

—¿Qué tengo que hacer?

—Todos están al tanto que tienen que seguir las ordenes de Reno y Bloody. Tú, querida Alanna, lo único que tienes que hacer...

Le corté:

—Ser el cebo —se me hizo un nudo en la garganta—. Ya estoy acostumbrada.

—No —soltó una fuerte carcajada—. Tendrás que adaptarte al papel que tu padre no supo interpretar. Serás Vikram cuando yo no esté. Lo que escuchen esos hombres salir de tu boca, serán mis órdenes. Si uno de ellos muere porque tú lo has elegido, serán mis manos las que habrán acabado con su vida. Si tienes que enfrentarte a Gael y olvidar que es tu padre, no olvides que seré yo quien cometa ese castigo, aunque no esté presente. Tú, Ratoncito, serás mi reflejo.

—Pero...

Era imposible.

Era una cría que lo había tenido todo sin hacer esfuerzo alguno.

No me escucharían.

Me odiaban sin conocerme.

Y, Ronald, lo que me estaba pidiendo, era algo que se me iría de las manos.

—Habrá algo que no permitiré, Alanna —se puso serio—. No podrás tocar a mi hija. Sé que te ha hecho daño, pero sigue siendo sangre de mi sangre —él siguió hablando, y yo me quedé helada ante aquella orden; Shana mató a Evie y me había vendido a Brasen después de drogarme. La odiaba. Ansiaba vengarme de ella. Y me estaban arrebatando aquel deseo—. Si alguien la mata, me lo cobraré con otra vida. ¿Lo has entendido?

Asentí con la cabeza.

Pero no lo tenía claro.

—Será mejor que hagas tu maleta. Te estaré esperando en el comedor —pasó su brazo por mis hombros—. Hablaré con tu madre. Esa bruja dejará de mirarte por encima del hombro. Te lo prometo.

Lo que me confirmaba Ronald es que estaba con mi madre por el interés de acercarse a nuestra familia para llegar lo más pronto posible hasta Gael y el dinero que perdió.

Me alejé de su lado y subí las escaleras. Cerré la puerta de mi habitación cuando me colé en el interior y rebusqué en los armarios hasta encontrar la ropa indicada para salir fuera de Sacramento. Llené la maleta encima de la cama y guardé en uno de los bolsillos el collar que me regaló Bloody el día que intimé con Ray.

«Bloody» —pensé en él.

Saqué la carta que me había entregado Ray y la abrí para leer una línea.

Ni tú misma creerás lo que estás a punto de leer. Eres una maldita cría.

Cogí aire y rompí aquella carta antes de terminar de leerla.

Estaba tan furiosa con él, que lo único que conseguían transmitirme sus palabras, era ira y rencor mezcladas con desesperación. Estaba segura que había escrito la carta sin acordarse de mi rostro, el tiempo que pasamos juntos y la forma en la que lo miré la última vez que estuvimos cara a cara. Bloody y yo solamente podíamos odiarnos.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos y le invité a pasar.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Ray.

Terminé de mover la cremallera y negué con la cabeza.

—Ya estoy preparada para salir de aquí —confesé—. ¿Adónde iremos exactamente esta vez?

Ray rio.

—Bloody nos estará esperando en Carson —al darse cuenta que la carta que me dio en la

cafetería se encontraba bajo mis pies y a trozos, se acercó preocupado—. ¿Qué ponía para que acabaras destrozándola?

Tiré bien lejos el uniforme escolar que llevaba encima, y terminé de vestirme con una chaqueta de cuero roja. Empujé la maleta fuera de la cama hasta caer contra el suelo.

—Nada interesante.

Alzó una ceja.

—Alanna...

—No la he terminado de leer —dije, esperando a que finalizara ahí nuestra conversación.

Cogió la maleta y salimos de la habitación para reunirnos una vez más con Ronald y su hombre de confianza. Ellos no se dieron cuenta que habíamos llegado al comedor, así que escuchamos parte de la conversación que mantuvieron.

—Es una bastarda —gruñó Reno—. Y, junto a Bloody, harán las cosas a su manera.

—Exacto —sonrió—. Porque yo se lo he pedido. Si no entiendes las cosas, Reno, será mejor que te marches. He confiado en ti, pero también puedo prescindir de tus servicios de matón. Tú eliges.

Reno miró por encima del hombro de su jefe y se encontró con mi curiosa mirada.

—Está bien.

Pasó por delante de él y siguió avanzando hasta detenerse delante de mí.

Sólo me miró.

No dijo nada.

Así que yo también opté por el silencio.

Salió de la casa sin despedirse de Ronald, mientras que yo hice lo contrario a él. Me acerqué para decirle que estaba preparada y que seguiríamos en contacto a través de nuestros teléfonos móviles.

—No olvides tu promesa.

¿La de mantener a Shana con vida?

Me costaría asumir mis propias palabras durante un tiempo.

—No le pasará nada a tu hija.

—Gracias, Alanna.

Volvió a rodearme con sus brazos y lo que hice yo fue darle un par de palmadas suaves sobre su espalda. Nos alejamos, y Ronald nos acompañó hasta la puerta para despedirse definitivamente de nosotros. Pero antes le dio unas indicaciones a Raymond del paradero de Bloody.

—¡Eres como tu padre! —La voz de mi madre me detuvo. Su prometido intentó detenerla, pero esta escupió con ira cada palabra—. Te convertirás en él. Tendrás tanto poder, que todas las promesas que sueltes, acabarán rompiéndose por el egoísmo y la maldad que conlleva ser Vikram.

Ray tiró de mí, pero lo detuve.

—¿De qué estás hablando?

Ella rio.

—Igual que tu padre.

Ronald la calló.

Le lancé una última mirada y dejé que se pudriera en su propia mansión. Me hizo daño. Quizás había llegado su momento para sentir lo que había sufrido yo cuando me vi sola y sin unos padres que jamás me transmitieron el amor que necesitaba una niña de mi edad.

Capítulo cinco

BLOODY

Monko se hizo cargo de entregarme las pocas pertenencias con las que llegué a la Prisión Estatal de Sacramento; mi ropa -sucia y llena de barro-, el casquillo de una bala, un bolígrafo, la servilleta arrugada de una cafetería y una fotografía que no tenía ni idea como había llegado ahí. Era de mi madre. Salía ella sola, con el cabello largo y mostrando una hermosa sonrisa que me hizo estirar los labios como en el retrato.

—¿De dónde ha salido?

—Vikram —no tardó en confesar—. Será mejor que le des la vuelta a la fotografía.

Y así hice.

Detrás tenía un mensaje.

En unos meses estará fuera. Primero te toca a ti mover ficha.

«¿Jugamos al ajedrez, Vikram? Porque si es así, espero que cumplas tu promesa antes de que mate a la reina del tablero que ambos conocemos con el nombre de Gael» —pensé, y la doblé para llevarla al bolsillo izquierdo de la camisa que me habían dado cuando me obligaron a deshacerme del uniforme. —«Con lo bien que me queda el naranja.»

Sonreí ante la estupidez que me dije mentalmente.

Pero tenía razón.

—¿Puedo irme? —pregunté, una vez que terminé de firmar todos los documentos que me tendió el carcelero.

—Hay una puta rubia esperándote fuera.

—Joder —exclamé, pensando en una persona en concreto.

Shana estaba tan loca, que quizás había escapado de México para recordarme que las cosas en realidad no habían cambiado para ninguno de los dos. Conociéndola, se plantaría ante mí para amenazarme con lo que más quería en este mundo; Nilia o Adda.

«Y Alanna» —pensé, sin quererlo.

—Exacto —sonrió Monko—. Una rubia para joder.

Pero me sentí tranquilo cuando la voz de la supuesta rubia, era la de un hombre. Una persona que conocía y que estaba al tanto que había vuelto para trabajar a mi lado y volver a traicionarme como en los viejos tiempos. Pasé por delante de Terence Junior y golpeé con fuerza su hombro.

Estuvo a punto de caer al suelo, pero se incorporó rápido. Me lanzó una mirada cargada de rabia e intentó detenerme.

Aparté la mano que posó sobre mí y deseé agarrarlo del cuello para dejarle las cosas bien claras. Podíamos llevar la misma sangre, pero dejó de ser mi hermano.

—Tienes suerte que no quiera volver a prisión.

Terence Junior vaciló.

—¡Vamos, hermanito! Se nota que te han cuidado muy bien —golpeó mi estomago con su puño. Al darse cuenta que no me hizo daño y que él tuvo que estirar y encoger los dedos un par de veces, siguió bromeando. —También veo que estás más fuerte.

—He tenido mucho tiempo libre en estos últimos meses —le recordé—. Así que pasaba tres o cuatro horas diarias en el gimnasio.

—¿Tres o cuatro horas?

—Depende de nuestra actitud. Había días que estábamos más tiempo en el patio y otras teníamos treinta minutos. Así que acababa haciendo media hora en el exterior y, dos horas y media ejercitándome en el zulo donde me encerraban cada día.

—¡Diablos! —y se arrepintió de haber soltado aquella expresión.

No tardó en seguirme. Salimos de la enorme Prisión Estatal de Sacramento y tuve un Déjà vu^[1]; viví ese momento cuando tenía dieciocho años, junto a Terence Junior. Y, una vez más, volvía a salir de la cárcel acompañado del hermano que quise perder de vista.

—Tenemos que hablar, Bloody.

—Lo dudo —solté, y miré a mi alrededor en busca de un taxi que pudiera acercarme hasta un motel para pasar la noche.

No pasó ningún vehículo.

—Es cierto que trabajé para Gael y Heriberto —confesó—, pero tengo el mismo derecho que tú a intentar sobrevivir.

—¿Sobrevivir? —repetí, un par de veces más—. ¿Traicionar a tu familia es sobrevivir?

—¿Nunca olvidarás lo de mamá?

—¡No! —grité.

Éste bajó la cabeza y se alejó de mi lado para acercarse hasta un *Toyota Hilux* negro que había aparcado a un par de metros. Sacó una bolsa de deporte de la parte trasera, y me la tendió aguardando silencio. La dejé caer al suelo y acomodé una rodilla en el asfalto para rebuscar en el interior. Encontré un juego de llaves y un viejo Samsung que empezaba a morir por la falta de batería.

De repente se iluminó el led delantero que había cerca de la cámara, para notificarme que había unos cuantos mensajes sin leer.

Bienvenido a la cárcel del exterior.

12:42 PM ✓ ✓

El kit de supervivencia es escaso,
pero te servirá hasta tu destino.

12:43 PM ✓ ✓

Gael se dejó las llaves de la vieja

base militar que utilizabais hace años
para esconderos.

12:44 PM ✓ ✓

Mi antiguo hogar.

El único zulo donde viví tranquilo los primeros años después de salir de prisión.

Quedaros ahí un tiempo hasta que consiga
vuestros pasaportes.

12:50 PM ✓ ✓

Por cierto, cuida de mis hombres.

Ellos te ayudarán a pasar la frontera.

12:51 PM ✓ ✓

¿Qué estaba insinuando? ¿Qué trabajaría con otras personas que no habían estado en mi equipo?

Y una mierda.

10:06 PM ✓

Fue mi respuesta.

Me saltó otro mensaje antes de que el móvil se apagara.

El mensaje no ha podido entregarse
al destinatario.

Vuelva a intentarlo más tarde.

10:06 PM

—¡Joder! —golpeé el suelo y me rasqué los nudillos hasta hacerme sangre—. ¿Tú sabías todo esto? —le pregunté a Terence. —¿Tenemos que trabajar con otros tíos que no conocemos de nada?

Asintió con la cabeza.

—La mayoría de hombres se fueron con Gael a México. No querían quedarse en Estados Unidos por miedo a que la policía los encerrara como te pasó a ti, hermanito.

—¿Quién se quedó?

—Bekhu, Dorel, Kipper y Raymond.

Habíamos perdido a Lulian y a Abaddon.

—¿Dónde está el nuevo —aguanté las ganas de reír —Raymond?

—Con su novia.

Clavé mis ojos en los suyos.

—¿Qué novia?

—Alanna —dijo, con malicia.

Me acerqué hasta el viejo vehículo y lo golpeé para que se acercara. Abrió la puerta, me dejó que me subiera y me acomodara en el asiento de copiloto y le di las instrucciones que esperaba escuchar.

—Llévame con ellos. Estoy deseando saludar a mi cielito.
Sonreí.

Capítulo seis

ALANNA

Reno se detuvo en Torrance para esperar a uno de sus compañeros. Un hombre sin cabello, de enormes cejas negras y ojos claros pero pequeños, se acomodó en el asiento delantero mientras que arreglaba su cazadora. Saludó a Reno con un ágil movimiento de cabeza y chocó su puño contra el de Raymond al darse cuenta que éste se encontraba detrás de él. Cuando dirigió la mirada hasta mí, no supe cómo actuar delante de otro desconocido que seguramente también mantendría con firmeza el apodo que me había puesto el idiota que conducía.

Pero no actuó como el otro. En ningún momento soltó la palabra «bastarda». Más bien, estiró el brazo y esperó a que estrechara su mano para presentarse.

—Mi nombre es Miklo —dijo, educadamente—. Mi padre trabajó con Vikram cuando yo era un niño de teta. Ahora que el viejo está muerto, me han dado esta oportunidad para convertirme en...

Reno atropelló sus palabras con su oportunismo.

—¿Un delincuente? —se mofó, entre risas—. Todos lo somos. El tío que está detrás, su chica y un servidor. ¡Enhorabuena!

Pero Miklo no tardó en contratacar.

—Si llevas unos días sin cagar, no nos jodas a los demás —se encendió un cigarro y nos ofreció uno a los demás; yo lo acepté. Me pasó el mechero, y al salir la llama lo encendí. —O llevas meses sin follar. Una de dos.

Ví de reojo la divertida sonrisa de Ray.

Así que a mí también se me escapó una.

—¿Te parece divertido? —me preguntó, mirándome por encima del hombro; y no literalmente hablando—. Seguramente tú eres la típica niña que seduce a los chiquillos de tu edad y te los follas sin importarte que éstos se enamoren de ti —hizo un extraño sonido con su lengua, burlándose de mí—. ¿Ya no es tan divertido?

No me callé.

—¿Tienes algún problema conmigo? —formulé mal la pregunta—. Odias a Gael. Pero, ¿qué tengo que ver yo con ese sentimiento?

Su respuesta fue:

—Lo mejor será que no escuches la respuesta.

—¿Por qué? —insistí.

Ray me pidió que no le hiciera caso, pero empezaba a cansarme. Desde que se cruzó conmigo, no dejó de burlarse o mofarse de mí por ser la hija de un traidor que robó al verdadero Vikram. Pero no lo permitiría. Bloody no me pasó por encima, ¿por qué iba a conseguirlo él?

—Miklo tiene razón. Si estás falta de cariño, date tú mismo placer.

Los otros dos rieron, mientras que Reno me lanzó otra de sus miradas llenas de ira. Arrancó el motor y se pasó todo el viaje a regañadientes. Bajé la ventanilla y saqué una de mis manos para desafiar las corrientes de aires que había en Carson. Seguí fumándome el cigarro que me dieron y esperé a que alguien rompiera el incómodo silencio que se formó en el interior del coche. Miklo optó por poner música. Cambió las emisoras de la radio hasta que se topó con una en la que estaban hablando de la salida de Darius Chrowning.

—Uno de los guardias de la Prisión Estatal de Sacramento nos informa que la salida de Chrowning ha sido algo tranquila y bastante basta para un delincuente como él. No han necesitado refuerzos...—cambiaron de emisora—. Estáis en la radio más escuchada de Carson. Como todos sabéis, hoy han liberado a uno de los secuestradores de la hija de la senadora Moira Willman.

Apagué el cigarro y lo tiré. No soportaba escuchar en las noticias como intentaban involucrarme en todo lo que estaba pasando entre Bloody o mi madre. Miklo siguió cambiando de emisoras hasta que se detuvo en una en la que ponían música country. Eché hacia atrás la cabeza y cerré los ojos para descansar un rato.

El viaje no duró demasiado. Nos detuvimos en una hamburguesería que seguía abierta a las doce de la noche. Reno encargó unas cien hamburguesas de un dólar y cien unidades más de patatas calientes. Nos las sirvieron en veinticinco bolsas que no tardaron en quedar en la parte trasera; entre Raymond y yo. El coche se encendió ante el calor que desprendía la comida rápida.

Nos dirigimos hasta las afueras de Carson y Reno detuvo el vehículo delante de un enorme terreno que daba la sensación de abandono. Había un edificio de una sola planta con una superficie de un 1.000.000 de hectáreas repartidas en módulos, campos de tiro, una iglesia y un enorme parking repleto de Jeeps negros bien aparcados en fila.

—Ahí están —anunció Miklo, señalando un punto en concreto. Sacó la mano fuera del coche y saludó a alguien—. ¡Hola! ¡Estamos aquí!

Miré a Ray.

—¿Con quién habla? —pregunté.

Antes de responder, me sobresalté al encontrarme a un hombre asomándose por la ventanilla. Ahogué un grito de pánico y miré temblorosa al individuo.

—Hola, niña —me saludó.

—¿Dorel?

Me mostró sus imperfectos dientes y removió mi cabello.

—¿Cómo estás?

—Bien —miré a los demás—. Muy bien, gracias. ¿Y tú? ¿No seguiste a mi padre?

Negó con la cabeza.

—Estaba cansado de sus órdenes. Nunca vi bien que te tuviera retenida con todos nosotros en contra de tu voluntad —abrió la puerta del coche y me ayudó a salir—. ¿Estás segura de querer hacer esto?

—No tengo otra opción, Dorel —caminé junto a él. Los demás nos siguieron—. Es la única forma de limpiar mi apellido antes de cambiarlo.

Su carcajada fue divertida.

—Eres una niña muy valiente.

Le devolví la sonrisa y seguimos caminando hasta lo que deduje que sería una base militar. Estaba abandonada, pero Dorel y los hombres que lo esperaban a la entrada, habían conseguido entrar sin forzar la cerradura.

—¡Vamos, mulato! —le gritaron.

Reconocí aquella voz.

Dorel se quejó:

—¡Soy negro, imbécil!

Detuve mis pasos.

—¿Estás bien, niña?

Miré los oscuros ojos de Dorel.

—Creo que sí.

Entonces entendió lo que estaba sucediendo.

—Te prometo que, si ese imbécil de melena rubia te molesta, le cortaré las pelotas y las colgaremos en el árbol de navidad que instalará Kipper. ¿Trato hecho?

Todos querían protegerme de Bloody.

Pero no llegaban a entender que estaba huyendo de él porque era lo más cobarde que podía hacer en el momento en el que estuviera a un par de pasos del hombre que metí en prisión.

Tragué saliva.

Cuatro metros.

Tres metros.

Dos metros.

«Maldición» —Pensé.

Un metro.

Y escuché su voz.

—Hola, cielo.

Capítulo siete

Silencio.

Es lo que hubo entre nosotros dos después de escuchar su voz ronca. Miró a Dorel y le hizo una señal a Bekhu para que ambos ayudaran a cargar las maletas y las bolsas que transportó Reno en el coche que le dejó Ronald. Me quedé a solas con Bloody y lo único que hice fue adentrar mis manos en los bolsillos del pantalón vaquero que vestía mientras que me obligaba a mirar sus enormes ojos azules. Éste intentó acercarse hasta mí, pero lo detuve cuando retrocedí. Tenerlo tan cerca, complicaba las cosas.

Había deseado tantas noches poder gritarle y reclamarle, que en ese momento que lo tenía delante, todas esas frases que memoricé en mi cabeza, se desvanecieron. Bloody mantuvo en todo momento su sonrisa. Ladeó la cabeza y me echó un vistazo rápido. Seguramente me veía más delgada, demacrada y con el cabello más largo que la última vez que nos vimos.

—Estás preciosa —dijo, como si me hubiera leído la mente y supiera que en ese momento no necesitaba escuchar todos mis defectos físicos—. ¿No vas a piropearme?

Él no había cambiado.

Acabó en prisión por mi culpa, y ahí estaba, bromeando o jugando a las provocaciones.

—Bloody... —conseguí decir su nombre.

Éste por fin rompió la distancia que había entre nosotros dos y se acercó hasta mi oído para susurrarme un par de palabras. Su lengua salió de su boca. Lo sabía porque no tardó en acariciar el lóbulo desnudo de mi oreja derecha.

—Puedes empezar diciéndome que me has echado de menos —rio, y me lo imaginé con esa sonrisa que solía dedicarme hasta cuando la muerte quería arrastrarlo junto a él y ahogarlo en el infierno por todos los pecados que cometió—. También puedes decirme que querías responder a mis llamadas, pero estabas muy ocupada con tu vieja vida. O, puedes besarme y, prometo no hacerte más preguntas.

El corazón se me aceleró.

—La carta —conseguí decir.

—¿La has leído?

Mi respuesta fue negar con la cabeza.

Pero cuando su lengua lamió mi oreja, sentí una ola de calor que hizo que mi cuerpo se sobresaltara.

Así que se lo dije verbalmente:

—No —mentí.

Bloody sopló la parte humedecida de mi piel.

—Qué lástima —se lamentó, y se alejó de mi lado para mirarme a los ojos. —Desnudé mi alma por primera vez en todos esos versos que escribí bajo mi puño y letra —se llevó las manos al corazón y fingió sentirse dolido. —No pasa nada. Además, mi editor censuró la palabra polla unas cien veces.

Su carcajada me heló la sangre.

Y lo agradecí.

Esa ola de calor que sentí, solamente podía significar ira y odio.

—Déjalo, por favor.

Supliqué.

«¿Dónde estás, Ray?» —pensé. Lo necesitaba a mi lado.

—Odi et amo —soltó Bloody.

No lo entendí.

—¿Qué?

—Ya lo entenderás —beso mi mejilla y se alejó de mi lado para colarse en el interior de la base militar.

Observé como adentraba sus manos en los bolsillos de sus enormes vaqueros, después de haber recogido su largo cabello. Caminó tranquilamente hasta que se detuvo para mirarme una vez más. Al darse cuenta que no le había quitado el ojo de encima, me sonrió y me guiñó el ojo.

—Estás ardiendo, bastarda —la voz de Reno me sobresaltó—. ¿Ése es Bloody?

—Sí —contesté, bajando la cabeza.

—Le hace falta un buen corte de pelo.

Zarandé la cabeza y busqué a Ray, el cual se encontraba empujando mi maleta. Quedamos los tres delante de las puertas de la base militar. Nadie dijo nada. Los demás no tardaron en colarse en el interior junto a Bloody, el cual abrió las puertas con unas llaves que sacó de una bolsa de deporte que llevaba colgada del hombro.

Pasó por delante de nosotros T.J, Miklo, Bekhu, Dorel, Kipper y otras personas que no conocía.

Hicimos lo mismo que ellos y nos detuvimos en el interior de uno de los módulos donde estaban las habitaciones, cocina, sala de estar y cuartos de baños. Bloody, mientras que esperaba que todos llegáramos, quedó delante de un pequeño espejo que había en el recibidor. Desató su cabello y se dio cuenta que las puntas sobrepasaban sus hombros. Bekhu se rio de él y Kipper no tardó en tirarle de los largos mechones dorados que le cubrían la camisa.

Una vez que cerraron la puerta, Reno quedó junto a Bloody y comenzó la pequeña reunión improvisada de bienvenida.

—Mi nombre es Reno —se presentó—. Soy la mano derecha de Vikram, el verdadero Vikram —miró a Bloody, el cual aguantaba las ganas de reír—. Mis compañeros son Miklo —fue apuntando uno por uno mientras los presentaba—, Veranha, Melvin y Tzion. Estamos aquí para recuperar el dinero que robó Gael Gibbs a nuestro jefe. Así que espero que todos trabajemos juntos sin problemas de por medio. Nosotros, las traiciones, las pagamos con muerte. ¿Alguna pregunta?

Bekhu, Dorel, Kipper e incluso Ray esperaron a que Bloody dijera algo.

—¿Reno? —se hizo él mismo la pregunta—. ¿Cuál de todos los renos de Santa Claus eres?

Todos rieron menos los compañeros de Reno.

Ante la seriedad, Bloody prosiguió.

—Está bien. Nuestro nuevo amigo no tiene sentido del humor —golpeó la espalda de éste y siguió con su discurso, o más bien, utilizando el de Reno como plantilla—. Mi nombre es Bloody. No soy la mano derecha de nadie porque todos sabemos que es la mano que utilizamos las personas para limpiarnos el culo después de cagar —la risa de Kipper estalló tan fuerte, que una de las mujeres que había junto a nosotros, se tuvo que apartar de él—. Las putitas que suelen

acompañarme son Kipper, Dorel, el viejo Tartamudito conocido actualmente por Raymond y Bekhu. Las guerreras que van a mil pasos por delante de nosotros son Alanna y Jazlyn.

Busqué a la última mujer que mencionó.

Bloody se dio cuenta.

—No te pongas celosa, cielo —rio—. —¡Se me olvidaba! —alzó un dedo—. Nosotros tenemos mascota. Se llama Terence Junior. Por favor, no le deis nada de comer a partir de las doce de la noche. O habrá problemas. Son de los que cagan por todo el suelo o de los que te traicionan si encuentra un nuevo dueño.

T.J le dio la espalda y salió de la reunión para buscar una habitación donde descansar.

—Entonces tendrás que matarlo —le aconsejó Reno.

—No —respondió Bloody—. Soy de los que creen que cada uno se cava su propia tumba. Pero —le plantó cara a Reno—, como me toques la polla, te mato.

Reno no dijo nada más.

Jazlyn, la mujer de cabello rizado y corto color violeta, le pidió al resto del grupo que la siguieran para organizarlos en las habitaciones que había en el módulo. Hicieron una fila y empujaron sus petates mientras que comentaban los discursos de los dos jefes que teníamos para guiarnos hasta Gael.

Sostuve mi maleta y seguí los pasos de Ray, pero una mano me detuvo.

—¿Cómo me has visto? —preguntó, relamiéndose los dedos—. ¿Sería un buen presidente?

—Lo dudo, Bloody.

—¿Por qué? —agrandó los ojos.

—Le has declarado la guerra a Reno.

Éste rio.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo.

Pasó uno de los mechones de mi cabello por detrás de la oreja, se acercó a mi rostro y cuando pegó su frente sobre la mía, siguió hablando.

—Cierto. Le he declarado la guerra —se mordisqueó salvajemente el labio—. Así que declararé la paz cuando ese hijo de puta deje de llamarte bastarda.

¿Cómo lo sabía?

—¿Qué?

—Ya me has escuchado.

Intentó alejarse de mí, pero atrapé rápidamente su muñeca.

—¿Cómo lo sabes? Tú no estabas en ese coche...—callé—. Ray.

—Sí, cielo, Raymond —su sonrisa se esfumó como el humo que dejaba escapar de mis labios cuando prendía un cigarro—. Reno de Santa Claus debería tener cuidado conmigo. Soy de los que queman. ¿Verdad, Alanna?

Tocó mi mejilla y se alejó de mi lado.

Saqué mi teléfono móvil y observé mi rostro a través de la pantalla del iPhone. Me había sonrojado y el muy idiota aprovechó para decírmelo con el fin de humillarme. No quería que me protegiera. Yo misma callaría la boca de Reno.

Llamaron a la puerta. Dejé de mover la ropa que tenía sobre la litera y me acerqué para abrir. Inmediatamente me lancé sobre el cuello de Ray cuando me encontré con él. Sentí sus manos bajo mi espalda y empujé nuestros cuerpos al darme cuenta que estaba solo. Antes de que bajara su rostro para besar mis labios, lo detuve. Acomodé mi dedo índice sobre su boca y alcé una ceja.

—¿Tu chica?

Ray suspiró y alzó la cabeza para clavar sus alargados ojos hasta el techo.

—¿Seguirás torturándome?

—Es divertido —toqué su cabello, que estaba más corto que la última vez—. Tú dirás.

Aparté mis brazos de su espalda, pero seguía con mi pecho acomodado sobre el suyo. Acarició mi nariz con la suya y dejó que las palabras fluyeran sin presión. No volvió a tartamudear.

—Está bien —sonrió, dulcemente—. Quizás haya vacilado sobre una posible relación con una chica muy guapa, pero con muy mal genio.

Golpeé sin fuerza su pecho.

—¿Carácter duro?

Alcé una ceja.

—¿Guapa, lista y escurridiza?

—Eso está mejor —le di el aprobado.

Ambos reímos.

Me meció entre sus brazos mientras que seguimos paseando por la habitación. Sus labios bajaron hasta los míos y cerré los ojos al sentir la presión de su boca. No tenía pensado apartarme de él, así que abrí mis labios y me encontré con su húmeda lengua que salió para recibir la mía. Jadeé.

Las caderas de Ray me empujaron, mientras que su miembro, que se endureció ante el pequeño mordisco que solté a su lengua, presionó mi vientre bajo sus suaves y sedosos pantalones de pijama.

Creí que acabaríamos tendidos sobre la cama, pero no sucedió.

Volvieron a llamar a la puerta y no nos quedó de otra que separarnos mientras que intentábamos calmar nuestros desesperados labios.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, con una sonrisa maliciosa.

—Como en los viejos tiempos —susurré.

—¿Qué? —preguntó, un Bloody confuso.

Me encogí de hombros.

—¿Qué quieres, Bloody?

Éste se coló en el interior de la pequeña habitación y le pidió a Jazlyn que hiciera lo mismo. La mujer se detuvo detrás de él y dejó en el suelo la mochila que cargaba detrás de la espalda. Miró las cuatro paredes y echó un último vistazo a la litera que había en uno de los tantos zulos que podía encontrar en la base militar.

—Jazlyn será tu compañera de habitación.

Raymond no se lo esperaba.

Pero yo sí.

—¿Y tú? —le pregunté, acercándome hasta él sin detenerme—. ¿Con quién dormirás?

—Solo —fue su respuesta, rápida y directa—. Vamos, Raymond, será mejor que las dejemos descansar.

—Espera —dije, atrapando la camiseta de tirantes de Raymond—. ¿Dónde dormirá Ray? Se supone que no tenemos que dormir solos, ¿no?

—¿Quieres dormir con él? —contrató Bloody.

—Sería lo normal.

Por un momento me olvidé de Jazlyn y de Raymond mientras que Bloody y yo seguíamos discutiendo como de costumbre.

—¿Lo normal?

—Sí —insistí—. ¿Cuál es el problema?

Soltó una carcajada.

Golpeó una de las paredes y volvió a acercarse hasta mí para decirme cuál era el problema que lo torturaba.

—Qué dormiré ahí al lado —tocó el puente de mi nariz con sus dedos—. Eso significa que no quiero escuchar jadeos por la noche mientras que duermo plácidamente. ¿Lo entiendes?

Negué con la cabeza.

—No. Explícamelo de nuevo.

Estaba enfureciendo a Bloody. Cruzó los brazos bajo el pecho y ladeó la cabeza mientras que miraba por encima de mi hombro. Yo hice lo mismo y ambos encontramos el collar que me regaló, pero lo evitamos. Ninguno de los dos sacó el tema.

—No quiero escuchar como tu novio te folla mientras que hacéis el misionero^[2] —miró a Ray y se burló de él para no perder la costumbre—. Si os portáis bien, quizás os regale el Kama-Sutra para que aprendáis posturas nuevas. ¿Qué te parece?

Imité su postura.

Alcé mis brazos para cruzarlos bajo mi pecho y lo miré sin pestañear; aunque me dolieron los párpados.

—¿Qué te parece si dejas de jugar con tu lengua y te la metes por el trasero?

Así habíamos sido nosotros dos desde el día en que nos conocimos.

Uno decía una cosa y, el otro desesperadamente, intentaba superarla.

Bloody soltó una fuerte carcajada.

—Y, ¿quién me ayudará? ¿Tú?

—¿Chicos? —Intentó interrumpirnos Ray.

Pero fue ignorado.

—Quizás —dije, dando un paso más hacia delante—, pero te la tendré que cortar para facilitar el trabajo.

—Me parece una buena idea. ¿Puedo elegir el arma?

—Adelante.

Otro paso.

Toqué sus botas con mis pies descalzos.

—Deberías utilizar tus dientes —mostró los suyos un instante—. Si me duele y sangro, me pondrá más cachondo. Tú me conoces, cielo. Es mi juego favorito.

Tenía razón.

Como el día que le disparé.

Se estaba desangrado, y no dejó de decir estupideces.

Pero nuestro juego terminó al recordar a Evie.

—O puedo matarte, cortarte un brazo, vendérselo a un maldito pederasta y después enterrarte

mientras que la loca de mi ex me graba como oculto tu cadáver —solté, con todo el dolor que guardé en medio año. Bloody se rindió. Intentó salir de la habitación, pero mi voz lo detuvo—. ¿Huyes? ¿No tienes nada que decir?

Sabía que estaba tragando saliva porque un golpe como ese nadie lo podía ver venir.

Raymond me devolvió a la realidad. Ayudó a Jazlyn a acomodar la maleta sobre el armario que había al fondo de la habitación y se disculpó con ella ante el mal rato que pasó al verme discutir tontamente con Bloody. Salimos los tres del cuarto para que la mujer pudiera descansar, y Ray nos enfrentó a ambos.

—Tenéis que hablar o uno de los dos matará al otro de verdad.

Estaba furioso, y eso era extraño viniendo de él.

—Estaré fuera —dijo Bloody—. Si quieres hablar, te esperaré.

Ray asintió con la cabeza y esperamos que desapareciera. Cuando nos quedamos a solas, no tardó en presionarme para que aceptara su invitación.

—¿Me darás un arma? —pregunté, sarcásticamente.

Porque sí, realmente había veces que deseaba matar a Bloody.

—¡Alanna!

Suspiré.

—No es fácil.

—Lo sé —entrecerró los ojos—, pero para él tampoco.

—Y, ¿qué quieres que haga?

—Qué lo escuches.

—¿Escucharlo? —repetí.

—Él tiene su versión. Shana y Gael te mostraron la parte mala de la historia —besó mi mejilla—. Inténtalo, por favor.

Le di la razón para que me dejara en paz, y no volvió a la habitación hasta que me vio salir fuera. Una vez que mis pies tocaron la arena, busqué vagamente la silueta de Bloody. Se encontraba junto a una de las farolas que nos daban algo de claridad por la noche. Estaba fumándose un cigarro mientras que estaba cabizbajo.

—Te escucho —rompí el silencio.

Tiró el cigarro al suelo y lo apagó con su bota negra.

No me miró a los ojos cuando me contó la historia desde su punto de vista.

—Shana me pidió que bajara al sótano exterior de la propiedad. Le hice caso porque no me fiaba de ella. Cuando bajamos, me di cuenta que tenía una chica que se parecía a ti —le tembló la voz, y me puso el vello de punta—. Ella jugó con mis sentimientos. Me hizo creer que esa chica eras tú. Así que sacó un arma y, cuando intenté detenerla, fue demasiado tarde. Le voló la cabeza y la mató bajo mi atenta mirada.

Cerré los ojos.

Sentí como mis lágrimas recorrieron mis mejillas.

—No te mentaré, Alanna —intentó acercarse a mí, pero fui yo quien lo esquivó y se alejó en aquel instante—. Sentí paz cuando me di cuenta que la adolescente que había atada en una silla y muerta, no eras tú. Sé que tardarás en perdonarme —su mano alzó mi rostro—, pero te prometo que lo hice para protegerte. Shana me amenazó. Me dijo que te mataría.

—¿¡Protegerme!?! —grité.

—Sí —limpió mis lágrimas—. No quería perderte.

Ante su confesión, obtuvo silencio.

Bloody siguió hablando:

—Enterré a Evie porque era la única manera de acabar con tu sufrimiento, la mentira de Shana y las pesadillas que estaba teniendo.

—¿Cuándo? —tragué saliva. — ¿Cuándo tenías pensado decirme la verdad? Yo confíé en ti, y lo que hiciste tú, fue jugar al retorcido plan de Shana y mi padre. Lo peor de todo, es que temí a que llegara este momento. Y tengo miedo a que me digas que estarías dispuesto a guardar silencio para siempre. —Volví a preguntárselo de nuevo—. ¿Me lo habrías dicho, Bloody?

—¡Por supuesto, cielo! Pero una vez que estuvieras a salvo.

Le di la espalda.

—Evie no merecía morir.

—Lo sé —su mano acarició mi cabello —, pero tú tampoco. Es algo que no hubiera permitido.

Me froté los párpados con los puños y le pedí un favor a Bloody.

—Déjame sola, por favor.

—Alanna...

—Necesito asimilar todo lo que me has dicho.

Se alejó de mi lado y se acercó hasta la puerta para refugiarse del frío. Pero antes de colarse en el interior del módulo, me dijo algo más.

—Te he echado de menos.

El golpe de las puertas cerrándose me empujó a que dijera algo que Bloody no llegó a escuchar.

—Y yo he pensado en ti.

Por supuesto que estuvo en mi cabeza incluso cuando era algo prohibido. Si tenía que contar las veces en las que vi su rostro contra el de Ray, él ganaba definitivamente.

Bloody estaba constantemente en mis sueños, pesadillas y cuando estaba despierta.

Una vez que conseguí la verdad...no sabía que excusa encontraría para seguir odiándolo. Necesitaba alejarme de él. Era lo mejor para los dos.

Si él no sufría, yo tampoco lo haría.

—¡Joder! —grité, con lágrimas en los ojos.

¿Qué habría pasado entre nosotros dos si nunca me hubiera mentido?

Fácil.

«Lo desearía»—sonó la respuesta en mi cabeza.

Capítulo ocho

Jazlyn se encontraba acomodando su ropa en el interior del armario. Cuando terminó, ocupó la cama de arriba y apagó la luz. Yo intenté cerrar los ojos, pero no podía dormir. Seguí pensando en Bloody.

—¿Raymond y tú estáis juntos? —preguntó Jazlyn de repente. Solté un débil sí—. Hacéis buena pareja. Pero yo creía que en realidad mantenías una relación con Bloody.

—¿Nosotros? —reí—. Sería imposible. Ya lo has visto —recordé la discusión que tuvimos delante de ella—, no nos soportamos.

La chica rio y se movió para asomar su cabeza y mirarme fijamente.

—¿Estás ciega? Ese tío pierde la polla por ti.

—Ese tío —seguí con su frase —pierde la polla por cualquiera.

—¿Puedo darte un consejo?

Me encogí de hombros. En realidad, deseaba más quedarme dormida que recibir un consejo de una desconocida que acababa de cruzarse en mi vida.

—Quédate con el que no tenga miedo a perderte.

¿Qué clase de consejo me había dado?

Escondió la cabeza y siguió moviéndose sobre la cama hasta que se quedó dormida. Su suave respiración, acompañada y tranquila, sonó por toda la habitación. Yo cerré los ojos, pero no funcionó.

—Bloody sólo busca sexo —susurré.

—Entonces fóllatelo.

Me sobresalté al escuchar su voz.

—¿No estabas dormida? —pregunté.

—¿No decías que estabas con Raymond?

Gruñí.

Pero en el fondo tenía razón.

—Busco razones para odiarlo —confesé.

—¿Y no hay razones para amarlo?

Tragué saliva.

Jazlyn dijo por última vez:

—Tengo el sueño ligero —y volvió a quedarse dormida.

No tardé en reunirme con los demás en la enorme cocina que había en la base militar. El bando de Reno, se encontraba aislado del resto de los integrantes para que nadie escuchara sus conversaciones; así que optaron por mover un par de mesas y arrinconarse en uno de los costados de la sala. Me acerqué hasta las personas que conocía y saludé a Ray con un beso en los labios. Al separarme de él, me di cuenta que Bloody lo había visto.

Después de la conversación que mantuvimos la noche anterior, me obligué a no tener ningún

tipo de conflicto con Bloody hasta que encontráramos a mi padre. Así que me acerqué hasta él y le tendí el brazo para que aceptara mi mano como gesto de paz. Éste elevó graciosamente una de sus cejas y me mostró su mejor sonrisa después de acomodar sus labios en la taza llena de café que había sostenido desde el momento en el que entré a la cocina.

—Vamos —insistí, agitando la mano.

Al parecer, la dura conversación que mantuvimos, la olvidó.

Bloody suspiró y dijo:

—Si sigues agitando la mano pensaré que después del «vamos» sigue algo relacionado con la masturbación —se ahogó con su propia risa. Tocó su cabello y, al darse cuenta que no le seguí el juego, endureció el rostro—. No te entiendo, cielo.

—Es mi forma de acabar con esta guerra que hay entre nosotros dos.

Asintió con la cabeza.

—Me parece muy bien —sonrió, y se aproximó hasta mi rostro para susurrarme uno de sus secretos—, pero yo las guerras las culmino en la cama. ¿Es lo que quieres? ¿Venir conmigo a la habitación? Tengo que confesarte que me he levantado bastante caliente. Llevo tantos meses sin tener sexo...

—Bloody —le corté.

Pero siguió.

—...que estaría dispuesto a secuestrarte una vez más para tener tu mano en mi polla.

Había sido una estupidez intentar una conversación normal con él. Así que le di la espalda y cogí aire para no golpear ese rostro que solía tener más cerca de lo normal. Conté hasta veinte y, cuando su dedo recorrió mi espalda, volví a clavar mis ojos en los suyos.

Necesitaba algo de él y esperaba que no me lo negara.

—Me he quedado sin cigarrillos —dije, y arrastré mi cabello detrás de la oreja—. ¿Te quedan besos de buenas noches?

Traduje la risa de Bloody como un sí.

—¡Ay, cielo! ¿Qué haré contigo? Me rechazas, destrozas mi corazón y te acercas a mí para que te proporcione algo de marihuana —dejó la taza sobre la mesa y se rascó la nuca—. No sé cómo decirte esto..., pero prefiero que dejes de fumar.

—¿Qué?

—Es por tu bien —bajó su humor y se puso serio—. Estás pálida, se nota que has perdido peso y desde que has llegado no has comido nada. Si realmente quieres hacer este viaje con nosotros, empieza a cuidarte o yo mismo le pediré al nuevo Vikram que te mantenga al margen del trabajito que nos ha pedido.

—Nunca me harías algo así.

—En realidad sí —confesó—. Si no eres capaz de cuidarte tú sola, alguien lo tendrá que hacer por ti —besó mi mejilla—. Buenos días, cielo.

Y salió de la cocina, dejándome con la última palabra en la boca.

Acabé fuera para no discutir con nadie más. Desde que había llegado a Sacramento, me alimenté a base de galletas digestivas, vasos llenos de café con leche sin lactosa y todo el tabaco que pudiera

conseguir. Bloody, al verme tan nerviosa, creyó que dependía de besos de buenas noches, pero desde que me alejé de él, no fui capaz de conseguir marihuana. Y cuando me decidí en pedirle un poco de hierba medicinal, soltó el típico discurso que te soltaría alguien que te quiere. No era su estilo. Así que pasé de él.

Me detuve delante de un enorme árbol que había cerca de la valla que rodeaba la base militar, y lo golpeé con mis zapatillas. No retuve los gritos y dejé que estallaran al salir de mis labios.

Estaba furiosa. Básicamente, no quería que nadie se acercara hasta mí. No con el carácter de perro rabioso con el que me levanté.

Asumir que estaría cerca de Bloody, que mi corazón empezó a perdonarlo, me estaba jugando una mala pasada. Mi cabeza decía una cosa, pero mis sentimientos luchaban en una batalla absurda.

«Atracción» —pensé.

Ese era el problema. Me sentía atraída por un tipo duro, que mantenía el carácter rebelde de los personajes de mis series favoritas y tener dieciocho años me empujaba a cometer locuras.

—¡Pues no! —grité—. Con él no.

Unos brazos me rodearon la cintura, y antes de que lo golpeará por detrás, su perfume masculino me dio la persona del individuo que se tomó la molestia en seguirme para ver cómo me encontraba. Acomodé mis manos sobre las suyas y las acaricié; a diferencia de Bloody, las manos de él eran más suaves y ni siquiera tenía heridas entre los dedos.

Raymond era más pacífico. No se peleaba si no tenía la necesidad de tener que defenderse o cubrir a alguno de sus compañeros si estaban metidos en un lío. Lo miré por encima del hombro y le devolví la preciosa sonrisa que marcó en su rostro.

Acomodé mi cabeza sobre la suya, y me sentí feliz por él; se sentía libre, sin la necesidad de esconderse del ojo humano. Ganó confianza desde que estuvo en México, y regresó más fuerte que nunca.

—Estás diferente —susurré.

Él rio.

—¿Más feo? Te prometo que no me he hecho ningún retoque estético.

Enlacé mis dedos con los suyos, reteniéndolo a mi lado. Acarició mi mejilla con su corta barba y dejó un beso que no tardó en mover hasta mi boca.

—Más valiente —confesé.

Ray suspiró.

—Se acerca una guerra —nos miramos—. No puedo caer, Alanna. Me necesitan.

—Lo sé. Y por eso estamos todos juntos, ¿no?

Seguimos un rato de pie, observando las grandes nubes que paseaban por el cielo azul. Mantuvimos el silencio mientras que seguíamos abrazados bajo la atenta mirada de cualquier persona que decidiera pasar por el jardín. Cuando uno de ellos fue T.J, entonces le pregunté a Raymond cómo había ido el viaje a México.

—¿Te trataron bien?

—Sí —dijo convencido—. Me llevaron a un salón recreativo.

Con su sonrisa pervertida lo dijo todo.

Pero noté que no estuvo cómodo.

—¿Conociste a Rei?

Me acordé del mellizo de Diablo. Antes de que le perdiera el rastro la noche en la que desapareció junto a Ray, me pidió unas horas antes que salvara a su hermano. No estuve al tanto

de lo que había pasado con la familia Arellano, salvo que le abrieron las puertas a mi padre hasta el día que éste pudiera devolverle el favor económicamente.

—Sí.

—¿Sufre la misma enfermedad que su hermano?

Sentí curiosidad.

—No.

—¿Es rara?

—Qué va.

Sus respuestas eran muy breves. Algo extraño en él desde que nos habíamos encontrado de nuevo después de todo el tiempo que pasó. Al verlo nervioso, opté por guardarme las preguntas para mí.

Solté una de sus manos y la subí para acariciarle la barbilla.

—Ahí está Reno —dijo, señalando con la cabeza.

Y miré hasta el lugar en el que indicó la presencia del tipo que me llamaba bastarda.

Caminaba nervioso. Mantenía una mano en el bolsillo de sus pantalones negros, mientras que con la otra sostenía un viejo teléfono móvil. Su cabello oscuro estaba despeinado. Era un tipo alto, delgado, pero fuerte. No le hacía falta hacer ejercicio para estar en forma. Seguramente tenía la edad de Bloody, o un par de años más que él. Sus ojos, marrones almendrados, se solían clavar en los míos para no buscar más detalles en mi rostro. Pero yo sí lo hice. Tenía la nariz plagada de pecas. Pequeños salpicones que le hacía lucir un tono de piel más moreno del que solía tener en sus brazos.

Miró por encima del hombro, y al darse cuenta que lo habíamos visto, salió con pasos acelerados hasta perdernos de vista.

—Es muy raro.

Raymond me dio la razón.

—Ni siquiera intenta conocernos —se alejó de mi lado, y quedó delante de mí—. Tendremos que tener cuidado con él. Sobre todo, si Bloody intenta buscarle las cosquillas al tipo raro.

Golpeé su pecho.

—Cuida tú de Bloody.

—¿¡Qué!?! —se alarmó.

Reí.

—Puede que le haya perdonado —y puntalicé—: ¡Más o menos! Pero no pienso cuidar de un niño adulto.

Suspiró y se llevó una mano a la cabeza desesperado.

—Es gracioso, pero Bloody solo te escucha a ti.

—Eso no es cierto.

—Entonces tú tampoco le haces caso a él cuando te da buenos consejos.

Solté una fuerte carcajada, y al darme cuenta que iba en serio, aflojé los labios y lo miré confusa.

—En la cocina te espera una tortilla francesa —besó mi mejilla—. Bon appétit.

«¡Genial!» —pensé—. «Ambos se han puesto de acuerdo para vigilarme.»

Así que no me quedó de otra que seguir con su juego. Me alimenté para que se sintieran tranquilos, y paseé por la base militar conociendo los rincones donde estuvieron los chicos viviendo junto a mi padre los años que éste estuvo fuera de su hogar. Cuando nos cayó la noche, pasé por delante del baño y cometí un error al entrar sin llamar a la puerta.

Me disculpé, y Bloody me detuvo.

—Dame cinco minutos y lo dejo libre.

En realidad, estaba ahí para recogerme el cabello antes de meterme en la cama. Dormía más tranquila sin tener todos esos mechones envolviéndome la cabeza cada vez que me movía.

Él estaba sentado en una especie de taburete, sosteniendo unas tijeras y tirando de su cabello.

—¿Un cambio de look?

—Me molesta tener el pelo tan largo —confesó—. ¿Me ayudas?

—Yo...—me excusé.

No me atreví a cortarle el cabello a nadie, porque nunca lo hice. En mi mundo, íbamos a peluquerías para no experimentar.

Pero en el suyo, daba igual lo hermosa que pudieran dejarte en un centro de belleza, lo que importaba era tu personalidad y la forma en la que ayudabas a los demás.

—Es dejarlo sobre los hombros —insistió—. ¿Por favor?

Acabé aceptando.

Recogí las tijeras y quedé detrás de él para cortar las puntas de su cabello rubio. Iba dejando que el pelo cubriera el suelo, mientras que Bloody no me quitaba el ojo de encima, observándome a través del espejo.

—No está quedando tan mal —confesé, riendo.

Éste pasó las manos por detrás de su cuerpo, y rodeó mis piernas para que no me alejara.

—¿Has pensado en mí?

Su pregunta me puso nerviosa.

El corte ya no estaba quedando recto.

—Bloody...

—Es una pregunta sencilla, cielo.

Bajé la mano y la dejé descansar sobre su hombro desnudo.

No le mentí.

Me armé de valor y se lo dije:

—Sí.

Me liberó de sus brazos, se levantó del taburete y me arrinconó en el baño. Respiré con dificultad al tener su boca cerca de la mía. Sus labios brillaron cuando dejó pasear su lengua por el exterior de la boca.

Cerré inocentemente los ojos al sentir sus dedos tocando mi piel. Y, de repente, me besó. No luché contra su boca. Más bien, colaboré a que nuestros labios se unieran y siguieran besándose.

Jadeé al notar su mano tirando del pantalón de mi pijama.

—Yo también te he echado de menos.

Temblé.

Lo miré un instante, y seguimos besándonos.

«He caído» —pensé. «Tienes que detenerlo.»

Y lo conseguí.

Luché contra el deseo y escapé de Bloody.

Capítulo nueve

No esperé que fuera capaz de abandonar el cuarto de baño para seguir mis pasos. Una vez que me alcanzó, sus dedos rodearon mi muñeca y me obligó a detenerme. No podía mirarlo a los ojos, pero tampoco era capaz de olvidar que correspondí al beso con la misma pasión que empleó él a la hora de unir nuestras bocas. Cerré los ojos y dejé que susurrara mi nombre hasta que se cansara. Aunque ese era el problema de Bloody, que no parecía cansarse de mí.

«No sigas» —supliqué, mentalmente.

Acomodó su pecho desnudo detrás de mi espalda y sentí como sus manos apartaban mi cabello con delicadeza. Su barbilla descansó sobre la coronilla de mi cabeza y cerré los ojos cuando sus dedos alcanzaron la tela de mi camiseta. Se detuvo en el borde del escote, y no tardó en seguir bajando por mis pechos.

—Bloody —gemí.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó, depositando un cálido beso en mi cuello—. Ambos sabemos que no, cielo.

Y tenía razón.

Al darse cuenta que no protesté, se tomó la libertad de quitarme la camiseta y dejarme únicamente en sostén en medio del pasillo donde nos habíamos detenido. Jugó con las tiras de la prenda interior, y mordisqueó el lóbulo de la oreja para ponerme la piel de gallina.

—Te deseo, Alanna.

Cerré los ojos y dejé que su voz aterciopelada siguiera acariciando mi piel mientras que sus manos seguían recorriendo mi cuerpo. Se quedó enganchado en el botón del pantalón, y antes de liberarlo, tiró con fuerza para adentrar su enorme mano en busca del calor que le podía dar las bragas que llevaba puestas.

—Bloody —dije, deteniéndole por la muñeca. No me hizo caso. Su dedo no tardó en pasear por mi vagina en busca del clítoris. Tragué saliva y dejé que lo siguiera moviendo. Había perdido el poco control que me quedaba con él. Yo también lo deseaba, el problema era la cobardía. Prefería tocar el cuerpo desnudo de Bloody en mis sueños, antes que hacerlo despierta—. No te detengas.

—No lo haré —gruñó.

Sacó la mano y giró bruscamente mi cuerpo para unir una vez más nuestras lenguas. Nos besamos hasta sangrar. Su lengua, escurridiza e inquieta como otras partes de su cuerpo, se coló entre mis labios para hacerme temblar entre sus brazos. Alzó mi cuerpo y rodeé su cintura con mis piernas. No tardé en enredarme en su cabello mientras que seguía perdida en su boca.

—Fóllame.

—Toda la noche —finalizó él.

Podía sentir su duro miembro acercándose hasta mi sexo húmedo. Lo único que le faltaba era desnudarme de cintura para abajo. Eché hacia atrás la cabeza, pegándome contra el muro, y esperé a que sus manos siguieran jugando con mi cuerpo. No quería que se detuviera. Por mi

cabeza ni siquiera pasó la idea de detenerlo y huir una vez más del hombre que necesitaba que me hiciera suya.

Grité su nombre.

Había pasado una de sus manos por detrás de mi trasero para poder sostenerme mientras que enterraba uno de mis pechos en el interior de su boca. Mordisqueó el pezón sin compasión, y presionó un poco más sus dientes al darse cuenta que mis gritos eran de placer.

—Eres mía.

—Sí —me dejé llevar—. Soy tuya.

Me dejó en el suelo para quitarme los pantalones. Intenté ayudarlo, pero no me dejó. Destrozó la última prenda que cubría mi cuerpo, y cuando quedé completamente desnuda ante esos enormes ojos azules que no dejaban de mirarme, giró mi cuerpo para dejarme cara a la pared mientras que me preparaba para recibir su miembro.

Sus manos abrieron mi trasero y me obligó a inclinarme un poco hacia abajo para penetrarme. Sin protección, su miembro se adentró en mi vagina para robarme más de un gemido. No detuvo sus movimientos de cintura y, cuando lo hacía, era yo quien marcaba el ritmo para seguir sintiéndolo duro y cálido dentro de mí.

—Mía —soltó, posesivamente—. Mía —jadeó—, y no de Raymond.

Llevé inmediatamente mis manos detrás de mi espalda y lo detuve.

—¿Qué...has...dicho?

Me había quedado sin aliento.

Al mirar por encima del hombro, me encontré la picarona sonrisa de Bloody.

—Olvidate de Raymond.

Abrí los ojos y empecé a gritar al darme cuenta que había tenido un sueño erótico donde Bloody era el protagonista. Me llevé las manos al corazón y me dio la sensación que en cualquier momento se me saldría del pecho. Quedé sentada sobre la cama mientras que intenté borrar de mi cabeza todas las imágenes que se quedaron grabadas en mi mente. Cada vez que abría los ojos, veía a Bloody desnudo acercándose mientras me susurraba que era suya.

—¡No!

La puerta de la habitación se abrió y no esperé encontrarme a Raymond acompañado de la persona que ocupaba parte del protagonismo en los sueños que estaba teniendo últimamente. Bloody se coló en la habitación. Sostenía su arma y miró todos los rincones antes de acercarse hasta mí.

—¿Sucede algo?

Tragué saliva.

—No.

No quería mirarlo a los ojos.

Las mejillas me ardían.

—Y, ¿por qué gritabas? —preguntó, confuso.

Busqué el apoyo de Ray. Al darse cuenta que lo estaba buscando con la mirada, se acercó hasta mí y se sentó a mi lado para abrazarme. Hundí mi rostro en la curva de su cuello y respiré el suave y cítrico perfume que había rociado en su piel.

—¿Alanna? —insistió Bloody, a regañadientes.

Le respondí porque necesitaba perderlo de vista.

—He tenido una pesadilla —confesé, con la voz entrecortada.

Alcé un poco el rostro y volví a esconderlo al cruzarme con su mirada.

—¿Segura?

«¡Cállate!» —pensé.

—Sí.

Detuvo el interrogatorio de preguntas y bajó el arma. Raymond me preguntó si quería que me quedara, y asentí con la cabeza. Aferré mis dedos en el pijama de él y cerré los ojos para quedarme dormida y olvidar todo lo que había pasado.

—Vete a dormir, Bloody —Ray le invitó a salir fuera de la habitación educadamente—. Me quedaré con ella hasta que se tranquilice.

Bloody no dijo nada y salió dando un portazo.

Ray y yo nos tumbamos en la cama, aprovechando que Jazlyn ni siquiera se había presentado a dormir. Posé mi cabeza sobre su pecho y agradecí que no me hiciera preguntas.

Pero había algo que me estaba torturando.

—Tengo que decirte algo.

—Tú dirás —sonó tranquilo.

Él no merecía tenerme a su lado cuando a sus espaldas correspondía a los besos de Bloody.

—Besé a Bloody.

Silencio.

—Di algo Ray.

—Sé que él está enamorado de ti.

Reí.

Éste me miró y afirmó con la cabeza.

—¡No! Ya sabes cómo es Bloody.

—¿Cómo es Bloody, Alanna?

Balbuceé estupideces.

—Un imbécil.

—Un imbécil que daría la vida por ti.

Me quedé helada.

Ray siguió hablando por mí.

—Está bien —dijo, mientras que ayudaba a acomodarme de nuevo sobre él—. Un beso no puede romper lo nuestro.

—Pero...

—No le des más vueltas —besó mi frente.

No tardó en quedarse dormido. Estaba cansado. Se puso a roncar y lo único que hice yo fue alzar mi cuerpo, clavar el codo en la almohada y observar el rostro de felicidad con el que dormía mientras me preguntaba por qué no se había enfadado conmigo ante la confesión del beso.

Para olvidar mi desliz, cogí mi teléfono móvil y volví a leer la sopa de letras que me habían enviado.

Hasta que conseguí resolverlo.

NO CONFÍES EN ELLOS, ALANNA.

«¿Papá?»

De repente Ray empezó a hablar en sueños.

—¿Rei? —parecía nervioso—. Ten cuidado, Reinha.

—Ray —susurré.

Su cuerpo se agitó y empezó a sudar.

—Tienes que detener a Gabriel, Diablo —apretó la mandíbula, lleno de ira—. ¡No dejes que toque a Reinha!

Ni siquiera se despertó. Se acurrucó sobre la almohada mientras que sus dedos intentaban rasgar la tela. Parecía sufrir más de la cuenta por una mujer que desconocía. No me habló de ella cuando me contó la pesadilla que vivió en México cuando tuvo que salir huyendo junto a T.J.

Su sufrimiento terminó y me acomodé delante de él para limpiar las perlas de sudor que nacieron en su frente. Sonrió inconscientemente y creí que se había dado cuenta que yo estaba ahí para cuidarlo.

Pero me equivoqué.

—Reinha —susurró, por última vez.

Me quedé cruzada de brazos en el pasillo esperando a encontrarme con una persona. Cuando éste pasó de largo delante de mí, seguí sus pasos hasta que se dio cuenta. Arregló su cazadora y miró por encima del hombro antes de salir al exterior.

—¿Quieres algo?

Saqué mi teléfono móvil y le mostré el mensaje oculto que me habían enviado.

—¿Tú qué crees?

T.J lo miró.

—Veo una sopa de letras.

—Con un mensaje oculto.

Se estaba haciendo el tonto y no estaba dispuesto a hablar.

—Es lo habitual, ¿no?

Enarqué una ceja.

—¡Basta! Deja de fingir delante de mí —lo encaré—. Sé que trabajabas para mi padre mientras que fingías ser el traidor del grupo. ¿Sigues en contacto con él?

—No.

—No te creo.

—No lo hagas —me reto—. Pero déjame recordarte que no soy el único que estuvo en México. Tú querido novio también podría estar en contacto con tu padre —tocó la punta de mi nariz y se burló de mí—. O, quizás, está muy ocupado con Reinha.

—¿Reinha?

Era el nombre que susurraba.

—Sí, Reinha Arellano. Su nuevo amorcito.

Me quedé sin palabras.

—¿Celosa?

¿Realmente?

No.

Y, eso, era un problema.

Capítulo diez

—¡Princesa! —escuché la voz de Jazlyn, intentando alcanzarme. Cuando lo consiguió, su brazo envolvió el mío. Ella era más bajita que yo, pero nada la detuvo para seguir mis pasos—. ¿Y bien?

Alcé una ceja confusa. Seguí tirando de ella y terminamos recorriendo unos cuantos pasillos antes de detenernos en el comedor. No había nadie, así que me senté delante de ella y siguió hablando mientras que devoraba un trozo de pan duro.

—¿Has elegido a quién quieres en tu vida? —preguntó, con la boca llena.

Tapé mis labios para ocultar la sonrisa traicionera que cruzó mi rostro. Podía ver como escupía las miguitas de pan y las recogía de la mesa con la manga de su jersey.

—Raymond.

—¿Segura?

Y, ¿por qué no iba a estar segura?

«Porque nunca tengo claro lo que quiero» —pensé.

—Te lo dije, Alanna —se limpió los labios—. Si juegas a dos bandos, ellos tienen que ser conscientes de su participación y si quieren colaborar o no. Si deseas a uno, deja al otro libre.

Bromeé con ella:

—¿Es que te gusta uno de ellos dos?

Jazlyn rio.

Le dio un trago a la botella de agua que estaba marcada con el nombre de Reno, y me respondió.

—Te confesaré algo —aguantó su risa, mientras que jugaba con el tapón de la botella—. El calvo, el que sigue a Reno, me excita.

Ambas soltamos una carcajada.

—Es agradable.

—Y tiene la cabeza suave y brillante —siguió Jazlyn.

—Estás completamente loca.

Me dio la razón con la cabeza.

—Y tú deberías controlar tus sentimientos —se levantó de la silla, arrastrándola hasta pegarla en la pared—. ¿Qué harás cuando Bloody salga de caza?

Se refería a buscar a otras mujeres.

—Dejarle ir.

Ella corrió hasta mí y me obligó a mirarla.

—¿Segura?

Bloody estaba en el derecho de conocer a otras mujeres mientras que yo seguía conociendo a Raymond en la relación que habíamos iniciado. Incluso sabiendo que, en su vida, recientemente, hubo alguien más.

Agradecí que un alboroto causado en una de las salas del módulo donde nos mudamos, cortara

mi conversación con Jazlyn. Nos apresuramos para saber qué estaba pasando, y nos detuvimos al darnos cuenta que dos hombres se golpeaban mientras que los demás los animaban.

Bekhu aferró los dedos en el cabello de uno de los hombres de Reno, y lo golpeó hasta romperle la nariz con el puño. Cuando el otro intentó defenderse, cayó al suelo cansado. En un cerrar de ojos, uno de sus compañeros lo reemplazó y golpeó la espalda de Bekhu con una silla.

—¡Vamos! —gritaban.

Jazlyn dio media vuelta.

—¿Adónde vas?

—Son hombres. Seguirán haciendo el imbécil hasta que las paredes queden cubiertas con su propia sangre —se alejó de mí—. Estaré fumando fuera. ¡Y no olvides de hacer caso a tus sentimientos!

Zarandé la cabeza.

Tenía que detenerlos antes de que decidieran participar todos. Aparté a los hombres que los rodeaban y tiré de la camiseta de Bekhu para llamar su atención. Al darme cuenta que éste esquivo un puñetazo e iba directamente para mí, me agaché. Tuve tanta mala suerte, que me golpeé el trasero y gemí de dolor.

—¡Basta! —grité.

Al menos funcionó.

Dejaron de golpearse para escucharme.

Me subí sobre la mesa y les apunté con el dedo a todos ellos. Bloody, Reno y Raymond no estaban presentes para detenerlos. Así que lo hice yo.

—¿Qué está pasando? ¿Tenéis cinco años?

—Se estaban divirtiendo, niña —fue la respuesta de Dorel.

Y no tardó en presenciarse la voz de uno de los líderes de las dos bandas que habían optado matar el aburrimiento a cambio de duros golpes.

—¿Cómo puedes ser la voz de Vikram si no eres capaz de soportar una batallita?

Bajé de la mesa.

—¿Una batallita? —pregunté, y señalé a uno de sus hombres que estaba inconsciente en el suelo—. ¿Le llamas batallita a esto?

—Lo llamo diversión, bastarda.

La risa de Bloody me puso el vello de gallina. Se acercó hasta nosotros y quedó delante de mí para plantarle cara a Reno. Lo desafió una vez más y el otro tampoco se quedó callado.

—Repítelo.

—Bastarda.

Me miró por encima del hombro.

—¿Lo has escuchado, cielo?

—Déjalo, Bloody.

Él negó con la cabeza.

—Dilo otra vez.

Reno aceptó:

—Bastar...

Y no terminó el apodo con el que me marcó. Bloody lo golpeó con tanta fuerza, que cuando Reno volvió a alzar la cabeza, recibió otro puñetazo. Antes de que siguieran la pelea que detuve de Bekhu y del otro hombre, me puse delante de Bloody.

—No caigas en su trampa.

Reno rio.

—Eres una cobarde —me provocó—. Ni siquiera apretarías el gatillo de una pistola. No puedes darnos órdenes, si no eres como nosotros, bastarda.

Empecé a cabrearme yo también.

—¿Qué quieres, Reno?

Éste sacó su arma y me la tendió. Tuve que sujetarla porque me obligó, y alzó mi brazo para arrimar el cañón cerca de su frente.

—Quiero que dispires.

Me negué.

—No.

—Lo ves. Cobarde.

Podía escuchar a Bloody maldiciendo en voz baja.

—Seré una cobarde —le tendí el arma—, pero deja de llamarme bastarda.

Y no lo hizo.

Siguió.

—Bastarda. Bastarda. ¡Bastarda! —gritó con tanta fuerza, que me planté delante de sus narices—. ¿Furiosa?

Lo estaba.

Pero no se lo diría.

—Veo que no aprecias tu vida —levanté el arma, con más fuerza. Quería asustarlo—. ¿Le has puesto fecha de caducidad a tu vida nada más levantarte?

Bloody se acercó, pegando su pecho en mi espalda.

—Si lo matas prometo enterrar el cadáver.

No quería matarlo.

Quería que me respetara.

—No dispararás —sonrió Reno—. Eres una bastarda. Los bastardos heredaran el miedo de las ratas callejeras. Eres igual que Gael.

El pulso me tembló.

Pero de ira.

—Cállate —advertí, una vez más.

—Te escondes detrás de Bloody, porque es el único que te hará el trabajo sucio.

No.

Nunca mandaré a Bloody a que matara a alguien por mí. Estaba muy equivocado. No seguiría los pasos de mi padre, ni siquiera acabaría enloqueciendo como mi madre.

—¿Me has escuchado bastarda? —desconecté un instante, y la voz de Reno siguió retumbando en mi cabeza—. ¡Demuestra tu valor! Gánate la confianza de los demás. ¡Mátame!

—¡No! —grité, cuando Bloody posó su mano sobre la mía y buscó el gatillo para disparar.

Tuve que girar la cabeza hasta otra dirección que no fuera el rostro de Reno. Sentía como el dedo índice de él empujaba el mío para que las balas salieran del arma que no nos correspondía.

—Mierda —se apartó Bloody—. Ni siquiera tiene balas.

Abrí los ojos y miré con temor a Reno; seguía con vida, pero con el rostro descompuesto. Bloody bostezó aburrido, se acercó a los chicos y le pidió que se alejaran de los demás. Cuando terminó de dar órdenes, se acercó hasta mí y miró a Reno.

—La próxima vez que nos pidas que te matemos —se burló de él—, intenta que haya al menos una sola bala. ¡Capullo!

Respiré tranquila al saber que ese idiota seguía con vida.

Y él, para la próxima vez, se lo pensaría un par de veces antes de invitarnos a que acabáramos con él delante de las personas que deberían verlo luchar ante las ordenes de Vikram.

Capítulo once

Empecé a tener hambre. Abandoné la habitación y cerré la puerta con cuidado para no despertar a Jazlyn. Paseé por el pasillo hasta detenerme en la cocina. Me abalancé sobre el frigorífico y empujé con fuerza la puerta para rebuscar en el interior.

Había carne cruda, hamburguesas mordisqueadas, fruta podrida, cervezas y una enorme tableta de chocolate belga. Terminé cogiendo la primera opción y la última -porque era lo único que toleraría mi estómago-.

Nunca había cocinado, así que hice lo más simple; le di forma redondeada a la carne picada que había y la freí con la primera sartén que encontré en la despensa mientras que devoraba un trozo de chocolate negro. Me relamí los dedos y se me abrió el estómago al oler la carne recién hecha. Le di la vuelta y esperé unos cinco minutos antes de apartar mi cena de madrugada del fuego.

Rasqué la sartén porque se me había pegado un poco y dejé la hamburguesa que había conseguido recrear en un plato oscuro. Me acomodé en la silla y le hincé el diente.

—¿Está bueno? —preguntaron, en el umbral de la puerta.

No esperaba encontrarme con nadie a las tres de la madrugada. Aun así, le respondí. Tragué el trozo de carne y le mostré una sonrisa de lo satisfecha que estaba con mi propio trabajo. Eso significaba que cuando viviera sola, sobreviviría sin que nadie me ayudara a cocinar.

Bloody se sentó a mi lado y acomodó su rostro en la palma de su mano mientras que me observaba. Olía bien, estaba recién bañado y con el cabello bien peinado hacia atrás. Terminé de cenar y le ofrecí un trozo del chocolate que me dejé para el postre. Éste negó con la cabeza.

—¿Te vas a quedar toda la noche observándome? —bromeé con su silencio—. ¿Bloody?

—Había pensado en salir. Necesito libertad —confesó—. Después de seis meses en prisión, necesito mover las piernas y respirar aire puro que no esté contaminado por el sudor y la sangre que derraman otros presos.

Bajé la cabeza, sintiéndome avergonzada.

—Podrías haberlo resumido en que te mueres por salir a beber una cerveza bien fría.

Éste rio.

—También.

—¿Por qué vas tan guapo? —no sé por qué se lo pregunté, pero no me arrepentí. Se veía atractivo con el jersey grisáceo que escogió juntos unos vaqueros negros.

Por un momento dudó en decirme la verdad, pero terminó accediendo. Su sonrisa disminuyó y me dio la sensación que entre nosotros dos empezaban a no haber secretos.

—Tengo mis necesidades, Alanna.

—¿Necesidades?

Lo entendí cuando se relamió los labios. No sólo iba a beber, quería encontrar a alguien para pasar la noche mientras que se fundía en el cuerpo de una mujer hermosa que estaba dispuesta a entregarse a él sin conocerlo.

Intenté devolverle la sonrisa forzada, pero no me salió. Me levanté del asiento que ocupé y le di la espalda para recoger el desastre que monté en la cocina cuando me hice la cena. Bloody hizo lo mismo que yo, salvo que él se quedó detrás de mí para observar cómo mis manos movían el plato bajo el grifo.

—¿Te molesta?

—¿Qué salgas?

—No me respondas con otra pregunta —soltó Bloody.

—Y, ¿cuál es la pregunta exactamente? —reí, nerviosa—. ¿Si me molesta que te vayas para beber solo o vayas a buscar a alguien para follar?

Cerré el grifo.

Y hubo un silencio entre nosotros dos.

—Si hubiera alguien que me retuviera aquí...

Le interrumpí.

—No sigas.

—Alanna...

Giré sobre mis pies y le planté cara.

—Ya no me divierte este juego —le confesé—. Puedes hacer lo que quieras con tu vida, pero no vuelvas a besarme. Sigo con Ray y quiero aprender a tener una relación sin tener que hacer daño a nadie.

—A mí me haces daño.

Reí nerviosa.

—¡Vamos, Bloody!

—No te das cuenta, cielo, pero también estás jugando conmigo —intentó tocar mi rostro y terminé alejándome—. Está bien —se cansó—. Prometo no hacer ruido.

Y salió de la cocina más furioso que yo.

Cuando escuché que la puerta principal se cerró, solté un grito para deshacerme del nudo que se me creó en el estómago al descubrir que Bloody salía con la intención de ligar y volver acompañado.

Jazlyn tenía razón.

No estaba controlando mis sentimientos.

Capítulo doce

BLOODY

Detuve el coche delante de un bar de carretera, fue el primero que encontré después de conducir 49 kilómetros. Tardé en salir de mi viejo Jeep. No estaba seguro si quería estar ahí o volver con los demás y fingir que todo estaba bien antes de irnos a México. Así que me fumé un cigarro y esperé a que alguien más se colara en el interior del local.

Varios hombres, la mayoría moteros, se detenían y no tardaban en empujar las puertas del bar para pedir unas cuantas cervezas antes de seguir con su viaje. Yo, a diferencia de ellos, no encontré un buen motivo. Salvo lo que tenía entre las piernas. Agaché la cabeza y observé a mi polla que estaba últimamente tímida y no se alegraba si no veía el cuerpo de Alanna paseando a mi alrededor.

—¿Quieres echar un polvo? —le pregunté, como si en algún momento me fuera a responder. Esperé un rato. Cerré los ojos y pensé en todas las mujeres que me llevé a la cama antes de conocer a esa maldita cría—. ¡Santa mierda!

Alguien se dio cuenta de mi presencia. Una mujer, de cuerpo pequeño y cabello largo, se acercó hasta mi ventanilla para golpearla con sus dedos.

—¿Sucede algo? —preguntó, cuando bajé la ventanilla para escucharla.

—No. Pensé que me había quedado sin gasolina.

Ella sonrió.

Asomé su cabeza en el interior de mi vehículo y lo verificó.

—Está lleno —me guiñó un ojo—. Será mejor que entres dentro. Aquí hacer frío y ni siquiera tienes la calefacción encendida.

Le di la razón con la cabeza y esperé a que se alejara. Observé su figura alejarse. Movía lentamente sus caderas mientras que su cabello, negro como la noche, danzaba sobre su espalda a la vez que los tirantes de su delantal rozaban su trasero. De espaldas, se parecía a Alanna. Era más bajita, pero su pelo me recordaba a ella.

Sentí una presión en los pantalones.

—¡Por fin! —reí—. Ahora sí que vamos a tener una conversación tú y yo —dije, acomodándome la polla—. ¿Ella? ¿Estás seguro?

Abandoné el coche y no tardé en seguir a la camarera que ya había desaparecido en el interior del bar. La busqué desesperadamente y, cuando la localicé, no tardé en ocupar el taburete más cercano. Una vez que quedé en la barra, esperé a que me atendiera. Y lo hizo con una bonita sonrisa.

Sus ojos negros y de grandes pestañas, pestañearon al verme cruzado de brazos delante de ella. Tenía el rostro cubierto de pecas y arrugaba la nariz cada vez que hablaba de una forma muy tierna y divertida.

—Veo que te has decidido a refugiarte del frío —sacó una jarra y me la mostró—. ¿Cerveza?

—Por favor —me volví educado—. ¿Cómo se llama mi camarera?

Me sirvió mi bebida junto al posavasos donde aparecía el logo del bar de carretera.

—Perla.

—Bonito nombre —le di un trago a la cerveza y me relamí la espuma que se me quedó en el labio—. No todo el mundo podría llamarse Perla.

—¿Por qué? —preguntó, divertida.

—Porque tienen que brillar como tú.

Acomodó los brazos en la barra y se inclinó hacia delante, quedando cerca de mí y de las estupideces que podía soltar si quería llevármela a la base militar para pasar la noche a su lado.

—¿Funciona?

—¿El qué? —respondí, con otra pregunta.

—Tus frases para ligar.

En realidad, no era lo mío.

Así que no le mentí.

—Suelo ser más directo.

Una de sus compañeras se acercó a ella y le susurró algo en el oído. Perla asintió con la cabeza y se liberó del delantal que le obligaba a seguir estando detrás de la barra mientras que servía copas a topos como yo.

Me dio la espalda para pintarse los labios delante de un espejo que tenían junto al bote de propinas, y cuando terminó de arreglarse, volvió a buscar mi atención.

—¿Cómo de directo?

—No quiero asustarte —la desafié. —Pero, déjame decirte, hermosa Perla, que a veces son las mujeres que suelen ser más directas que yo.

—¿Te invitan a follar en su propio paraíso?

Me dejó sorprendido.

Perla no parecía ese tipo de mujer que soltaba una grosería envuelta con palabras bonitas. Cada vez me gustaba más. Podía sentirlo en mis pantalones. Me bebí de un sorbo la cerveza y le respondí.

—Sí —y no le mentí.

—Bien —rodeó la barra y esperé a que llegara hasta mí. Acarició mis mejillas, que estaban suaves porque me había afeitado esa misma noche, y se acercó con su pequeña boca hasta mi oreja—. Me gustaría saber cómo folla un hombre después de salir de prisión.

Inmediatamente sonreí.

—¿Es lo que te ha dicho tu compañera?

—Todo el mundo lo sabe —susurró—. Eres tan guapo, que no dejaban de hablar de ti mientras que mostraban tu fotografía. Pero, viéndote ahora, eres más guapo en persona que en televisión.

—Así que soy famoso —me mordí la punta de la lengua—. ¿Querrás un autógrafo?

Perla me ayudó a levantarme del taburete y rodeó sus hombros con mi brazo. Tuve que inclinarme un poco hacia ella porque mediría más o menos un metro cincuenta y dos.

Entrelazó nuestros dedos y refugió sus mejillas sobre mi costado para que el frío no irritara su piel. Acaricié su cabello negro y la invité a que entrara en mi coche.

—¿Dónde podré dejar mi nombre?

Se puso el cinturón de seguridad y rebuscó en la guantera del coche un bolígrafo para poder marcar su piel. Cuando encontró mi arma, soltó un silbido y me miró.

«Mierda» —pensé. «Me he quedado sin follar.»

Pero sucedió lo contrario.

—Qué chico más malo —rio.

Le tendí un rotulador que solía llevar debajo del asiento, y esperé a que ésta me indicara el lugar donde quería escrito mi nombre. Perla presionó sus pechos con las manos, y dejó que esa carne que me volvía loco, sobresaliera de su camiseta.

—Tatúame en las tetas tu nombre.

—¿Segura? —la reté, acercándome hasta su boca—. Como sea permanente, tu novio se enfadará contigo.

Sí, me di cuenta que se había deshecho de su anillo de compromiso cuando se dio la vuelta para arreglarse. Perla rio y me plantó un beso.

—Mi chico es muy liberal.

—¿Liberal?

—¿Quieres que lo llame?

—¡Oh! —entendí su liberalismo—. Mejor no. Si hago un trío prefiero que se apunte tu compañera.

Me retó con la mirada y se deshizo del tapón del rotulador con los dientes. Y, antes de irnos a la base militar, marqué su piel con mi nombre.

Tenía a Perla desnuda sobre mi cama mientras que tocaba su sexo a la vez que me observaba quitándome la ropa. Me acerqué hasta ella con cuidado y, cuando intenté besar sus piernas, me detuve.

«Nada de romanticismo.»

—Gírate —le pedí.

—¿Por qué?

—Porque voy a follarte.

No protestó y dejó su cuerpo boca abajo. Antes de que quedara tendida, la alcé por las caderas para acomodarla como una perra. Enredé mi mano en su cabello y con la otra terminé por hundirla en su vagina. Al comprobar que estaba lo suficientemente húmeda para mí, acerqué mi miembro cubierto con un preservativo hasta su pequeña y estrecha entrada.

Cuando enterré mi polla en su vagina, gemí de placer al sentirla tan estrecha y limitada. Soltó un grito de dolor y esperé a que se fuera adaptando al grosor antes de seguir moviéndome en su interior.

Al no ver su rostro, mi imaginación voló.

Ya no la veía tan pequeña, pero su cabello seguía siendo negro y con cortas ondas en las puntas. Sus gemidos sonaban como los de Alanna, mientras que su mano, la que se estaba acercando para pedirme que bajara el ritmo, tenía el mismo esmalte de uñas que solía utilizar la cría que me estaba volviendo loco.

—Joder —gruñí, y seguí follándome a Perla.

Cerré los ojos.

—No te detengas, Bloody —suplicó.

Arañó mis muslos y seguí golpeando su coño con más fuerza. Tenía que sostenerla porque ella no era capaz de mantenerse de rodillas y con las manos a la almohada. Su rostro, ante las embestidas, estuvo a punto de traspasar la pared.

—Alanna —gemí.

Alcé el rostro y empecé a sentir placer.

—¿Qué? —preguntó, confusa entre gemidos.

De nuevo giré su rostro para que no me mirara.

—Te estoy follando —le aclaré, por si no se había dado cuenta.

Perla alzó su cuerpo y pegó su espalda contra mi pecho. Buscó mis labios y no fui capaz de besarla. Seguí moviéndome, penetrándola mientras que rodeaba su cintura con mi brazo para que no cayera al suelo. Sentí sus pequeñas manos en mi brazo y su cabello acariciando mi mejilla.

Cerré los ojos.

—Me gustaría que me besaras antes de estar desnuda ante ti —confesó, llevándose las manos detrás de la espalda para jugar con el broche del sujetador.

—¿Quieres que te bese?

Ella asintió con la cabeza y se mordisqueó el labio para provocarme.

—Bésame —suplicó—. *Quiero que me beses, Bloody.*

Arrojé su rostro con mis manos y planté un beso en su frente. Ella protestó. Así que bajé hasta dejar otro en la punta de su fina nariz. Sacudió la cabeza y alzó su rostro para estar más cerca de mi boca.

—Si te beso, cielo, después me volverás loco y me lo echarás en cara.

—¡Imbécil! —golpeó el suelo con su pie desnudo—. Bésame.

—Ante esa orden no me puedo resistir.

Seguí acercándome, acaricié sus sonrojadas mejillas ante la ira que sintió y la besé. Me devolvió el beso con fuerza y enredó sus manos en mi cabello. La retuve a mi lado.

—Di mi nombre.

Detestaba que le llamara cielo.

—Alanna —seguí complaciéndola.

—Otra vez —dijo ella.

Antes de gritarlo, la besé de nuevo.

—¡Alanna! —y, de repente, sentí que caía al suelo.

Al abrir los ojos, me di cuenta que Perla me había escuchado. Se enfadó conmigo y me tiró de la cama mientras que ella salía para buscar las prendas de ropa que tiró en el suelo.

—Hijo de puta —soltó.

—¿Qué te sucede? —le pregunté, llevándome una mano a la espalda ante el golpe que recibí. —Ni siquiera me he corrido.

—¿Qué te jodan! —gritó.

No quería que despertara a nadie.

—¿Puedes bajar la voz?

—¿Por qué? —estaba tan furiosa, que era imposible calmarla—. ¿Me llamarás Alanna de nuevo?

Me levanté del suelo y me cubrí con mis boxers. Perla me abofeteó y salió de la habitación sin dejarme darle una explicación. Cometí un error. Bueno..., más bien dos. Pero intenté satisfacerla, que era lo más importante.

Seguís sus acelerados pasos y me quedé muerto cuando nos cruzamos con Alanna.

—¿Sucede algo? —preguntó, confusa.

Ni siquiera se había ido a dormir. Seguía despierta y paseando por los pasillos.

—¿Quién eres? —fue la respuesta de Perla.

Confusa, y sin saber que hacer, respondió con la verdad.

—Alanna.

La camarera gritó con tanta fuerza, que pensé que los tímpanos se me reventarían. Le plantó cara a Alanna y me señaló con su dedo índice.

—Es todo tuyo.

—¿Perdona? —Alanna se acercó hasta ella.

—Ya me has escuchado. Te está esperando.

Pasó por su lado y abandonó la base militar.

—¿Bloody?

—¿Sí?

—¿Qué ha pasado?

Me hice el tonto y me encogí de hombros.

—No lo sé.

—¿Le has hecho daño? —se cruzó de brazos.

—No...

Me cortó.

—Sé que físicamente no. Pero algo le has hecho para que saliera furiosa.

—¿Quieres la verdad o mejor te suelto una mentira?

Alanna entrecerró los ojos.

—¿Qué me hará feliz?

«Saber que pensaba en ti» —pensé.

Pero opté por la mentira:

—No se me ha levantado la polla.

Ella suspiró.

—¿Quieres un café?

—¿Quieres pasar un rato conmigo?

Asintió con la cabeza y le seguí.

Capítulo trece

ALANNA

Sabía que me estaba mintiendo, pero no era la persona indicada para reclamarle. Me acerqué hasta él que se encontraba sentado en el sofá del comedor, y no tardé en acomodarme a su lado. Le tendí la taza de café que preparé y esperé a que me diera el visto bueno con el dulzor.

Se relamió los labios. Me golpeó el hombro con el suyo y soltó una de sus bromas antes de bebérselo y dejar la taza vacía. En aquel instante tuve la necesidad de hablar con él.

—La otra noche, cuando tuve la pesadilla, Ray susurró en sueños el nombre de una mujer.

Bloody agrandó los ojos y escuchó con atención.

—Tu hermano me ha dicho que Reinha es la hermana de Diablo. La conoció en México y creo que la echa de menos —suspiré—. Estaba preocupado por ella. Sufría por lo que le podía pasar si un tal Gabriel se acercaba a la chica.

—¿Crees que han tenido una relación?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Ni siquiera se lo he preguntado. No me veo capaz.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo a que te diga que no te quiere?

Algo peor.

Que me dijera que sería capaz de dejar a la chica que le correspondió para estar a mi lado cuando seguía con mis sentimientos confusos. Y Bloody se dio cuenta. Apartó la taza de café que sostenía y me obligó a mirarlo.

—¿Estás enamorada de Raymond?

Tragué saliva.

—No lo sé.

Me sentí salvada cuando el teléfono móvil sonó. Lo saqué del bolsillo de los pantalones y desbloqué la pantalla. Era un número desconocido.

Shana está en Carson.

Ten cuidado, Alanna.

06:14 AM ✓ ✓

El iPhone acabó en el suelo. La asesina de Evie estaba muy cerca y ni siquiera podía vengarme por ella. Bloody bajó el brazo y cogió mi móvil para leer el mensaje. Se quedó inmóvil y, cuando reaccionó, empezó a maldecir a Shana.

—¿Quién es? ¿Cómo lo sabe?

—Es mi padre.

—¿Estás hablando con tu padre, Alanna?

Negué con la cabeza.

—Es él que me envía mensajes ocultos o, simplemente, este que acabas de leer ahora mismo para advertirme de Shana —le dije la verdad—. Me quiere muerta, ¿verdad?

Bloody se puso tenso.

—Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Bajé la cabeza recordando las palabras de Ronald.

—¿Qué sucede, cielo?

—Ronald me hizo prometerle que Shana seguiría con vida.

—Quizás tú —estaba furioso, incluso más que yo—, pero yo no he hecho esa promesa.

Cogí su mano y le obligué a que me mirara.

—¿Bloody?

—No.

—Mírame —se tranquilizó—. Si Shana muere, uno de nosotros morirá. —Se quedó pálido—. Me lo dijo. Y él no es como mi padre. Tienes que prometerme que nos olvidaremos de Shana, por favor. No quiero perder a nadie más.

—Hijo de puta —gruñó.

—Por favor.

Llevó su mano detrás de mi cuello y posó sus labios en mi frente.

—Te lo prometo.

Cerré los ojos y disfruté de la calidez de sus labios sobre mi piel, antes de que cada uno volviera a su habitación.

Capítulo catorce

Envidié la energía con la que se levantaba Jazlyn. Lo primero que hizo después de levantarse de la cama, fue pasearse por el pasillo en ropa interior mientras que se burlaba de los hombres que se giraban para soltarle un piropo. Movié su colorida melena y cerró la puerta del baño. Yo me quedé sentada en un taburete, esperando a que fuera mi turno. Mientras tanto, estuve hablando con Jazlyn.

—Espero ser la elegida en el viaje —soltó, mientras que tarareaba una canción de AC/DC—. Nunca he salido de California. Creo que me lo merezco.

—¿Cómo conociste a los chicos?

Me dio curiosidad.

Asomé la cabeza y se escurrió el cabello antes de responder.

—Por Dorel —respondió, y volvió a retomar la ducha—. Me pilló robando en una cafetería. Y, en vez de entregarme al policía que me estaba siguiendo, abrió la puerta de su coche y salimos huyendo. Me recuerda a mi padre. Salvo que éste lleva años limpio y el mío murió por una sobredosis.

—Lo siento.

—No te preocupes —rió—. Lo veía una vez cada cinco años. Pero que te puedo decir a ti. Tú también tienes problemas con los tuyos, ¿cierto?

—Mi padre mandó a secuestrarme y mi madre a matarme —pero eso ya lo sabía—. Supongo que nadie tiene la familia perfecta. Nosotros, aunque solíamos fingirlo, acabó mal. Gael en México y Moira interpretando un papel a un pueblo que no se merece sus mentiras.

Jazlyn salió de la ducha y dio paso al siguiente. Mientras que ella secaba su cabello con una toalla más corta, me desvestí para darme un buen baño antes de reunirme con los demás en la cocina.

—Los pijos sois retorcidos.

Me lo tomé como una broma y dejé que el agua humedeciera mi piel mientras que escuchaba de fondo “Black Ice” interpretado por mi compañera de habitación.

Salimos del cuarto de baño y Reno pasó por delante de nosotras mientras que apartaba bruscamente la cabeza para no cruzar la mirada con la nuestra. No le dimos importancia y seguimos caminando hasta la cocina. Todos charlaban mientras que devoraban las hamburguesas del restaurante de comida rápida más cercano que había en la base militar. Me senté junto a Kipper y le arrebaté la bolsa de patatas fritas que no había tocado.

No tardaron en circular por la mesa enormes vasos llenos de café negro. Seguimos escuchando las anécdotas de Bekhu hasta que Bloody llamó nuestra atención.

—¡Ey! —llamó nuestra atención—. Reno de Santa Claus y sus hombres nos están esperando fuera para un nuevo discursito. Soy el primero que se quedaría durmiendo, pero lo mejor será escuchar lo que tiene que decir ese imbécil.

Todos nos levantamos de nuestros asientos y seguimos a Bloody hasta la parte trasera del

módulo que ocupamos. Tenía razón; Reno y sus hombres nos esperaban cruzados de brazos y con el ceño fruncido. Parecían molestos con nosotros. Como si de alguna forma, hubiéramos llegado tarde por no recibir una invitación por su parte.

—Ya era hora —dijo Reno, acercándose hasta Bloody.

El otro no se quedó atrás.

—No seas rencoroso —le dio un ligero empujón, pero a Reno no le hizo gracia—, fuiste tú quien nos dio un arma sin balas para volarte la cabeza. No tenemos la culpa que sigas vivo y con la polla entre las piernas cada vez que me ves aparecer.

No era el momento de reír, así que todos aguardamos silencio.

—He hablado con Vikram —anunció, dándole la espalda a Bloody—. Será un viaje corto, con un número mínimo de pasajeros y con un porcentaje bajo de conseguir volver con vida.

Bloody, discretamente, se acercó hasta mí. Ocultó sus labios con la mano para susurrarme algo:

—Si lo sé me quedo en prisión —aguantó las ganas de reír—. A las doce de la noche nos ponían películas porno para dormir mejor. Y, ahora, este capullo nos está diciendo que vamos a morir. ¿Tú qué harías?

Entrecerré los ojos.

—Puedes masturbarte por el camino si eso te hace feliz —me burlé de él.

Pero burlarse de él era imposible. Bloody ganaba energía y soltaba otra frase más ridícula que la anterior.

—O nos podemos masturbar mutuamente...

Reno le cortó.

—Veo que no te interesan las ordenes de Vikram.

—¿Quieres la verdad? —preguntó, y Reno no tardó en soltar un “sí” —. Me importan una mierda las ordenes de Vikram.

Todos se sorprendieron, pero los que conocíamos a Bloody, sabíamos que era algo normal en él. Después de tantos años confiando en mi padre y accediendo a todo lo que le pedía, se cansó.

Bloody siguió hablando:

—Pero no te preocupes —se alejó, para acercarse a Reno—, eres la mano derecha de Vikram. El tío que limpiará la lefa del mafioso cada vez que se corra. Nosotros —señaló a los demás—, estaremos al tanto de las instrucciones. Seremos buenos, ¿verdad, chicos?

—¡Sí! —gritaron todos.

—Por favor —le guiñó un ojo—, sigue.

Reno, cansado de las tonterías de Bloody, lo apartó de su lado y anunció a las personas que irían junto a él. Y, por desgracia, los ganadores fuimos Bloody y yo.

—La suerte estaba echada —sentí un apretón de mano. Jazlyn, me guiñó un ojo y se alejó de los demás.

En cambio, yo, busqué a Ray y me acerqué hasta él para pedirle que me diera cinco minutos para mantener una conversación. Atrapó mi mano y nos alejamos como había hecho Jazlyn. En la cocina no había nadie, así que aprovechamos para hablar.

Éste se sentó mientras que yo permanecí de pie. Le di la espalda durante un minuto y pensé muy bien la pregunta que le soltaría. No quería asustarlo, así que no me dirigí a él hasta que me relajé.

—¿Quién es Reinha?

Ray se quedó de piedra.

—¿Reinha? —afirmé con la cabeza—. Es la hermana de Diablo. Son mellizos.

T.J me lo dijo.

Pero, Ray soñaba con ella.

—Sé que no pasó nada entre vosotros dos —me acerqué hasta él—. Y, si hubiera pasado algo, estabas en tu derecho. Pero, ¿por qué no me hablaste de ella?

—No lo sé, Alanna.

Lo sentí incómodo.

El simple hecho de susurrar el nombre de Reinha lo ponía nervioso.

—Fue amor a primera vista —dije, por él.

Ray se levantó de la mesa y se acercó hasta mí para quitarme la idea de la cabeza. Pero no lo consiguió. Había soñado con Reinha y tenía la necesidad de verla una vez más. Podía verlo en sus ojos, en la sonrisa que apareció repentinamente en el momento que dije el nombre de la hija de Arellano. Acomodé mi mano sobre su pecho, y los latidos de corazón hablaron por él.

—Alanna.

—Shh —posé el dedo sobre sus labios—. Te mereces a alguien mejor que yo. Una persona dispuesta a tenderte todos sus sentimientos y no dudar un instante si lo vuestro es amor o una bonita relación que surgió desde el primer día que os conocisteis.

Bajó la cabeza y yo no tardé en abrazarlo.

—El prometido de Reinha la maltrata —me confesó—. Diablo, ni siquiera su padre, pueden hacer nada contra Gabriel Taracena. Su familia es más poderosa que los Arellano.

—Diablo me lo pidió —bajé la cabeza, recordando la conversación que mantuve con él—. Me pidió que salvara a Rei. Pero yo no sabía de quién estaba hablando. Además..., Diablo nunca nos dejó las cosas fáciles.

—Diablo está enfermo, pero ama a Reinha.

Arropé su rostro con mis manos y le di un último beso en los labios.

—Prometo traer a Reinha con nosotros. Te lo prometo.

—¿Alanna?

—¿Sí?

—Gabriel es peor que Diablo.

La risa de Bloody no tardó en hacerse eco en la cocina.

—Eso es que no me conoce —dijo, a nuestras espaldas—. ¿Tráfico humano, cielo?

—Es por una buena causa, Bloody.

Éste se lo pensó.

—¡Está bien! El problema será Reno de Santa Claus.

Tenía razón.

Reno era un obstáculo.

Me quedé dormida en una de las camas que había en la caravana que nos envió Ronald; según él, cruzaríamos la frontera sin ningún problema y los policías no harían preguntas. Abrí las cortinas y me di cuenta que habíamos llegado a Tucson, Arizona. Reno estuvo conduciendo unas ocho horas y, cuando se cansó, nos anunció que nos detendríamos en unos apartamentos que había alquilado

Vikram hasta que llegaran los pasaportes.

Bloody y yo nos quedamos en el parking, mientras que Reno se acercó a la recepción para buscar las llaves del apartamento.

—¿Vamos a tener que convivir los tres juntos? —preguntó Bloody, cruzado de brazos.

—¿Cuál es el problema?

—El problema es él.

Si seguíamos distanciándonos de Reno, éste no nos permitiría sacar a Reinha de México. Golpeé el hombro de Bloody para tener su atención y le mostré una sonrisa para que olvidara el pequeño problema que lo torturaba mentalmente.

—Sé que será difícil para ti —comencé mi discurso—, pero tenemos que buscar una forma para que Reno confíe en nosotros y deje de seguirnos a todas horas. ¿Lo entiendes?

Gruñó.

—¿Cuál es el plan?

—Ser amables con él.

—¿¡Qué!?! —gritó, desesperado.

Reno regresó y nos mostró las llaves que había conseguido. Le pidió a Bloody que subiera nuestras maletas y aproveché en quedarme a solas con el chico de cabello alborotado.

—¿Dos apartamentos? —pregunté, sorprendida.

—Has cambiado de novio, ¿no? —no tuvo una respuesta por mi parte—. Vosotros podéis hacer lo que queráis. Yo prefiero dormir solo.

Iba a ser difícil ser amable con él.

—Nos detestas, Reno —fui directa, no podía crear un vínculo amistoso con una persona que no era capaz de mantenerme la mirada—. Y te entiendo. Pero, ¿podrías hacer el favor de intentar conocernos?

—¿Para qué?

—No somos tan malos como crees.

Rio.

—Raymond fue el primer plato. Bloody es el segundo en este momento —se acercó hasta mí e intentó acariciar mi barbilla—. ¿Quieres que sea tu postre?

En pocas palabras...Reno insinuó que todos los hombres que se cruzaban en mi vida pasaban por mi cama.

Cansada con su actitud, golpeé con fuerza su rostro. No tardó en acariciar su mejilla mientras que mis dedos se iban marcando lentamente en su piel.

—¿Qué te jodan!

Le di la espalda y fui tras Bloody.

Cuando llegué al apartamento, me dejé caer sobre la enorme cama que había en la habitación. Mientras tanto, podía escuchar como Bloody movía el sofá que había en el comedor-cocina.

—Iré a comprar algo de cena. ¿Te parece bien?

Me levanté de la cama.

—¡Perfecto! —sonreí. Empezaba a tener hambre—. Aprovecharé para darme una ducha.

Esperé a que Bloody saliera del apartamento y me acerqué hasta el cuarto de baño. No tardé en desnudarme. Dejé caer una toalla en el fondo de la bañera y posé mis pies como de costumbre. Quise abrir el grifo, pero de repente me di cuenta, que muy cerca de mí, había una enorme cucaracha.

Salí de la bañera gritando mientras que intentaba deshacerme del bicho negro que correteaba

por las cortinas de plástico.

La puerta se abrió y me encontré a un Bloody confuso.

Oculté mis pechos con el brazo y me quedé cruzada de piernas.

—¿Otra pesadilla?

Sacudí la cabeza.

—Una cucaracha —jadeé, ante el cansancio de gritar a todo pulmón.

Éste ni se movió.

—¿Te importa? —señalé la puerta con la cabeza—. Quiero bañarme.

Bloody había dejado de mirarme a los ojos, para observar mi cuerpo.

—¡Bloody!

Se acercó.

—Al infierno —soltó, e inmediatamente se movió para aferrarme a él, cogiéndome de la cintura mientras que me besaba. No tardé en llevar mis manos a su cabeza y en acariciar su cabello para tener más cerca su boca de la mía. Jadeé cuando dejó caer sus manos hasta mi trasero —. No puedo controlarme. Te deseo, cielo.

Volvíamos a besarnos. Parecía que no tenía fin. Tenía hambre de sus labios, su lengua y de su fuerte y duro cuerpo que se pegó al mío.

Dejé de luchar.

Quería entregarme a él.

Capítulo quince

Tomó el control de la situación. Me agarró de la cintura, giró mi cuerpo y me empujó con fuerza contra la pared un segundo antes de que sus labios volvieran a dejarme sin aliento. No me importó la fuerza dominante que aplicó para besarme. Estaba excitada y deseé que siguiera poseyéndome.

Bloody enredó los dedos en mi cabello, evitando que en cualquier momento pudiera separarme de él. No fue consciente de mi deseo hasta que mis labios se abrieron para recibir su lengua. Una intensa sensación ardiente explotó en mi cuerpo, convirtiéndose en una ola de calor que provocó que mi espalda se arqueara.

Besaba muy bien.

No me quedé quieta y jugué con la tela de su camiseta; deseaba tocar su piel desnuda. Empezar por sus hombros, recorrer sus músculos con la yema de mis dedos y bajar por su torso hasta detenerme en el borde de sus pantalones. Tiré de la ropa que me impedía estar en contacto con su piel ardiente, y seguí profundizando el beso.

Su lengua lamió la mía. Inclino un poco más la cabeza para seguir devorándome lentamente, mientras que sus manos aprovecharon que mi cuerpo estaba desnudo para acariciarlo con libertad y sin límites. Las manos de Bloody no eran suaves; tenían un tacto duro por las durezas que solían marcar las palmas de su mano cuando levantaba pesas. Aun así, me encantaba sentir como me acariciaba y me ponía el vello de punta. Arropó uno de mis pechos con la mano, y lo presionó con fuerza. No tardó en humedecerse los dedos para tirar del pezón una vez que quedó duro ante el placer que me estaba dando su boca.

Me dolió un poco. Grité contra su boca y no dejé que se detuviera. Era un placer salvaje, algo nuevo para mí. Sentí debilidad y placer en músculos que desconocía. Seguí pegando mi pecho a su mano, mientras que sus dedos pulgares empujaban de un lado a otro mis pequeños pezones; Cuando dejaba de gemir, tiraba hasta que ambos nos sentíamos satisfechos. Sentí como mi vagina se contraía ante la necesidad de tener su enorme y duro miembro enterrándose en mi interior. Quería desnudarlo mientras que una de mis manos paseaba por mis muslos y se detenían en mi sexo para comprobar lo húmeda que estaba.

Aunque no me hizo falta. Podía sentir las llamas de placer envolviendo mi cuerpo. De repente, los labios de Bloody se alejaron de los míos. Bajó su boca hasta mi cuello y lamió la curva hasta detenerse en la clavícula. Mis dedos se enredaron en su cabello rubio y guió su cabeza hasta uno de mis pechos. Enloquecí y no me importó. Ansiaba tener su húmeda boca lamiendo mi piel. Él atrapó el pezón violentamente, haciéndome temblar mientras que mantenía mi cuerpo de puntillas.

—Delicioso —susurró, contra mi piel.

A ambos nos costaba respirar.

Eché hacia atrás la cabeza, acomodándome sobre las sucias baldosas del cuarto de baño del motel. Cerré los ojos y dejé que siguiera devorando la carne de mi pecho. Bloody succionó el otro pezón para no dejarlo descuidado. Acarició mis senos con los nudillos de la mano y se detuvo para comprobar mi rostro. Al abrir los ojos, su mirada penetrante y azulada, me sobresaltó. Me

mordisqueé el labio y esperé a que siguiera siendo malvado conmigo. La perversión con la que dominaba mi cuerpo, consiguió que perdiera la cordura, convirtiéndome en una mujer sumisa ante la poca experiencia sexual que tenía con los hombres. Estaba dispuesta a hacer todo lo que me pidiera a cambio de un par de jadeos y convulsiones de placer dentro de la cama que nos estaba esperando en la habitación.

—Bloody —luché por decir algo más, pero estaba aturdida. Una parte de mí le hubiera gritado para que me llevara de una maldita vez hasta la cama, pero la otra, la que se mantenía quieta esperando su siguiente paso, suplicó para tener su piel ardiente sobre la mía de nuevo.

Él estaba disfrutando.

Yo era como el cachorrito que podría educar y dar lecciones hasta que madurase.

—Estás preciosa —susurró, arrimándose hasta mi rostro. Estaba jugando conmigo. Quería saber hasta dónde era capaz de llegar con él. Así que arañé su cuello para acercarlo hasta mí y, cuando rompí la distancia, mordisqueé con fuerza su labio para transmitirle el mismo dolor que sentí en el momento que devoró mi pezón—. ¿Estás caliente?

Ladeé la cabeza. Aferré mis dedos alrededor de su muñeca y bajé nuestras manos hasta el interior de mis muslos. Al pasear sus dedos por los pliegues de mi vagina, mi matriz se retorció. Gemí ante el húmedo tacto de sus dedos.

—Estás muy húmeda —confirmó, con la voz ronca y melosa. Siguió jugando con sus dedos mientras que habría los labios de abajo para encontrar mi clítoris.

Subió su rostro hasta mi perfil, y hundió la escurrida lengua que tanto me gustaba en mi oreja. No tardó en morder el lóbulo cuando su dedo corazón penetró mi sexo.

—Llévame a la cama —supliqué.

Balanceé las caderas hacia él para seguir notando su dedo moviéndose en círculos dentro de mí.

Su respuesta me dejó helada:

—Si te follo, lo haré aquí.

«¿De pie?» —pensé, poniéndome nerviosa.

Introdujo un segundo dedo, mientras que el pulgar se encargó de masturbar mi clítoris. La sensación era deliciosa mezclada con un toque de dolor al notar como me llenaba con un tercer dedo. Bloody alzó la cabeza para mirarme y me mostró esa sonrisa traviesa que conseguía que perdiera la razón. Siguió agitando su mano hasta que mi cuerpo empezó a convulsionarse ante el placer que me estaba dando.

Clavé una vez más las uñas en sus hombros y solté un fuerte gemido al notar como estallaba algo en mi interior que me dejó débil, caliente y satisfecha.

—¿Qué...has...hecho? —le pregunté, intentando recuperar el aliento.

—Acabas de correrte, cielo.

Abrió el grifo y humedeció su mano. No tardó en abrirme el muslo para limpiar mi vagina. Dejó un fugaz beso en mis labios y salió del cuarto de baño mientras que soltaba una de sus carcajadas. No tardé en seguirlo. Me cubrí con la toalla y quedé detrás de él en busca de una explicación.

Bloody estaba tendido en la cama, sosteniendo el mando del televisor mientras que buscaba algún programa que lo entretuviera.

—¡Bloody!

Éste sólo sonrió.

—¿Ya está? —tragué saliva, y empecé a ponerme nerviosa—. ¿Eso es lo único que vas a

hacer conmigo?

Se estiró en la cama y atrapó mi brazo para tirar de mi cuerpo. Caí a su lado y sentí como su brazo me detenía. Besó la coronilla de mi cabeza, me cubrió con la mugrienta manta que había a los pies de la cama y me abrazó.

—Te estaba preparando —no pude reclamarle, ya que siguió—. No quiero hacerte daño cuando decidamos follar salvajemente.

Alzó mi rostro por la barbilla y besó mis labios una vez más.

—No es justo —protesté. Podía sentir los latidos de mi corazón hasta la punta de los dedos de los pies.

Éste optó por el silencio y acarició mi cabello cuando me rendí sobre su pecho.

Bloody siguió durmiendo cuando mi teléfono móvil sonó. Intenté recuperar el brazo que él retenía, pero fue imposible. Dejé un par de besos detrás de su cuello y, al moverse ante la sensación que provoqué, dio media vuelta hasta liberarme.

Sonreí como una estúpida.

Recogí mi iPhone y leí el nuevo mensaje que me había enviado un número desconocido y que sabía perfectamente que era mi padre.

Está cerca.

Ten cuidado.

02:04 PM ✓✓

Respondí:

¿A qué juegas, papá?

02:05 PM ✓✓

Miré a Bloody.

Volvió a girar su cuerpo y estiró el brazo para buscarme.

Me tumbé junto a él y dejé que posara la mano sobre mi vientre mientras que respiraba cerca de mi cuello.

Volvió a sonar el teléfono.

A cuidar a mi hija.

02:06 PM ✓✓

Reí mentalmente.

No te creo.

02:06 PM ✓✓

Te quiero.
02:07 PM ✓✓

Fue el último mensaje que envió.

¿Shana nos seguía?

Volví a mirar a Bloody.

«¿Qué pasará con nosotros dos cuándo Shana nos encuentre?» —No quería pensar en lo peor.

Capítulo dieciséis

RENO

Agradecí la soledad que encontré en la parte trasera del bloque de apartamentos. Me acomodé contra el muro mientras que esperaba la llamada de Vikram. Éste se retrasó y yo tenía que seguir aislado de los demás para que no descubrieran que nos estábamos moviendo a sus espaldas. No podía fiarme de ellos, o nos traicionarían en cualquier momento.

El teléfono sonó y descolgué la llamada:

—Siento haberte hecho esperar —Vikram se saltó el saludo cordial, parecía cansado—. Llevamos semanas abriendo una cuenta bancaria en un paraíso fiscal, pero con mi identidad falsa lo único que hemos conseguido es que la policía empiece a investigarnos.

—Págale la viudez a Melvin y no tendrás problemas.

Imaginé que afirmó con la cabeza y se lo anotó en tareas pendientes.

—¿Habéis recibido los pasaportes?

—Sí —confirmé, observando el sobre marrón que me dejaron en mi habitación. Lo dejé sobre el contenedor y abrí uno en concreto; el de Alanna. —Saldremos en un par de días. Ese imbécil sigue dándome órdenes. Ese no fue el trato. Y, además, le has dado poder a la cría. Ni me tiene miedo.

Al otro lado de la línea se escuchó una carcajada.

—No subestimes a Alanna. No es como su padre —todos decían lo mismo. Estaba seguro que, si Bloody no hubiera intervenido, ella habría apretado el gatillo sin pensárselo dos veces. —De momento, confío en ella. De todas formas, no le quites el ojo de encima.

Reí.

—Está custodiada por Bloody. Es difícil estar cerca de ella.

—Nuestro amigo Darius está enamorado del Ratoncito —ese dato lo conocía—. Hará cualquier cosa por ella. Y, si Alanna está en peligro y la única forma de salvarla es matando a Gael, lo hará. Ese es tu trabajo, Reno. Darle luz verde para que se cargue a ese hijo de puta que una vez me llamó hermano y deshacerte de Bloody cuando tengas el dinero —se escuchó un pitido proveniente del teléfono móvil que me molestó—. Te dije que te haría rico. Y lo haré.

Confiaba en mí.

—Gracias, Vikram.

—Lláname cuando os mováis —fue lo último que dijo antes de colgar.

Guardé el iPhone en mi cazadora y recogí los pasaportes que le entregaría al resto de la mierda equipo que habíamos montado para sacar a Gael de México.

Al doblar la esquina del edificio, encontré a Alanna cruzando la carretera. Se dirigía hasta la cafetería que había delante del bloque. No tardé en seguir sus pasos. Empujé la puerta y me puso el vello de punta el sonido que vibró sobre mi cabeza para darme la bienvenida con campanitas.

Observé como tocaba su cabello mientras que se inclinaba para observar los dulces que estaban expuestos. Tocó la vidriera para indicar que quería cuatro muffins de chocolate. Pagó la cuenta y dio media vuelta. Nos encontramos. Yo, ni siquiera me moví.

—Hola, Reno —me saludó—. ¿Qué haces aquí? Justo he comprado algo para desayunar. ¿Te vienes?

Alanna olvidó la discusión de la noche anterior. Otra mujer, ni me dirigiría la palabra.

¿Por qué fingía ser una niña dulce cuando en realidad estaba siguiendo los pasos de su padre?

Dejé el sobre bajo mi espalda y estiré el brazo para tocar su mejilla; estaba helada, pero tenía un suave sonrojado cubriendo sus pómulos. Alanna me miró confusa y elevó una ceja.

—Tenías una pestaña.

Ella sonrió.

—¿Pido un deseo?

—No. Mejor no.

Se encogió de hombros y salimos fuera de la cafetería para volver al bloque de apartamentos. Parecía feliz y ni siquiera se molestó en que la tocara después de insinuar que podría acabar en mi cama al igual que ocupaba recientemente la de Bloody.

De repente, ladeó la cabeza, dejando que su oscuro cabello bailara al mismo ritmo que su cintura.

«Es preciosa. Por eso no puedo bajar la guardia.»

—¿Reno? —elevó un poco más la voz. Se detuvo delante de la puerta de su apartamento y apuntó al interior con su cabeza—. ¿Te apetece un poco de café recién hecho?

Me acerqué hasta ella, pero me detuve cuando Bloody salió.

—Dudo que los renos beban café, cielo —rió él, y le plantó un beso en la coronilla de la cabeza—. Los renos son más de chocolate caliente, ¿verdad?

Alanna impactó la mano libre sobre el pecho de él. Se miraron mutuamente y ella giró la cabeza para disculparse.

—Te acostumbrarás a las bromas de Bloody —dijo, y lo apartó de la puerta para que desayunara con ellos—. ¿Vienes?

Bloody me miró con el ceño fruncido. Se quedó detrás de ella, dejándome claro que no me permitiría que me acercara a ella.

—No. Anoche no dormí y voy a aprovechar que esos malditos niños se han ido de la habitación de al lado —me excusé—. Aquí tenéis vuestros pasaportes.

Al tenderle el sobre, los dedos de Alanna tocaron los míos; estaban cálidos y su piel era tan suave como la de su rostro. Ella ojeó el suyo y lo giró un par de veces.

—Qué horror —exclamó.

Bloody rio.

—A mí me parece que sales preciosa —intentó tranquilizarla.

—Odio esta fotografía —siguió refunfuñando.

Alborotó su cabello y, cuando estuvo a punto de besar sus labios, les interrumpí con mis palabras.

—Opino lo mismo que Bloody —éste alzó la cabeza y me miró—. Sales natural y sonriente. Así estás más guapa.

—¿Tú no te ibas a dormir?

—Sí —le respondí, y me alejé de ellos una vez que le guiñé el ojo a Alanna.

Cerraron con fuerza la puerta e imaginé quién fue de los dos; Bloody. Abrí la cerradura de mi habitación y me dejé caer sobre la cama mientras que llevaba las manos detrás de la cabeza y observaba el techo.

Mis ojos se cerraron del cansancio.

No tardaron en interrumpir mi sueño.

El teléfono sonó.

—¿Quién es? —pregunté.

—Reno, soy yo, Melvin.

Me levanté de la cama.

—No deberías llamarme a este número. Te lo dije.

El viejo refunfuñó.

—¿Has contactado con Vikram?

—Sí. Me ha enviado los pasaportes y en unos días saldremos para México.

—¿Algo más?

Tenía bastante información.

—Compraré tu silencio. Además, Bloody será el elegido para matar a Gael —reí—. Y yo, como un idiota, tendré que comprobarlo y después deshacerme de él para que no se quede con el dinero de Vikram.

Melvin no tardó en darme una orden.

—Tienes que proteger a Gael. Necesitamos su testimonio. Me da igual lo que hagas con Bloody, pero al otro lo quiero vivo. ¿Lo has entendido?

—Y, ¿qué sucederá con su hija?

—Deshazte de ella también. Haz lo que quieras, Reno. Pero Gael tiene que seguir vivo para testificar contra Vikram Ionescu.

Me colgó.

Tenía que matar a Bloody.

Proteger a Gael.

Mentir a Melvin.

Y, la decisión más importante, ¿qué podía hacer con Alanna Gibbs?

Capítulo diecisiete

ALANNA

Dejé los muffins de chocolate sobre la mesa. Intenté retirar una de las sillas para sentarme, pero Bloody me lo impidió. Agarró mi cintura con sus manos y tiró de mi cuerpo hasta dejarme sentada sobre él. Su barbilla se acomodó sobre mi hombro mientras que sus manos acariciaban mis manos.

—Te has ido sin avisarme.

Quise bromear un poco con él.

—Es mi venganza por lo de anoche.

Me obligó a mirarlo y se puso serio.

—Te dije que iríamos poco a poco —y, de repente, sonrió—. Sé que nada te asusta, pero si Shana está ahí fuera, lo mejor es que no vayas sola.

Suspiré.

—Si quedara cara a cara con ella —cerré los puños y me clavé las uñas en la piel—, no podría ni matarla.

—¿Por Ronald?

—No. Porque no quiero ser como ellos.

Acarició mi mejilla y cerré los ojos ante el contacto de su piel. Me acerqué hasta sus labios e hice el esfuerzo de detenerme antes de que perdiera el control.

—¿No vas a besarme?

Golpeé su pecho.

—Dijiste que serías amable con Reno.

Bloody apartó la mirada y me demostró que estaba molesto con él o conmigo. No fue claro, así que hundí mis dedos en su mejilla y le obligué a que me mirara a los ojos.

—Estoy hablando contigo.

—¡Es peor que yo! —sostuvo con fuerza mi mano, como si tuviera miedo a que me alejara de él—. Realmente, ¿qué quiere de ti?

—¿El dinero de mi padre? —dije, irónicamente.

—No. Hay algo más. Por eso no me fío de él.

Me acomodé sobre su cuerpo y le acerqué el muffin de chocolate negro a los labios. Le dio un mordisco y entonces me besó suavemente y sin prisas.

—Tendremos que irnos esta noche —anunció, cabizbajo—. Empezaba a gustarme vivir aquí, contigo.

—Al principio no me soportabas —cruce mis brazos, fingiendo indignación—. ¡Eres una cría odiosa!

Reí.

Bloody apretó los labios.

—¿Por qué olvidas los mejores momentos?

—Dime uno.

—Encontré la capilla perfecta para casarnos —sonrió—. Además —tiró de su camiseta, mostrándome la cicatriz que le hice con la bala que convirtió en un collar para regalármelo—, te declaré mi amor constantemente.

Tiré de su melena rubia, dejando su cabeza hacia atrás para poder acercarme hasta él.

—También dijiste que me follarías.

Éste estiró los brazos.

—Y es algo que estoy deseando.

Lo solté y me levanté de sus fuertes piernas para tumbarme sobre la cama. Recogí mi cabello mientras que Bloody se acercaba a mí, y separé mis piernas para dejar que se acomodara entre ellas. Pronto se tumbó sobre mi cuerpo. Acarició mi rostro, besó mi cuello e hizo que entrara en calor.

—¿Cuántos condones llevas encima? —pregunté, cerrando los ojos.

Bloody mordió mi cuello.

—Cien —susurró, sobre mi piel.

Jadeé.

—¿Los vas a utilizar todos?

Río.

—Sí.

—¿Tienes a cien chicas esperándote?

Nos miramos.

—Había pensado usarlos todos contigo.

—Mmmm —me mordí el labio—. No sé si es una buena idea.

Dejó de acariciar mi barbilla.

—¿Por qué?

—A lo mejor la primera vez no me satisfaces —jugué con Bloody—. Por ejemplo, ayer —cerré los ojos, e intenté no reírme—, fue un desastre.

—Fuiste tú quién me pidió que te follara, cielo —contratacó, ganando la batalla que empecé—. Tú te corriste, y yo...me quedé toda la noche caliente.

—Pobrecito —dije, tocando sus labios.

—Y ahora, Alanna Gibbs, está machacando mi corazón.

Controlé las ganas de mordisquear su labio, como la noche anterior.

—Para machacar tu corazón, antes debería de ser mío.

Sostuvo mi mano y la llevó hasta su pecho.

—¿Quieres mi corazón? —preguntó, con su bonita sonrisa. Antes de escuchar mi respuesta, bajó su mano por abdomen hasta acomodarla en su entrepierna. —O, ¿quieres mi polla?

Solté una carcajada.

—Dos opciones que no me disgustan.

—Ambas laten, te hacen daño y puede que...—calló. Alguien llamó a la puerta y estropeó el agradable momento que estábamos teniendo—. ¡Joder! Te juro que como sea el Reno de Santa Claus, lo mato.

—Bloody —intenté tranquilizarlo.

Pero fue imposible.

Se acercó hasta la puerta y, cuando la abrió, soltó un grito que me sobresaltó.

—¿¡Qué diablos quieres!?! —Al darse cuenta que no estaba hablando con Reno, enfureció todavía más—. ¿Qué haces aquí?

Salí de la habitación para comprobar con quién estaba hablando y quién consiguió alterarlo con su visita.

—¿Así saludas a una vieja amiga?

El corazón se me encogió.

Bloody la detuvo.

—Debería matarte.

—Pero no lo harás —se acercó hasta él para besarlo, pero se lo impidió.

Miró por encima del hombro y me encontré con la persona que más odiaba en aquel momento.

—¡Hola, ratoncito! —saludó Shana, alzando el brazo y agitando la mano—. ¿Nos habéis echado de menos?

¿Habló en plural?

Lo entendí cuando se frotó la enorme barriga que escondía debajo de su abrigo.

Capítulo dieciocho

BLOODY

Alanna salió corriendo. Prefirió huir para no abalanzarse sobre Shana. Mientras que ésta, con una amplia sonrisa, se tocó su hinchado vientre y esperó una invitación por mi parte. Intenté cerrar la puerta, pero me lo impidió. Me dio un empujón y fue ella quien nos encerró en el apartamento. Se deshizo de su abrigo y observó las cuatro paredes donde me refugiaba con la mujer que tanto detestaba.

Paseó por el comedor y se detuvo delante de la mesa donde Alanna se había dejado el desayuno que compró en la cafetería que teníamos delante. Devoró el muffin y se relamió los labios bajo mi furiosa mirada.

—No me mires así, cariño.

Me acerqué hasta ella.

—Dime que has engordado —gruñí.

Shana volvió a tocar su vientre y volvió a mirarme. Al darme cuenta que seguía buscando una respuesta, soltó una carcajada. Se levantó la camiseta, y me mostró su barriga que sobresalía más de lo normal. Ni siquiera llevaba vaqueros. Vestía con un enorme pantalón de deporte que arrastraba por el suelo.

—¿Lo has escuchado cariño? ¿Papá me dice si he engordado?

¿Había dicho papá?

Me cansé.

Caminé hasta ella y empujé su cuerpo sin importarme que estuviera embarazada. Cuando su espalda tocó la pared, rodeé su cuello con mi mano. Seguí apretando hasta que dejó de respirar durante unos diez segundos. Su rostro se puso morado y empecé a disfrutar. Por culpa de ella, sus mentiras y su locura, acabé en prisión y estuve a punto de perder a Alanna.

Y estaba a punto de hacer lo mismo. Llegó hasta nosotros, embarazada, y con una amplia sonrisa que nos revolvía el estómago a los demás. Golpeó mi mano con las suyas y sentí que se desvanecía. Antes de que se desmayara, la solté.

Me alejé de ella y apunté al sofá para que se sentara.

—Te mataré —le susurré.

Shana no tardó en tumbarse en el sofá.

—¿Me matarás después de hablar con tu novia?

Cerré los ojos.

«Contrólate» —pensé. «Adda no me puede perder de nuevo.»

La ignoré y me dirigí hasta la habitación. Alanna se había encerrado y no era capaz de poder entrar. Golpeé la puerta suavemente y esperé a que ella me respondiera. Pero no lo hizo. Sabía que estaba nerviosa. Podía escuchar los cajones de la mesa auxiliar abriéndose y cerrándose. Al

encontrar lo que estaba buscando desesperadamente, se acercó hasta la puerta y asomó la cabeza. Tenía mi arma. Antes de que se dirigiera hasta Shana, la detuve. Nos empujé a ambos en el interior de la habitación y le supliqué que se calmara.

—¡Mató a Evie! —gritó, destrozada—. Prometí matarla. Pero no puedo, Bloody. ¡Quiero que sufra!

—Lo sé, cielo. Soy el primero que me desharía de ella —la arrojé con mis brazos, pero se apartó de mi lado—. Si la mato, Ronald me arrebatará a lo que más quiero. No puedo perder a Nília, ni a Adda, y ni siquiera a ti.

“Una vida por otra vida” —esas fueron las palabras de Vikram.

No podía permitirlo.

—¿Está embarazada?

Asentí con la cabeza.

—¡Joder! —gritó, dándome la espalda—. ¿De mi padre?

Tragué saliva.

No dije nada.

—¿Bloody?

—Eso espero, cielo.

Alanna dejó el arma sobre la cama y se plantó delante de mí. Cruzó los brazos bajo el pecho y me miró a través de unos ojos que reflejaban dolor y miedo.

—Follabais con condón, ¿no?

—Sí...salvo la última vez.

—¿Cuándo fue la última vez?

«¡No!» —me grité mentalmente. —«Es imposible que la haya dejado embarazada.»

—Al descubrir que Raymond y tú os acostasteis.

Pestañeó repetidas veces y me dio la espalda. Se llevó las manos a la cabeza y alborotó su oscuro cabello. Intenté acercarme a ella, pero no lo hice. Me quedé lejos y sin saber qué hacer o cómo actuar después de confesar que podía ser el padre del hijo de la mujer que había en el comedor.

—Hace seis meses —susurró Alanna.

—Cielo...

—¿De cuánto está?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Ni quiero saberlo.

—Mierda —dio vueltas por la habitación—. Santa mierda.

Empezó a reír, ante los nervios que sintió.

—Deshazte de ella. ¡No quiero que esté aquí!

Y, en el fondo, tenía razón.

Salí de la habitación e intenté sacar a Shana del apartamento. Pero cuando quedé delante de ella, ésta fingía haberse quedado dormida. La moví, y como no se movía, seguí insistiendo.

Bostezó, se frotó el ojo con la manga del jersey y se levantó del sofá.

—¿Todo bien? —preguntó, cansada. Se alejó de mí y se acercó hasta el pequeño frigorífico que había en la cocina. Sacó dos cervezas y me tendió una—. ¿Por los viejos tiempos?

Le quité la cerveza antes de que posara sus labios sobre el botellín.

—¿De quién es la criatura que esperas?

Shana miró su vientre y después me miró a mí.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé —dije, furioso—. Te follabas a Gael.

—Sí, pero también follaba contigo. No lo olvides.

Apreté los puños.

—¿De cuánto estás?

—En unas semanas estaré de siete meses.

Estaba jodido.

—Entonces es de Gael.

—El padre de Alanna se hizo la vasectomía cuando la tuvo a ella.

—Mentira.

—¿Quieres preguntárselo a él? —sacó su teléfono móvil e hizo que llamaba a alguien.

Me había cansado de sus tonterías. Le tiré el aparato contra el suelo y la cogí del brazo para zarandearla. La obligué a que me mirara a los ojos y le di unas indicaciones que tendría que seguir a rajatabla si no quería morir.

—Escúchame con atención. Cogerás los doscientos dólares que tengo en la cartera y te irás de aquí sin mirar atrás —le mostré donde estaba el dinero—. ¿Lo has entendido?

—Es una niña —intervino en mi conversación—. En dos meses estará en mis brazos. Y, si eres un buen padre, también estará en los tuyos.

Shana me agotaba mentalmente.

—¿Por qué insistes que el hijo que llevas dentro de ti es mío?

—¡Porque es tuyo! Y te lo demostraré —dijo, con seriedad. Volvió a sentarse en el sofá y sacó una ecografía del bebé. Me la tendió, pero yo no veía absolutamente nada—. ¿Quieres ser cómo tus padres? ¿Abandonarás a esta niña? Y, ¿qué le diré cuándo sea grande? ¿Qué su padre era un miserable que se negó en darle su apellido?

Me quedé sin palabras.

Desde que me faltó el cariño o la sabiduría de un padre, me di cuenta que jamás se lo haría a mis propios hijos.

Pero no pedí tener un hijo con ella.

Caí al sofá, junto a Shana.

Ésta empezó a reír. Cogió mi mano y la acercó hasta su vientre. Dentro de ella, había algo que se estaba moviendo.

—Ya empieza a parecerse a ti —dijo, con una sonrisa que atravesó su rostro—. Está todo el día furiosa, y por eso me da patadas, porque todavía no puede gritar.

Mi mano no se apartó de su cuerpo.

Palpé con mis dedos el pequeño pie que se marcó bajo su ombligo.

¿Realmente iba a tener una hija?

Capítulo diecinueve

ALANNA

do la puerta de la habitación.

—¿Quieres saber cómo se llama tu hija? —preguntó, y Bloody ni siquiera le respondió—. Su nombre es Katherine —le sonrió. Bloody tocaba su vientre mientras que ella seguía hablando—. Será mejor que os presente. Katherine, éste de aquí es tu padre Bloody. Y, Bloody, ésta es tu primogénita.

De repente, Bloody, se levantó del sofá y se alejó de Shana.

—Lo mejor para el bebé —no fue capaz de llamarla por el nombre que le puso la madre— es que lo des en adopción.

—¿Quieres que me deshaga de nuestra hija?

—Sí. Tú eres una hija de perra, y yo un cabrón que no sabrá darle el cariño que necesita —sabía que le dolió tomar esa decisión—. Permitiré que te quedes unos días aquí, en el apartamento que ha alquilado tu padre Ronald. ¡Espera! Tu padre es Vikram. Gracias por habérmelo ocultado durante todos estos años.

Shana se levantó y se acercó hasta él.

—Si te decía quién era mi padre, Gael te hubiera matado.

—No finjas que te importé, Shana. Lo nuestro está muerto.

Ella soltó una risa carcajada de sarcasmo.

—Cierto...Ahora estás con el ratoncito. ¿Qué tal en la cama? ¿Ya habéis follado?

Gruñí.

¿Shana pensaba que no sería capaz de entregarme a Bloody?

Era lo que deseaba y ansiaba desde el momento que disfruté de sus labios.

—Eso no es asunto tuyo.

—O sí —siguió avanzando—. Por si Katherine quiere un hermanito.

Bloody se lo volvió a repetir:

—Darás a esa cría en adopción. ¿Me has entendido?

—¿Crees que mi padre me lo permitirá? —casi le escupió en el rostro—. Cuando Vikram descubra que espera un nieto, será su debilidad. Y, si nos pasa algo malo, os matará a todos. ¿Lo entiendes, cariño?

Sabía que Bloody estaba deseando quitársela de encima, pero en vez de matarla, le dio la espalda y la dejó en el sofá. No tardó en reunirse conmigo. Dejé que entrara en la habitación y nos sentamos en la cama. Toqué su cabello y, al mirarme, me derretí.

En aquel momento me sentí una persona posesiva. No dejaba de repetirme que él era mío, y no temí que Shana estuviera a unos metros de nosotros con la barriga hinchada por un desliz que

tuvieron.

Terminé quitándome la camiseta y dejé que descansara en el suelo junto a mis botas. Las manos de él no tardaron en descansar en el dobladillo de cintura de los pantalones vaqueros que seguía vistiendo.

—Hazme tuya —le reté, empujando mi cintura hacia a él para que terminara de desnudarme—. Me rechazaste una vez. ¿Lo harás de nuevo?

Mi cuerpo ardió ante el contacto de sus manos acariciando mi vientre. No me importaba donde fuera nuestra primera vez. Podíamos empezar en el colchón, seguir de pie como el día en el que me tocó en el baño, y terminar en el suelo mientras que perdíamos el control.

Sus ojos se cruzaron con los míos; ese color azul oscureció peligrosamente, dándole una apariencia más dura de lo normal. Me enamoré de su picara sonrisa, y paseé mi dedo por las finas líneas de sus labios. Él gruñó, como un animal apunto de cazar a su víctima, y me sonrió antes de besar mi dedo.

—Ni loco —dijo Bloody, suavemente. Me mantuvo la mirada todo ese tiempo, y temblé cuando su voz aterciopelada siguió vibrando en mis oídos—. Quiero tumbarte en el suelo y follarte hasta que ninguno de los dos pueda más, Alanna.

Temblé ante sus intenciones perversas. No me asustó, consiguió el efecto contrario. Terminé apretando los muslos al sentirme húmeda. Me excité con sus sucias palabras y deseé que lo hiciera de una maldita vez.

—¿Qué más?

Tiró de mi cuerpo, y se encargó de quitarme el botón del pantalón. Apreté el vientre al sentirlo tan cerca. Se me puso el vello de punta al observar cómo bajaba la cremallera que capturó con sus propios dientes. Jadeé al tener su cabello acariciando mi piel.

—Me estás provocando, Alanna.

Empujé sus hombros y cuando me quité los vaqueros, me senté a horcajadas sobre él. No me detuvo. Se quedó quieto, observando detalladamente como mis manos jugaban por su cuerpo. Recorrí sus anchos hombros, bajé por sus duros pectorales y le hice cosquillas sobre el duro estómago. Su pene no tardó en sobresalir de su cuerpo y acaparar toda mi atención.

—Cielo...—dijo con la voz ronca, cuando acaricié por encima de sus pantalones.

—Dime, Bloody —susurré despacio, cerca de su oído.

Ambos nos deseábamos.

¿Por qué no seguir?

—Te haré mía —soltó las palabras que ansiaba escuchar esa noche saliendo de su garganta—. Voy a tumbarte, a abrirte de piernas y saborear todo tu cuerpo.

—Hablas demasiado —le provoqué.

Bloody gruñó. Su sonido fue tan sexy, que el pulso se me aceleró. No luché. Nuestros cuerpos estaban ardiendo y mi sexo latiendo desesperadamente ante la idea de tenerlo dentro de mí. Pasó su musculoso brazo alrededor de mi cintura y solté un grito cuando quedé bajo de él.

La lujuria nos había vencido.

Me arrancó la ropa interior, se desnudó por completo, cubrió su pene con un preservativo y se detuvo para comprobar lo húmeda que estaba para él. Sentí sus dedos calientes paseando por mi vagina, mientras que su grueso y duro miembro se acercaba hasta la entrada de mi sexo para penetrarme como había prometido. El jarabe que desprendí, hizo que su polla resbalara sin dificultad en mi interior. Terminé alzando la espalda de la cama y gritando de placer.

—¿Qué habías dicho, cielo? ¿Qué no iba a follarte? —golpeó con tanta fuerza, que no fui

capaz de responder. Me sujetó por las caderas, mientras que balanceaba las suyas para seguir empujando su pene en lo más profundo de mi interior—. Dilo. Di que no seré capaz de follarte.

Clavé las uñas en sus hombros al sentir que mis piernas no eran capaces de mantenerme quieta bajo su cuerpo. Consiguí confundirme; no sabía si gritaba de dolor o de placer. Terminé adaptándome a su grosor, mientras que él seguía follándome duro y a un ritmo descontrolado.

No fue como la primera que estuve con un hombre. Ni siquiera aquella vez fui capaz de experimentar el posible placer que me podría causar. Me limité a contar el tiempo en el que él se movía encima de mí y terminaba corriéndose.

Pero en aquel momento fue diferente: perdí el control junto al hombre que me hizo jadear con una simple caricia entre mis piernas. Mi vagina aprisionó el grueso miembro, rozando la dura carne con los suaves y blandos labios.

—Quiero escucharte, cielo —levantó mi cuerpo de la cama y se dejó caer de rodillas sobre el colchón. Caí sentada sobre su polla y solté un grito al sentirla toda dentro de mí. Golpeó mi trasero y arrimó su boca hasta la curva de mi cuello—. Me encanta tu culo. Me vuelven loco tus tetas. Y —jadeó—, no pienso parar de follarme este apretado coñito.

Me dejó aturdida.

«¡Joder!» —pensé, al no poder declarar ninguna palabra—. «Se siente tan bien.»

Me mantuvo sujeta mientras que con la mano que tenía libre me castigaba con duros y rápidas palmadas en mi trasero. Jadeé de placer y envolví su cuello con mi mano para no separarme de él.

—¿Tienes un problema con mi culo? —dije, pausadamente y tragando saliva.

Volvimos a mirarnos, y me di cuenta que la broma que solté acabaría dándome más placer de lo que había imaginado. Su mano siguió aterrizando con fuerza en mi trasero, y cada vez que me escuchaba gritar y gemir, lo hacía temblar hundiendo sus dedos mientras que no dejaba de penetrarme.

—Tengo tantas cosas por enseñarte —gruñó contra mi boca, y me sobresalté al notar como frotaba mi clítoris con su pulgar. Sentí arder mi interior. ¡Y me encantó! —. Lo ves. No voy a dejar de follarme ese dulce y rosado coño.

Había llegado un punto, que mis movimientos frenéticos sobre él y la forma que me zarandeaba cada vez que su cuerpo impactaba sobre el mío, me dejó sin aliento. Luché por oxígeno mientras que la sensación ardiente de mi interior seguía creciendo con más fuerza.

Estaba gritando.

Algo dentro de mí se liberó.

Noté como mi vagina se apretaba con fuerza y ordeñaba el pene de él hasta que terminó sacudiéndose con fuerza. Clavó sus dedos en mi trasero y no dejó de moverse hasta que se corrió.

Nos dejamos caer sobre la cama mientras que disfrutaba del hormigueo que bajó de mi vientre hasta los dedos encogidos de mis pies. Me acarició la espalda y tiró de mí para que cayera sobre su pecho.

Él rompió el silencio que se formó entre nosotros dos cuando dejamos de gemir.

—Ahora ya sabes lo que es que te folle.

Acomodé una mano sobre su abdomen y alcé la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No —reí—. Ahora sabes lo que es que te deje que me folles.

Arropó mi cuello con su mano y me besó dulcemente. Terminó cubriéndonos con la sábana y hundió sus dedos en mi cabello para acariciarme. Cerré los ojos para quedarme dormida junto a él.

Antes de abandonar la habitación, oculté mi desnudez con la camiseta de Bloody. Nos quedamos dormidos y ninguno de los dos se dio cuenta que la noche no tardó en pisarnos los talones. Habíamos retrasado el viaje un día más. Reno no se molestó cuando le envié un breve mensaje donde le explicaba que no me encontraba bien. Al contrario. Éste respondió con que seguiríamos esperando un par de días antes de subirnos en la caravana.

Llegué hasta la cocina y encendí la luz sin importarme que Shana estuviera durmiendo. Ésta despertó y se me quedó mirando. Observó detalladamente la camiseta de Bloody y se levantó torpemente del sofá para acercarse a mí.

—Has gritado tan fuerte, que me has puesto cachonda —me susurró en el oído—. Tu padre se negaba a follarme embarazada.

La miré por encima del hombro y sentí asco.

Pero lo único que hice fue coger una cerveza y sentarme sobre la barra para odiar de cerca a la asesina de mi mejor amiga. Crucé mis piernas y toqué mi cabello que seguía húmedo por los violentos y rápidos movimientos que ejecuté cuando estuve encima de Bloody.

—A lo mejor le dabas asco.

—Lo dudo —Shana quería provocarme—. Estuvo años detrás de este culito —y se azotó ella misma — hasta que se lo entregué. Para tener casi cincuenta años, folla como un león salvaje.

Cogí aire y le di otro trago a mi cerveza.

—Eres patética, Shana. Te has quedado embarazada para no perder a Bloody —antes de que me interrumpiera, le pedí que se callara—. Pero lo perdiste. Hace tiempo. Ahora está conmigo.

—¿Contigo? ¡Já! ¿Cuánto durará vuestra relación? ¿Un par de días más? —volvió a frotarse la barriga—. Conozco muy bien a Bloody. No abandonará a su hija. Y tú, ratoncito, dudo que seas esa clase de mujer. ¿Te interpondrás entre ellos dos?

Tardé en responder, pero lo hice:

—Si Bloody decide hacerse cargo de vuestra hija, le apoyaré.

Los oscuros ojos de Shana se entrecerraron ante la ira que sintió de repente.

—¿Quieres quitarme a mi hija?

—Yo no he dicho eso.

—No —se acercó, y observó mis piernas desnudas—, tienes razón.

—Hace tiempo que perdiste el norte, Shana. Siento lástima por la niña que llevas en tu vientre.

—Katherine permanecerá a mi lado hasta que Bloody nos elija.

Estaba jugando sucio como de costumbre.

—¿Ni siquiera amas a tu bebé?

Ella rio.

—La querré cuando seamos una familia feliz.

—Eres una asesina.

—Y él también —me recordó—. Tú lo sabes. Puede que no haya matado a un inocente, pero matar a otro asesino sigue siendo un delito.

Me deshice de la botella y salté de la encimera para quedar cara a cara con ella.

—Yo tampoco soy un ángel.

—Tú no serías capaz ni de matar a una mosca, ratoncito.

Estaba muy equivocada.

—Si no fuera por tu padre —acomodé mi mano sobre su frente, como si estuviera sosteniendo un revolver —ya te habría matado.

Lo único que consiguió con su risa, fue aumentar las ganas de matarla.

—Mejor vigila a Bloody —se relamió los dedos—. Es sonámbulo. Y, quién sabe, a lo mejor se levanta a medianoche para follarme.

«No hagas daño al bebé.»

Hice caso a mi pensamiento y le rompí la nariz de un puñetazo.

—Joder —reí. Notar como le partía el tabique me dio placer.

Shana empezó a sangrar y se tambaleó para tumbarse en el sofá mientras que gritaba el nombre de Bloody.

Éste llegó hasta nosotras y miró el charco de sangre que había bajo mis pies.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, preocupado.

Shana respondió:

—¡Ésta zorra me ha roto la nariz!

Los hombros de él se relajaron.

—Me había asustado.

Sonreí.

Cogí la mano de Bloody y lo alejé de la zorra que dormiría a cinco metros de nuestra cama.

—Vamos a dormir.

Asintió con la cabeza y nos alejamos de ella.

Shana empezó a gritar.

—¡Bloody! —asomó la cabeza.

Antes de encerrarnos en la habitación, lo detuve, rodeé su cuello con mis brazos y salté para cubrir su cintura con mis piernas. Le supliqué que me hiciera suya de nuevo y éste no tardó en aceptar.

Bajo la atenta mirada de Shana, Bloody besó mi cuello y yo le enseñé el dedo corazón a esa zorra.

Y le susurré:

—Qué te jodan, perra.



NUNE
AUT
NUNQUAM

[AHORA O NUNCA]

Capítulo veinte

Reno nos esperó en la caravana mientras que acomodaba nuestras maletas. Mientras tanto, Bloody y yo nos quedamos en el apartamento para darle instrucciones a Shana. Nadie podía saber que ella se encontraba en Estados Unidos. Ni siquiera llamó a su padre...o eso fue lo que nos dijo. Se llevó una mano a la espalda mientras que asentía con la cabeza. Bloody le dio las llaves del apartamento y ésta no tardó en cogerlas.

No dejaba de mirarme de reojo.

—¿Lo has entendido?

Shana afirmó con la cabeza.

—No puedes salir de aquí. Dudo que tu padre haya conseguido limpiar tu ficha policial —le tendió un papel con su número de teléfono—. Llámame si necesitas ayuda con la cría y mandaré a Jazlyn junto a Dorel.

—La niña todavía no ha nacido, cariño —rio, y estiró el brazo para acariciar su rostro, pero Bloody se lo impidió—. Estaremos bien. Pero necesitare algo de dinero. Tengo que comer y comprar algo de ropa para el bebé.

—Shana...—insistió Bloody.

—No me voy a deshacer de ella —zanjó.

Me acerqué hasta ellos y pasé mi brazo alrededor del de Bloody y le tendí el poco dinero que tenía junto a mí. Shana no tardó en cogerlo y esperó a que el padre de su hija hiciera lo mismo. Soltó todo el dinero que llevaba en su vieja cartera de cuero y ésta le mostró los dientes después de contar los billetes verdes.

Salimos de la habitación y bajamos el par de pisos que tenía el apartamento. Me sentí observada en el corto trayecto que hice hasta el parking. Ni me tomé la molestia de mirar por encima del hombro, porque estaba segura que Shana se encontraba en la barandilla observándonos. Bloody besó mi frente y alzó mi rostro.

—Dime que todo saldrá bien.

Rodeé su cuello con mis brazos y pegué mi pecho sobre el suyo. Acaricié los mechones que se colaron entre mis dedos y le susurré las palabras que más necesitaba escuchar de mi parte.

—Todo saldrá bien —finalicé, con un beso.

Reno llamó nuestra atención. Necesitaba nuestra ayuda. Bloody alzó mi maleta, que se encontraba abierta. Al acercarme para cerrarla, la abrí un poco y me di cuenta que me faltaban prendas de ropa. Miré rápidamente hasta el bloque de pisos y ahí estaba la ladrona; sonriendo y saludándome con las manos que solía ensuciar con la sangre de gente inocente.

—Será perra...—susurré.

Y Reno me escuchó.

—¿Sucede algo?

Solté la primera mentira que me pasó por la cabeza.

—Es que me he dejado el cargador del móvil en la habitación. Pero no importa.

Se lo creyó y terminaron de esconder el par de armas que llevaban. Subimos a la caravana y, mientras que ellos ocupaban los asientos de piloto y copiloto, me tumbé sobre la cama y cerré los ojos. Nos esperaba un viaje largo. Reno recorrería Benson, Willox, Bowie, San simón, Deming, las Cruces, Anthony y llegaríamos a El paso para poder cruzar la frontera. Calcularon unas cinco horas más o menos y tuvimos los pasaportes cerca por si nos paraban en medio del viaje.

Bloody se tumbó a mi lado cuando llegamos a Deming. Estaba cansado del silencio de Reno y me buscó desesperadamente para poder establecer una conversación normal con alguien.

Pero estaba tan cansado, que se quedó dormido. Dejé que descansara y abandoné la cama para estirar las piernas y los brazos. Cuando me dirigí a la cocina, la caravana se balanceó, consiguiendo que cayera al suelo y me diera un golpe en la espalda que me hizo retorcerme de dolor.

—¿Estáis todos bien? —preguntó.

Miré a Bloody.

Seguía dormido.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha pinchado una rueda. Dile a Bloody que me ayude a cambiarla.

No quería molestarlo.

—¿Puedo ayudarte yo?

Reno ocultó sus ojos con unas gafas de sol y se levantó del asiento.

—¿Alguna vez has cambiado la rueda a un coche?

No le mentí.

—No —me sentí avergonzada—. Teníamos chófer. ¿No te acuerdas? —Él fue el que condujo nuestro vehículo durante unas semanas—. Me saqué el carnet de conducir junto a los demás alumnos. En el instituto solían darnos clases y prácticas los miércoles. A los seis meses aprobé.

—¿Nunca has viajado tú sola?

Negué con la cabeza.

—¡Está bien! Vente —dijo, abriendo la puerta—. Te enseñaré a poner una rueda de repuesto.

Seguí a Reno para ver como cambiaba la rueda que se había pinchado en un pueblo llamado Anthony que pertenecía al condado de El paso; cada vez estábamos más cerca.

El hombre de confianza de Ronald, se arrodilló en el suelo y aflojó los tornillos de la rueda pinchada con la llave de tubo. Acomodó la herramienta que se llamaba gato y fue girándolo para subir la caravana. Una vez que la rueda no tocó el suelo arenoso, quitó los tornillos que ya estaban aflojados. Tiró la rueda y sacó la otra para introducirla. Me mostró una sonrisa y me dijo que me acercara.

—Coge la llave de tubo —me señaló la herramienta indicada—. Tienes que apretar con fuerza los tornillos.

Giré mis muñecas y apreté los dientes en busca de la fuerza que me pidió que aplicara. Las palmas de las manos me ardieron, pero no me detuve. Después Reno sacó con cuidado la otra pieza y terminó de apretar los tornillos para que no salieran volando una vez que arrancara el motor.

—¡Enhorabuena! —me felicitó—. Ya sabes cambiar una rueda.

Sonreí.

Jamás imaginé que acabaría manchándome las manos de polvo y barro.

—Gracias.

Acomodó su espalda contra la caravana y se sacó las gafas de sol.

—Ya no te veo tan inútil. Incluso, menos bastarda.

—No entiendo por qué me llamas bastarda, si llevo los apellidos de mi padre y de mi madre.

—Porque sé que te molesta.

Quedé delante de él y me encendí uno de los cigarrillos que le robé a Bloody. Me lo encendí bajo su atenta mirada, y le di unas cuantas caladas antes de seguir hablando con Reno. Siguió cada movimiento que hice con el brazo, y se llevó una mano a ese cabello negro y revuelto que le ocultaba la frente y las orejas.

—¿Cómo acabaste trabajando para Ronald?

Éste río.

—Tendrías que pagar un alto precio para que te lo dijera.

—¿Cómo cuál?

Se rascó la corta perilla de barba que solía llevar.

—¿Un beso?

Reí.

—Bromeas, ¿cierto?

—No. Tú quieres saber cómo empecé a trabajar para Vikram —hizo una pausa y aproveché para terminarme el cigarrillo—, y yo el por qué todos esos hombres han perdido la cabeza por ti.

—¿Todos esos hombres? —volvió a hacerme reír—. Te contaré mi vida amorosa. Te la puedo resumir en treinta segundos —Reno me dio el visto bueno, y se la conté—. Harry fue el primer novio que tuve, del cual nunca me enamoré. Cuando me secuestraron, Raymond fue la única persona que me trató como un ser humano. Y, ahora que tengo dieciocho años, quiero cometer locuras junto a Bloody. Si ellos sienten o han sentido algo por mí, es diferente.

Reno balanceó su cuerpo para quedar más cerca de mí.

—A lo mejor quieren tu dinero.

—Quizás —y, no tuve miedo en reconocerlo.

—¿No tienes miedo a enamorarte de él?

Estaba hablando de Bloody.

—Sé que eso pasará. Pero de momento sólo vivo el día a día.

Dejó ambas manos caer sobre mis hombros y ladeó la cabeza. Al tenerlo tan cerca, me di cuenta que tenía una cicatriz atravesando su redondeada nariz. Bajo la barbilla, tenía otra marca arrugada y más rosada que el tono de su piel.

—¿Sigues queriendo saber cómo conocí a Vikram?

Sí, pero no a ese precio.

Cuando intenté decírselo, alguien me apartó de su lado. Bloody le golpeó y ambos cayeron al suelo. No dejaron de hacerse daño. Rodaban por el suelo mientras que gritaban cada vez que uno salía herido. Me tiré sobre ellos para detenerlos, pero lo único que conseguí fue caer al suelo.

—¡Bloody! —grité, hasta que me hizo caso.

Se levantó del suelo y alzó a Reno por el cuello de la camisa. Impactó el cuerpo del otro contra el vehículo y le advirtió.

—Si vuelves a pedirle que te bese, te mato.

Reno escupió en el suelo sangre.

Bloody le había partido el labio.

—Ella no es tuya.

—Cierto —aceptó—. Pero no pienso permitir que te acerques a ella para sacarle información. ¿Te crees que soy idiota?

La risa de Reno desapareció cuando Bloody le golpeó la frente con la suya propia. Lo dejó tendido en el suelo y pasó por delante de mí. Lo seguí y nos subimos a la caravana. Se quitó la camiseta que manchó con la sangre de los dos y rebuscó en el cuarto de baño el pequeño botiquín que colgaba a uno de los laterales del espejo.

Le arrebaté la caja blanca y le pedí que se sentara sobre la cama. Al golpear a Reno en la frente, se partió la ceja.

—Necesitarás puntos —le avisé. Bloody se encogió de hombros.

Limpie la sangre, desinfecté la herida e intenté detener el hilillo de sangre que le nacía de la ceja, presionando una bola de algodón.

—¿Por qué hablabas con él?

—Has olvidado que tenemos que ganarnos su confianza.

—Quería besarte.

—Me estaba retando —dejé de presionar el algodón y lo cambié por otro—, pero no iba a caer en su juego.

Bloody chasqueó la lengua.

—¿Qué? —Le obligué a que me mirara a los ojos—. ¿Piensas que soy tan estúpida para acceder?

—No. Sé que no caerías en algo así.

—¿Entonces?

Volvió a girar la cabeza.

—Olvidalo —fue su respuesta.

—¡Muy bien!

Me levanté de la cama y dejé que él mismo curara sus heridas.

—¿Adónde vas?

—Alguien tendrá que ayudar a Reno, ¿no?

No conseguí dar más de dos pasos.

—¡Alanna!

—¿¡Qué!?

Grité como él.

—Quédate, por favor.

Capítulo veintiuno

Volví a sentarme sobre la cama y terminé de curar las heridas que marcaron en su rostro. Pasé uno de sus mechones rebeldes por detrás de su oreja, y limpié la última gota que bajó por debajo de su ceja. Lo miré a los ojos, dejé caer mis manos sobre las rodillas y esperé a que fuera él quien rompiera el silencio.

—Quiero estar a tu lado, Alanna. Cuidarte, aunque tú sepas hacerlo sola —con un tono de voz calmado, siguió hablando—. No estoy a tu lado por dinero. Seguiría deseándote incluso si fueras como yo; una persona que tuvo que sobrevivir a las viejas calles de Carson sin dinero. Me siento atraído por tu dulce rostro, pero también por tu forma de ser. No tienes miedo. Dices lo que sientes. Y, si tienes que proteger a un ser querido, lo haces arriesgando tu propia vida.

—¿Eso me hace ser estúpida?

Bloody sonrió.

—Pero mi estúpida favorita —se acercó lentamente, y antes de besarme, lo detuve.

Alcé la cabeza y se me escapó un suspiro.

—Tengo miedo a enamorarme de ti —las piernas me temblaban—. ¿Has amado a alguien, Bloody?

—No —y se me encogió el corazón antes de tiempo —, pero hubo una mujer que me enseñó a ser mejor persona y terminé queriéndola. Su nombre es Callie. La conocí en San Quentin. Ella me enseñó a leer, a escribir y tuvo la esperanza que cuando saliera de prisión terminaría vistiendo con traje y corbata. Pero terminé siendo el delincuente que la apartó de mi lado.

—¿La búscaste?

—Quise hacerlo —confesó, y era la primera vez que abría su corazón—. Pero Callie me hubiera cerrado la puerta en las narices.

Acomodé mi frente sobre la suya.

—Pronto habrá alguien que necesite tu cariño.

—Alanna...

Me cortó, pero no lo dejé.

—Esa niña no puede criarse sola junto a Shana —estaba mal juzgarla, pero ella misma me dijo que mantenía a la niña dentro de ella por Bloody—. Te necesitará. Ambos hemos sufrido con nuestros padres. Sabemos lo que es no tener su cariño. ¿Realmente quieres que ella sufra lo mismo que tú y yo?

—Yo quiero estar contigo.

—Y yo —rocé mi nariz con la suya y cerré los ojos cuando estuve a unos centímetros de su boca—. Pero esa niña te necesitará más que yo.

—No es justo, cielo.

—Lo sé —y me mordí el labio, ante la rabia que sentía y no quería transmitirle a él—. Prométeme que te lo pensarás.

—No puedo.

—Por favor.

No dijo nada.

Se apartó de mi lado y se levantó de la cama para buscar una camiseta limpia con la que vestirse. Salió fuera de la caravana, y ayudó a Reno a entrar dentro. Estaba débil. Bloody siguió empujando su cuerpo hasta dejarlo sobre la cama. Ambos nos miramos y asentí con la cabeza. Tenía que ayudarlo.

Limpié el barro y la sangre de su rostro, desinfecté el corte que le atravesó el labio y lo dejé durmiendo mientras que nosotros nos ocupamos de conducir la caravana hasta El paso. Crucé mis piernas sobre el sillón de copiloto y le hice compañía a Bloody en silencio.

Cruzamos la frontera y nos detuvimos delante de un pequeño parque que había en Chaveña para descansar.

Acaricié mi piel con mis propias manos, y eché hacia atrás la cabeza para dormir un par de horas. Pero la voz, cansada y dura de Bloody, detuvo mi sueño.

—Lo haré —dijo. Y le miré confusa—. Cuidaré de la criatura con una condición.

Lo miré con una sonrisa en el rostro.

—¿Cuál?

—Que tú estés a mi lado.

Posé mi mano sobre la suya.

—Estaré a tu lado.

Se acercó para besarme, y el teléfono de Reno sonó.

La pantalla se iluminó para mostrar el nombre de Melvin.

—¿Será el contacto que tenemos en México? —le pregunté.

Bloody se encogió de hombros y descolgó la llamada.

Desconfiaba de Reno, por eso se tomó la confianza de hablar con el tal Melvin.

—¿Sí?

Capítulo veintidós

Antes de que respondieran al otro lado de la línea, una mano voló hasta la oreja de Bloody y le arrebató el teléfono móvil. Colgó la llamada y nos miró seriamente. Reno arrugó su frente y apretó los dientes ante el delito que cometimos por coger una llamada que no nos pertenecía.

—¿Qué crees que estabas haciendo?

—Responder a la llamada —dijo Bloody, con naturalidad—. ¿Era alguien importante?

La pregunta incomodó a Reno.

—No es asunto tuyo.

—En realidad sí —se levantó del asiento y lo siguió—. Estás en contacto con esa persona desde que Vikram te mandó seguir a Alanna. Lo he visto en tu historial. ¿Quién es Melvin?

Reno dejó de caminar por la caravana y enfrentó a Bloody.

—Un contacto.

—¿Vikram lo sabe?

Bloody estaba interrogando a Reno y estaba seguro que volverían a besar el suelo. Así que me levanté, quedé delante de los dos y los separé porque estaban muy juntos. Éstos cedieron y me sentí tranquila. Si nos escuchaban gritar a las tres de la madrugada, seguramente nos detendrían.

—¿Qué hacemos ahora, Reno? —pregunté, ya que estábamos en México.

—Reunirnos con Marcus.

—¿Otro de tus contactos? —Bloody siguió molestándolo.

Por suerte Reno lo ignoró. Desbloqueó el teléfono móvil y llamó al hombre que nos mencionó. Le envió nuestra ubicación y dijo que se reuniría con nosotros al día siguiente.

—Será mejor que vayamos a dormir —Reno nos apartó para sentarse en el asiento piloto—. Quedaos con la cama. Yo he dormido suficiente.

Bloody no se lo pensó dos veces. Cogió mi mano y tiró de mi cuerpo para que lo siguiera. Al llegar a la parte trasera, me dejé caer sobre el colchón y Bloody cerró las cortinas para tener algo de intimidad. Cuando se estiró a mi lado, una sonrisa pícaro iluminó su rostro.

Su mano quedó sobre mi vientre. Jugueteeó con el elástico de mis jeggings^[3] y lamió mis labios antes de acomodarse sobre mí. Lo detuve.

—¿Qué haces? —pregunté, elevando una ceja confusa.

—Es obvio, cielo.

No entendió que le estaba advirtiendo.

—Reno está a un par de metros de nosotros —bajé el tono de voz, para que no pudiera escucharnos—. No voy a abrirme de piernas ahora.

—No haremos ruido.

—Bloody —le di el último toque.

—Está bien —alargó las vocales como un niño pequeño—. Nada de sexo. Pero déjame decirte —me mordisqueó el lóbulo de la oreja y me hizo temblar— que tú te lo pierdes.

Lo empujé y cayó de espaldas. Dejé mi cabeza sobre su pecho y moví mi dedo por su torso.

—¿Qué crees que nos oculta?

Se encogió de hombros.

—Te dije que no era de fiar.

Empujé hacia arriba mi cabeza y miré sus penetrantes ojos azules.

—¿Y nosotros sí?

—Nosotros menos —rio.

Pegó sus labios en la coronilla de mi cabeza y terminé quedándome dormida junto a él.

Marcus, un hombre que lucía una enorme barba blanca, se presentó en la caravana a las siete de la mañana. Reno nos presentó y esperamos a que nos guiara hasta la casa de Arellano. Estaba tan nerviosa, que empecé a mordirme las uñas. Bloody intentó tranquilizarme, pero fue imposible. Condujo hasta Los lamentos y nos detuvimos delante de una de las tantas propiedades que tenía Heriberto. Desde la llegada de mi padre a México, tuvieron que salir de Veracruz para buscar un lugar más tranquilo y que no llamara la atención.

Delante de nosotros, las enormes puertas de hierro, estaban abiertas.

—Están celebrando el compromiso de la hija del señor Arellano.

Raymond me dijo que Reinha tenía que casarse con Gabriel porque su padre la obligó. Recordé que el mío intentó hacer lo mismo con el hermano mellizo de ella; Diablo.

Mi iPhone vibró.

Me acerqué hasta la cama para leer el mensaje que había recibido.

Soy T.J.

Cuando llegues a México, ponte en contacto

con este número: +52 22xx- xx11

10:13 AM ✓ ✓

—Bloody.

Le enseñé el mensaje.

—¿Qué quiere?

Bloody le respondió.

¿Es uno de tus amiguitos?

10:16 AM ✓ ✓

Es la única persona que os llevará
hasta Gael, hermanito.

10:17 AM ✓ ✓

Le quité mi teléfono móvil e hice la llamada.

Un tono.

Dos tonos.

Y descolgaron.

—¿Hola? Soy Alanna Gibbs.

No sabía si había hecho bien en darle mi nombre y apellido.

Pero acerté.

—¿Mami?

—¿Diablo?

Bloody se acercó para escuchar la conversación.

—El rubio oxigenado dijo que llamarías.

—Estamos fuera de la mansión de tu padre.

—Alejaos —nos alertó—. Si llamáis la atención, nos iremos todos a la *verga*.

Bloody se acercó hasta Reno para decirle que moviera la caravana a un par de manzanas de la propiedad de Arellano. Empezamos a movernos discretamente.

—¿Está mi padre con vosotros?

—Quizás —Diablo se movió ante la multitud de gente que lo rodeaba—. ¿Recuerdas nuestro trato, mami?

—Salvar a tu hermana de las garras de Gabriel —estaba segura que quedó asombrado ante la información que dominaba en mi poder—. Pero las cosas han cambiado. Soy libre. Tú no. Tu padre tiene al mío. Yo os puedo sacar de México. ¿Qué te parece?

—Chica lista. Creo que te amo —dijo, empleando un tono divertido a la conversación—. Ni siquiera los latidos de tu corazón me enloquecieron. Está bien, *gringa*. Te entrego a tu padre y tú nos sacas de aquí. ¿Trato?

Bloody me dijo que aceptara.

—Trato hecho.

—Me pondré en contacto contigo cuando todos los invitados se vayan a la *chingada*.

Diablo colgó.

—Mi padre está con ellos —le dije a Bloody—. Ya queda menos para ser libre.

Se acercó hasta mí, y sin importarle que hubiera dos hombres observándonos, alzó mi rostro para besarme dulcemente mientras que nuestras lenguas se enroscaban.

¿Qué podía salir mal?

Nada.

Pero eso yo no lo sabía con seguridad.

Capítulo veintitrés

Diablo cambió de idea a última hora. Nos pidió nuestra ubicación y aceptó reunirse con nosotros en la habitación de motel donde nos alojábamos. Como Reno estaba en la habitación continua a la nuestra, no estaría al tanto de la conversación que mantuviéramos con el hijo de Arellano; empezamos a movernos sin la ayuda del hombre de confianza de Vikram.

Dos agentes, que vestían de negro, inspeccionaron la habitación antes de que Diablo la pisara. Al darse cuenta que Bloody llevaba un arma junto a él, intentaron quitársela. Pero Diablo se lo impidió. Les pidió a sus hombres que salieran y él mismo cerró la puerta para buscar algo de intimidad. Se acercó hasta la cama y se dejó caer.

Se había desecho de su cabello negro. Sus gruesas y largas cejas pobladas, no estaban tan alzadas como de costumbre. Parecía cansado. Nos miró un momento, y me di cuenta que sus ojos estaban hinchados.

—Pensé que no volvería a veros.

Diablo estaba muy diferente desde la última vez que lo vimos.

—Nosotros tampoco —dije, acercándome hasta una silla para sentarme delante de él—. Pero aquí estamos.

—Seis meses después —incluso dejó de soltar sus groserías.

Bloody lo miró desde el fondo de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho. No se fiaba de él, así que optó por guardar la distancia por si en algún momento tuviera que sacar su arma para matarlo. Diablo le mostró una sonrisa y siguió hablando conmigo.

—¿Dónde está mi padre?

—Sigue vivo si es lo que te preocupa, mami.

—Tenemos que sacarlo de México. Lo antes posible.

Diablo se levantó.

Al no esperárselo, Bloody se acercó hasta él y le plantó cara:

—¡*Ya, wey!* No le haré nada —golpeó suavemente el rostro de Bloody—. Eres muy diferente a tu hermano. Él es más sumiso. En cambio, tú...

Le cortó.

—Tengo menos paciencia que Terence Junior —gruñó.

Me acerqué hasta ellos e intenté mediar en su conflicto.

—Diablo —cuando tuve su atención, seguí—, necesitamos una dirección.

—No olvides nuestro trato. Te entrego a tu padre, y vosotros nos sacáis de México.

—No —respondió Bloody—. Acepto sacar a tu hermana. Pero no pienso sacar del país a un asesino.

Diablo, ofendido, alzó las manos para mostrarle que no estaban cubiertas de sangre como la última vez que se vieron. Soltó una carcajada y se acercó hasta Bloody.

—Llevo meses sin escuchar voces o sonidos que me vuelven loco.

—¿Por qué? —quise saber.

¿A qué venía ese gran cambio?

Se encogió de hombros y respondió:

—Le prometí a Rei que tomaría mi medicación. No podía decirle que *no* a mi linda hermanita. Me acordé de Ray. Le prometí que salvaría a Reinha de las garras de Gabriel y es lo que haría. Incluso si teníamos que llevarnos a Diablo junto a nosotros.

—Está bien —asentí con la cabeza—. Huiremos todos. Pero antes, tienes que decirme dónde está mi padre.

Diablo se dirigió hasta la puerta con la intención de marchar. Antes de girar el pomo, me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo.

—Primero tenéis que conocer a Rei. Después, os daré la dirección para atrapar a Gael.

Bloody gruñó, y lo detuve antes de que impidiera que Diablo abandonara la habitación de motel. En el fondo, tenía razón. Primero trazaríamos un plan para salir los seis de México, después de convencer a mi padre que nos siguiera.

Me quedé a solas con Bloody y le pedí que se sentara junto a mí. Estaba furioso.

—¡Es un asesino!

—Pero es el pasaporte de Reinha. Se lo prometí a Ray.

Sacudió la cabeza.

—Es peligroso, Alanna.

—Ya lo has escuchado. Su hermana le obliga a tomarse la medicación que calma todos sus demonios.

Alborotó su cabello y suspiró.

—No sé si es una buena idea.

—Por favor —supliqué, cerca de sus labios.

No se apartó de mi lado cuando lo tumbé.

—Déjame convencerte —besé su cuello, y no tardé en mordisquear la parte donde se sentían sus latidos bajo la piel—. Quiero saborearte.

Quería hacerle olvidar todos los problemas que nos surgieron desde que pasamos la frontera. Así que tiré de su camiseta y bajé mis labios por su cuello hasta lamer el plano y duro pezón antes de torturarlo con mi jueguito.

Ansiaba ser tan cruel como él, hasta hacerle temblar bajo mi cuerpo.

—¿Qué haces, cielo? —preguntó, con un tono divertido.

Seguí empujando mi cuerpo y guiando mi boca por las duras líneas que marcaban su abdomen. Acabé doblando las rodillas en el suelo, y moví mis dedos por el cinturón que sostenía sus vaqueros. La idea de tenerlo otra vez desnudo ante mí, me hacía arder de placer.

Y a él también.

Su dura erección no tardó en quedarse marcada en su ropa interior. Acaricié su miembro por encima de la tela, y con la otra mano terminé por bajarle los pantalones.

Sabía que me estaba observando detalladamente, y eso no consiguió detenerme. Al contrario, me empujó a delinear la gruesa y larga marca que dejaba su polla ante mis ojos.

—Estás tan duro —susurré, y no evité marcar una amplia sonrisa en mi rostro.

Me relamí los labios y hurgué en el interior de su bóxer hasta alcanzar el trozo de carne ardiente que me esperaba. Lo arrojé con mi mano y acaricié su miembro con delicadeza y amor. Bloody cerró un instante los ojos y echó hacia atrás la cabeza ante el calor humano que encendió un poco más su pene.

—¡Joder!

Y, antes de que siguiera protestando, empujé su miembro al exterior y arrojé la cabeza con mis suaves y húmedos labios. Envolví la cresta, rodeándola con la lengua hasta hacerlo temblar.

No tuve compasión con él.

Al igual que él no la tuvo conmigo.

Sus dedos se aferraron a las sábanas de la cama, mientras que evitaba derramar su semilla en el interior de mi boca.

Ya no era una niña inocente que enviaba mensajes eróticos para complacer a un chico.

Con Bloody era imposible.

Quería estar a su altura.

Darle el mismo placer que él llegaba a provocarme a mí.

Seguí abriendo mi boca para hacer desaparecer parte de su miembro en el interior de la húmeda cueva que lo estaba haciendo jadear. Fue lento. Poco a poco tragué cada centímetro del deseo feroz que crecía en la entrepierna de él.

—Estás jugando con fuego, cielo —escuché, en un sonido estrangulado y pausado de una voz ronca que fue música para mis oídos.

Sus dedos se enredaron en mi cabello, pasando cada mechón por la dura piel de sus manos.

Al no poder arropar todo su pene con mi boca, empecé a deslizar mis labios de arriba abajo para saborearlo, consumirlo y hacerlo estallar de placer.

Era lo más sensual y erótico que había hecho por alguien.

Gemí contra su piel al notar como tiraba de mi cabello y empujaba mi cabeza.

—No pares, cielo —gimió con más fuerza, apretando sus fornidos muslos ante el placer que le estaba dando mi boca—. Chúpamela, cielo. Lo haces muy bien.

Introduje un poco más su miembro en mi boca, casi podía tocar mi garganta. Seguí abriendo mis labios, provocándome un pequeño dolor en la comisura. Alcé un poco la cabeza para relamerme los labios, y aproveché que tenía la lengua fuera para golpear la sensible cabeza de su polla que estaba rosada.

—¡Joder, sí! —volvió a alzar la voz—. Chupa mi polla, cielo —clavé mis uñas en sus inquietas rodillas. El placer parecía tan intenso, que Bloody sacudía su cuerpo inconscientemente. Buscaba mi boca para volver a buscar el calor y el placer que dejaba en su duro y grande miembro—. Alanna.

Aparté su mano de mi cabello y le prohibí que él marcara el ritmo con mi cabeza.

—¡Oh, sí! Chúpamela. Lame mi polla, cielo —empezó a elevar su trasero de la cama.

Dejé de pasear mi lengua por la protuberante punta enrojecida y hundí mi boca para seguir masturbándolo hasta que explotara en el interior.

—Me harás caso, Bloody —solté, antes de volver a bajar mi rostro.

—Por favor, cielo —suplicó, como un cachorrito.

El hambre siguió creciendo. Así que hundí su polla en mi interior de mi boca y no detuve de humedecer su piel hasta que se corrió.

Escupí en el suelo, me aparté de su lado con cuidado y acaricié mis labios que estaban inflamados ante el esfuerzo que hice.

Lo observé desde los pies de la cama. Con ambas manos en su abdomen, intentando recuperar el aliento que había perdido cuando estalló el placer en su cuerpo hasta dejar la última gota de su esencia en mi boca.

—Cielo.

Una sonrisa atravesó mi rostro.

—Seguiremos mi plan, Bloody.

Y lo dejé solo, sobre la cama, y desnudo mientras que yo me dirigía hasta el baño para darme una larga y relajante ducha.

Me había salido con la mía.

Capítulo veinticuatro

Salí de la ducha y quedé delante del espejo para observar la estúpida sonrisa que marcó mi rostro. Bloody no tardó en quedar detrás de mí. Rodeó mi cintura con sus brazos y sentí la presión de su barbilla en mi hombro. Me miró a través del espejo y besó mi mejilla. Toqué su húmedo cabello y esperé a que éste se cubriera con la toalla que le había dejado para él. Pero optó por seguir desnudo.

—Ahora que conoces mi debilidad, tendrás que dejar de chantajearme con mimos.

Alcé una ceja.

—¿Estás diciendo que no te ha gustado?

—Estoy diciendo que me has vuelto loco, cielo —besó mi cuello y volvió a alzar la cabeza—.

Por eso te suplico que no seas cruel conmigo. No quiero acceder a todas las ideas alocadas que se te pasen por la cabeza.

—Necesitamos sacar a Diablo para proteger a Reinha.

—Y he accedido con una condición —me acercó hasta él y siguió hablándome cerca del oído—. Si vuelve a matar a alguien, me encargaré que deje de hacerlo.

Sonreí.

—No te entendí muy bien —me mordí el labio, ante la presión de su miembro en mi espalda—. No dejabas de jadear y balbucear cosas sin sentido.

—Tú has tenido la culpa, cielo.

Dejó un rápido beso en mis labios y salió del cuarto de baño para vestirse. Yo no tardé en hacer lo mismo. Una vez que quedé vestida, con el cabello seco y peinado, me dirigí hasta la puerta para buscar una cafetería donde vendieran dulces típicos de México.

Pero mi breve excursión se anuló cuando me encontré a Diablo al otro lado de la habitación. No iba solo. Una mujer joven, de cabello negro y ojos enormes de largas pestañas, quedó detrás de él con una sonrisa invertida. Estaba triste. Parecía destrozada.

—¿Y el otro *gringo*? —preguntó, Diablo.

Señalé el interior de la habitación.

—Creí que nos veríamos mañana.

Diablo se encogió de hombros.

—Hemos aprovechado que Gabriel salió —sostuvo la mano de la mujer, y nos presentó—. Reinha, ella es Alanna. Alanna, ella es mi dulce hermanita.

Estreché la fría y suave mano de Reinha. Ésta me mostró una sonrisa y bajó la cabeza avergonzada. Detrás de mí, se encontraba Bloody sin camiseta. Le hice una señal para que se terminara de vestir y pedí a los mellizos Arellano que se acomodaran en la habitación.

—Siento tener que molestaros —susurró Reinha.

Era una mujer muy bella. El bronceado de su piel destacaba por encima del hermoso vestido blanco que eligió para reunirse con nosotros. Tenía el cabello más largo que el mío y cubría sus hombros con un manto negro plagado de rosas.

—Ray me ha hablado de ti —confesé—. Me pidió que te ayudara. Y es lo que vamos a hacer.

Bloody dejó su mano sobre mi hombro, y asintió con la cabeza para dar más fuerza a mis palabras. Los tres observamos a Reinha, y nos dimos cuenta que se rompió sentimentalmente; empezó a llorar y ni siquiera Diablo consiguió calmarla.

—Desde que mi mamá murió, nuestro padre se ha vuelto egoísta —dijo, limpiándose las lágrimas traicioneras con la tela del manto que la protegía del fuerte viento que azotaba en las calles de Los Lamentos—. Me obligó a prometerme con Gabriel Taracena, un viejo amigo de la infancia que perdió el control cuando descubrió que heredaría una gran fortuna por parte de su papá.

—Taracena es uno de los narcotraficantes más poderosos de México —nos aclaró Diablo.

—Si me caso con él, sufriré la vida que se negó a vivir mi madre cuando descubrió la frialdad de mi papá.

Bloody intervino.

—No tendrás que casarte con él —le aseguró—. En unos días saldremos...

—La boda es dentro de una semana —Diablo se levantó del asiento que estaba ocupando. — ¡*Verga!* —gruñó. Se acercó hasta la mesa y garabateó una dirección junto a un horario—. Gael suele pasear diariamente por el parque de Los lamentos. Uno de mis hombres dijo que la razón era para encontrarse con una mujer de cabello rubio.

«Shana.» —Pensé.

Recogí el papel y miré el horario.

Estábamos a tiempo de llegar hasta él.

—Iremos a por Gael —Bloody cogió su chaqueta de cuero y me acercó la mía—. Vosotros deberéis buscar la manera de escapar a medianoche para reuniros con nosotros en este mismo motel. Os protegeremos hasta que llegemos a California. Os doy mi palabra.

Diablo estrechó la mano de Bloody y salieron del motel unos minutos antes de que nosotros lo abandonáramos. Conseguimos quitarle las llaves de la caravana a Reno sin que éste se enterara, y condujo hasta el parque de Los Lamentos donde se encontraba mi padre. Diablo no nos mintió. Él se encontraba ahí. Sentado en un banco mientras que observaba como los niños jugaban y se acercaban hasta sus familiares para darles un abrazo. Sacó un teléfono móvil del bolsillo su americana y bajó la cabeza para clavar sus ojos en la pantalla.

Estuvimos dos horas esperando que el parque quedara vacío. Cuando la última familia abandonó el lugar, Bloody me dijo que era la hora de enfrentar a Gael. Estaba nerviosa. Llevaba tantos meses sin saber de él, que no sabía cómo reaccionaría al quedar cara a cara con el hombre que me dio la vida.

Caminé por delante de Bloody. Me di cuenta que mi padre se levantó del asiento y giró sobre sus elegantes y brillantes zapatos para marchar, pero terminó quedando delante de mí. No mostró decepción, más bien alegría.

—Alanna —susurró, dejando asomar una sonrisa.

Tragué saliva.

—Hola, papá.

Me hizo tanto daño...que ni siquiera era capaz de odiarlo.

Intenté acercarme hasta él, pero Bloody se levantó. Golpeó su rostro hasta dejarlo inconsciente. Antes de que cayera al suelo, lo sostuvo entre sus brazos. Se lo cargó sobre el hombro y me pidió que lo siguiera.

Y no lo hice.

Me quedé inmóvil.

—¿Cielo?

No sabía qué me estaba pasando.

—Tendríamos que haber hablado con él.

Lo miré por encima del hombro.

Él negó con la cabeza.

—No accedería a venir con nosotros. Tú lo sabes.

—¡O quizás sí!

—¡Alanna! —intentó tranquilizarme, elevando la voz para que dejara de escuchar mis propias quejas—. Este hombre mandó a secuestrarte. Intentó venderte al hijo de un mafioso y seguirá haciéndote daño hasta que tenga su dinero.

Bajé la cabeza.

La situación me dolió.

Yo no era como mi familia.

Aunque mi madre dijera lo contrario.

No sería capaz de matar.

Estaba convencida de ello.

A no ser...

Zarandé la cabeza.

«No me dejaré manipular por él.» —pensé. —«Aunque sea mi padre.»

Capítulo veinticinco

RENO

Me quedé dormido sobre el suelo. Cuando desperté, me di cuenta que mi chaqueta estaba tirada sobre la cama. Recordaba haber dejado la prenda de ropa en el perchero y no moverla, ya que no salí en todo el día. Me acerqué y me di cuenta que me faltaban las llaves de la caravana.

—¡Joder!

Seguramente Bloody consiguió colarse en la habitación. Desde que Diablo Arellano se reunía con ellos, dejaron de hablarme de los pocos planes que teníamos en común. Recogí mi móvil e hice una llamada urgente.

Melvin no tardó en descolgar.

—Espero que sea importante —dijo, después de soltar una grosería.

—La hija de Gael está teniendo un trato directo con los mellizos de Heriberto Arellano. Creí que iría directamente hasta su padre —me removí el cabello —, pero las cosas no son cómo habíamos planeado.

—¿Vikram sabe algo?

—Lo dudo —di vueltas por la habitación—. Está esperando a que le informe de los últimos movimientos que hemos dado en Los Lamentos. Y, básicamente, no hemos hecho nada.

—Pero ellos sí —me recordó Melvin—. No te alejes de Alanna Gibbs.

—Eso es imposible.

Bloody no se apartaba de su lado.

—Haz lo que sea. Pero conviértete en su sombra. ¿Lo has entendido?

No me quedó de otra que soltar un rotundo sí.

—No estoy seguro...—tenía una corazonada—, pero creo que quieren sacar a los mellizos Arellano de México. Si lo hacen, tendremos problemas en la frontera y descubrirán quién soy realmente.

—Eso no pasará. Mis contactos tienen luz verde para dejarte pasar sin hacer preguntas. Les envié el pasaporte que te hizo Vikram Ionescu.

—Y, ¿qué pasará con ellos?

—Ya te dije que el delincuente y la cría me dan igual. Necesito a Gael Gibbs con vida.

—Le estás dando mi cabeza a Bloody sin darte cuenta, Melvin —ignoré el mal carácter que tenía cuando sabía que las personas que le hablaban llevaban la razón—. Si me pongo en medio de la ejecución, sabrá que no estoy siguiendo las ordenes de Vikram.

—Entonces mávalo y habla con la policía de México. Diles que ha sido un ajuste de cuentas.

—Vikram no tiene a los mexicanos en nóminas, y tú tampoco —me senté sobre la cama—. Tengo que colgarte.

—Espero que hagas las cosas bien, Reno.

Le colgué.

Ese maldito hijo de puta no era nadie para decirme cómo tenía que trabajar. Sí, era cierto que estaba por encima de mí, pero los jefes, esos que estaban por encima de los dos, confiaron en mí y no en él.

Golpeé con fuerza el colchón de la cama y desahogué toda la ira que fui acumulando desde que me pidieron que me acercara a Vikram para ser uno de sus hombres. Tuve dos opciones. Aceptar, o rechazar el trabajo y olvidarme de mi profesión.

El dinero me cegó y me convertí en el matón de un mafioso que estuvo años escondido.

Busqué su nombre en la lista de mis contactos, y lo llamé.

—Por fin te dignas a hablar conmigo.

Le mentí:

—Hemos avanzado.

—¿Os habéis acercado a Gael?

En realidad, no, pero estaba seguro que estábamos muy cerca. Por ese motivo Bloody y Alanna recibían visitas de los hijos de Arellano, porque eran las personas más cercanas a Gael.

Escuché la voz de Alanna desesperada y me acerqué hasta la ventana para ver qué estaba pasando. Bloody se detuvo delante de la puerta de su habitación, y empujó el cuerpo inconsciente de Gael.

«Hijo de puta» —pensé.

—¿Acercado? —reí—. Más bien, ya lo tenemos.

Capítulo veintiséis

ALANNA

Tiró a mi padre sobre la cama y me senté junto a él para comprobar su estado de salud. Estaba inconsciente, sangraba por la nariz y respiraba lentamente. Bloody seguramente no entendió mi actitud por intentar cuidar al hombre que me hizo daño. Pero sentía lástima por él. Esperé a que se despertara y, cuando lo hice, le ayudé a incorporarse. Le di un vaso con agua y le ayudé a beber.

—Gracias, caballito.

Se escuchó un fuerte golpe en la habitación de al lado.

—¿Sabes por qué estás aquí, papá?

Éste respondió:

—Por los delitos que cometí.

—¿Por qué, papá? ¿Por qué lo hiciste?

Abrió la boca y Bloody se interpuso de nuevo entre nosotros dos. Mi padre tragó saliva y éste me apartó de él.

—Quiero respuestas, Bloody.

—Te manipulará. Conmigo lo hizo.

Cerré los ojos.

Pero me obligaron a abrirlos cuando golpearon la puerta de la habitación. Me acerqué para abrir, y al otro lado estaban Diablo y Reinha con una bolsa pequeña que los acompañaría en el viaje que nos esperaba. Dejé que entraran y no se sorprendieron al ver a mi padre. Todo estuvo planeado, así que era normal.

Bloody le susurró algo a Diablo.

Él asintió y se acercó a Reinha.

—Necesito mi medicación.

—¿Ahorita?

—Sí —insistió.

—Acompáñala, Alanna —me pidió Bloody.

¿Por qué querían alejarme de mi padre?

Capítulo veintisiete

BLOODY

Hice bien en sacar a Alanna de la habitación. Ella no podía ser testigo de la tortura que sufriría Gael por todos los delitos que cometió bajo el nombre de Vikram Ionescu. Así que esperé a que cerrara la puerta y, cuando nos quedamos solos los tres, me acerqué hasta la persona que un día fue como un padre para mí. Durante años me mintió. Le di la oportunidad de que dijera la verdad, y optó por seguir con la mentira con la que nos manipuló a todos.

Escuché de fondo como Diablo movía una de las sillas que había debajo de la mesa para acercarse hasta nosotros dos y convertirse en un simple espectador. Soltó una carcajada cuando una de mis manos pasó por detrás de la espalda y tocaron el arma que solía esconder. Gael, en vez de cerrar los ojos, los agrandó. Ni siquiera tembló cuando la muerte se acercaba hasta él dando cortos pero salvajes movimientos.

Tuve que incorporar su cuerpo antes de presionar su frente con el cañón de la pistola. Tenía que contar hasta tres y presionar el gatillo. Pero tardé más de la cuenta. Le di la oportunidad para que éste hablara y suplicara por su vida.

—No sé por qué me acerqué a Shana realmente —comenzó con su discurso, nombrando a la mujer que ocupó la cama de los dos—. Esa mujer sabía que no era Vikram y arriesgó su vida para mantener informado a su padre en todos los pasos que dimos cuando jugábamos a ser los putos amos de Carson.

Gael estaba equivocado.

—Tú nos convenciste de ello.

—Tienes razón, hijo. Yo me creí mi propio papel. Para mí, ser Vikram, era el pequeño empujón que necesitaba para levantarme de la cama —su sonrisa se borró del rostro y miró a Diablo un instante antes de clavar sus ojos en los míos—. ¿Alguna vez te has sentido poderoso?

En realidad, me sentí poderoso cuando él me prometió que ocuparía su lugar. Después, mis sueños se esfumaron y terminé en la prisión que le correspondía a él junto a su amante.

—Deja de jugar, Gael —le advertí.

Éste sacudió la cabeza.

—Quiero que me entiendas. Qué me des esa última oportunidad —intentó levantarse de la cama, pero se lo impedí. Golpeé su abdomen y cayó sobre la cama. Su cuerpo se retorció de dolor y soltó una débil carcajada—. ¿Has escuchado a Vikram, pero te niegas en hacerlo conmigo?

—Me he cansado de tus mentiras.

—¿Por qué iba a mentirte?

—¿Por qué quieres salir de aquí con vida?

Gael se encogió de hombros y se limpió la fina línea de sangre que salió de sus pálidos y pequeños labios. Se cruzó de brazos y esperó no recibir otro golpe de mi parte. Al darse cuenta

que no volvería a descargar mi ira con su cuerpo, prosiguió.

—Estoy muerto, Bloody. Tanto en Estados Unidos como aquí —dijo, y acomodó su mano en su pecho para sacar uno de sus puros. Dejé que se lo encendiera mientras que cerraba los ojos ante el placer que sintió—. El padre de Diablo busca el dinero que le robé a Vikram. No lo tengo.

—Está al nombre de Alanna.

—Sí —eso era obvio—, pero se necesita una llave para llegar hasta esa cantidad de dinero que todos quieren. ¿Sabes cuál es la llave?

Guardé silencio, aun así, me dio la respuesta.

—Un par de tarjetas micro SD —me acordé que Alanna, la noche en la que Shana la drogó, devolvió una y la guardé en el collar que solía guardar en su maleta—. Las he perdido. Sin las tarjetas, no hay dinero.

Me encogí de hombros.

—¿Fin de la historia? —me burlé de él.

—Tienes que salvar a Alanna —bajó el destrozado puro que se estaba fumando—. Shana me confesó que la mataría porque dice que estás enamorado de ella. Y, si Vikram lo descubre, hará lo mismo para hacer feliz a su hija.

No tenía sentido. Él sí podía ponerla en peligro, pero la idea de que otros le hicieran daño, lo destrozaban. Así que sacudí la cabeza confuso y le di la espalda un momento. Esquivé la curiosa mirada de Diablo que había escuchado atentamente la conversación, y busqué un motivo para volarle la cabeza a Gael de una maldita vez.

—Tengo que matarte —confesé.

—Me lo imaginé —reí—. Si me matas, harás feliz a Vikram durante un par de días. Pero, cuando descubra que no has conseguido el dinero, pedirá la cabeza de mi hija para sentirse importante un par de horas más. No tendrás otra elección, Bloody, porque ya habrás pactado algo con él.

En el fondo tenía razón. Vikram Ionescu me prometió sacar a mi madre de prisión a cambio de la cabeza de Gael. Y ahí estaba, intentándolo.

—Él siempre ha cuidado a Alanna en tu presencia.

—¿Eso crees?

Afirmé con la cabeza.

—Se acercó a mi mujer y a mi hija porque sería el único medio de encontrarme. Cuando descubrí que trazó un plan para recuperar su dinero y Alanna perdería su vida, moví ficha antes de que ellos me quitaran a lo que más quiero en este mundo.

De repente, solté una carcajada.

—Nunca has querido a Alanna.

—Eso no es cierto —se defendió—. El dinero me cegó, pero daría mi vida por ella.

Gael seguía hablando más de la cuenta.

Los minutos pasaban y el hijo de puta seguía con vida.

—Se acabó —dije, acercándome de nuevo con la pistola y esperando a apretar de una maldita vez el gatillo—. ¿Unas últimas palabras?

—Te enseñé a ser como yo, pero no lo eres, Bloody.

—El alumno supera al maestro.

—Entonces, ¿serás capaz de vivir sin mi hija?

—¿Qué estás diciendo?

Apagó el puro en la mesilla de noche y se levantó de la cama sin miedo a lo que podría pasar

si seguía desafiándome. Escondió sus manos en los bolsillos de su traje y me plantó cara.

—Si Alanna me encuentra aquí muerto, nunca te lo perdonará —su asquerosa sonrisa me revolvió el estómago—. Piénsalo. Primero murió Evie en manos de Shana, y ahora matáis a su padre mientras que ella está a un par de metros de la habitación donde me queréis ejecutar. Te verá como el asesino que intentamos mostrarle. Lo que harás, hijo, es darme la razón.

—¡Hijo de puta! —grité.

Gael avanzó y tuve que golpearlo un par de veces hasta que cubrí las sábanas de sangre. Diablo se acercó hasta mí y me arrebató el arma que dejaría sin vida al hombre que me manipuló desde que tenía dieciocho años.

Lo miré por encima del hombro y esperé a que no cometiera una estupidez.

—Puedo matarlo por ti —anunció, estirando los brazos y acercándose hasta Gael con un pulso tembloroso—. Dame una señal y lo haré.

Miré al padre de Alanna.

—Es cierto —sonreí—. Si te mata Diablo, yo no tendré la culpa.

—Mi hija sabrá...—tragó saliva, se estaba ahogando con la propia sangre que brotaba de su boca— que no habrás...hecho nada...para salvarme la vida.

Volví a mirar a Diablo.

Realmente los medicamentos lo habían dejado inútil.

Se encontraba temblando, sacudiendo la cabeza ante la presión de matar a alguien sin la voz que lo impulsaba a hacerlo.

Le pedí que bajara el arma, y me obedeció.

—¿Dónde perdiste la otra tarjeta?

—Si te lo digo, me matarás.

—O a lo mejor te mantengo con vida un par de meses más.

Se deshizo de la sangre mezclada con saliva que cubrió sus mejillas, y giró su cuerpo por la cama para intentar quedar de pie. Empujó sus brazos sobre el colchón, y fue elevando su cuerpo hasta quedar sentado una vez más.

—Shana me quitó la tarjeta.

—¿Shana?

—Sí.

No creería a ninguno de los dos.

—La zorra que te la chupaba lleva meses sin estar en contacto con su padre —le aclaré—. ¿Por qué te quitaría una tarjeta micro SD si no es para dársela a Vikram?

—Porque es su nuevo pasaporte para irse a Europa.

—Está embarazada.

—Lo sé.

Me ahorré el detalle de decirle -según Shana- quién era el padre de la cría que estaba esperando.

—Soy consciente de la ubicación de Shana.

—¿Está sola? —preguntó, preocupado.

Saqué mi teléfono móvil y no tardé en contactar con Bekhu y Jazlyn para que se acercaran hasta el apartamento donde se encontraba Shana. Éstos no tardaron en confirmar que irían detrás de ella para vigilarla.

—Ya no.

—¡Bien! —Gael sonrió—. Llévame con esa zorra.

Reí.

—No voy a sacarte de México. Y, menos, con vida.

—Bloody...

—Eres un traidor —le recordé.

—¿Queréis la tarjeta o no?

«Sí»—pensé. «Pero, ¿a qué precio?

Quería que llegara el día en que mi madre abandonara la prisión de San Quentin y volver a estar cerca de ella para cuidarla. Ya era un adulto; estaba seguro que la sacaría de la mierda que la estaba matando desde que yo era un crío.

Tenía que pensar en un plan.

Y tenía que ser rápido.

Capítulo veintiocho

ALANNA

Dos de los hombres de Diablo nos custodiaron hasta una farmacia que había abierta en Los Lamentos. Reinha seguía cubriendo su piel con sus propias manos mientras que caminaba con temor. Me acerqué hasta ella e intenté tranquilizarla. Estábamos lejos de su padre y de su prometido Gabriel. Pero mis palabras no le ayudaron. Bajó la cabeza y suspiró. Sin darse cuenta, el manto que cubría sus hombros, fue cayendo por su piel hasta descansar en su espalda. Observé todas las cicatrices que asomaban por fuera de su vestido.

Sin darme cuenta, acabé tocando las marcas de sus heridas. Reinha se sobresaltó y se alejó de mi lado.

—Lo siento —me disculpé con ella, por ser tan grosera—. No quería...

Y me quedé sin palabras para justificar mi mala educación.

Ella frenó en seco y alzó la cabeza para mirarme a través de sus ojos oscuros y brillantes por las lágrimas que amenazaban en salir para humedecer su piel.

—No lo sientas —dijo, con la voz rota—. Son heridas de guerra. No debería darle importancia. Dios me cuida. Tendría que estar tranquila. No temer a mi propia sombra.

Intenté tranquilizarla.

Quedamos delante de una tienda de ropa interior femenina y mantuvimos una larga y dolorosa conversación a través de un enorme escaparate repleto de maniqués perfectos.

—Tener miedo no es malo —suspiré, acordándome del valor que reunió Ray para volver a hablar—. Raymond sufrió como tú, pero cuando era pequeño. Sus padres biológicos lo abandonaron en un orfanato. No tardaron en acogerlo hasta que una familia pareció ser la indicada y perfecta para él. Fue un error. Acabó en las manos de gente que lo torturó y lo lastimaron físicamente como psicológicamente. No sé si habrás visto su rostro, Reinha, pero lo marcaron para recordarle que era imperfecto —gruñí—. Tardó años en volver a pronunciar una palabra. Sé que no debería contarte su historia, pero si puedo ayudarte, te estaré tendiendo una mano.

Ella bajó la cabeza y suspiró.

—Ray es otro soldado de guerra. Dios no lo abandonó, y lo cruzó en tu camino —Reinha sonrió—. El día que lo conocí, se armó de valor para mostrarme sus heridas. Y, cuando yo quise hacer lo mismo, salí huyendo porque Gabriel nos descubrió.

Limpio las lágrimas que cayeron hasta sus labios.

—Mi felicidad se esfumó el día que Gabriel decidió que la única forma que había para tener mi amor, era a través de los golpes —gimoteó—. Mi padre no hizo nada. Creyó que era una buena forma para domar a una mujer rebelde.

«Desgraciado» —pensé.

—Así que le pidió a Gabriel que formara parte de nuestra familia antes de contraer

matrimonio, y se trasladó a nuestro hogar cuando yo solamente tenía quince años —hizo una pausa, las manos le temblaban y el llanto le impedía a hablar con claridad—. Cuando terminé mi fiesta de los quince, fui a mi habitación para quitarme el enorme vestido rosa que me regalaron. No sabía que él me había seguido, así que no tardó en abalanzarse sobre mí para abusar de la cría que un día sería su mujer.

»Gracias a Dios, Diablo llegó a tiempo. Lo sacó de la habitación y lo golpeó hasta dejarlo inconsciente. Papá castigó a mi hermanito para que entendiera el error que cometió por maltratar al hijo de Taracena. Lo encerró en un sótano sin su medicación y, Diablo se convirtió en una persona terrible, sedienta de sangre y torturado por los demonios que los siguen desde que era pequeño.

»Nuestro padre consiguió que su enfermedad aumentara. Terminó escuchando voces que lo incitaban a hacer cosas crueles. Pero no yo podía hacer nada por él, porque Gabriel y mi papá me lo impedían.

»Diablo solía salir con nuestro papá para vigilar los negocios que llevaba a cabo en Veracruz. Me dejaba a solas con Gabriel, el cual aprovechaba para golpearme hasta dejarme inconsciente. Siempre despertaba con una herida nueva. Mi espalda, hombros y piernas eran el lugar perfecto para dejarme marcada con su cinturón de cuero.

Pasé mi brazo por sus temblorosos hombros.

—No quiero volver a verlo, Alanna.

—Te prometo que no volverás a verlo. Pronto saldremos de aquí.

Se abalanzó sobre mí para darme un abrazo. Y arrojé su cuerpo durante unos minutos. Sentí sus lágrimas en mi cuello. Acaricié su largo cabello y alcé la cabeza porque me sentí vigilada.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Por qué? —preguntó, preocupada.

Cogí su mano y tiré de ella para adentrarnos en la farmacia. Los hombres de Diablo siguieron fuera, y eso me hizo sentir segura.

Reinha pagó los medicamentos de su hermano y esperamos que el señor se los entregara. Cuando salimos al exterior, nos dimos cuenta, que cerca de los escaparates de ropa, había un hombre parado y con la mirada fija en nosotras.

Quise dar vueltas por Los Lamentos para comprobar si realmente nos estaba siguiendo. Y no me equivoqué. El hombre seguía nuestros pasos en cada calle que cruzábamos.

Quedamos escondidos en una esquina, y cuando éste pasó por delante, lo empujé para que los hombres que nos custodiaban lo retuvieran. Cayó al suelo, gritó de dolor y se movió bruscamente cuando lo paralizaron.

—¡Suéltame! —gritó.

Reconocí esa voz.

Me arrodillé delante de él y le quité el gorro que ocultaba su rostro.

Era Reno.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué hacéis vosotras dos a las tres de la madrugada en un lugar como este?

—Tú no tienes derecho a hacernos esas preguntas —respondí.

—Os están siguiendo —zanjó, Reno.

Reí.

—¿Y tú nos proteges?

—No es el momento para daros explicaciones, Alanna.

—Pues deberías —insistí.

Y de repente se escucharon disparos.

Los hombres de Diablo cayeron al suelo y el grito de Reinha me confirmó que estaban muertos. Dos enormes vehículos negros nos rodearon en el callejón donde nos escondimos de Reno.

—Mierda —exclamó éste.

—¿Qué hacemos? —le pregunté, al darme cuenta que los hombres que había en el interior, salieron para detenernos.

Tiré del cuerpo de Reinha y la dejé detrás de mí mientras que Reno se levantaba del suelo y sacaba su arma. Pero eran siete personas contra una. Y, estaba segura, que ellos sostenían pistolas más potentes que las de él.

—Te lo advertí.

Gruñí.

—Tú también nos estabas siguiendo.

—Tengo mis motivos.

—Me gustaría escucharlos antes de morir —dije, lanzándole un vistazo rápido.

Reno soltó una carcajada.

—¡Agachaos!

Y empezó a disparar.

Capítulo veintinueve

Las balas de Reno vibraron y estallaron cerca de nuestros oídos. Mantuve mi cuerpo sobre el de Reinha con la esperanza de que alguna de las dos no saliera herida; pero por suerte, ambas seguimos respirando.

—Joder —gruñó Reno, dándonos a entender que se había quedado sin balas. Intentó sacar el arma pequeña que llevaba en el interior de la bota, pero fue absurdo.

La voz de uno de los hombres lo detuvo.

—No cometan una estupidez. O uno de vosotros saldrá herido —era mexicano. Su acento los delató.

Siguieron avanzando hasta quedar delante de nosotras. Levantaron mi cuerpo sin ningún problema y tiraron de mí para meterme en el interior de su coche blindado. Con Reinha hicieron lo mismo, mientras que ésta no se rindió y siguió luchando.

¿Eran hombres de Arellano?

¿Quizás de Vikram?

—¡Reno! —grité.

Aferré mis dedos en la puerta trasera del camión. El hombre siguió empujándome, pero no consiguió tirarme al interior. Estaba cansada de los secuestros. Antes de vivir otro, prefería luchar hasta morir.

—Tienen que colaborar.

—¡Y una mierda! —estallé. Golpeé su nariz con mi bota y le partí el tabique.

El que consiguió acomodar el cuerpo de Reinha en el interior del vehículo, se acercó hasta mí al comprobar que había herido a su compañero. Me mostró su arma para asustarme, pero no lo consiguió.

Le escupí en el rostro y lo grabé en mi cabeza.

—¡Maldita *gringa*!

Impactó su puño en mi abdomen y me dejó sin aliento. Al no poder respirar, perdí la fuerza y caí junto a Reinha. Ella se acercó hasta mí y acarició mi rostro para que no cerrara los ojos.

—Bajad las armas —escuché de lejos, la voz de Reno.

—¿Por qué?

—Os envía Melvin, ¿cierto?

—Sí —dijeron al unísono.

La voz de Reno siguió acercándose hasta nosotras.

—Trabajo con Melvin.

—¿Eres policía?

Hice el esfuerzo de alzarme del suelo, alejarme de Reinha y observar lo que estaba pasando en el exterior del vehículo. Reno se acercó hasta los hombres y le mostró una placa de policía. No entendí nada. Él era uno de los hombres de Vikram, y Ronald...no trabajaba con hombres que cumplían la ley a raja tabla.

Cogieron su placa y verificaron que decía la verdad. Al darse cuenta que era un policía infiltrado, dieron la señal para que nos dejaran libre.

—Melvin dijo que las mujeres no ayudarían a sacar a Gael de México. Son un obstáculo.

—Eso no es cierto —dijo Reno, y pasó mi brazo por sus hombros para ayudarme a caminar—. Ella es la hija de Gael. Habéis cometido un error.

Se miraron entre ellos.

—Pero...

—Será mejor que os marchéis.

Asintieron con la cabeza, se subieron en los vehículos y se marcharon dejándonos en el callejón con dos personas muertas. Reinha se acercó hasta mí y le dije con la voz débil que estaba bien.

Reno tiró de mi cuerpo y nos pidió que nos alejáramos del callejón antes que la policía de Los Lamentos nos descubriera con un par de hombres de Arellano muertos.

Estábamos cerca del motel, y antes de entrar, Reno se detuvo.

—No podéis contar nada —sentenció.

Reinha calló, aceptando el trato de él.

Pero yo necesitaba respuestas.

—¿Por qué?

—Ahora no, Alanna.

Sacudí la cabeza.

—Bloody hará preguntas —le recordé; en el momento que me viera aparecer en la habitación, herida y con Reinha temblando, se abalanzaría sobre nosotras para saber qué había pasado en nuestra salida.

Éste me acercó hasta la barandilla de las escaleras y acomodó mi cabello para que no estuviera alborotado.

—Dudo que suceda —dijo, y se alejó de mí—. Hay algo en la habitación que no te gustará.

Y fueron sus últimas palabras antes de subir el par de pisos y encerrarse en su habitación.

¿Qué no me iba a gustar?

Subí los escalones gracias a la ayuda de Reinha y golpeó su puño en la puerta. Diablo abrió y dejó que nos refugiáramos del frío. Intenté mantener la postura, y busqué a Bloody desesperadamente.

Éste se encontraba en el baño, dándose una ducha. Se escuchaba el agua caer.

Y, mientras tanto, mi padre estaba tendido en la cama.

—¿Papá? —toqué su rostro.

Estaba herido, con los ojos cerrados y el labio partido.

Gimió de dolor cuando presioné una de mis manos en su costilla. Despertó y me mostró una débil sonrisa al verme ahí junto a él.

—¿Qué ha sucedido?

Mi padre guardó silencio.

Miré a Diablo.

—¿¡Qué habéis hecho!?

Bloody salió del baño con una toalla envolviendo su cintura. Se acercó hasta su maleta y cogió un par de prendas antes de desaparecer de la habitación. Lo detuve a tiempo.

Le obligué a que me mirara a los ojos.

Pero al parecer tenía cosas mejores que hacer.

Grité su nombre y éste siguió dándome la espalda. Le golpeé con tanta fuerza la espalda, que se dobló un instante y giró sobre sus pies desnudos para enfrentarme.

—¿Estás loca!?

—¡Lo estoy! —grité, más fuerte que él—. ¿Qué le has hecho? ¡Responde!

—Mi trabajo.

—¿Tu trabajo?

Reí.

Volvió a callar.

—Nuestro trabajo era llevar a mi padre a Estados Unidos. No meterle una paliza hasta dejarlo muerto en una habitación de motel de México.

La voz de mi padre me calmó.

—Él tiene razón, Alanna —me miró, con los ojos entrecerrados y morados—. Bloody siempre ha sabido a hacer su trabajo. Y, hoy, sólo ha cumplido órdenes.

—Ese no era el plan —susurré.

—¿Caballito? —no le hice caso—. Mírame, hija.

Lo hice.

—¿Qué?

—Yo le enseñé. No lo olvides.

Al tener una mano en mi cintura, Bloody se dio cuenta que no era capaz de mantenerme de pie. Se disculpó con los mellizos y pasó por alto que mi padre observó nuestra escenita. Tiró con cuidado de mi cuerpo y me obligó a quedarme encerrada con él en el cuarto de baño. Me senté en la tapa del inodoro y éste se arrodilló delante de mí para apartar el cabello húmedo que me caía sobre las mejillas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, preocupado.

Tuvo otra respuesta.

—Has golpeado a mi padre —gruñí.

—Es un hijo de puta —intentó recordarme.

—¡Pero nosotros no somos como él!

«O al menos yo...»

Bloody bajó la cremallera de mi cazadora e intenté impedirle que me subiera la camiseta. No lo conseguí. Observó los golpes que no tardaron en marcarse en mi abdomen y se levantó del suelo llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué cojones te ha pasado?

—Me he caído —mentí.

—Alanna.

—¡Es verdad!

Volvió a mí.

A quedar cerca de mi rostro.

—Dame un nombre.

—¿Para qué?

—Para matarlo —gruñó.

No. No le daría un nombre. Más bien, le ocultaría el secreto de Reno hasta que supiera realmente quién era él y por qué un policía nos seguía.

Miré con temor a Bloody, y le pregunté una vez más por qué golpeó a mi padre. Rendido, cansado y agotado de mí, respondió.

—Le prometí a Vikram que conseguiría la segunda tarjeta micro SD que tiene tu padre —bajó la cabeza—. Lo único que he hecho es hacerle hablar.

—¿Por eso me has alejado de él?

—No quería que me vieras agresivo.

Intenté apártalo de mi lado, pero no me dejó.

—Lo hago por nosotros —fue su respuesta.

—Eso quiere decir que, si Vikram te manda a matarme, lo harás.

—No. Por supuesto que no lo haré, cielo —quiso alcanzar mi boca, pero volví a impedirselo—. Sabes que haré cualquier cosa para que estés a salvo de todos esos hijos de puta.

Agradecí que se alejara de mi lado.

Me levanté y me abalancé sobre el pomo de la puerta para desaparecer del cuarto de baño.

—¿Adónde vas?

—A fuera —confesé. Quería estar lejos de él y de los demás—. A fumarme un cigarrillo.

No me lo impidió.

En ese sentido, ambos éramos igual.

Matábamos el estrés y los nervios con un cigarro entre nuestros labios.

Cogí la cajetilla de tabaco que había sobre la mesa y salí fuera para encenderme uno. Cuando acomodé los brazos en la barandilla, me di cuenta que no estaba sola. Reno estaba a un par de metros. Manteniendo una dura conversación a través del teléfono móvil.

No se dio cuenta que estaba ahí, fuera, cerca de él.

Así que escuché parte de sus gritos.

¿Quién era Melvin?

Capítulo treinta

RENO

No tardé en pedirle explicaciones a Melvin. Llamé un par de veces hasta que el viejo descolgó la llamada. Al parecer lo pillé en medio de una reunión que abandonó al escuchar mi voz.

Cuando se quedó solo en las escaleras de emergencia, di pasos a mis gritos.

—¿¡Por qué!? —salí fuera de la habitación, aprovechando que no había nadie—. Has enviado a otros hombres porque no confías en mí.

Él lo interpretó como una pregunta.

—Tener a los hijos de Arellano cerca y a la hija de Gael, impide que hagas bien tu trabajo.

Solté un grito ante la frustración que sentí.

¿Qué era un mal policía?

Eso era lo que había insinuado.

Pegué mis labios a la botella de cristal que cogí de la nevera, y le di un buen trago a la cerveza.

—Sabía que Bloody interrogaría a Gael sin matarlo. Vikram me lo dijo —hice una pausa—. Él está enamorado de Alanna y no será capaz de matar a su padre. Por eso estoy aquí. De alguna forma lo protejo y compruebo que el otro no pierda la cabeza.

—Y, ¿por qué no estabas con ellos?

—¡Porque no confían en mí por tu culpa!

Melvin intentó tranquilizarme, pero no lo consiguió.

—¿Dónde estabas?

—Seguí a Alanna porque me pareció extraño que abandonara la habitación del motel.

—Intentas protegerla, idiota.

«Idiota» —pensé. —«Me llama idiota el viejo que no era capaz de complacer a su mujer sexualmente.»

—Eso es problema mío.

—Te mandé a ti, porque creí que eras uno de los nuestros.

—¿Un corrupto más?

—¡Exacto! —gritó—. Al aceptar el dinero, te ahogas en la misma mierda que yo. Trabajamos para Vikram. Y, hasta que no acabe preso, nosotros somos ¡cómplices!

Tiré la botella de cristal contra el suelo.

—Ella lo sabe —confesé.

—¿El qué?

—Qué soy policía.

—¿¡Qué!?

—Ya me has escuchado. Tú tienes la culpa por enviar a policías de Los Lamentos para

detenerlas.

Maldijo durante cinco minutos y después centró su atención en mí.

—Tienes que deshacerte de ella.

—¿Por qué?

—Porque nos delatará.

—No —conseguí tranquilizarme—. Hablaré con ella. Lo entenderá.

—Lo dudo —soltó Melvin—. O la matas, o la matará otro de mis hombres que sí tenga el valor de apretar el gatillo ante esa estúpida niña. ¿Lo has entendido?

—No —me negué, pero fue demasiado tarde.

Melvin había colgado.

Ese viejo quería enterrarme junto a Vikram, Bloody y Gael cuando estuvieran en su poder. Si mataba a Alanna, acabaría en prisión con los demás.

Estaba tan furioso, que no me di cuenta que no estaba solo.

Alanna llamó mi atención.

Se acercó hasta mí con cuidado, y me ofreció un cigarro.

Negué con la cabeza.

—¿Problemas con tu jefe?

¿Había escuchado la conversación?

—Más o menos —respondí.

—Me debes una explicación —me recordó, tirando el pitillo al suelo.

Suspiré.

—No sé si estarás preparada para la verdad.

—Inténtalo —me retó.

«Supuestamente tengo que matarte» —pensé, pero la historia no comenzaría con esas palabras.

Capítulo treinta y uno

ALANNA

Reno abrió la puerta de su habitación y esperó a que yo fuera la primera en colarme en el interior. Eché uno de mis mechones de cabello detrás de la oreja y detuve los pasos delante del pequeño comedor que tenía el motel. Me tomé la molestia en sentarme y esperé a que él hiciera lo mismo. Me tendió una birra y la acepté sin devolverle la sonrisa.

Estaba más nervioso que yo, así que le di el tiempo necesario para explicarme realmente lo que estaba pasando con él y el secreto que le ocultaba a Ronald.

¿Cómo podía ser un policía la mano derecha de Vikram?

Era imposible.

Por no decir que era un camino rápido a la muerte.

—Soy policía —confesó Reno.

Eso era obvio.

—¿Sigues ejerciendo? —Éste asintió con la cabeza—. Entonces, ¿por qué un policía trabaja codo con codo con un mafioso?

Le solté la pregunta de un millón de dólares.

Reno le dio un buen trago a su cerveza, antes de responder.

—Porque estoy infiltrado.

—¿Qué busca la policía de él?

—Detenerlo —fue directo y claro—. Pero no lo podemos hacer si tu padre no declara contra él.

Dejé la cerveza sobre la mesa y me levanté de la silla que ocupé. Me llevé las manos a la cabeza y empecé a dar vueltas. Todos estábamos jodidos.

Si la policía se daba cuenta que nosotros también ayudábamos a Ronald, nosotros iríamos de cabeza con él.

—¡Mierda! —grité.

—Sé que parece una locura...

—¿Una locura? —reí, sarcásticamente—. Bloody y yo también nos pudriremos en prisión.

—No sucederá si confesáis todos sus delitos.

—¿Quieres que lo vendamos? —Afirmó con la cabeza—. ¿¡Estás loco!?! Si eso sucede, lo descubrirá. Estoy segura que hay policías corruptos, como en las películas de acción. Ronald mandaría a matarnos.

—Por ese motivo estoy aquí, Alanna, para protegeros.

Suspiré.

Éste intentó tener mis pasos, pero no lo consiguió.

Si Bloody lo descubría, lo mataba.

Si Ronald se enteraba que era un traidor, también lo mataría.

—¿Cuánto crees que te queda de vida? —pregunté.

—El mismo que a vosotros si le entregáis a Gael.

—Mi padre debería pudrirse en prisión —confesé—. No quiero que lo maten. Pero tampoco quiero que quede libre. Ha hecho daño a muchas personas. Entre ellas, yo.

Reno me obligó a sentarme de nuevo en la silla y sacó la placa de policía de California para calmarme. Pero no lo consiguió. Lo único que hizo fue que mi cabeza estallara ante las mil ideas que pasaron por mi mente y en todas ellas moría en las manos de Ronald o de Shana.

—Te estoy diciendo que te ayudaré. Pero tú tienes que guardar silencio.

—¿Revelar tu identidad?

—Tienes que callártelo, Alanna.

Grité.

—No soy la chica de los secretos.

—Pero Bloody sí. Así que deberías aprender de él —sacó un tema que me destrozaba el corazón—. Te ocultó dónde se encontraba tu amiga Evie y su estado de salud. Acabó muerta y él enterrándola para que el secreto no jodiera el plan de tu padre. ¿No podrías hacer lo mismo tú?

Tragué saliva.

—Lo chantajearon —repetí, las palabras de Bloody.

—Ahora tienes que cuidarlo tú a él.

—¿Por qué?

—Porque mi jefe, Melvin, me ha pedido que lo detenga en México si decide asesinar a Gael. Imagínate qué le podría suceder a Bloody si descubre quién soy en realidad —no sólo me intimidó, también me asustó—. Tenemos que terminar este viaje, con Gael vivo. ¿Me has entendido?

Asentí con la cabeza.

—El problema será cuando llegemos a California.

—Lo dudo.

¿Lo dudaba?

¿Y él era el policía?

—Ronald estará al tanto de todos nuestros movimientos.

—Por eso dejé a sus hombres en la base militar —dijo—. Si se lía una guerra, explotará allí, y no donde estemos nosotros.

El corazón se me detuvo un instante.

A Reno no le importaba los hombres de Vikram, pero a mí sí me importaban nuestros compañeros; Bekhu, Dorel, Raymond, Kipper y Jazlyn.

Ellos no podían morir por un error nuestro.

Miré a Reno, el policía al que debería importarles la vida de los demás seres humanos que lo rodeaban. Juró lealtad a la bandera de su país, y estaba incumpliendo su palabra.

—Vikram perdió nuestro rastro al salir de la base militar.

—Eso es lo que crees tú —reí.

Reno agrandó los ojos.

—Sorpréndeme.

Le dije lo que le ocultamos.

—Su hija está en el apartamento. Esperándonos.

—¡Mierda! —Estalló.

—Sí —intenté encenderme otro cigarrillo, pero mis traicioneros y temblorosos dedos no me ayudaron—. Santa mierda.

Reno golpeó con fuerza la mesa y buscó una solución.

—Tenéis que libraros de ella.

—¿Shana? ¿Crees que es fácil perderla de vista? —ese tío ni siquiera se tomó la molestia de investigarnos un poco más de los ficheros policiales—. Está embarazada. Dentro de un par de meses dará a luz.

Se encogió de hombros, dándome a entender que no era un problema.

—Está embarazada de Bloody.

—Tu novio tiene una polla inquieta.

—No era mi novio —me burlé de aquella etiqueta porque sonaba extraña saliendo de mi boca — cuando estaba con ella.

Cruzó los brazos bajo el pecho y volvió a clavar su seria mirada en la mía. De alguna forma, me estaba echando la culpa de todos los marrones en los que se había visto implicado.

—¿Podría detenerla por algún delito?

—¿Te parece poco el asesinato de mi mejor amiga?

—Cuando Vikram soltó a Bloody, entregó a otro asesino. O, ¿realmente crees que los Thompson hubieran dejado a ese criminal libre?

Me quedé sin aliento.

—Él sabía que Shana fue la asesina...

Reno soltó lo que temí.

—Pero es su hija, ¿no?

La única persona que pasó tiempo con ella e intimidó hasta llevarla junto a él, fue mi padre. Así que seguramente conocería algún secreto oscuro que conseguiría que la detuvieran hasta que la perdiéramos de vista durante un tiempo.

—Mi padre —solté.

—¿Tu padre? ¿Recuerdas lo de mantener mi identidad en secreto?

—Él podría hablarme de los delitos de Shana.

—¿Tú crees?

—Lo puedo intentar.

Éste asintió con la cabeza.

—Será mejor que vuelvas a tu habitación o tu novio creerá que te ha pasado algo terrible.

Me levanté y le di la espalda para salir de la habitación. Antes de que cruzara la puerta, Reno me detuvo con su voz y yo terminé pisando el charco de cerveza que se había colado en el interior desde la terraza. Tuve tanta mala suerte, que resbalé. Mi trasero impactó contra el suelo y terminé clavándome los diminutos cristales de la botella de cerveza en la palma de la mano.

Reno me alzó del suelo y se escandalizó al ver tanta sangre.

—Será mejor que vayamos al baño. Tengo que curarte.

—Estoy bien —dije, pero las manos me temblaban—. No es la primera vez que me hago daño con este tipo de cristal.

Recordé la noche que rompí el marco de mi padre y arrastré los cristales con mi mano. Shana terminó curándome.

—Estás sangrando, Alanna.

—Sobreviviré —intenté tranquilizarlo.

Pero alguien sacó las palabras de contexto.

Reno tenía razón cuando Bloody no me viera aparecer en nuestra habitación después del tiempo en el que me entretuve hablando con él.

Asomó su cabeza y observó la imagen que tenía delante de sus narices.

Yo sangrando y siendo retenida por el hombre que detestó desde el primer día que se cruzó en su camino.

—Vuelve a la habitación, Alanna —me pidió Bloody.

—Estoy bien —intenté, detener sus pasos.

Pero fue en vano.

Grité de dolor.

Eso no arregló la situación.

Bloody cada vez estaba más furioso.

—Te quería lejos de ella —susurró, cortando el poco espacio que le quedaba para plantarle cara a Reno—, pero no lo has hecho.

—Bloody —suplicó.

—No es lo que parece —se defendió Reno.

No quería escucharnos.

—Te voy a matar, hijo de puta —fueron sus últimas palabras, antes de abalanzarse sobre él.

Capítulo treinta y dos

Bloody me ignoró por completo. Siguió golpeando con unos nudillos que lastimó anteriormente con el cuerpo de mi padre. Reno intentó defenderse, pero con el golpe que recibió en la cabeza, quedó aturdido y encogido bajo el enorme cuerpo que tenía sobre él. Los puños siguieron impactando en los costados del policía.

No me quedó de otra que tirarme sobre la espalda de Bloody y rodear su cuello con cuidado para que se diera cuenta de la barbaridad que estaba cometiendo. Al darse cuenta que el rostro de Reno se llenó de pequeñas gotas de sangre que se escurrían de mis manos, Bloody se detuvo y nos alzó a ambos para comprobar cómo me encontraba. Sostuvo mis manos con las suyas y arrugó el ceño al verme herida.

—Me caí —le prometí—. Reno no me hizo daño.

—Escuché tus gritos junto a los de él. Estaba preocupado, cielo.

Quise sostener su rostro, pero no quería salpicarlo con mi sangre. Así que me arrimé hasta él para que viera que estaba bien y que podía confiar en mí.

—Arreglé nuestras diferencias para el bien de todos —mentí—. Tenemos que cruzar la frontera y no podemos discutir todo el día con Reno. ¿Lo entiendes?

Él no estaba muy convencido.

Le echó un vistazo rápido a Reno, y oprimió las ganas de volver a lanzarse sobre él para seguir golpeándolo hasta dejarlo sin aliento.

Agradecí que la voz de Diablo le abriera los ojos a Bloody. Se acercó con su iPhone y nos leyó el último mensaje que recibió de uno de sus hombres de confianza que seguían dentro de la propiedad de su padre.

—Arellano mandó a cerrar las fronteras porque Reinha y usted han desaparecido.

—No puede ser —susurré.

—Os dije que mi padre no tardaría en darse cuenta —coló la cabeza en el interior de la habitación de Reno—. Si sigue con vida... ¿podrías despertarlo para ir saliendo de Los Lamentos? Tenemos que salir antes de que nos corten el paso ¡pendejos!

Y entendí su ira; nosotros tres discutiendo por tonterías, mientras que Diablo y Reinha se veían atrapados en el país donde nacieron y en el que perdieron a su madre cuando intentaron huir de su padre.

Bloody no tuvo otra opción que coger a Reno y trasladarnos a nuestra habitación. Mientras tanto yo, con las manos heridas y cubierta de trozos de cristal, recogí las pertenencias de Reno y guardé su placa de policía para que nadie la encontrara. Limpié la sangre que dejamos en el suelo, y cerré la puerta después de acomodar veinte dólares encima de la almohada para la señora que se encargaría de acomodar la habitación para el siguiente huésped.

Cuando me reuní con todos, me encontré a mi padre ocupando una silla para dejar que Reno descansara sobre la cama de matrimonio. Reinha lo ayudó a acomodarse y se acercó hasta mí preocupada. Le quité importancia a mis temblorosas manos y quedamos en medio de la sala para

planear nuestra salida.

—Deberíamos salir ahorita —soltó Diablo.

Bloody miró a Reno:

—El idiota que conduce duerme.

—Tú podrías conducir, Bloody —propuse.

Diablo apoyó mi idea.

—Está bien —aceptó, presionado por los demás—. Tú —apuntó a Diablo, para empezar a darnos órdenes a todos—, acompaña a Gael hasta la caravana y no le quites el ojo de encima. Reinha —ésta se acercó tímidamente hasta él—, ayuda a Alanna a curar las heridas que se ha hecho en las manos. Yo bajaré las maletas y saldremos todos dentro de una media hora. ¿Entendido?

Excluyó alguien en su plan.

—¿Qué pasa con Reno? —pregunté, apuntándolo con el dedo.

Bloody gruñó.

—Tiene un cuarto de hora para despertarse. O si no, lo tiraré hasta el piso de abajo como una maleta vieja que estoy deseando quitarme de encima. ¿Te parece bien?

No le respondí y me adentré en el interior del baño. Reinha me acompañó y se sentó en el borde de la bañera mientras que yo ocupaba el asiento que podíamos tener con la tapa del inodoro. Rebuscó en el botiquín de emergencia y sacó unas pinzas, alcohol y unas gasas.

No dudé en ella, así que le tendí las manos y esperé a que hiciera el peor trabajo que le podía pedir a una chica que se había cansado de ver tanta sangre brotar del cuerpo de un ser humano.

—Bloody te ama.

Se me escapó una risa.

—¿Qué?

—Se preocupa muchísimo de ti. Es lindo.

Me mordisqueé el interior de la mejilla para no quejarme del dolor.

Los trozos de cristal fueron cayendo al lavamanos.

—Es gracioso —susurré.

—¿Por qué?

—Opinas lo mismo que Ray.

—Entonces será cierto —Reinha me guiñó el ojo. Dejó las pinzas cerca de ella, y humedeció mis manos con alcohol para desinfectar las heridas ya que no teníamos nada mejor.

Vendió con sumo cuidado mis manos y me mantuvo la mirada en todo momento para que no sufriera.

—Pareces una profesional —alagué su trabajo.

—Me encargaba yo misma de curar mis heridas.

Siempre terminaba recordándole a Gabriel.

—Lo siento.

—No te disculpes —fue su respuesta—. ¿Y bien?

Alcé una ceja.

No entendí a que se refería.

—¿Tú lo amas? —por fin la entendí.

—Amar es una palabra muy grande. Con varias emociones que ni siquiera sé si algún día podré compartir con él.

Me miró con tristeza.

—No puedes cerrarte al amor. Ni siquiera yo lo he hecho, Alanna.

—Pero Bloody será padre —confesé—. Y, por encima de mí, estará su hija.

—Eso no te excluye de su corazón —dijo Reinha, con una dulce y bonita sonrisa—. Os estáis conociendo, pero ya veo el amor que desprendéis los dos. Te protege, se preocupa y estoy segura que se le quitaría el sueño si descubriera que estás en peligro.

De repente nos tragamos nuestras palabras cuando la puerta del baño se abrió. Bloody asomó su cabeza y comprobó que todo estuviera bien. Le mostré los vendajes y se sintió aliviado.

—Reno ha despertado —nos anunció—. Está esperándote, Reinha. Con él irás segura hasta el aparcamiento. No te preocupes.

—De acuerdo —le devolvió la sonrisa a Bloody, el cual le dio la gracias por haberme curado las heridas de la mano—. Os veré en un rato.

Reinha ya había deducido ella sola que tardaríamos en reunirnos con los demás. Esperamos en escuchar la puerta cerrarse, y Bloody ocupó el mismo lugar que había estado sentada Reinha.

Arropó mis manos con las suyas y se las llevó hasta sus labios para depositar un par de besos. Cerré los ojos ante el bonito detalle que tuvo conmigo.

—Cada vez que Adda se hacía daño, corría hasta mí para pedirme que la llenara a besos —sonrió—. Echo de menos a esa mocosa.

—Pronto volveremos a casa y podrás ir a verla.

—¿Vendrás conmigo?

—¿Quieres que vaya?

Bloody rio.

—Nilia te adora —y yo la admiraba; como mujer, y como la madre luchadora que era—. Y Adda estará deseando verte junto a mí.

Me acerqué hasta él.

—Me encantaría.

Besó mis labios y se quedó pegado a mí durante unos segundos que hicieron que sintiera, las mariposas que tanto detestaba, un cosquilleo en mi estómago.

—¿Sabes qué le haría feliz? —esperé escuchar su respuesta—. Que compráramos una casita de campo y nos fuéramos a vivir cerca de ella.

Me puse más nerviosa.

—¿Vivir juntos?

—Soñé con ello la otra noche. Y me hizo ilusión, Alanna.

Me quedé sin palabras.

Así que Bloody acunó mi rostro con su mano y cerré los ojos al sentir sus pulgares acariciando mis sonrojadas mejillas. Sentía los latidos de mi corazón en el lóbulo de mis orejas.

—Cuando termine todo esto, ¿adónde habías pensado irte?

—¿Sinceramente? —me encogí de hombros—. No lo sé. Sólo había pensado irme lejos de California. Un lugar cálido donde nadie me conociera.

—¿Tú sola?

Bromeé con mi respuesta:

—Ya comprobaste que me hago independiente poco a poco —recordé, la forma en la que aprendí a cocinar la noche antes de que él apareciera con otra mujer—. Pienso que, si alguien viene conmigo, sufrirá.

—Entonces quiero sufrir —confesó.

Y me quedé helada.

—Bloody.

—Vamos, cielo —susurró, sobre mis labios—. Ya he sufrido suficiente en mi vida. Un poco más de dolor, solo hará que me dé placer.

—Idiota —solté, antes de besarlo.

Llevé mis torpes manos detrás de su cuello y enrollé mi lengua alrededor de la suya. Me quemé lentamente ante el contacto de su boca. Y volví a respirar al notar una de sus manos colándose en el interior de mi camiseta. Pero fue él quien se detuvo.

—No me fío de Reno.

Suspiré y alcé la cabeza.

Quería contarle la verdad, pero le prometí a Reno que guardaría silencio.

«¡Maldición!»

—¿Y si estamos equivocados con él? —Bloody me miró confuso—. Sé que no podemos confiar en nadie. Pero, imagina un instante que, Reno es el hombre que nos alejará de Vikram y de toda la mierda que no nos deja vivir en paz. ¿Le darías una oportunidad?

—Eso sería imposible, cielo.

—Sólo te pido que le demos una última oportunidad.

—Alanna...

—Por favor —gimoteé.

Se levantó del filo de la bañera y me miró desde arriba, con tristeza a través de sus azulados ojos.

—No me gusta que pases tiempo con él. Podría pasarte algo malo.

—Pero no pasará.

Removió su cabello y me dio la espalda.

—Si mis advertencias no te ponen en alerta —cogió aire—, al menos dime que no tengo motivos para ponerme celoso.

—¿¡Qué! —solté una carcajada, y más tarde me di cuenta que jugué con sus sentimientos—. Entre Reno y yo nunca sucederá nada. Ni siquiera me gusta.

—Él no puede decir lo mismo de ti.

Tiré de su chaqueta y le obligué a mirarme.

«Al infierno» —pensé, antes de soltar mis sentimientos.

—Te quiero a ti.

Éste sonrió.

—Y yo te quiero para mí —soltó una carcajada—. Es la canción favorita de Dorel.

Golpeé uno de sus costados por reírse delante de mí. Bloody me acercó hasta él y me besó con fuerza.

—Será mejor que marchemos. Nos están esperando.

Asentí con la cabeza.

—Espérame fuera —le pedí—. Tengo que coger mi teléfono.

Me acerqué hasta la mesita de noche que había junto al lado de mi cama, y antes de salir para reunirme con Bloody, envíe un mensaje.

No puedo explicártelo ahora, Ray,
Pero dile a Bekhu, Jazlyn, Dorel y a Kipper que tenéis que salir de la base militar. Poneos a salvo, por favor.
Pronto nos reuniremos.

02:11 PM ✓✓

Me sentí tranquila al leer su respuesta.

Confío en ti, Alama.

Pero Dorel y Jazlyn abandonaron la base hace días.

02:13 PM ✓✓

¿Qué?

No estaba al tanto de la salida de ellos dos.

Capítulo treinta y tres

Varios policías detenían vehículos sospechosos en la frontera. Les obligaban a abandonar los coches, mientras que ellos lo registraban todo. Reno nos aclaró que solían buscar cocaína, animales exóticos o contrabando de órganos humanos. Nosotros, podríamos ser sospechosos de traficantes de SDA, porque en los últimos meses, varios americanos, introdujeron la droga en México para sacar más dinero que en su propio país.

Me puse nerviosa al ver como esposaban a varias personas y las tiraban al suelo para acabar con el cacheo. Los agentes parecían tipos duros sin escrúpulos ni delicadeza.

—¡Está bien! —anunció Reno, deteniéndose delante de otra caravana—. No olvidéis lo que os dije —al darse cuenta que nadie se movió, empezó a dar órdenes—. Los hermanos Arellano y Gael esconderos en los compartimentos grandes y estrechos de la cama. Bloody, vete al baño. Y tú —terminó conmigo—, siéntate a mi lado.

A Bloody no le gustó la idea. Se levantó bruscamente, golpeando a Reno y dejando claro quien mandaba ahí también. Posó su mano sobre el hombro de la persona que condujo durante horas, y lo amenazó sin elevar la voz.

—Me parece muy bien que te quieras deshacer de mí por tener pintas de criminal —apretó con fuerza su mano, y el rostro de Reno delató que le estaba haciendo daño—. Pero como le pongas la mano encima a Alanna para fingir que sois un matrimonio feliz —se inclinó hacia delante —, te la corto. ¿Entendido?

No quería que siguieran discutiendo. Así que pasé por delante de Bloody, me senté en el asiento que él había ocupado y le lancé una mirada para tranquilizarlo.

—¿Quieres estar en mi lugar? ¿Hablar con ellos?

Reno lo retó.

La respuesta de Bloody fue:

—Ese es tu trabajo. Para algo te ha enviado Vikram —gruñó. Al darse cuenta que se acercaban un par de agentes, Bloody le preguntó cuál era el plan definitivo—. ¿Qué les dirás? ¿Qué salís del país porque os habéis aburrido?

El otro, antes de seguir con la conversación, se puso un gorro hortera que había comprado en una tienda de recuerdos. En el complemento se podía leer en letras grandes: ¡Ay, Ay, Ayyy!

—Tú lo has dicho. Haré mi trabajo.

Le pidió que se encerrara en el baño, y no tuvo otra opción que obedecer. Se alejó de nosotros, mientras que Reno y yo esperábamos a un par de tipos acercándose hasta la fila donde nos detuvimos. Iban pasando por los coches, y si las personas no eran sospechosas, podían cruzar.

—¿Tienes algo pensado? —le pregunté, y luego bajé el tono de voz—. O, ¿enseñarás la placa?

—No —dijo, inmediatamente—. Nos metería en un problema. Han cazado a varios policías americanos saliendo de México por negocios ilegales. Lo mejor es seguir con el estúpido plan que se me ocurrió cuando te vi cogida de la mano de Bloody.

Alcé una ceja.

—Y, ¿por qué íbamos a casarnos en México? Solos. Sin familia. Te harán ese tipo de preguntas, Reno.

Empezó a sudar.

Estaba nervioso.

—Porque es más barato —respondió, cansado—. Confía en mí —quiso arreglarlo—. Todo saldrá bien.

Me crucé de brazos y no hice más preguntas.

Al llegarnos el turno, tragué saliva al darme cuenta que por detrás se nos acercaba un hombre que era acompañado por un perro. Mientras que el hombre que se nos quedó de frente, se sacó las gafas de sol y movió su uniforme por la parte de los hombros. Nos habían acorralado después de dejar pasar la primera caravana.

Golpearon a la ventanilla de Reno.

—Bonito vehículo —fue su saludo—. ¿Cuántos sois?

—Solo mi esposa y yo.

El hombre echó un vistazo desde el lugar en el que se encontraba y volvió a mirarlo a él.

—¿Por qué salís de México de madrugada?

—Hemos estado de viaje de novios, y se nos olvidó alquilar una noche más el motel donde nos hospedamos.

Froté mis manos.

Y miré al hombre que no me quitaba el ojo de encima. Estiré los labios y le sonreí.

De repente se escuchó un ruido proveniente del lugar donde se escondían Reinha, Diablo y mi padre. El agente se dio cuenta y no tardó en preguntarnos.

—¿Qué ha sido ese ruido?

Tragué saliva.

Reno pensó rápido.

—Mi hermano pequeño. Se estará bañando.

El hombre arrugó la frente.

—Usted dijo que eran dos.

—Lo siento —rio Reno—. Siempre me olvido de él. Mi madre solía decir...

Tuvo que callar cuando le dijeron:

—Abra la puerta. Subiré a comprobarlo.

Rodeó la caravana y miré con pánico a Reno.

Éste tragó saliva y estaba pálido. Ninguno de los dos esperaba que un ruido proveniente de la parte trasera acabaría llamando la atención de los agentes de la frontera.

No se lo pensó dos veces y subió al vehículo. Nos echó un vistazo rápido e inspeccionó la caravana sin prisa. Abrió las puertas de las estanterías de la cocina, e incluso rebuscó en el interior del frigorífico. Siguió avanzando con la ayuda de su compañero; el que llevaba el perro junto a él.

Se plantaron delante de la puerta del baño y se miraron seriamente. Antes de abrir, golpeó la puerta. Bloody no respondió. Volvieron a mirarnos.

«¿Por qué no responde?» —pensé.

—Patrulla fronteriza —anunció de nuevo y golpeó la puerta—. Si hay alguien, lo mejor será que abra.

El silencio seguía poniendo nerviosos a los hombres que vestían de azul.

Abrieron la puerta del baño y unos gritos hicieron que retrocedieran.

—¡Joder! —gritó Bloody, saliendo del baño desnudo y completamente lleno de jabón. Le costó esconder su miembro entre sus manos y miró a los agentes furioso—. Me estaba bañando. ¿Algún problema?

No dijo nada.

Se le quedó mirando.

A lo que Bloody soltó:

—¿Nunca ha visto una polla americana? —soltó una carcajada—. Cierre la puerta cuando termine de mirar mi culo.

Se dio la vuelta y volvió al baño.

—Gringos —fue la respuesta del hombre, y cerró la puerta. Se acercó hasta nosotros, mientras que su compañero bajó el primero junto al perro negro—. Pueden seguir.

Al escuchar que nos daban el visto bueno, respiré con tranquilidad. Por una décima de segundo, creí que nos detendrían en la frontera.

Pero no pasó.

Bloody terminó convenciéndolos.

Si no hubiera sido por él...

«Pero él siempre me salva el trasero» —pensé, cuando pasé por su lado y le tendí una toalla para que se secara.

—Bien hecho.

—Gracias —y dio un salto cuando mi mano impactó en su trasero.

Me miró por encima del hombro.

—No estamos solos —me recordó, mordiéndose el labio.

Reí.

—No pensaba en sexo.

—Mentirosa.

Capítulo treinta y cuatro

DIABLO

Reinha se acercó hasta mí para celebrar que habíamos conseguido salir de México. Se aferró con tanta fuerza a mi cuello, que creí que me dejaría sin respiración. Le devolví el abrazo y besé su cabello al sentirme tan libre como ella.

Descansó su cabeza sobre mi hombro y nos acomodamos en la cama para que ella pudiera dormir un par de horas antes de llegar a Arizona. Pero mi hermanita estaba inquieta. Apretó mi mano y se la llevó hasta el pecho, donde sentí los latidos de su corazón sin volverme loco.

—Empezaremos de nuevo. Lo que mamá quiso para nosotros.

Limpié sus lágrimas.

—Una nueva vida. Con un apellido nuevo.

Alzó su cabeza y clavó sus ojos en los míos.

—Pensaste en alguno.

Me rasqué la barbilla.

—¿Reyes? Podríamos ser los hermanos Reyes.

Sonrió y dijo:

—¿Reinha y Reyes? ¡No! —tiró de mis mofletes para burlarse de mí. —¿Qué te parece Álvarez?

Me gustó.

—Está bien. Seremos Diablo y Reinha Álvarez.

Besó mi mejilla y sus ojos brillaron con la misma fuerza que cuando ella era una niña y no existían los problemas para ninguno de los dos.

—Prométeme que tomarás tu medicación.

Bajé la cabeza, y Reinha se dio cuenta.

—Di —me zarandé para llamar mi atención—, tienes que cuidarte. No puedo hacerlo yo sola. Prométele a Mamá y a Dios que seguirás tomando tu medicina. Por favor, hermanito.

Crucé los dedos detrás de la espalda.

—Te lo prometo.

Y, de nuevo, volvió a abrazarme con fuerza.

Se levantó de la cama y se acercó hasta Alanna para comprobar cómo seguía el estado de sus heridas.

Me dejé caer en la cama y me di cuenta que el móvil de uno de ellos empezó a vibrar. Lo sostuve y atendí a la llamada al darme cuenta de la persona que estaba al otro lado.

Tiré de las cortinas para que nadie me descubriera.

—No pensé hablar contigo tan pronto, rubio oxigenado.

—¿Habéis pasado la frontera? —preguntó T.J.

—Sí.

—¡Genial! Te mandaré mi ubicación cuando estés cerca. Tengo un regalo para ti, Diablo.

Dejé mi medicación y T.J ya me estaba asegurando que había conseguido un par de individuos que serían mi diversión cuando perdiera de nuevo la cabeza. Condené y mandé la promesa de Reinha al mismísimo infierno por ser débil.

—Me tendrán un tiempo encerrado —le aclaré, la idea de Bloody.

Era la única forma de que me llevaran junto a ellos; no matando a nadie y quedándome encerrado hasta que sus problemas se solucionaran.

—Yo te rescataré —rio—. La mayoría de hombres han desaparecido de la base militar que ocupamos. No he tardado en hacer lo mismo. Tengo un pequeño apartamento donde podréis vivir tu hermana y tú hasta que encontréis otra cosa mejor. Está en Carson. Aquí tienes gente que te ayudará.

La idea era no utilizar el apellido de mi padre para que no nos rastrearán, pero también era la única forma que teníamos para conseguir dinero.

—¿Qué me pedirás a cambio?

—Diablo —tarareó mi nombre—, no decidí arder a tu lado por un pequeño favor. Ya lo sabes. Sonreí.

—Eres tú, gringo, el que decidió que podría complacerme en todos los sentidos —recordé las noches en la que nos quedamos encerrados rodeados de todos los cuerpos sin vida que me encargué de matar—. Firmaste un contrato. Si no lo cumples, te mato.

—Y será un placer morir en tus manos —me retó—. Pero, ¿qué sucede con Reinha? ¿Tan pronto regresará con Gabriel?

—¿Me estás amenazando, cabrón?

La risa de T.J me hizo que apartara el iPhone de mi oreja.

—Tú eres el listo de los dos. ¿Qué crees?

—Hijo de puta.

—Tal vez —me lo imaginé sonriendo, y moviendo su cabello con sus dedos—. Mi silencio, por una muerte.

—¿Quieres que mate a alguien en especial?

—Sí.

—¿Tiene nombre?

—Estás cerca de él.

Tiré un poco de la cortina y observé a la gente que había en la caravana: Reinha, Gael, Alanna, Reno y Bloody.

—Di su nombre, *wey*.

—A mi querido hermanito.

No me lo esperé.

Realmente sabía que se detestaban, pero no lo suficiente como para que uno mandara al otro a matar.

Y, no podía olvidar, que Bloody me sacó de México junto a mi hermanita.

—T. J...

Me cortó.

—Piénsatelo, Diablo. Tienes un par de horas para darme una respuesta —y colgó.

«¡Hijo de perra!»

Capítulo treinta y cinco

ALANNA

Se nos hizo de día cuando llegamos al apartamento donde nos esconderíamos un par de días más. Dejamos todas nuestras cosas en la caravana y abandonamos el aparcamiento. Nos encontrábamos todos cansados del largo viaje que dimos y sin poder pegar ojo en toda la noche.

Reno le lanzó la llave de nuestro apartamento y abrimos la puerta con una sonrisa que nos atravesó el rostro ante la idea de poder tumbarnos sobre la cama y dormir un par de horas. Lo que no esperé es que desapareciera tan pronto. En medio del salón, se encontraba Shana tendida en el suelo. No se movía. Parecía inconsciente.

Bloody se acercó y le tomó el pulso; seguía viva.

Mientras que alzaba su cuerpo sobre su brazo, me acerqué hasta la cocina para humedecer una bayeta con el fin de acomodársela en la frente. Al llegar hasta ellos, me di cuenta que Bloody levantó el cuerpo de Shana con la idea de salir de allí para llevarla a urgencias.

—Ni siquiera tiene seguro médico —le dije, antes de que saliera por la puerta.

Él sacudió la cabeza.

—Eso no importa, Alanna. Quizás haya perdido a la cría.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No estaba sangrando.

Pero no me escuchó.

Pasó por delante de los mellizos y no tardé en seguirlo. Aunque la mano traicionera de Reno me detuvo antes de que bajara los escalones junto a Bloody. Me miró a los ojos y me pidió explicaciones.

—No sabemos qué le ha sucedido. Estaba sola en el apartamento y cuando hemos abierto la puerta...—señalé la cabeza de Shana que colgaba del brazo de Bloody —estaba en el suelo. No ha reaccionado ni al escuchar su voz.

Quería ir con ellos y no dejar solo a Bloody.

Reno asintió con la cabeza y me dijo que él mismo conduciría hasta el hospital. Le dio la otra llave a Diablo y cogió mi mano para salir corriendo detrás de ellos dos.

Se quedaron junto a la caravana y les abrí la puerta para que la dejara sobre la cama. Él no tardó en quedar junto a ella. Posó la cabeza sobre sus piernas y apartó el cabello rubio de Shana para comprobar su estado de salud.

Terminé sentándome junto a Reno, mientras que éste se saltaba todos los semáforos en rojo.

—¿Preocupada? —rompió el silencio.

—¿De ella? —bajé el tono de voz—. No. Pero sí del bebé.

Reno siguió conduciendo y manteniendo una conversación conmigo para que me olvidara de la escena que había detrás de mí.

Estaba celosa.

Pero la situación era normal; Bloody iba a tener una niña con Shana.

«¡Joder!» —grité en mi interior. «Entonces, ¿por qué me molestaba?»

Terminé mordiéndome las uñas.

Reno detuvo el vehículo delante de la puerta de urgencias y ayudó a Bloody a sacar a Shana con cuidado del interior. Unos paramédicos se acercaron con una camilla y la colaron en el interior.

Cerré la puerta de la caravana y el único que me esperó fuera, fue Reno.

—¿Alanna?

—¿Sí?

—¿Te quedarás toda la noche aquí?

No quería entrar.

Pero tampoco abandonar el lugar.

—No sé qué hacer, Reno.

—Bloody te necesita a su lado.

Él ni siquiera me había dirigido la palabra desde que se encontró a Shana tendida en el suelo.

Tragué saliva.

Me crucé de brazos y observé como la gente entraba y salía de urgencias, mientras que yo me debatía en qué hacer.

«¿Entro o me voy?»

Capítulo treinta y seis

Reno consiguió convencerme. Tiró de mí y nos colamos en el interior de urgencias mientras que buscábamos la sala de espera. Shana no tardaría en ser atendida por los médicos y Bloody sería su acompañante. Me acomodé en el primer asiento que vi libre y quedé cruzada de brazos para que el nerviosismo no se viera reflejado en mi cuerpo.

Sentí una mano sobre mi rodilla, y detuvo el temblor. Miré a Reno y éste me lanzó una sonrisa. No podía dejar de pensar en el bebé y en la bruja que le había dado la vida. Empecé a mordisquearme las uñas y deseé fumarme doce cigarros hasta que la nicotina me relajara.

El hombre que se quedó a mi lado para hacerme compañía, me acercó un vaso blanco de plástico lleno del café que servían las máquinas del hospital. Acomodé mis manos y sentí el calor de la bebida con una buena dosis de cafeína; mi cuerpo acabaría saltando por la sala de espera y asustando a los familiares de los enfermos.

El teléfono móvil sonó y me disculpé con Reno, ya que tenía que salir fuera por normativa del hospital.

—¿Hola? —saludé, una vez que estuve en la calle.

—¿Alanna? —era la voz de Dorel—. ¿Bloody y tú sabéis dónde está Jazlyn?

Él no podía verme, pero sacudí la cabeza.

—Ayer hablé con Ray, y me dijo que Jazlyn y tú habíais salido.

—Sí —confirmó—. Bloody nos pidió que vigiláramos a Shana. Salí a las cinco de la mañana, y cuando regresé, Jazlyn no estaba en el apartamento. No descuelga las llamadas y Shana me ha dicho que no la ha visto.

—Hemos encontrado a Shana inconsciente en el apartamento —le aclaré—. Creí que estaba sola. Bloody no comentó que estaba con vosotros.

—Llevábamos pocos días con ella, niña. Pero esa bruja está completamente loca.

Dorel tenía razón.

—¿Dónde crees que habrá ido Jazlyn?

—¿Realmente? No lo sé. Ella nunca se movería sin antes avisarme. Por eso estoy preocupada.

Parecía nervioso.

Y lo entendí.

Jazlyn lo veía como un padre, y él a ella como a una hija.

—Cuando Bloody salga de urgencias hablaré con él —le prometí—. Te prometo que la encontraremos, Dorel.

—Gracias, niña. No te preocupes por tu padre —anunció—, yo lo vigilaré.

Y colgó.

Intenté hacer lo mismo de Dorel y marqué el número de teléfono de Jazlyn. Pero estaba apagado.

Volví a entrar a urgencias y busqué la sala de espera. Junto a Reno, estaba Bloody, esperándome. Me acerqué hasta él para preguntarle cómo se encontraba Shana y el bebé.

Me dijo que le estaban haciendo pruebas y que no le dijeron nada más. Nos sentamos a esperar y así pasaron las horas hasta que un médico se acercó a nosotros.

—¿Es usted el marido de Shoshana Chrowning?

¿Le había dado su apellido como si estuvieran casados?

Bloody negó con la cabeza.

—Soy el padre de la niña que espera.

El médico miró el informe que llevaba de la mujer.

—Está fuera de peligro. Ha sido un bajón de tensión —confirmó—. Por cierto —se detuvo, antes de llevarnos a la habitación donde se encontraba Shana —, es un niño.

¿Un niño?

Ella le había buscado hasta nombre a la supuesta niña que llevaba en su vientre. A Bloody le dio igual, pero yo empecé a pensar que Shana llevaba ese bebé en su vientre para retener al hombre que amaba junto a él.

Pasamos un par de pasillos, y nos detuvimos en la sala de maternidad. En la habitación 12 se encontraba Shana descansando.

Me acerqué hasta ella y vi la sonrisa que lucía hasta durmiendo.

Bloody besó mi mejilla.

—Iré a por un café y le llevaré otro a Reno. ¿Quieres algo?

—No, gracias. Me quedaré aquí.

Salió de la habitación y me senté en uno de los asientos que habían cerca de la cama donde estaba Shana descansando. La observé en todo momento hasta que abrió sus fríos ojos.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Bloody?

Intenté tranquilizarla.

—Ha ido por café. No quiere quedarse dormido. Estaba cansado, Shana.

Ella respiró con tranquilidad.

—Y tú has venido con él —me reclamó.

—No quería dejarlo solo.

Intentó levantarse de la cama, pero se lo impedí.

—Los médicos han dicho que descanses.

—¿Mi hija está bien?

—Sí. Es un niño.

—¿Un niño? —estaba tan sorprendido como yo.

O eso quiso demostrar.

Se tocó su enorme vientre y lo acarició mientras que sonreía. Su obliquo estaba salido y una larga línea marcaba su tripa.

—En un mes nacerá —susurró—. ¿Qué nombre te pondré, cariño? ¿Debería llamarte Darius? —presionó su barriga, esperando a que la criatura se moviera—. ¿Qué te parece, Alanna?

—Sabes que Bloody detesta su nombre.

Ella me miró llena de ira y rencor. Incluso cuando ella era la asesina. Y yo estaba ahí, como una estúpida, preocupada por la salud de su hijo.

—No estarás celosa, ¿cierto?

—¿Celosa? ¿Por qué iba a estar celosa?

—Porque Bloody te abandonará para cuidar de su hijo.

Sacudí la cabeza ante la idea de que Bloody se fugaría con ella con todo el daño que había hecho en los últimos años.

—¿Eso es lo que crees?

—Sí.

—Entonces sigue soñando —susurré, pero ella me escuchó.

—¿Puedes acercarme mi bolso?

Bloody, antes de salir, cogió hasta el bolso de ella por si tenía que cargar con su documentación falsa.

¿La señora Chrowning?

Eso sí que fue divertido.

Le acerqué sus pertenencias y dejé que hurgara en el interior. Mientras tanto, siguió hablando conmigo.

—¿Te dije cómo me sentí después de matar a tu amiga?

Me quedé inmóvil ante la frase que soltó.

—Veo que no —rio—. Imaginé que eras tú la zorra que había en la silla. Cuando la tuve cerca y con el cañón de mi arma presionando su cráneo, cerré los ojos para ver como morías tú en vez de esa pobre niña. Fue tu culpa, Alanna.

—Cállate —le advertí.

Me levanté del asiento y me acerqué hasta ella.

—Es una lástima que también vayas a perder a Bloody.

—Estás loca.

—¿Loca? —preguntó, sacando una cuchilla del interior del bolso—. Haré que te odie, ratoncito.

—¿Qué vas a hacer?

Pero fue demasiado tarde.

Shana se hizo varios cortes en la muñeca y lanzó la cuchilla bajo mis pies. Empezó a sangrar y a cubrir las sábanas blancas por unas rojas.

—¡Socorro! —grité, mientras que envolvía sus muñecas con mis manos.

Nadie me escuchó.

Shana no dejaba de reír.

Pálida, soltó:

—Bloody te odiará por intentar matar a su bebé.

—No —sacudí la cabeza—. ¡Qué alguien me ayude, por favor!

Shana volvió a caer sobre la cama ante el cansancio que sintió al perder tanta sangre.

—Maldita bruja —susurré.

No podía ayudarla.

—No te mueras. ¡Joder!

Capítulo treinta y siete

Envolví las muñecas de Shana con las sábanas de la cama. Presioné con fuerza los cortes para detener la hemorragia, pero fue imposible. No dejaba de sangrar mientras que perdía el tono rosado de su piel. No tenía tanta fuerza como Bloody, pero zarandeeé su cuerpo como pude para mantenerla despierta hasta que alguien apareciera.

Tardaron más de cinco minutos en encontrarnos en aquella situación. Una enfermera, que se disponía a comprobar los latidos del corazón del bebé, soltó un grito de terror al encontrarme junto a Shana mientras que ésta se desangraba. Gritó con todas sus fuerzas y varios médicos llegaron para auxiliarla.

Al darse cuenta que la enfermera estaba bien, se dirigieron hasta Shana. Me empujaron hasta el exterior de la habitación y cerraron la puerta.

Observé desde fuera como cosían las heridas que ella mismo se hizo.

Un hombre alto, de cabello blanco y barba oscura, se acercó hasta mí para amenazarme.

—Será mejor que se marche, o llamaré a la policía.

—¿Por qué? —quise saber.

El hombre se burló de mí.

—¿Lo dice en serio? Usted ha atentado contra la vida de dos personas inocentes.

—¡Yo no les he hecho daño! —me defendí—. Se lo prometo.

—La mujer nos alertó que usted es la novia del hombre que la dejó embarazada. Seguro, que llena de celos, ha decidido deshacerse de la vida de ambos para tener la atención de su novio.

Tragué saliva.

Nunca haría algo así.

—Yo... Yo... nunca...

—Tiene que irse —insistió.

Bloody llegó a tiempo.

Al encontrar la sangre de las sábanas, se asustó. Pasó por delante de mí y le pidió explicaciones al médico.

—¿Qué ha pasado?

Ambos me miraron.

—La señorita a agredido a la futura madre de su hijo.

Me encontré con la mirada de Bloody, y me dio miedo.

—Te prometo que no he hecho nada.

Giró el rostro.

—¿Puedo entrar?

—Sí —abrió la puerta—. Está estable. Ha perdido mucha sangre, pero el niño está bien.

Ambos entraron en la habitación, dejándome fuera con lágrimas en los ojos. Él se acercó hasta Shana, y cogió su mano para arrimarla hasta su barriga de embarazada.

La enfermera se acercó hasta él para animarlo.

Mientras que yo, tuve la necesidad de que me mirara y me dijera que creía en mí.
Pero no pasó.
Ni siquiera me miró por encima del hombro.
Se había olvidado de mí.
Así que los dejé a solas.
Y abandoné el hospital.

Capítulo treinta y ocho

Mis pasos se detuvieron en el parking del hospital. Me acomodé en la caravana y hundí mi rostro en la palma de las manos. Quería silenciar mi llanto, pero lo que conseguí fue hacerlo más sonoro. Cogí aire y lo solté para sentirme más tranquila. Cuando la última lágrima desapareció, intenté alejarme de los vehículos para caminar hasta que me cansara. No tenía un destino, una persona esperándome y el dolor me incitó alejarme del lugar sin mirar atrás. Hasta que una voz suave y pausada me detuvo.

—Puedo llevarte al apartamento si quieres.

Miré a Reno.

—No debiste perder tu tiempo conmigo.

Éste aceleró los pasos, me detuvo y quedó delante de mí.

—Empezamos con mal pie —dijo, rascándose la cabeza y moviendo involuntariamente su cabello rebelde—. Aunque terminé confiando en ti. Tú sabes un secreto mío, pero yo no sé ninguno tuyo. ¿Qué te parece si te acerco hasta el apartamento si me cuentas algo que no le dirías nunca a Bloody?

Quedé cruzada de brazos esperando a que Reno dijera que estaba bromeando conmigo. Y no fue así. Éste alzó una ceja, y al darse cuenta que no me movía, empujó mi frente con su dedo índice. Apartó mi cabello y acarició mi piel con sus nudillos.

—Nos moriremos de frío aquí. Así que si yo fuera tú —sonrió —, confesaría.

«A lo mejor tiene razón» —pensé.

Quería llegar al bloque de apartamentos, darme una ducha y tumbarme sobre la cama para dormir unas ocho horas aproximadamente. Me lo merecía.

—Odio a Shana.

—Eso ya lo sabía.

Así que para él eso no era un secreto.

Realmente no lo era.

Todos conocían el odio que sentía hacia esa mujer.

—Tengo miedo de perder a Bloody ahora que ha decidido hacerse cargo del niño que están esperando —confesé, y cerré los ojos con la esperanza que no me juzgara ante los celos que sentí de un niño que ni siquiera había nacido.

Pero Reno no dijo nada. En silencio, pasó por delante de mí y se acercó hasta la caravana para abrirme la puerta. Me hizo una señal con el chasquido de sus dedos y esperó a que ocupara el asiento de copiloto. No tardé en hacerle caso. Me senté y acomodé el cinturón de seguridad por encima de mi pecho.

Antes de que encendiera el motor, lo miré.

—Gracias...supongo.

Éste rio.

—Tienes dieciocho años —dijo, saliendo del aparcamiento—. Es normal estar furiosa,

enamorarse de la persona no indicada y sentir celos de la vida de los demás.

¿Insinuó que Bloody no era el indicado para mí?

—¿A qué te refieres?

Lo miré por el retrovisor.

—Deberías ser egoísta, Alanna. Pensar en ti —me aconsejó—. Cuando toda esta mierda estalle, y los delincuentes acaben en prisión, deberías pensar en tu graduación y buscar una buena universidad para matricularte.

Eché hacia atrás la cabeza.

—He pensado en mi futuro —susurré—. Y me veo lejos de California, pero no tengo nada más planeado.

—Poco a poco —soltó, con una sonrisa.

Dejé de molestar a Reno y giré el rostro para contemplar el paisaje de Arizona. Rebusqué en el bolsillo de mis pantalones y saqué el teléfono móvil para contactar con Raymond.

Ubicación Summers Point Apartaments.

07:22 AM ✓✓

Era hora de reunirnos todos. Los demás no se podían quedar fuera y sufrir las consecuencias que causaría Vikram al darse cuenta que estábamos trabajando con la policía.

Le di las gracias por última vez a Reno, y me refugié en el apartamento. Cerré la puerta y me encontré a mi padre tendido sobre el sofá mientras que Dorel descansaba sobre la mesa que había junto a la ventana.

Me acerqué hasta él con cuidado, y me senté en el rincón donde estaban sus pies ocultos por un cojín oscuro.

—¿Papá?

Terminé despertándolo.

Éste abrió los ojos y se incorporó. Al darse cuenta que había estado llorando, acomodó una mano sobre mi cabello, pero me aparté.

—Estoy bien.

—¿Y Shana?

—El niño está bien. Ella...—me mordisqueé el interior de la mejilla ante la rabia que sentí—, se ha cortado las venas y los médicos han insinuado que yo soy la culpable.

Mi padre se sintió avergonzado por haber estado con una mujer como ella; abrió los ojos demasiado tarde.

—Lo siento, cariño. No deberías de estar sufriendo por todos mis delitos —posó sus manos sobre las mías, dándome calor—. Ese hijo no es de Bloody.

—¿Me estás diciendo que la dejaste embarazada?

—Otro error que cometí —gruñó—. Por eso la defendí, Alanna. Porque estaba al tanto que esperaba un hijo mío. Y, me lo confesó, cuando ya la había torturado.

—Ella estará a punto de tener al niño —susurré.

—Puede hacer lo que quiera —suspiró—. Es suyo. No me interpondré en sus decisiones.

—Le ha hecho creer a Bloody que el hijo es suyo.

Y nadie tenía pruebas si decía la verdad o no.

—Olvídate de él. Ya es mayorcito —bajó el tono de voz, por si Dorel se despertaba—. Sé que cogiste la tarjeta micro SD que está buscando Vikram.

Tragué saliva.

Pero él no parecía furioso.

Rebuscó en el interior de su chaqueta americana y me tendió la tarjeta que faltaba para abrir los documentos que daría acceso al dinero que le robó a Ronald. La acomodó en mi mano y me obligó a cerrarla para que lo ocultara.

—¿Por qué me lo das?

—Porque ese dinero es para ti.

—Es dinero sucio —quería que se diera cuenta.

Él sacudió la cabeza.

—Si acaba en las manos de Vikram, será dinero manchado de sangre inocente.

No le dije que perdí la otra tarjeta; me la tragué, me drogaron y en el momento que vomité, perdí el rastro.

—Papá...

—Van a matarme, caballito. No sé cuándo, pero lo harán.

Reno dijo que lo protegería.

Intenté tranquilizarlo.

—No.

—Cariño.

Le corté.

—Nadie te matará —me guardé la tarjeta en mi teléfono móvil para que se sintiera más tranquilo—. Te lo prometo. Pero debes de saber, que una vez que Vikram acabe en prisión, tú acabarás como él.

—Lo sé.

—Todos tenemos que pagar nuestros delitos.

Y, esperaba, que mi madre fuera uno de ellos.

—No me alejaré de ti —besó mi frente—. Sólo espero que algún día puedas perdonarme.

Sus palabras sonaron sinceras en mi corazón.

Lo abracé con fuerza y cerré los ojos.

Mi padre había cometido muchísimos errores, quizás había llegado el momento de arrepentirse de todos ellos.

Me levanté del sofá para que él siguiera descansando, y terminé encerrándome en la habitación. Caí rendida sobre la cama. El iPhone me notificó que tenía un nuevo mensaje, y lo desbloqué para leerlo.

¿Dónde estás?

07:40 AM ✓✓

Era de Bloody.

Lo ignoré.

Se dio cuenta que me había alejado de él, demasiado tarde.

Cerré los ojos.

Lamentándome haberme enamorado de él.

Capítulo treinta y nueve

BLOODY

Alanna había leído mi mensaje, pero no respondió. Terminé lanzando el aparato contra el muro que tenía delante de las narices y me levanté del sillón que ocupé durante horas. Empecé a dar vueltas por la habitación. Estaba desesperado, furioso y ni siquiera entendía por qué estaba ahí en vez de haber ido detrás de ella.

—¡Joder!

Ella era importante para mí.

Shana no.

Y de repente se despertó. Estiró los brazos por encima de la cabeza y soltó un bostezo después de haber dormido cuatro horas seguidas. Intentó levantarse de la cama, pero estiró su mano para que le ayudara. Al darme cuenta que sus muñecas estaban vendadas, gruñí y esperé a que Shana no se diera cuenta.

—No esperaba despertarme a tu lado, gatito.

Me recogí el cabello y me acerqué hasta su rostro.

—¿El crío sigue dando patadas? —Era lo único que me importaba en aquel momento.

Shana, con una sonrisa, acomodó sus manos sobre su vientre y me invitó a que hiciera lo mismo. Lo comprobé. El niño seguía moviéndose dentro de ella.

—¿Estás feliz?

—Era más feliz cuando me tocaba la polla, me corría y estaba seguro que no iba a dejar a nadie embarazada.

Empezó a reír.

—Son las consecuencias por follar sin condón.

No.

Estaba equivocada.

Así que la corregí:

—Son las consecuencias por haber follado contigo.

Su sonrisa, se esfumó.

—¿Qué habría pasado si en vez de yo, hubiera sido el ratoncito?

Bajé la cabeza ante aquella imagen que se proyectó en mi cabeza después de oír sus palabras. Así que volví a alzarla para que ella me escuchara.

—Estaría feliz.

—¡Esa perra ha intentado matarme! —gritó, y aferró sus dedos en mi camiseta—. Quería matar a nuestro hijo.

—¿Eso crees?

—Sí. ¡Joder! Sí —golpeó mi pecho, como si fuera la única forma de liberar su ira—. Se

acercó hasta mí, con una vieja cuchilla, y me rajó las muñecas para que muriéramos. Ibas a perder a tu hijo.

Pellizqué su mano y me liberé de su atadura. Quedé delante de ella con los brazos cruzados, mientras que sentía lástima por una persona que jamás vería a su hijo crecer.

—Está celosa —sollozó—. Nos odia.

No podía escuchar su historia. Cada palabra que soltaba, me daba ganas de salir corriendo hasta el baño para vomitar.

—Nunca le haría daño a nuestro hijo —confesé—. ¿Quieres saber una cosa, Shana? Cuando nazca el bebé, lo alejaré de ti, y yo mismo me encargaré de matarte.

Se puso pálida y se arrastró por la cama cuando estiré los brazos para rodear su cuello. Quería asustarla.

—Alanna cuidará de ese niño mejor que tú —sonreí—. Será una buena madre. No sé cómo se llamará —toqué su vientre con la otra mano—, pero nunca, ¡jamás! serás parte de él. ¿Lo has entendido, perra?

—Mientes —dijo, con la voz débil.

—Por supuesto que no —y la hubiera matado, aunque todavía tenía algo que me pertenecía—. Pienso matarte con mis propias manos.

—Mi...padre...—no podía respirar.

—¿Tu padre? —solté una carcajada—. Acabaré con él. ¡Con todos si hace falta!

Liberé su cuello y me alejé de ella.

Fui directo hasta la puerta, y antes de abandonar la habitación, ella me detuvo.

«Maldita masoquista» —pensé.

—Ni siquiera estás enamorado de ella.

Sonreí.

—Quiero a Alanna. Y quiero estar junto a ella.

Cerré la puerta detrás de mí y se escuchó por el pasillo los gritos eufóricos y desquiciados de Shana. Enloqueció ante mi confesión.

Estaba a un par de pasos de perder la cabeza para siempre.

Pero antes, la detendría.

La dejé en el hospital porque estaba convencido que la vigilarían.

Mientras tanto, yo me reuniría con Alanna y me disculparía con ella por haberle dado la espalda en el momento que me asusté por pensar que Shana estaba a punto de perder al niño.

Capítulo cuarenta

RENO

Me encontraba tendido en el sofá mientras que los mellizos ocuparon la habitación del apartamento. Esperé a que el sueño hiciera acto de presencia, pero me desvelé cuando escuché unos pasos acercándose hasta la puerta principal. Abrí mi ojo derecho y me encontré con la figura de Diablo que huía de todos nosotros.

Como estaba convencido que no conseguiría dormir, me levanté del sofá y decidí seguirlo. Me acomodé el arma detrás de la espalda y cerré la puerta con la misma agilidad que había aplicado el mexicano al abandonar el lugar donde nos hospedábamos.

Estuvimos caminando una media hora hasta que se detuvo delante de una cafetería abandonada. No entró, pero se coló en uno de los callejones.

Me di cuenta, que las viejas escaleras del local, te llevaban hasta la azotea. Así que las escalé y seguí los movimientos de Diablo Arellano desde arriba.

Junto a los contenedores, se encontraba T.J, el hermano de Bloody.

«¿Qué planeáis?» —pensé.

Antes de que abriera la boca, T.J se abalanzó sobre Diablo y posó los labios sobre el cuello de éste. El otro no se movió. Lo paralizó contra un muro y se apartó de su lado cuando el latino empezó a sangrar.

T.J limpió la sangre del otro y adentró sus dedos en la boca de Diablo.

—Eché en falta nuestro propio infierno —soltó T.J.

El otro calló.

No sabía que entre ellos había una relación amorosa.

—¿No vas a decir nada?

Diablo tocó la herida que le hizo, y lo miró a los ojos.

—He dejado de tomarme la medicación, rubio oxigenado.

—¿Eso es estupendo!

—Eso espero —no parecía convencido con su propia decisión—. Prometiste salvar a Reinha. ¿Cuál es el plan?

—Sí, pero a cambio tú tendrás que hacer algo.

—Responde tú primero —insistió Diablo.

T.J paseó su mano por el interior del muslo del mexicano y se acercó hasta su boca para besarlo. Pero no terminó de unir los labios con el otro.

—Te dije que no soy *puto*.

—Pero ardes en deseo cuando estás cubierto de sangre y desnudo sobre mí, ¿o no es cierto?

Cansado, Diablo le golpeó con tanta fuerza, que T.J terminó en el suelo.

—¿Responde!

—Os encontraré un hogar y una nueva identidad cuando mates a Bloody —confesó su plan después de recibir un buen golpe.

Diablo parecía incómodo.

Pero a mí la idea me encantó.

Si me quitaban ellos dos de encima a Bloody, podría cuidar a Gael sin ningún problema.

«Harán el trabajo sucio por mí» —sonreí.

Capítulo cuarenta y uno

ALANNA

Creí haber escuchado la voz de Raymond.

Así que no le di importancia porque seguía durmiendo. Cuando volví a tener la sensación de que él estaba más cerca de lo que podía imaginar, terminé rodando por la cama hasta posar los pies en el suelo y levantarme con energía después de pasar seis horas descansando. Me acerqué hasta el comedor con sumo cuidado, y ahogué un grito al verlo allí, parado junto a Dorel mientras que contenía las ganas de reír ante la broma que le soltó su compañero.

Nuestras miradas se cruzaron y no tardamos en reaccionar. Corrí hasta él y me abalancé sobre su cuerpo mientras que éste me abrazaba y me alzaba del suelo. Hundí la nariz en la curva de su cuello y me alegré que hubiera venido tan rápido. Los demás, Bekhu y Kipper, se encontraban charlando en la cocina a la vez que sostenían una de las cervezas de Bloody.

—¿Estás bien? —preguntó, apartando mi cabello del rostro.

—Debería hacerte yo esa pregunta —respondí—. Pero sí. Aquí estamos todos bien —entonces me acordé de la desaparición de Jazlyn—. Falta una de los nuestros.

Dorel le explicó que Jazlyn desapareció mientras que vigilaba a Shana. Raymond intentó tranquilizarlo y éste intentó sonreír mientras que se apartó de nuestro lado y salió en busca de mi padre que se encontraba en el baño.

Salimos fuera del apartamento y abrí la puerta continua al nuestro porque quería reunirlo con alguien. En el comedor no había nadie, así que nos acercamos hasta la habitación en silencio. Abrí la puerta y sobre la cama se encontraba Reinha descansando.

Observé la bonita sonrisa que lució el rostro de Ray al verla dormir mientras que estaba segura y lejos del hombre que tanto daño le hizo.

Se acercó hasta Reinha y acarició su cabello mientras que se inclinó para besar su mejilla.

—Bienvenida a casa —le susurró.

Ray estaba enamorado de ella.

Nos alejamos de la habitación y ocupamos el sofá para ponernos al día con todos los problemas que nos habían seguido desde que cruzamos la frontera.

—Así que cuando descubrí que Shana estaba embarazada, tuve que contenerme —apreté los puños—. Hemos conseguido la tarjeta de memoria, pero no se lo puedes contar a nadie. Tenemos que ganar tiempo antes que descubran que perdí la primera micro SD.

Él me escuchaba con atención.

—Lo único que me quedará de hacer, cuando todo esto termine, será entregar a mi padre.

Ray cogió mi mano.

—Por primera vez, estoy convencido que tu padre tiene razón —sonó calmado, para que me tranquilizara—. Shana estará embarazada de Gael y habrá aprovechado la situación para engañar

a Bloody. Él te quiere. Ya lo verás.

Suspiré.

—Y, sobre el tema de Vikram y Gael, estaré apoyándote hasta el final. Si has decidido que ambos terminen en prisión, así será.

—Pero tengo miedo.

—Es normal —empezó a decir—. Todos tenemos miedo. Incluso yo. Y no olvidemos a Bloody. Pero si no nos separamos, sobreviviremos a la guerra que se acerca.

Cerré los ojos.

—No quiero perder a nadie más.

—No caeremos ante Vikram —sus palabras me dieron fuerza—. ¿Cómo sabías que estábamos en peligro?

Entonces bajé la cabeza.

Era un maldito secreto que tenía con Reno.

—Está bien —sonrió—. Me haré el loco cuando los demás me pregunten.

—¿No estás furioso conmigo?

—¿Furioso? —Raymond rio cariñosamente—. Si nos lo ocultas, es porque nos proteges.

Al menos él lo entendió.

La puerta del apartamento se abrió y creí que se trataría de Diablo o de Reno. Pero me equivoqué. Delante de nosotros, un Dorel destrozado y hundido se acercó hasta nosotros para darnos una mala noticia.

Terminamos en la parte trasera del bloque de apartamentos, y Dorel empujó hacia arriba la enorme tapa que ocultaba uno de los contenedores que utilizaban los inquilinos.

Un olor horrible provocó que nos tapáramos la nariz.

Dentro, estaba el cuerpo de Jazlyn, sin vida.

Me llevé las manos a los labios.

—He ido a tirar la basura que acumuló Shana, y me he encontrado con Jazlyn —la ronca voz de Dorel se apagó—. Tenía veintidós años. Toda una vida por delante.

Acomodé mi mano en su espalda.

—Lo siento.

Pero no era suficiente.

—Ha sido por la espalda —confesó.

Y me di cuenta que había una persona que solía actuar de esa forma tan traicionera y cobarde.

—Shana.

Dorel me dio la razón.

—Tenemos que tener cuidado con ella.

Miré a Ray.

—Está en el hospital ingresada.

—Aun así, es peligrosa.

Dorel nos pidió que regresáramos al apartamento, mientras que Kipper y él se deshacían del cuerpo de Jazlyn para que la policía no lo encontrara.

Subimos las dos plantas de piso, y me sorprendió encontrarme a Bloody en el comedor, sentado junto a mi padre. Al verme aparecer, éste se acercó y me abrazó con fuerza.

—¿Podemos hablar?

Asentí con la cabeza y lo seguí hasta la habitación.

Se dejó caer en la cama.

Me senté junto a él y esperé a que hablara.

—Lo siento —se lamentó—. Siento no haber ido detrás de ti.

Se dejó caer sobre mi cuerpo. Acomodó su rostro en mi pecho y acaricié su cabello mientras que él se disculpaba conmigo.

—Estabas preocupado por el niño. Lo entiendo.

Aunque en el fondo sentí celos.

—Alanna...—alzó la cabeza—. Yo te qui...

Su móvil empezó a sonar.

—¡Joder! —exclamó, al darse cuenta que nos habían interrumpido—. ¿Quién es?

Al otro lado se escuchaba la voz de un hombre que había entrado en pánico.

—¿¡Qué!?! ¿Estáis seguros?

Silencio.

Bloody me miró.

—Está bien. Gracias por avisarme.

Lo miré preocupada.

—¿Qué sucede?

—Shana se ha escapado del hospital.

Me quedé sin aliento ante la noticia que recibimos.

Capítulo cuarenta y dos

DIABLO

Terminé siguiendo al pendejo de T.J. Había insistido que quería mostrarme algo más. Así que seguí sus pasos hasta un bloque de pisos abandonados, y nos quedamos encerrados en el único que consiguió abrir.

Al no tomarme mi medicación, empecé a notar como el sudor humedecía mi piel. Me llevé las manos a la cabeza ante el dolor que sentí por el sonido vibrante que inundaba las cuatro paredes.

Caí al piso y me quedé tumbado.

T.J me observó con una sonrisa maliciosa y estiró el brazo para ayudarme. Pero preferí quedarme allí hasta que el ruido cesara.

No era capaz de mantenerme de pie, ¿cómo mataría a Bloody?

Escuché una voz que no era la del rubio oxigenado:

—¿Qué te sucede, cariño?

Era la voz de mi madre.

—Tú siempre has sido fuerte —susurró, cerca de mi oído—. Tuviste de tu parte el valor que jamás consiguió tener tu padre.

«No» —pensé.

—¿Bebé? Mi dulce niño.

Sentí que algo me golpeaba en el pecho. Abrí los ojos, pero no había nadie junto a mí. Ni siquiera T.J.

La voz de mi mamá se apagó para dar paso a los latidos de un corazón lleno de vida.

Intenté levantarme, pero no era capaz.

—Tienes que matarlo —otra voz femenina, empezó a hablarme—. Prometiste cuidarme. ¡Lo prometiste!

—¿Rei?

Quedé boca abajo en el piso e impulsé hacia arriba mis brazos para quedar de pie. Caminé por la casa abandonada y busqué a T.J desesperadamente.

—¡Verga! —exclamé, al estar más cerca del sonido que me provocaba ira y desesperación.

Abrí la primera puerta que tenía delante de mí, y a un par de metros, se encontraba T.J amordazando una pareja que había tendida en el piso. Los latidos de corazón provenían del interior de sus pechos. Me acerqué con cuidado y los observé desde arriba.

Ansiaba partirles las costillas, arrancarles el corazón y acomodarme en el suelo hasta que dejara de latir.

—Mátalos —me pidió T.J.

Alguien se unió a él:

—¿O tienes miedo, perro?

Cerré los ojos y sostuve el enorme cuchillo de hoja de plata que me tendió. Sólo tenía que arrodillarme ante ellos y matarlos antes de que consiguieran volverme loco del todo.

—¿Diablo?

Miré a T.J.

Éste me sonrió.

Caí de rodillas y toqué el suave rostro de la mujer. Ésta se encogió junto al hombre y derramó las lágrimas que recogí con mi propia lengua; estaban saladas.

—Arrorró mi niño, arrorró mi sol, arrorró pedazo de mi corazón —cantó, mi madre.

Intenté alzar los brazos.

—Este niño lindo se quiere dormir y el pícaro sueño no quiere venir.

¿Reinha?

Era la voz de mi hermanita.

—Este niño lindo que nació de noche quieren que lo lleven a pasear en coche.

Cerré los ojos.

Las voces siguieron cantando.

La mujer llorando.

—Este niño lindo ya quiere dormir, háganle la cuna de rosa y jazmín.

«Por favor» —supliqué.

Miré a la mujer que jadeaba y vi sus labios moverse cuando se liberó de la mordaza.

—Arrorró mi niño, arrorró mi sol. Duérmete pedazo de cabrón.

Me levanté del suelo, le tendí el arma blanca a T.J y salí de la habitación. Quedé delante de un muro y apagué las voces angelicales autolesionándome.

—¿Hermanito?

—¿Rei?

Limpié la sangre de mi frente.

—Te quiero. Vuelve a casa.

Ella correría peligro si me quedaba a su lado.

T.J giró mi cuerpo.

Alzó mi rostro y me miró a través de sus enormes ojos azules.

—Tenemos tiempo, Diablo. Mientras tanto, descansa.

Asentí con la cabeza y dejé que me ayudara a tumbarme sobre un viejo colchón que había en el suelo.

Capítulo cuarenta y tres

ALANNA

Tuvimos que reunirnos todos para informar que Shana se había escapado del hospital. Mi padre se quedó de piedra y Dorel llegó a tiempo para explicar cómo había muerto Jazlyn en manos de la mujer que mencionábamos Bloody y yo.

—Conocemos a Shana y de lo que es capaz de hacer para hacernos daño —dijo Bloody, mirándonos a todos—. Avisad a vuestros familiares. Esa loca intentará llamar nuestra atención para pillarnos por sorpresa. Tenemos que salir de aquí —se quedó cruzado de brazos—. Este lugar no es seguro para nadie. Ni siquiera la base militar. Vikram está al tanto de todo, y su hija no tardará en delatarnos.

Mi padre se acercó hasta él.

—¿Puedo decir algo?

Todos lo miraron con rencor.

Dorel bajó la cabeza.

Kipper prefirió darle la espalda.

Y Bekhu se acercó hasta él por si se atrevía a dar un paso en falso. Gael ya no tenía el poder que consiguió con el nombre de Vikram. Ahora era un preso que era custodiado por los hombres que una vez le cubrieron las espaldas.

Bloody dejó que hablara.

—Podríamos volver a la vieja finca de Carson.

—No es seguro. Shana vivió ahí. Sabrá moverse para buscarnos —gruñó Bekhu.

—O no —prosiguió mi padre—. Ella sabe que no somos tan estúpidos como para volver a nuestro viejo hogar. Ni pensará en Carson.

Dorel alzó la voz para que lo escucháramos:

—La policía dejó de rastrear el terreno hace un par de meses —se encogió de hombros—. No es mala idea.

Miró a Bloody, y éste alzó la cabeza para pensárselo.

—Tenemos pocas armas —nos recordó.

Bekhu intervino:

—Yo puedo conseguirlas.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Sí. Pero tendrá que acompañarme alguien.

Dorel y Kipper se unieron a Bekhu.

—Está bien —aceptó—. Cuando vengáis con las armas, nos iremos. Cualquier problema que surja, no olvidéis llamarnos.

Le hicieron caso.

Todos respetaban a Bloody.

Era el nuevo jefecillo de una pequeña banda que se separó de Vikram cuando mostró su verdadera identidad.

Se acercó hasta Raymond y le pidió que se quedara junto a Reinha hasta que su hermano regresara. Mi padre prometió comportarse y acabamos todos durmiendo para reponer fuerzas.

Podía escuchar los ronquidos de mi padre desde el salón y la suave respiración de Bloody cerca de mi oído. Todos se habían quedado dormidos, menos yo.

Cerré los ojos y esperé a que Morfeo me acunara entre sus brazos.

Pero el llanto de un bebé me despertó.

Bloody se dio cuenta y se acercó hasta mí para abrazarme. Pegó mi rostro en su pecho y acarició mi cabello para que me tranquilizara.

—¿Una pesadilla?

Con Shana fuera del hospital, escuchaba el lamento de un niño que no había nacido.

—Creo que me estoy volviendo loca.

Me obligó a mirarle a los ojos.

—Todo saldrá bien.

—No me robes mis frases —protesté, y éste me besó.

Intentó tranquilizarme con sus bromas.

—Si es nuestra última noche con vida, deberíamos follar hasta que darnos sin fuerzas.

Pellizqué uno de sus costados y gimió de dolor.

—¡Está bien! —rio—. Nada de sexo con la puerta abierta y con tu padre a unos metros de distancia.

Volví a escuchar el llanto.

Presioné la boca de Bloody para que dejara de hablar un instante.

El silencio volvió a reinar.

Bajé las manos de sus labios.

—¿Entonces sí follamos si no hacemos ruido?

—¿No lo has escuchado? —ignoré su pregunta—. Era el llanto de un bebé.

—Tienes que descansar, cielo —pidió, acomodándose sobre la cama.

Pero se lo impedí.

Volví a escuchar el llanto.

—No lo entiendo —me llevé las manos a la cabeza.

—Será un gato maullando —dijo, besándose y poniéndose sobre la cama.

«¿Un gato?» —Pensé.

Era imposible.

Aun así, me tumbé junto a él e intenté quedarme dormida por tercera vez. Bloody lo consiguió, pero yo tuve que abandonar la cama cuando el llanto de un crío volvió a colarse en el interior de nuestra habitación.

Cogí su arma, me abrigué antes de abandonar el apartamento y cerré con cuidado la puerta. La ventana de la habitación daba al callejón donde Dorel encontró el cuerpo de Jazlyn.

Me acerqué hasta el contenedor y me detuve para escuchar el llanto.

Y volvió.

Más fuerte.

Más desgarrador.

Con el pulso tembloroso, alcé la tapa del contenedor y asomé el arma por si se trataba de una

trampa. Al empujar con fuerza, esperé seguir escuchando los gritos del niño que no me dejó dormir. Pero hubo silencio.

Acomodé el arma dentro de mi bota, y saqué bolsas de basura en busca de algo que certificara que no estaba perdiendo la cabeza. Acabé dentro del contenedor, rebuscando desesperadamente entre las sobras de comida que depositaban los otros vecinos.

Volví a escuchar el llanto.

Alcé una bolsa amarilla, y la tiré para comprobar que había en el fondo. Terminé tocando una manta blanca cubierta de manchas de barro y sangre. La abrí con cuidado, y ahí estaba, el niño que lloraba mientras que se aferraba inconscientemente a un trozo de papel.

Estaba lleno de sangre.

Tenía frío.

Lloraba de hambre.

Lo cogí, salí con cuidado del contenedor y volví al apartamento.

Pasé por delante de mi padre sin despertarlo y me senté sobre la cama mientras que el niño tiraba de mi cabello y dejaba de llorar.

—Bloody —moví su cuerpo—. Bloody.

Éste protestó.

—¡Bloody!

Alcé tanto la voz, que el niño se despertó y empezó a llorar.

Al verme con el bebé, Bloody tragó saliva.

Capítulo cuarenta y cuatro

Dejé al niño sobre la cama y aproveché que Bloody lo vigilaba asustado. Humedecí una toalla con agua tibia e hiqué las rodillas sobre el colchón para deshacerme de toda la sangre que cubría la piel del recién nacido. Terminé vistiéndole con una de mis camisetas y me tumbé bajo la atenta mirada de Bloody mientras que acercaba al niño a mi pecho.

Siguió llorando.

—Creo que tiene hambre —susurré—. ¿Habrás leche en la nevera?

—¿Cielo?

Lo ignoré.

Toqué las diminutas manos del niño y sonreí ante el tacto de su piel arrugada. Arreglé la pelusilla negra que tenía sobre su cabeza e intenté mirarlo a los ojos. Pero los mantuvo cerrados mientras que lloraba.

—Tiene que comer algo —insistí.

—¿De dónde has sacado al niño?

—Estaba en el contenedor —le tendí la carta, que no fui capaz de leer—. Lo han abandonado. Te lo dije.

Intenté no alzar la voz.

Volví a dejar al niño junto a Bloody y abandoné la cama para calentar un poco de leche. Como no teníamos biberón, terminé cogiendo un cuentagotas que había en el botiquín. Lo desinfecté con agua ardiendo, y volví a la cama.

Recogí al niño y lo pegué a mi pecho para que se alimentara con la poca leche que dejaron en la nevera. Estaba templada, así que me arriesgué a dársela.

—¡Hija de puta! —gritó, al terminar de leer la nota.

—Shh —le pedí—. Harás que llore de nuevo.

Miró al pálido bebé, y después se miró él a través del reflejo de la ventana.

Cuando el bebé terminó de beberse la leche, arrimé su cabeza hasta mi hombro y esperé a que terminara de eructar.

—¿Cómo sabes lo que hay que hacer?

Me encogí de hombros.

—Por la sobrina de Harry —sonreí, al escuchar como el bebé había hecho la digestión.

Lo tendí entre nosotros dos, y sin hacer ruido, le pedí que me diera la carta.

Éste se negó.

—Bloody.

—No quiero que la leas.

—Por favor —supliqué, y terminé leyéndola.

Has decidido ir contra mí. Eso significa que te arrebataré lo que más amas en este mundo. Te dejo

a ese maldito niño que ya no llevo en mi vientre. Sufrirás, Bloody. Cuando le tengas cariño, regresaré para matarlo delante de ti.

Además, Nilia y Adda lo acompañarán.

Te odio. Te detesto.

Me has enfurecido. Acabarás como yo. Sin alguien que te ame.

Porque sí, gatito, tengo planes para ella. Alanna será la persona que más sufra, antes de que termines por quitarte la vida.

¡Hijo de la gran puta!

Shana.

Realmente Shana había perdido la cabeza. Era capaz de matar a su hijo para hacer daño a Bloody.

Se levantó de la cama e hizo una llamada que escuché.

—Ayer me llamaron para decirme que Shana Chrowning —pronunció el falso apellido de ella— abandonó el hospital. ¿Saben si lo hizo después de tener al hijo que esperaba?

Esperó una respuesta.

Shana estaba tan loca, que era capaz de secuestrar a cualquier crío para acercarse hasta Bloody y amenazarlo.

—¿Estaba de parto? —Bloody asintió con la cabeza—. Gracias.

Colgó y se acercó hasta mí.

—Salió del hospital estando de parto. Así que sí —señaló al bebé—ése es su hijo.

—¿Qué clase de persona haría algo así? —hice la pregunta más estúpida que podía soltar en relación con Shana—. Tenemos que cuidarlo.

—Alanna...

—No tiene la culpa que la loca de su madre lo dejara tirado en un contenedor.

—Tenemos que irnos —Bloody se levantó de la cama—. Está aquí. A unos metros de nosotros. Observádonos.

—¿Qué pasa con los demás?

Le tendí el arma que me reclamó.

—Duerme —me pidió—. Haré guardia hasta que los demás regresen. Entonces, nos iremos.

Antes de abandonar la habitación, se acercó para besarme.

—Todo saldrá bien —dije, contra su boca.

Y éste sonrió.

Dorel, Kipper y Bekhu llegaron a las doce del mediodía. Bloody les explicó lo que había pasado con Shana y se quedaron en el comedor junto a Ray y mi padre para trazar un plan de salida. Si ella estaba cerca de nosotros, buscaría una manera de cortarnos el paso.

Reinha me ayudó a darle de comer al bebé, y observamos como la criatura se quedaba dormida entre mis brazos.

—Es hermoso —susurró ella.

Asentí con la cabeza.

—Sí. Es un niño precioso y muy bueno —besé su cabecita.

—Shana debe de ser una mujer horrible para tener que abandonar a su hijo.

—Ni te lo imaginas, Reinha —dije, acariciando la espalda del bebé—. Quiere vengarse de todos nosotros. No se detendrá hasta que nos vea muertos.

—Ray me contó lo que le hizo a tu mejor amiga —Reinha bajó la cabeza, entristecida ante la historia—. Lo siento.

Le devolví el abrazo con cuidado de no hacer daño al bebé, y nos separamos cuando Raymond se acercó hasta la habitación.

—Tenemos que irnos —anunció.

—¿Diablo volvió?

Ray negó con la cabeza.

—No puedo irme sin él.

Intentó tranquilizarla.

—Tenemos que irnos, Rei —la abrazo con fuerza—. Te prometo, que cuando Diablo se ponga en contacto con nosotros, iremos a buscarlo.

Los ojos de Reinha se llenaron de lágrimas.

—Pero es mi familia.

—Lo sé —besó su frente—. Y pronto volverás a estar junto a él.

Salí de la habitación y me acerqué hasta mi padre. Éste le echó un rápido vistazo al niño y después me miró a mí.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Shana nos amenazó a todos con una carta que dejó junto a su hijo. ¿Estás seguro que no nos encontrará en Carson?

Mi padre rodeó mis hombros con su brazo.

—Si se acerca a vosotros —dijo, refiriéndose al niño y a mí—, la mataré.

Capítulo cuarenta y cinco

Convencí a Bloody para que hiciéramos una parada exprés hasta la casa de Ciro; el médico que solía atenderlos cada vez que estaban heridos y no se podían presentar en el hospital con una bala proveniente de un arma que no estaba registrada al nombre de nadie. Acabamos en las viejas calles de Carson, y condujo hasta uno de los callejones que pasaban cerca del puerto.

Detuvo la caravana y anunció a los demás que nos ausentaríamos un par de minutos antes de seguir con nuestro camino. Aceptaron y no tardaron en salir para recargar las pilas; Bekhu salió por comida, Dorel se quedó vigilando a mi padre y Ronald, Reinha y Kipper salieron para estirar las piernas.

Bloody rodeó mis hombros con su brazo, mientras que los míos cubrían el pequeño cuerpo del bebé. El frío heló nuestra piel, y estaba segura que el jersey que abrigaba al niño, no era suficiente para mantenerlo en calor.

Nos detuvimos delante de un viejo portal, y lo golpeó con el puño hasta que abrieron. Era un edificio viejo, parecía un antiguo parque de bomberos, pero por dentro estaba reformado y tenía un diseño vintage muy bonito.

Ciro nos miró a ambos y esperó una explicación.

—Sí, este bonito trasero ha salido de prisión y no ha sido capaz de hacer un par de llamadas antes de presentarse aquí —se rascó la nuca—. Pero tenemos uno de esos problemas en el que necesitamos al Doc que siempre nos salva la vida.

La respuesta de él fue:

—¿Otra sobredosis?

Negué con la cabeza, avergonzada.

Aparté las mangas del jersey y le mostré a la criatura que llevaba entre mis brazos. Ciro agrandó los ojos, miró a Bloody, después al bebé y volvió a mirar al rubio.

—¿Te ha dado tiempo a dejarla embarazada, a tener al bebé y a presentarte aquí con un niño desnudo?

—No es mío —intervine.

Puso los ojos en blanco para decir:

—Es de Shana.

—¿Shana ha tenido un hijo? —no podía creérselo—. Me estás diciendo, que tu ex mujer, la loca que quiso retenerte para ella...

Bloody lo cortó.

—¿Ciro! —respiró—. Sí, sí y mil veces sí, ¡joder!

—Con esa actitud no pienso ayudarte.

Golpeé el costado de Bloody con el codo e intenté no despertar al niño.

—Está bien —dijo, cruzando los brazos—. Lo siento, Ciro.

—¿Y?

El doctor se estaba burlando de él.

—¿Y? ¿Estás bromeando? —al darse cuenta que Ciro quería escuchar algo más, prosiguió—. Eres el mejor Doc. Sin ti, todos estaríamos hechos polvo bajo tierra.

—¡Muy bien! —sonrió—. Déjame ver al hijo de Shana.

Se lo tendí y nos pidió que lo siguiéramos.

Detrás de su hogar, tenía una especie de consulta clandestina. Cerré la puerta y observé como tendía al bebé para pesarlo. El niño respondió bien a todo; al sonido, la luz y el golpecito que te solían dar en el trasero cuando nacías para comprobar que seguías con vida.

El llanto del bebé no tardó en dejarnos sordos.

—Tenías razón —le quitó mi jersey, y le puso un pañal—, es hijo de Shana. ¿Qué haréis con él?

Bloody habló por ambos.

—Ese es otro tema que quería hablar contigo —se alejaron del niño, y terminé vistiéndole con un jersey de lana que me había dado Ciro—. No nos podemos hacer cargo de la criatura —bajó el tono de voz, para que yo no lo escuchara—. ¿Sigues trabajando con la parroquia que recoge a los huérfanos y les busca una familia de acogida?

Ciro asintió con la cabeza.

—Es la que está aquí al lado —hizo un movimiento de cabeza—. Esas familias con dinero y que encima no pueden tener hijos, hacen buenas donaciones. Podrían darte doscientos de los grandes porque el niño está sano.

Me quedé helada al escuchar que estaba dispuesto a vender al bebé.

Así que intervine antes de que aceptara.

—¡No!

—Alanna —me cortó—, tienes dieciocho años. No puedes hacerte cargo de un crío que ni siquiera es tuyo.

—¡Ni tuyo! —le grité.

—Eso ya lo sé, cielo. No soy gilipollas —y miró a Ciro, para soltar una de sus bromas—. Yo tengo la polla más grande.

¿Cómo podíamos estar bien cinco minutos y mandarlo todo a la mierda en cuestión de segundos?

—Cuando creíste que era tuyo, te importó —le reproché—. Y, ahora que sabes la verdad, quieres deshacerte de él. No te lo voy a permitir.

Éste me alcanzó y me cortó el paso.

—¿Qué piensas hacer? ¿Jugar a papás y a mamás mientras que su madre lo busca?

Si no hubiera sido porque estaba cargando al niño, mi mano habría impactado en su mejilla.

—Es mi hermano. Sangre de mi sangre.

—Un bastardo —susurró.

Di un par de pasos hacia delante y esperé a que se arrepintiera. Pero no lo hizo.

Bajé la cabeza, y observé al bebé dormir mientras que acomodaba su pequeño puño contra su rosada mejilla.

—Este bastardo tiene una familia. Y tú —hice una pequeña pausa ante la ira que sentí por haberle escuchado hablar con Ciro de la venta de bebés—, no formarás parte de ella.

Salí de la clínica clandestina, seguí caminando por la propiedad de Ciro e intenté abandonar el viejo edificio con suerte. Pero Bloody acabó abriéndome la puerta y ayudándome a salir con el niño entre mis brazos.

—No es justo, Alanna.

Lo miré a través del mechón de cabello que me cayó en el rostro.

—Y, ¿qué querías? ¿Qué me librara de él tan fácilmente? ¡Es mi hermano! El bastardo, es mi hermano pequeño. Pienso cuidarlo de su madre, su abuelo y de ti si vuelves a insinuar que estaría mejor con una familia apoderada. ¿Te queda claro?

Se quedó callado.

Pasé por delante de él y corrí con cuidado hasta la caravana. Dorel me abrió la puerta y me refugié del frío hasta que los demás llegaron.

Bloody me había decepcionado.

«Solo piensa con la polla» —pensé, recitando sus propias palabras que taladraban en el interior de su boca constantemente.

Capítulo cuarenta y seis

Kipper tardó una hora en comprobar que no hubiera nadie en el interior de la propiedad. Al darnos el visto bueno, todos salimos de la caravana con una sonrisa torcida; nos encontrábamos cansados y adoloridos de pasar varias horas en el interior de la caravana.

Cuando abandoné el vehículo, pensé en quemar el trasto de ruedas para no volver a ocuparlo en otro de nuestros viajes.

Bloody intentó ayudarme, pero acepté la ayuda de Ray antes que la suya. Pasé por delante de él y seguí los enormes pasos que llegaba a dar Dorel. Mi padre, con las manos en los bolsillos, observó su antigua parcela, donde estuvo años escondido y viviendo a cuerpo de rey.

No nos sorprendió encontrar los muebles de la vivienda destrozados y movidos; la policía estuvo meses buscando pistas, huellas y quién sabe, quizás el dinero que robó Gael a Vikram.

Le indiqué a Reinha que arriba estaban las habitaciones más acogedoras y Ray la acompañó para que no se perdiera. Los chicos, cargaron las armas y las escondieron en sus respectivas habitaciones. Yo seguí a mi padre y le dije a Dorel que estaríamos un rato en el viejo despacho para que no se preocupara; necesitaba descansar y bajar la guardia durante un par de horas.

Me dejé caer en el único sillón que no tocaron, y mi padre hizo lo mismo. Acomodó la mano sobre la cabeza del niño e intentó abrirle los ojos para observar el color que vivía en ellos.

—Me recuerda a ti.

—Estoy segura que yo lloraba más —posé mis labios sobre la blanda frente del niño. Entró en calor con el jersey que me había dado Ciro—. Bloody está al tanto que el padre eres tú.

Él me miró, y optó por guardar silencio.

—Shana lo ha abandonado —suspiré—. No puedo hacer lo mismo que ella.

—Lo sé, cariño —se acercó hasta nosotros dos—. Sé que cuidarás de él. Serás una buena madre.

Eché hacia atrás la espalda y observé a mi padre mientras que se decidía a coger o no al niño. Sabía que se moría de ganas por arroparlo con sus brazos, pero el temor lo bloqueaba. Di el primer paso, que fue tenderle a su hijo con la excusa que tenía los brazos dormidos. Cuando lo abrazó contra él, me levanté del sillón y les di espacio para que se conocieran un poco. El niño seguía durmiendo, mientras que mi padre arrimaba su mejilla cubierta de barba oscura y canas, hasta detener sus labios en la cabeza del pequeño.

—Me alegrará saber que no llegarás a conocer a tu padre —susurró.

Golpeé el escritorio, y llamé su atención.

—¿Te avergonzaré verlo a través de un cristal de seguridad?

Bajó la cabeza, y sin decir nada, su silencio me lo dijo todo; estaba convencido que moriría, así que intentaba pasar tiempo con sus hijos mientras que se aseguraba que éstos estuviéramos bien.

—No fuiste tan cobarde cuando eras Vikram. ¿Qué ha pasado?

Por fin rompió el silencio que tanto me incomodó.

—Porque tu padre, Gael, siempre ha sido un cobarde que se armó de valor en abandonar su vida cuando le salió la oportunidad de ser Vikram. Siendo él, no tenía miedo a nada. Ni a la policía, ni a tu padrastro y de la muerte que no tardaría en llegar. Siendo Gael, soy débil y sufro por lo que le pueda pasar a mi familia.

—Nosotros estaremos bien.

—Lo sé —confesó.

—Seguramente le habrás pedido a Bloody que me cuide —no hizo falta que lo confirmara, estaba convencida—. Podré cuidar del niño y de mí sin ayuda de un mantón.

Mi padre rio.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Detesto a Bloody —no borró la sonrisa que arrugó sus mejillas—, pero hacéis muy buena pareja.

Ese no era mi padre.

O al menos, el que conocí unos meses atrás que iba castigando a todo aquel que se me acercaba con versículos de la biblia.

—¿Ahora es cuándo me rio?

—Los dos sois igual de cabezotas. Pensáis que la única forma de salvar vuestro trasero, es ir por libre —alzó la cabeza de nuevo—. No es malo que otro te ofrezca su mano.

—¿Me está dando lecciones de vida el hombre que se escondió en México?

—No quiero que cometas mis errores, caballito.

Alguien nos interrumpió.

—¿Alanna? —Era la voz de Bekhu.

—¿Sí?

Abrió la puerta del todo y me buscó en el interior del despacho. Se acercó hasta mí con una enorme bolsa de parafarmacia y con una amplia sonrisa dijo:

—He comprado un par de cosas para el bebé —me lo mostró—. Un biberón, leche en polvo, un chupete, pañales y un par de bodys de bebé.

Hurgué en la bolsa, y encontré algo que estaba segura que el niño todavía no utilizaría.

—¿Condomes? —pregunté, y aguanté las ganas de reír.

Las mejillas de Bekhu se encendieron.

—Eso es mío —dijo, arrebatándome la caja XL de doce unidades—. Será mejor que me reúna con los demás.

La puerta se cerró, y terminé riendo junto a mi padre.

—Tenías grandes hombres —alcé los hombros—. Bueno, no todos. Pero los que están hoy aquí, con nosotros, se merecen el cielo incluso por haber cometido un error con la sociedad.

—Bekhu era un ladrón. Nunca hizo daño a nadie —sonrió—. Dorel perdió a su familia por las drogas. Kipper... —suspiró—. Kipper era un revolucionario que se plantaba ante la ley y acabó disfrutando de sus vacaciones en prisión.

—Y los has perdido a todos, papá.

Sabía que lo estaba destrozando.

Pero le decía la pura verdad.

Di un salto del escritorio, y me planté delante de mi padre para recoger al niño. Necesitaba un baño con urgencia antes de cenar. Me lo llevé al hombro y le di las buenas noches al hombre que se quedó mirando a la nada.

Subí con cuidado las escaleras y elegí la habitación en la que me hospedé involuntariamente la

primera vez que pisé aquella propiedad.

Llené la bañera con agua templada, y sujeté con fuerza al niño mientras que lo limpiaba con la esponja azulada que había elegido Bekhu.

Salimos del baño y lo tendí sobre la cama para ponerle un pañal limpio. Lo vestí con el body de estampado de león, y me tumbé junto a él para dormir.

—¿Debería llamarte mocososo? —pregunté, mientras que éste tiraba de mi cabello—. ¡No! Tienes cara de... —me rasqué la barbilla—... ¿Peter? Tampoco. ¿Jason? Ni hablar. ¿Qué te parece...—lo medité, antes de soltarlo —Dashton?

El niño sonrió.

—¿Te gusta Dashton?

—A mí me gusta —dijeron, en el umbral de la puerta.

Bloody estaba cruzado de brazos, observándonos sin quitarnos el ojo de encima—. Y también me gusta cómo te quedan esos vaqueros. Te hacen un trasero...

Le tiré el pañal viejo, ese que estaba cargado de mierda.

Lo esquivó.

—Sigues furiosa conmigo. Lo entiendo.

—Sí —apreté los labios—. El bastardo y yo no queremos ni verte.

—¿No iba a llamarse Dashton? —se acercó, con cuidado hasta mí—. Entonces ya no es un bastardo. Tu padre lo ha aceptado como su hijo. Podrá darle un apellido.

Gruñí.

—¿Qué quieres, Bloody?

Estiró los labios.

—Acurrucarme a tu lado mientras que me das calor.

Le mostré al bebé.

—Lo podemos llevar a la habitación de al lado.

—O puedes irte tú —le aconsejé.

Éste se sentó sobre la cama, posó sus dedos en mi barbilla y me obligó a mirarle a los ojos.

—Ahora que Dashton también está en tu vida, me pondré celoso.

—Entonces espero que sufras.

Me besó.

Antes de que protestara, silenció mis quejas con sus labios. Acarició mi cabello y pegó su cuerpo todo lo posible hasta el mío.

—Maldito crío —susurró, contra mi boca—. Llevo horas queriendo quitarte esos pantalones.

—Tendrás que esperar —le saqué la lengua—. Dashton y yo queremos dormir. Buenas noches, Bloody.

—Cielo...

—Si te quedas —le advertí—, es para dormir.

Se acercó hasta Dash y le susurró.

—No me quites a mi chica, compañero.

Nos tumbamos y acabamos los tres dormidos.

Olvidando por una noche, que Ronald y Shana, nos estaban buscando.

Quería ser feliz y olvidar quién era en realidad.

Pero tenía que conformarme con noches como esas, en las que dormía junto a Bloody y ambos cuidábamos de Dashton.



AMOR
O MNIA
VIN CIT

{EL AMOR TODO LO VENCE}

Capítulo cuarenta y siete

BLOODY

Cubrí su cuerpo con mi brazo e intenté no despertarla mientras que la observaba dormir; sin darse cuenta, protegía al niño cerca de su pecho para que éste no cayera de la cama.

Acaricié su oscuro cabello y besé la coronilla antes de levantarme de la cama.

El teléfono sonó un par de veces. Vibró sobre la mesita de noche y terminó despertándome. En vez de descolgar la llamada, me acerqué hasta Alanna. Como no dejó de sonar, terminé por deslizar el botón verde y salí de la habitación para no hacer ruido. Estaba seguro que si el niño se despertaba, despertaría a los demás.

—¡Mierda! —exclamé, frotándome el ojo con el puño al no ver el nombre de la persona que estaba al otro lado—. ¿Quién me llama de madrugada?

—El hombre que decide si sigues con vida o no.

No quería burlarme de él, pero acabó pasando.

—¿La parca?

—¿Dónde está mi nieto? —respondió, con otra pregunta—. Sé que lo tenéis vosotros.

—¿Tu nieto? —me hice el tonto—. He sido un mercenario, un secuestrador...pero no perdería mi tiempo raptando niños de mafiosos.

Estaba acabando con la paciencia de Vikram.

Se alejó del aparato y golpeó una superficie de madera; lo sabía por el crujido que hizo cuando terminó de ahogar su rabia.

—Yo no soy Gael, Bloody. Para mí, la familia, es lo más importante.

Me quedé en el umbral de la puerta, observando a Alanna y a Dashton mientras que seguía mi conversación con aquel idiota. ¿Por qué todos creían que algo me daría miedo?

Estaba acostumbrado a todo. Así que, estaban perdiendo el tiempo con amenazas.

A no ser que me ofrecieran algo que llegara a interesarme.

Y Vikram lo sabía.

—Delilha es una mujer hermosa.

—¿Has ido a visitar a mi madre a prisión?

Él soltó una fuerte y aguda carcajada.

—Mejor todavía —su voz se silenció, pero sus pasos me alertaron que se estaba moviendo por una habitación vacía; el eco lo delató— Estoy con tu dulce madre. Deberías saludarla. Ella te ha echado de menos.

Se me escurrió el móvil de la mano, y cuando reaccioné a sus palabras, volví a pegar la oreja.

—¿Por qué debería creerte? —pregunté, desesperadamente por primera vez.

—¿Delilha? —Vikram siguió hablando, y me ignoró—. ¿Te gustaría hablar con tu hijo?

De fondo se escuchó la voz de una mujer; suave y lenta. Arrastraba las palabras y su voz

vibraba ante el nerviosismo.

—¿Mi Darius?

—Sí, Delilha. Darius está al otro lado de la línea —por fin me hizo caso—. ¿Qué me dices?
¿Quieres hablar con tu madre?

—Por favor —supliqué, y caminé en silencio por la habitación hasta detenerme en el balcón donde solía fumar con Alanna—. ¿Mamá?

—¿Darius? ¿Cariño? —no me escuchaba bien—. Soy yo, mamá.

Era su voz.

Más débil.

Atropellada.

Pero era ella.

—Soy tu hijo, mamá —insistí—. Pronto nos reuniremos. Te lo prometo.

—Este señor dice que le tienes que entregar algo que le pertenece —gimoteó—. Tengo miedo, Darius.

—No. No te preocupes —quería tranquilizarla, pero con el mono ^[4]al SDA, era complicado por no decir absurdo—. Todo saldrá bien.

Me la imaginé sonriendo.

Tocando su cabello canoso, mientras que evitaba morderse las uñas porque tenía que sostener el teléfono móvil.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—Te quiero tanto que —siguió—, si tuvieras que decidir algo que nos separara, seguiré queriéndote, cariño.

—¿Mamá?

Tenía que tener cuidado con lo que decía delante de Vikram.

—Protege a tu familia.

Miré por encima de mi hombro, encontrándome a Alanna abrazando al niño de Shana.

—Tú eres mi familia.

Su risa me llenó de tristeza.

—Algún día, Darius, tú tendrás la tuya propia —cerré los ojos y, por un instante, volví a tener doce años; nos encontrábamos en San Quentin, en la celda que conseguimos para nosotros dos sin tener que compartirla con otros presos. Ella despertó de su siesta, se acercó hasta mí y besó mi mejilla.

El tacto rugoso de su piel contra la mía hizo que me aferrara a su cuello. Le dije que la quería. Y ella, con lágrimas en los ojos, me prometió que siempre sería su niño del alma.

—Pronto estaré a tu lado —dejé bien claro, ante la situación que estaba viviendo. Seguramente Vikram le amenazaba con alguna de sus armas para que ella se despidiera de mí—. ¿Me has escuchado, mamá?

Pero no volví a escuchar su voz.

—No —se lamentó Vikram—. Aunque tengo que decir que han sido unas palabras preciosas.

Gruñí.

—Está bien —me rendí—. El niño por mi madre.

—Es la mejor decisión que podrías tomar en tu maldita vida —rio—. Te estaré esperando en el puerto *O'Call Village* No cometas una estupidez —advirtió, antes que diera otro paso en falso

—. Sé que irás acompañado. Pero yo tengo más hombres que tú, cubriéndome las espaldas.

Y, de repente, pensé en Reno.

Ese hijo de puta había desaparecido de la noche a la mañana.

«Sabía que no era de fiar» —pensé.

—Ahí estaré —dije, colgando la llamada.

Me acerqué hasta la cama, besé con cuidado los labios de Alanna e intenté coger el niño. Cuando éste se removió, dejando caer su cabeza hacia atrás por el peso, intuitivamente se la sostuve para que no se hiciera daño.

—¿Qué haré contigo, compañero?

Apretó su diminuta lengua y se frotó los mofletes con los puños bien cerrados.

—Seguro, que cuando seas mayor, serás boxeador —siguió entre mis brazos, sin despertarse. Parecía cómodo—. Lo mejor será que te vuelva a dejar con tu hermana, Dashton.

Lo tumbé junto Alanna y salí de la habitación.

No tenía un crío para entregarle a Vikram.

¿Qué mierda podía hacer?

Reí.

Aun así, seguí con mi camino.

Capítulo cuarenta y ocho

RAYMOND

Reinha salió del cuarto de baño con ropa que le habían dejado los chicos y una enorme toalla sobre su cabello para secarlo. Me acordé de la primera vez que Alanna tuvo que utilizar ropa de hombre; terminaba tirando hacia arriba de los tejanos para que no se le escurriera por las piernas.

En cambio, a Reinha, la prenda le quedó ajustada porque era una talla de hombre pequeña.

Se acercó hasta mí, se sentó sobre la cama y terminó rodeando mi cuello con sus brazos. Olía a coco y fresa. Cerré los ojos y acaricié su espalda por encima de la camiseta de los *Fresno Grizzlies*.

—Gracias —susurró, cerca de mi oído—. Gracias a ti he conseguido huir de Gabriel y de mi papá.

Negué con la cabeza.

El mérito no era mío.

—Estás aquí por Alanna y Bloody —acaricié sus frías mejillas con mis nudillos. Me sentí vivo cerca de ella y sin tener que ocultarle mi rostro. Reinha, al igual que Alanna, no detenían sus hermosos ojos en mi rostro quemado—. No dejé de pensar en ti.

Confesé, como un idiota enamorado.

Y, posiblemente, es lo que sentí el primer día que la vi.

Ella era tan dulce, cariñosa y amable, que no era capaz de juzgar a los demás. Amaba a las personas incluso con todo el daño que dejaron marcado en su corazón.

«¿Amor a primera vista?» —me pregunté.

Al verla sonreí, tuve mi respuesta.

Sí.

—Ni yo en ti, pequeño soldado de guerra.

Acercó sus manos con cuidado, y acarició el perfil que quería ocultarle al mundo. Cerré los ojos cuando sus dedos trazaron las gruesas líneas que arrugaban mi mejilla.

—Eres muy lindo —dijo, cerca de la comisura de mis labios—. No deberías ocultarte con esas enormes gorras. El mundo tiene que ver la belleza que yo puedo ver.

Intenté alejarme, pero Rei me detuvo.

—El mundo es cruel.

—No —insistió ella.

—Entonces...—bajé la cabeza—, ¿por qué me castigó de esta forma?

Nunca hice nada malo.

Jamás fui desagradecido con las personas que pusieron un plato sobre mi mesa.

Siempre había sido obediente.

No me rebelé contra nadie.

Quería ser bueno, y acabé convirtiéndome en lo que más temí.

Porque no tuve otra opción.

Y la familia que me aceptó, esa en la que estaba Bloody, Kipper, Bekhu y Dorel, no era perfecta, pero me trataron como uno de los suyos.

—No te castigó —alzó mi rostro. Vi su sonrisa y una lágrima traicionera recorriendo su mejilla—. Dios te marcó para que te encontrara, mi pequeño soldado de guerra.

Reinha soltó su cabello, tiró la toalla en el suelo, y me dio la espalda para subirse la camiseta con la que se cubría. Su cuerpo, el cual intentaba ocultarle a los demás, estaba lleno de cicatrices como las que tenía en mi rostro.

Toqué su piel, y ella se arqueó. No de dolor, pero sí al recordar quien se encargó de hacerle daño hasta destruirla también psicológicamente.

Volvió a cubrirse y me plantó cara.

—Yo tampoco soy perfecta. Pero sé que alguien me amará.

Podía sentir su aliento mentolado acariciando mi boca. Recogí los mechones de su cabello y observé como se escurrían entre mis dedos. El aroma de fresa bañó mi piel.

—¿Alguien como yo? —pregunté.

Seguí rompiendo la distancia que había entre nosotros dos.

Reinha rio.

—Eres tan dulce —susurró—, que estoy deseando besarte...

Las últimas palabras se ahogaron en mi boca. Pasé mi mano por detrás de su cuello, y me abalancé sobre sus suaves y carnosos labios.

Terminé cerrando los ojos cuando Reinha tembló ante la sensación que le causó nuestro beso.

No quería separarme de ella.

No quería apartarme de su boca.

Deseaba a Reinha, y quería ser parte de su vida.

—¿Ray? —jadeó.

La miré.

Y entonces me di cuenta, que nuestra relación, iría dando pequeños pasos.

Arropé sus mejillas con mis manos, y besé su frente.

Sus heridas, al igual que las mías que terminaron de cerrarse diecinueve años después, seguían abiertas.

Pero yo estaría ahí, tendiéndole la mano y mostrándole una sonrisa que la cuidara del miedo que pudiera sentir.

Capítulo cuarenta y nueve

ALANNA

El llanto de Dashton me despertó. Movía desesperadamente su cabeza mientras que frotaba sus puños sobre el body. Miré por encima del hombro con la esperanza de encontrarme a Bloody, pero éste no estaba durmiendo a mi lado.

«Seguramente ha salido a fumar» —pensé.

Cogí a Dash y nos levanté de la cama para pasear un rato por la casa. No quería despertar a nadie, así que bajé las escaleras y me acerqué hasta la cocina para calentarle un poco de leche. Seguramente el llanto se debía al hambre constante que tenían los recién nacidos.

Me sorprendió encontrarme a los chicos despiertos a las cuatro de la madrugada. Dorel tatuaba a Bekhu mientras que se contaban viejas historias. Pasé por delante de ellos y se acercaron para comprobar cómo se encontraba el niño. Bekhu lo sujetó y aproveché para calentar su comida. Agité el biberón una vez que lo llené, y me acerqué hasta ellos para darle de comer.

—¿Puedo? —preguntó, con una sonrisa.

Le tendí el biberón y me senté junto a Dorel.

Ambos observábamos como Bekhu sostenía la cabeza de Dashton y el biberón con la otra mano.

—¿Qué estabais haciendo? —pregunté, al recordar que le estaba haciendo un tatuaje al nuevo niño de Dash.

Dorel me mostró la máquina de tatuajes.

—Una enorme sirena en la espalda.

No conseguí ver la obra de arte, porque el lienzo estaba cara a cara con nosotros.

—Nunca me he hecho un tatuaje —confesé.

Fumé marihuana, tabaco y bebí en las fiestas que daba Evie en su casa cuando sus padres salían de fin de semana. Pero nunca me marqué la piel o me perforé la carne con un pendiente.

—¿Te gustaría hacerte uno?

Miré el aparato que había dejado sobre la mesa. Tenía un enorme alfiler que sobresalía y el ruido que provocaba al ejecutar su función, me ponía los pelos de punta.

—¿Duele?

—El primero sí —dijo Bekhu.

—Y sangrarás un poco —terminó Dorel.

«¿Quiero cometer una locura a las cuatro de la mañana?» —me pregunté.

Había vivido un secuestro.

Mis padres se volvieron locos.

Ronald acabó siendo otro mafioso.

Y yo me fijé en un tipo duro que había estado en prisión.

Sin olvidar, que estaba cuidado de un niño que resultó ser mi hermano, a mis dieciocho años.

—Sí —dije, alzándome la camiseta.

—¿Qué marco en tu piel?

Un tatuaje era para siempre.

Quería algo pequeño.

Una marca que me recordara a lo que más quisiera en ese mundo.

Una letra.

Algo significativo para mí, y confuso para los demás.

Un secreto.

Mi primer amor.

Quizás el hombrecito que crecería junto a mí.

O ambas cosas combinadas.

—Una “D”.

Dorel me miró confuso.

—¿Una “D”? —repitió.

Cogí un trozo de papel, y le dibujé la letra que quería bajo mi pecho. Dorel dio el visto bueno, y sentí como me clavaba el duro alfiler que observé de la máquina. Se movió por debajo de mi sostén, y diez minutos después, tenía una letra que significaba el amor que encontré al creer que había perdido el de mi propia familia.

Limpió la sangre que se me escurrió por el costado, y curó el tatuaje con agua y jabón. Me lo cubrió con papel transparente de cocina, y me dio unas instrucciones para seguir curándolo hasta que se le cayera la costra que crearía.

Dashton eructó, y Bekhu me tendió al niño para que Dorel terminara su enorme sirena. Le di las gracias a ambos, y salí de la cocina para pasear.

Sabía que el pequeño se estaba quedando dormido en mis brazos, pero antes de subir hasta la habitación, me detuve delante del despacho de mi padre. Seguía despierto.

—¿Papá? —pregunté, asomando la cabeza.

Éste me miró desde su sillón.

—¿No puedes dormir, cariño?

Miré a Dash.

Y miré a mi padre.

—Quiero presentarte a tu hijo formalmente —caminé hasta él, y le tendí al pequeño—. Dashton. Dashton Gibbs.

Él sonrió.

—Dashton Lee Gibb —besó su cabeza—. Me gusta.

Dejé que él lo arropara, mientras que yo me tendí en el pequeño sofá que había cerca de la puerta. Cerré los ojos para escuchar la historia que mi padre le estaba contando a Dashton.

—Heraclès, también conocido en Roma como Hércules —miró a su hijo —, era hijo de Zeus y Almecna, una princesa de Tebas. Hera, la esposa de Zeus, enojada por la infidelidad envió a dos serpientes para matarlo cuando todavía era un bebé—imaginé a Shana, ansiosa por deshacerse de su hijo—. Pero Heraclès, que era muy fuerte, tomó a las serpientes entre sus dedos fuertes como tenazas y las estranguló—mi padre rio cuando Dash atrapó su dedo pulgar entre sus pequeños dedos. —El niño fue creciendo, haciéndose cada vez más y más fuerte. Años más tarde, supo que el rey de Grecia, Euristeo, quería destronar al rey de Tebas, Anfitríon, que era su padastro —se detuvo, como si estuviera imaginando el rostro de Ronald en su cabeza. —Heraclès le ofreció a

Euristeo ser su esclavo durante doce años, si permitía que su padrastro, Anfitrión, permaneciera en el trono durante ese tiempo. Euristeo, al verlo tan fuerte, temió que lo destronara y consultó al oráculo de Apolo y este le dijo—puso una voz grave—: Accede al pedido, pero durante ese tiempo envíalo a hacer los trabajos más difíciles y peligrosos que puedas imaginar.

El iPhone me notificó que tenía un mensaje.
Imaginé que sería Bloody, buscándome por la casa.
Pero toqué el cielo demasiado rápido.

¿Disfrutas de la compañía de mi hijo?
No olvides que yo soy su madre.
Nos veremos pronto, ratoncito.
04:50 AM ✓ ✓

Me puse nerviosa.
No avisé a mi padre.
¿Shana quería guerra?
Porque yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para librarme de esa bruja.
Llena de rabia, respondí:

¿Su madre?
Te equivocas.
Yo soy su madre.
04:52 AM ✓ ✓

Sin darme cuenta, que cometí el mayor error de mi vida.

Capítulo cincuenta

BLOODY

—Llevas una hora ahí escondido —dije, con las manos al volante—. ¿Me vas a decir por qué me has seguido?

Había aparcado el viejo Jeep que dejaron en la propiedad de Gael, delante del parque que había delante del puerto *O'Call Village*. Estuve un par de minutos esperando que la cabeza de Raymond quedara bien oculta. Pero terminó fracasando. Siguió tumbado en los asientos traseros, mientras que empujaba hacia arriba su cabeza con el fin de comprobar hasta dónde íbamos.

Al escuchar mi voz, no le quedó de otra que levantarse. Salió del vehículo, abrió la puerta del copiloto y se sentó a mi lado sin intercambiar palabra conmigo.

—¿Raymond?

Esperé una respuesta.

Y tardó en dármela.

—Sé que te has reunido con Vikram —dijo, a la velocidad de la luz.

—Me parece muy bien que ya no tartamudees —lo miré—. De verdad. Me alegro por ti. Pero ahora tienes que ponernos las cosas fáciles a los demás. Escupir un trabalenguas, hará que mi cabeza estalle en mil pedazos. Y todavía no quiero morir. Han estrenado una película porno que el tráiler me la ha puesto dura y ha conseguido que me corra a los treinta segundos.

Golpeé su hombro para que se diera cuenta que estaba de broma.

—¿Has hecho algún trato con él?

Quería borrar esa seriedad que marcó en su rostro.

—El mismo que hiciste tú con Diablo —solté una fuerte carcajada—. Pero será él quien me la chupe.

Raymond se disgustó.

—No te enfades, *wey* —imité, el acento de Diablo—. He pasado demasiado tiempo con el mexicano. Terminó confesándome sus sucios y asquerosos secretos. Entre ellos, estabas tú.

—Haces humor cuando quieres ocultar lo que te preocupa.

El cabrón tenía razón.

Pero así era Bloody.

—¿Te has follado a la mexicana?

O terminaba cambiando de tema.

—Bloody —insistió él.

Hasta que me quedé sin bromas, chistes de polla y frases que llegaran a incomodarlo. Raymond me conocía tan bien, que yo no fui capaz de hacer el esfuerzo para conocerlo a él en los seis años que llevábamos trabajando juntos.

El rarito que estaba sentado a mi lado, se cruzó en mi camino cuando solo era un crío. Y lo

único que pude hacer por él, fue tenderle la mano y meterle en la mierda que movía Gael.

Así que merecía saber la verdad.

—Vikram ha sacado a mi madre de San Quentin —bajé el tono de voz; estaba confuso, sin un plan entre manos para sacar a mi padre de las garras de ese hijo de puta que se hacía llamar Ronald—. Quiere al crío de Gael. Si se lo entrego...

—...Él liberará a Delilha.

Me sorprendió que recordara el nombre de mi madre.

Le enseñé la furgoneta que estaba vigilando.

—Ahí están —sabía que no iban solos—. Cuando llame, tendré que salir.

—Yo llevo armas —dijo, en un tono cargado de inocencia. —Lo sé. No conseguiremos hacer nada contra todos ellos. Es para ganar tiempo.

El teléfono sonó.

La pantalla marcó el nombre de Vikram.

Raymond abrió la puerta, pero antes intentó darme esperanzas.

—Jodamos a Vikram.

Dijo las palabras exactas que necesitaba escuchar.

—Gracias.

—¿Qué? —preguntó confuso.

«¿Se ha quedado sordo?»

—He dicho ¡gracias!

Raymond insistió:

—Un poco más alto.

¡Qué cabrón!

Como era la primera vez que me escuchaba decirlo, quería volver a hacerlo por si era la última vez.

—Gracias, imbécil.

Salió del Jeep con una sonrisa y nos acercamos hasta los tres hombres que nos esperaban. Nos detuvieron con un movimiento de mano, y quedamos uno delante de los otros manteniendo unos cinco metros de distancia.

—¿Dónde está mi nieto? —preguntó, Vikram.

—Bonito chaleco antibalas —le guiñé un ojo.

—¿Tú no tienes?

Raymond me pidió que no le respondiera.

¡Y una mierda!

—Sí. Está protegiendo mi polla —reí.

Vikram hizo una señal para que sacaran a mi madre de la furgoneta. Sonreí al verla de pie, acariciando sus brazos y mirando a su alrededor confusa.

—¡Mi nieto!

Se estaba cansando de esperar.

—No, Vikram. Primero mi madre.

—No juegues conmigo, Bloody.

Empujaron a mi madre, y la obligaron a mirarme.

—¿Darius?

Alcé el brazo para saludarla.

«Dos minutos, mamá» —pensé.

—Es el camino más corto para llegar a tu nieto —mentí—. Suelta a mi madre.

Ella siguió llamándome.

«Un minuto y estaremos juntos.»

—Está bien.

Los hombres se apartaron de ella, y mi madre se quedó paralizada sin saber que hacer. Raymond me advirtió que no podíamos movernos. Había francotiradores subidos en los coches que había junto al muelle.

—Tienes que caminar hasta mí, mamá.

—¿Eres tú, Darius?

El SDA, con los años, te dejaba ciego.

Mi madre empezó a perder visión.

—Sí, mamá. Soy Darius.

Estiró los labios y empezó a caminar hasta mí. Se dejaba guiar por mi voz. Sus pasos eran lentos, pero no podía gritar y terminar asustándola.

—Te he echado de menos.

—No más que yo —estaba a unos metros de mí.

—Mi pequeño.

Se tropezó con una grieta, y cayó al suelo. Cuando intenté acercarme, dispararon cerca de mis botas para detenerme. Ella consiguió levantarse.

Soltó una dulce y tímida risa.

—Tu madre está muy vieja.

—Yo sigo viéndote joven y preciosa.

Tocó sus mejillas.

—Un metro, Bloody —dijo, Raymond.

Estiré el brazo.

Ella hizo lo mismo.

—¿Me ves, mamá?

—Te veo, Darius.

Estiré un poco más el brazo, hasta que nuestros dedos estuvieron a punto de tocarse. Y lo consiguieron. Pero cuando dispararon a mi madre por la espalda. Se escucharon siete tiros. Ella salió impulsada hacia a mí y la recogí antes de que cayera al suelo.

Salieron corriendo cuando grité.

Caí al suelo con el cuerpo de mi madre entre mis brazos. Aparté su cabello de su rostro y miré sus azulados ojos.

Solía decirme en San Quentin, cuando no estaba drogada que, si quería ver el mar, lo único que tenía que hacer era mirarla a los ojos.

Y ahí estaba.

El mar a través de sus ojos.

—¿Mamá?

Tosió sangre.

—Da-Darius —balbuceó.

Mis lágrimas se mezclaron con las suyas.

—Lo siento.

Ella alzó el brazo y posó su mano sobre mi mejilla.

—No, ca-cariño. Mamá te qui-quiere.

—No me dejes, por favor —me la llevé al pecho, al darme cuenta que dejó de respirar—. Por favor.

Supliqué una y otra vez.

Me encorvé para arroparla del frío del puerto.

—Te quiero, mamá.

Y grité con todas mis fuerzas.

—¡Te mataré, Vikram! ¡Acabaré con tu vida!

Raymond se arrodilló delante de nosotros. Cogió la nota que llevaba mi madre, y me la mostró.

Estaba cubierta de sangre.

La siguiente es Alanna.

Quiero a mi nieto.

Vikram.

—No si te mato yo antes.

Capítulo cincuenta y uno

ALANNA

Cerré la habitación y, cuando estuve a punto de dejar a Dashton sobre la cama, un ruido proveniente de la planta de abajo me alertó que algo grave estaba sucediendo; y no tardaron en confirmarlo. Se escuchó el disparo de un arma y un grito de dolor. Inmediatamente cogí al bebé, salí con sumo cuidado al pasillo y le busqué un lugar para que se mantuviera a salvo. Reinha asomó su cabeza asustada, y terminé empujando nuestros cuerpos hasta el interior de su cuarto.

Ella me miró aterrorizada. Le tendí a Dash y le supliqué que lo cuidara hasta que me reuniera con ellos. Tenía que bajar abajo y comprobar qué estaba pasando.

—Esconderos en el armario —dije, abriendo una de las puertas de madera. Ayudé a subir a Reinha y cubrí a Dash con una manta—. No salgas de aquí hasta que te lo diga. ¿Lo has entendido? Estaba temblando.

Intenté tranquilizarla.

—Tienes que evitar que Dashton se despierte —mi tono de voz era bajo, calmada para que no cundiera el pánico—. Prometo volver pronto.

—¿Alanna? —me retuvo—. Ten cuidado.

Asentí con la cabeza y abandoné la habitación sin hacer ruido. Seguía escuchando fuertes pisadas provenientes de la planta de abajo. Tuve cuidado en bajar cada escalón y asomé mi cabeza en la cocina. Bekhu estaba tendido en el suelo, mientras que Dorel estaba junto a él y presionaba su hombro. Se dio cuenta que estaba ahí y agrandó los ojos.

—Tienes que irte, niña.

Me arrodillé junto a él. Aparté la mano y observé la herida de bala. Cogí un trapo de cocina que había sobre la mesa e hice presión en el hombro.

—¿Quién hay en la casa?

—Shana.

Me quedé sin aliento.

—¿Bekhu...? —no fui capaz de preguntarle si seguía con vida.

Pero Dorel me lo confirmó.

—Está inconsciente. Le golpeó por detrás.

—Tengo que buscar a mi padre.

—Niña —gruñó—. Tienes que irte. Coge a la criatura, a la chicana y huir sin mirar atrás.

No. No podía dejarlos ahí tirados. Estaba convencida que Bloody y Raymond volverían pronto. Lo único que tenía que hacer era distraer a Shana antes de que siguiera haciendo daño. Me estaba buscando a mí. Quería matarme y después llevarse a Dashton. Pero no se lo permitiría.

Alcé la mano de Dorel y la acomodé sobre el hombro para que él siguiera presionando la herida que le causó la bala. Me levanté del suelo y caminé por la cocina sin hacer ruido. Pero el

hombre intentó detenerme.

—Niña...

Acomodé el dedo índice sobre mis labios y le pedí que guardara silencio. Respiró bruscamente y bajó la cabeza cansado.

El despacho de mi padre estaba cerca. Los pasos de Shana se escucharon de lejos, por uno de los últimos pasillos que tenía la propiedad y daban a la parte trasera del jardín. Aproveché para buscar a mi padre, y cuando quedé junto a él, cerré la puerta para advertirle.

—¿Qué sucede? —preguntó, preocupado.

—Shana nos ha encontrado —cogí aire. Tenía la sensación que en cualquier momento el corazón se me saldría del pecho—. Reinha y Dashton están arriba. Tenemos que entretener a Shana hasta que Bloody regrese.

Mi padre entrecerró los ojos.

—Va armada —él también escuchó los disparos. Se acercó hasta la estantería, sacó su vieja biblia para mostrarme lo que escondía detrás del libro de tapa negra; un machete pequeño—. Nosotros también.

El golpe de unos zapatos de tacón se aproximó hasta nosotros. Nos quedamos en silencio esperando a que pasara de largo. Pero no lo hizo. Se detuvo delante de la puerta del despacho.

—Debajo del escritorio —me pidió mi padre, tendiéndome el machete—. Yo la distraeré.

—Papá... —me cortó.

—Por favor, caballito.

Terminé obedeciéndole. Retiré la silla, me arrodillé en el suelo y me escondí debajo del enorme escritorio de madera. Empujé la silla hacia delante y me sobresalté al escuchar como la puerta se abría.

Shana se acercó hasta mi padre, y éste se negó a saludarla.

—¿No me vas a dar un beso, cariño?

Él se acercó hasta ella.

—¿Qué haces aquí, Shoshana?

Ella rio.

—He venido a buscar a nuestro hijo. Desperté esta mañana y lo extrañé —intentó abalanzarse sobre él, pero se lo impidió—. ¿Por qué estás tan distante? ¿Estás celoso de Bloody? ¡Por cierto! ¿Dónde está?

—Si quieres seguir con vida —le advirtió—, te invito a que abandones mi propiedad.

Shana se movió alrededor de él, intimándolo como si fuera un león vigilando a su víctima.

—En realidad le pertenece a mi padre, Vikram —se burló de él—. ¿Creíste que alguien como yo acabaría enamorándose de un viejo como tú? —Soltó una fuerte carcajada—. Papá me envió a vigilarte. Estuve meses detrás de ti, pero era imposible acercarme al gran Vikram sin morir en el intento. Hasta que conocí a tu cachorrito. El chico que sacaste de la calle para que siguiera tus pasos —calló un instante para disfrutar a la hora de decir el nombre del hombre que fue la mano derecha de Gael—. Bloody. Sólo me lo follé, lo seguí y acabé delante de ti. ¡Sorpresa!

Mi padre estaba siendo traicionado de la misma forma que él traicionó a los demás.

—Mi gatito. Mi dulce gatito —suspiró—. ¿Quién me iba a decir, que un hombre como él, acabaría volviéndome loca? Tuve su atención durante años. Ni siquiera me importó que se follara a otras en los largos viajes que hacía bajo tus órdenes. ¿Sabes por qué? Porque mientras tanto, tú y yo, follamos como conejos en secreto. ¡Y era divertido! Hasta que llegó el ratoncito.

—Ten cuidado, Shoshana.

Se acomodó detrás de mi espalda e imaginé que lo hizo para susurrárselo en el oído.

—Esa pequeña zorra, cambió a Bloody. Ya no era el mismo —estaba furiosa—. Vio injusto que la mandarás a secuestrar. Incluso planeó fugarse con ella. Por eso actué —se justificó—. Tenía que tener pruebas que él seguía siendo el hijo de puta que recibía ordenes de Vikram.

—Bloody nunca mató por placer.

—Lo sé —se rindió—. Pero era mi hombre. ¡Era perfecto para mí!

Mi padre intentó alejarse de ella, pero lo detuvo.

—Si vas a matarme, hazlo ya —dijo, y seguramente Shana posó su arma sobre él para amenazarlo—. No tengo miedo a morir.

—Dejarás a nuestro hijo huérfano —volvió a reír—. Por suerte estoy aquí.

—No permitiré que crezca a tu lado.

—Eso dará igual, Gael, porque tú ya estarás muerto.

Ella se balanceó sobre sus tacones, porque mi padre se echó encima de ella para quitarle el arma. El forcejeó duró más de lo que imaginé. Y, cuando escuché otro disparo, esperé que la persona que estuviera herida fuera Shana.

—¿Ratoncito? —preguntó, golpeando a la mesa.

El cuerpo de mi padre cayó al suelo. Shana, al no tener una respuesta de mi parte, disparó contra el cuerpo de mi padre hasta que éste perdió el último aliento.

Lágrimas recorrieron mi mejilla. No me quedó otra opción que dar la cara. Me escondí el machete detrás de la espalda y salí de mi escondite.

Ella, al verme aparecer, rio.

—Estás preciosa —me alagó, después de guiñarme el ojo—. Follar te hace hermosa. ¿No crees?

Me limpié las lágrimas y miré al suelo con temor. Mi padre estaba tendido boca arriba con los ojos abiertos. No respiraba.

—¿Por qué? —pregunté, acercándome hasta él—. Había cambiado —confesé—. Estaba dispuesto a ir a prisión para pagar todo el daño que hizo a los demás.

Quedé arrodillada ante él y cerré sus ojos.

Besé su frente y le susurré:

—Cuidaré a Dash, papá. Te lo prometo.

—¿Dash? —la voz burlona de Shana acarició mi cuello—. ¿Es el nombre de mi hijo?

Tragué saliva.

Al tenerla detrás de mí, no podía sacar el arma que me dio mi padre para protegerme.

—Te dije que Dashton no era tu hijo.

Sentí su mano acariciando mi cabello. Me obligó a levantarme del suelo y a quedar delante de ella. Se había cortado el cabello, maquillado y se plantó en la propiedad con un bonito vestido rojo de verano.

—¡Ay, ratoncito! —alzó mi rostro por la barbilla—. ¿Qué haré contigo? Primero me quitas a Bloody, después el viejo cambia de idea y quiere ser una buena persona. Y, ahora, me arrebatas al niño que llevé en mi vientre casi nueve meses.

—Te salvé la vida —aparté su inquieta mano que siguió bajando por mi cuello—. Te di vía libre para que Bloody intentara volver a ti. Pero él decidió que te detestaba. Soy yo la que debería preguntarse —me acerqué hasta su rostro —si debo dejarte con vida o no.

Golpeó mi rostro con la mano que tenía libre. Me hizo sangre en el labio con el enorme anillo de oro que lucía en su dedo anular.

—Te detesto —espetó, llenándome el rostro con su saliva—. Una niña buena dispuesta a salvar a todo el mundo. Dudo que lo consigas, ratoncito. Los débiles son los primeros que caen al suelo. Mira a tu padre —enredó sus dedos en mi cabello y me obligó a mirarlo—. ¡Míralo!

Me cansé de su maldito discurso, sus celos y la actitud de grandeza que heredó de su padre.

Así que golpeé su estómago, y cuando se encogió de dolor, aproveché para quitarle el arma.

Al disparar, no salió ninguna bala. Las había gastado todas.

Shana recuperó el aliento, rio y se lanzó sobre mí para golpearme con sus propias manos. Empujé mi cuerpo hacia un lado, consiguiendo que ésta fuera directa a la pared. Golpeé su espalda y terminó pegando sus labios contra el muro.

No tenía escapatoria.

La idea era detenerla y entregarla a las autoridades.

Pero el plan se fue a la mierda cuando volvió a abrir la boca:

—Mataré a tu querido Dash delante de tus narices.

Eché hacia atrás el brazo, sujeté con firmeza el machete y lo acerqué hasta el cuerpo de Shana.

—Te pudrirás en la cárcel antes de conocerlo.

Su risa me puso el vello de punta.

—¿Eso crees? El niño está arriba —me miró de reojo—. Lo cuida una mujer mexicana.

Tragué saliva.

Hubo silencio por mi parte.

—Pienso matarlo hasta revolverte el estómago.

—¡No! —grité.

Y terminé apuñalándola con el machete que me tendió mi padre hasta que su cuerpo cayó al suelo. Acabé cubierta con la sangre de Shana, y sentándome junto a dos cadáveres.

«Por Evie» —Pensé. —«Por papá. Y, por toda la gente que ha matado.»

Quise justificar su muerte.

Pero no podía.

Tiré el arma blanca con la que le arrebaté la vida, y miré mis manos llenas de sangre.

—Me he convertido en ella —susurré.

Zarandé la cabeza.

—Soy una asesina —cerré los ojos, dejando que las lágrimas cayeran sobre las palmas de mis manos—. ¿Qué he hecho?

Capítulo cincuenta y dos

Me levanté un instante para rebuscar en uno de los cajones del escritorio. Cuando encontré un cigarro en la vieja caja de puros de mi padre, volví a sentarme en el suelo mientras que jugaba con la ruedecilla del mechero y dejé de empujarla al tener una llama. Cerré los ojos e intenté olvidarme de todo. Pero era imposible. Al abrirlos, los cuerpos de mi padre y de Shana me recordaban en lo que me había convertido en un par de minutos.

Maté a una persona.

Yo no era nadie para condenarla a la muerte.

Incluso cuando Shana era una asesina sin escrúpulos. Estiré el brazo y le enseñé el dedo corazón.

—Eres una zorra. Una maldita perra que me hará la vida imposible incluso estando muerta — golpeé sus zapatos de tacón con mis botas de la ira que me recorría por todo el cuerpo—. Querías matar a Dashton. ¡Mierda! Es tu hijo.

Le di otra calada al cigarrillo.

—Ni siquiera has dejado que me despida de mi padre. ¿Por qué?

Bajé la cabeza.

Estaba llena de sangre y no era capaz de levantarme del suelo, salir del despacho y llenar una bañera con agua caliente para deshacerme de todas las manchas que cubrieron mi piel.

La puerta se abrió y no esperaba encontrarme a Bloody. Tenía los ojos hinchados, estaba pálido y parecía cansado. Me miró con temor y se acercó hasta mí para comprobar que la sangre que me acompañaba, no fuera mía.

—¿Cielo?

—Soy una asesina —no podía mirarle a los ojos. Seguí con mi cigarro—. Soy como Shana. ¡Una asesina!

Bloody me obligó a mirarlo.

—Eso no es cierto.

¿Estaba ciego?

No quería ver la verdad.

Volví a señalar el cuerpo de Shana. Después me golpeé el pecho y me mordisqueé el labio con rabia.

—He sido yo —aferré mis dedos al cuello de su camiseta, cubriéndolo a él también con la sangre de esa perra—. ¡La he matado!

—Te has defendido.

—No —lloriqueé—. No es cierto.

—Cielo —acarició mi cabello.

—La tenía arrinconada contra la pared —le narré la escena—. Quería llamar a la policía. Joderla como ha hecho ella con nosotros —Bloody me miró, y yo ni siquiera era capaz de mantenerle la mirada—. Nombró a Dashton. Dijo que acabaría con él, al igual que ha hecho con

mi padre. ¡Quería matarlo!

Froté mis manos, y lo único que hice fue repartir el líquido carmesí que empezaba a oxidarse en mis pantalones.

—No podía permitírselo, Bloody.

—Lo sé —besó la coronilla de mi cabeza—. Has protegido a tu hermano.

Alcé la cabeza.

—Dashton no puede saber que Shana era su madre —empecé a temblar—. ¡No! Él no merece llevar su apellido y saber que esa mujer asesinó a gente inocente.

Me limpié las lágrimas con los puños y apagué el cigarrillo. Alcé mi cuerpo del suelo y empecé a dar vueltas. Me estaba mareando. No podía respirar. Y, todo lo que me rodeaba, se movía borrosamente ante mis ojos.

—¿Alanna? —Bloody acomodó su brazo detrás de mi espalda—. Mírame, cielo.

Toqué mi cuello.

—No...no...—me ahogaba con mis propias palabras—. No...puedo...respirar.

Y todo quedó en silencio.

Abrí los ojos al escuchar un ruido cerca del lugar de donde estaba descansando. Bloody estaba arrodillado en el suelo, limpiando la sangre de Shana y mi padre. Mientras tanto, Raymond, limpiaba el machete con un trapo de tela blanca para borrar mis huellas dactilares. Acomodó el arma blanca en el puño de mi padre, e hizo lo mismo con el arma de Shana.

—¿Qué hacéis? —pregunté.

Bajé la cabeza hasta la manta que me cubría, y al alzarla descubrí que estaba en ropa interior. Se habían desecho de mi ropa.

Bloody se acercó hasta mí y tocó mi cabello.

—Has tenido un ataque de ansiedad —besó mi frente—. Tenías que descansar antes de descubrir todo esto.

Miré a mi alrededor. Estaban convirtiendo la escena del crimen, en un ajuste de cuenta. Pero yo era la asesina de Shana, no mi padre.

De nuevo, me faltó el aire.

—Respira —dijo, acariciándome la espalda y obligándome a que acomodara la cabeza entre mis piernas—. No dejaré que Vikram sepa que fuiste tú quien mató a Shana. No quiero perder a nadie más.

Al coger aire, me incorporé para mirarlo.

—¿A qué te refieres?

—Han matado a mi madre —confesó, con un nudo en la garganta. Por eso tenía los ojos hinchados y estaba cansado—. Me reuní con él, y la mató delante de mis narices. Ese hijo de puta, no satisfecho, me aseguró que la siguiente serías tú —gruñó, y se le hinchó la vena del cuello—. No pienso permitirlo. ¿Lo entiendes?

—Pero...—volví a mirar a Shana.

—Uno de los dos la habría matado. Era cuestión de tiempo, Alanna.

Eso no me tranquilizaba.

Salvo saber que Dashton estaba con vida.

Entonces me di cuenta; Maté a Shana para proteger a mi pequeño.

Era mi hermano, pero lo cuidaría como a mi propio hijo.

Abracé a Bloody.

—Gracias —susurré.

Él también se aferró a mí.

—Nos han tendido una trampa —bajó la cabeza y acomodó la barbilla en mi hombro—.

Alguien nos delató. Reno.

Me aparté de él.

—¿Reno? —repetí.

—Lleva días desaparecido.

«Porque es policía» —pensé.

—No. El error fue mío.

—No lo defiendas, Alanna.

Sacudí la cabeza.

—Shana me envió un mensaje. Respondí...y nos encontró —maldije—. ¡Lo he hecho todo mal!

—No. Por supuesto que no, cielo —acomodó su frente sobre la mía—. Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—A casa de Nilia.

Lo miré preocupada y asustada.

No podíamos poner a más gente en peligro, y menos a Nilia y a la pequeña Adda.

—Bloody...

—No responderemos a más llamadas. Así no nos localizarán.

Se lo prometí.

—Está bien.

Bloody alzó mi cuerpo y me pegó a su pecho.

—Voy a matar a ese hijo de puta —susurró, sobre mi cabeza.

Capítulo cincuenta y tres

En el momento que invadimos el hogar de Nilia, ésta empezó a dar órdenes para que nadie se quedara cruzado de brazos. Mandó a Raymond al trastero por la vieja cuna de Adda. Empujó a Dorel en una silla para intentar quitarle ella misma la bala. Le pidió a Behku que descansara en la guardilla ya que había una cama plegable. A Reinha le indicó donde estaba la despensa para que comiera algo ya que tenía el rostro descompuesto. Y esperó a que todos salieran de la cocina para hablar con Bloody y conmigo.

—Te dolerá —dijo, mirando a Dorel—. Contaré hasta tres.

Él hinchó su pecho e intentó mostrar una sonrisa.

Pero Nilia no contó hasta tres. Sacó la bala sin avisarlo. Dorel terminó gritando y la miró sorprendido.

—Dijiste a la de tres.

Nilia rio.

—¿No eras un tipo duro? —le tocó la punta de la nariz con su dedo—. Te iba a doler igual si contaba o no.

Cosió la herida y mandó a Dorel a dormir junto a Bekhu. La habitación de Adda sería para Reinha y Raymond, mientras que nosotros dos ocuparíamos el sofá cama que había en el comedor.

Nilia buscó a Adda, y la pequeña se encontraba jugando con Dashton. Le tendió un oso pequeño y el bebé estiraba los brazos sin saber muy bien por qué.

Adda disfrutaba del niño y nos transmitió ese cariño que nos faltaba a los demás.

—A la cama, Adda.

—¿Puedo quedarme un rato más?

Nilia negó con la cabeza.

—Es tarde.

—Pero yo quiero jugar con Dash.

—Dash tiene que dormir también.

Adda refunfuñó y besó la frente del bebé. Antes de alejarse de él, le confesó delante de nosotros que al día siguiente volverían a jugar con el oso de peluche. Se acercó hasta su madre para darle un beso de buenas noches, siguió con Bloody y terminó delante de mí para darme un abrazo.

—Gracias por traer a Dash a casa, Alanna.

Le devolví la sonrisa.

—A ti, por arroparlo con tu mantita.

—¿Tío Bloody y tú seguiréis teniendo hijos?

—¡Adda! —le llamó la atención Nilia.

—¿Qué? —se encogió de hombros—. Tío Bloody dijo que Dash era de la familia. Y ellos son novios.

Sentí que mis mejillas se encendían.

Nilia optó por el silencio.

Mientras que Bloody la animó.

—Te dije que era un secreto —dijo Bloody, quedándose a su altura.

Adda le sacó la lengua.

—Mamá dice que nada de secretos en casa.

Ambos miraron a Nilia.

—Tu madre es una aburrida.

Nilia golpeó la nuca de Bloody.

Él se burló de ella.

—¿Tío Bloody?

—¿Sí?

—¿Sigo siendo tu chica favorita?

Bloody revolvió el flequillo que le caía sobre la frente de Adda. Se acercó a ella para fingir que le decía un secreto y le respondió.

—Por supuesto.

La pequeña, en el mismo tono que él, preguntó:

—¿Incluso si Alanna es tu novia?

¿Cómo una niña de ocho años me ponía nerviosa cada vez que soltaba la etiqueta de novia?

—Tú —tocó sus rizos negros—, eres mi chica número uno.

Adda volvió a abrazarlo y se despidió de nosotros tres mientras que cantaba una canción de cuna. Esperamos escuchar como cerraba la puerta de la habitación de su madre, y Nilia nos pidió que nos sentáramos mientras que ella, acostumbrada, le dio el biberón correctamente a Dashton.

—El niño —susurró—, ¿de quién es?

—De Shana y del tío que creíste que se llamaba Vikram —habló Bloody—. El padre de Alanna.

—¿Tu padre dejó embarazada a esa zorra?

Asentí con la cabeza.

—Y la he matado —confesé.

Nilia se puso pálida.

—Sabía que si seguías viendo a mi hermano te corromperías. ¡Santo cielo! ¿Por qué?

—Mató a mi padre —bajé la cabeza—, y quería hacer lo mismo con Dashton.

Ella me miró.

—Entonces que se joda.

—¿Nilia? —la detuvo su hermano—. ¿Por qué cojones eres la única que puede decir palabras malsonantes en esta casa?

Nilia dejó el biberón sobre la mesa, y giró el rostro de Bloody con un manotazo.

—Te he dicho mil veces que no digas cojones.

Se tocó la mejilla.

Le ardía.

Terminamos haciéndole un breve resumen a Nilia.

—Así que Gael, tu padre, le robó a Vikram su identidad y el dineral que éste tenía. Para recuperarlo te sacó del instituto, te unió a una banda de imbéciles y fuiste hasta México para sacarlo de ahí. Pero tu padre no fue el único en salir. La chica morena que está con Ray y su hermano, también salieron del país. Ahora que sabe que tiene un nieto, lo reclama. Su hija está muerta y su lema es sangre por sangre. Como no sabéis a dónde ir, aquí estáis, en mi casa.

¿Correcto?

—Sí —dijo Bloody, cansado.

—Ha matado a nuestra madre. A sangre fría.

—Delante de mí —susurró.

Nilia acostó a Dashton y volvió a sentarse.

—Santa mierda —se llevó las manos a la cabeza—. Ahora formo parte de esto, Darius. ¿Qué voy a hacer?

—No os pasará nada, Nilia.

Se levantó de la silla que ocupó.

—Lo mejor será que durmamos —bostezó—. Mañana hablaremos. Por cierto —detuvo sus pasos—, ¿el tío de la bala está soltero?

—Buenas noches, Nilia —la echó Bloody.

Ella lo atravesó con la mirada y desapareció del comedor.

Me tumbé junto a Bloody, sobre su pecho. Acaricié su pie por debajo de la camiseta mientras que él atrapaba los mechones de mi cabello y los envolvía con su dedo.

—Si Ronald descubre que maté a Shana...

Me cortó.

—No lo sabrá.

—Me lo advirtió, Bloody.

—No dejaré que se acerque a nosotros. Vikram tiene los días contados.

Saqué mi mano del interior de su ropa, y de nuevo me encontré mis manos cubiertas de sangre. Cerré con fuerza los ojos y deseé que aquella imagen desapareciera. Bloody se dio cuenta que estaba temblando.

—Tienes que olvidarlo.

—No puedo —alcé el rostro, posando la barbilla en su pecho para mirarlo a los ojos—. Me siento peor que ella. No sé cómo lo olvidaré.

De repente nuestros teléfonos sonaron. Y no fueron los únicos. Los demás bajaron hasta el comedor y nos mostraron que estaban recibiendo una llamada del mismo número de teléfono.

—¡No descolguéis! —advirtió Bloody—. Nos quieren localizar.

No dejaron de insistir, y acabamos silenciándolos para no despertar a los niños.

—¿Qué cojones haremos? —preguntó Dorel.

Bloody se acercó hasta Nilia.

—Ha dicho “cojones”.

Ella se encogió de hombros.

Y aguantó las ganas de reír.

—Tenemos que irnos —la voz de Raymond llamó la atención de todos—. Lejos de California.

—¿Dónde?

—Canadá.

El cabecilla del grupo rio.

Pero se le borró la sonrisa cuando recibimos un mensaje.

Os encontraré.

Acabaré con todos vosotros.

No tenéis escapatoria.

¿Lo entendéis?

Si queréis seguir con vida, será mejor que
me entreguéis a Bloody y a Alanna.
Os recompensaré con vuestra propia vida.
Lo prometo.
02:22 AM ✓ ✓

Las mismas palabras acabaron en la pantalla de todos.

—Le compro la idea a Raymond. ¿Cómo nos fugamos? —preguntó Bloody—. No tenemos
dinero.

Le interrumpí.

—Conozco a alguien que podría dejármelo.

Todos se me quedaron mirando.

«Harry» —pensé.

Capítulo cincuenta y cuatro

Harry no me hizo preguntas en el momento que le pedí ciento cincuenta mil dólares. Cuando tuviera la oportunidad se lo devolvería, y él lo traspasaría a la cuenta de su padre. Hice el esfuerzo de abandonar el coche de Bloody, pero éste me detuvo. Desde que habíamos salido de la casa de Nilia, no borró de su rostro la irritación que sintió al descubrir que terminé pidiéndole ayuda a Reno. Si lo hice fue por un motivo; sacaría el dinero sin darle mi documento de identidad gracias al policía que me acompañaría. Era la forma correcta de no dejar pistas. Así, Vikram, no nos encontraría.

Tenía una idea en la cabeza, y era sacarnos a todos de Estados Unidos para escondernos en Canadá.

Arropé la mano de Bloody con la mía e intenté acercarme para convencerlo a través de los besos cariñosos que nos dábamos. Pero terminó deteniéndome con sus firmes y protectoras palabras.

—Si se le ocurre hacerte algo, lo mato.

—La idea es sacar el dinero. Él es un especialista. Me lo dijo —quería tranquilizarlo, y lo que estaba haciendo en realidad era mentirle—. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

—Alanna...—y se quedó callado cuando abrí la guantera del coche. Saqué unas bragas negras y alcé una ceja—. No son mías.

—Eso espero —dije, tirándolas en la parte trasera del Jeep. Estaba buscando un bolígrafo para marcar mi clave sin dejar mis huellas dactilares en el banco, y volví a sacar otra prenda femenina; un sujetador rojo de encaje—. Veo que te has divertido más de la cuenta en este coche.

Bloody, tímidamente -que era algo imposible en él-, se rascó la nuca y con una sonrisa lo admitió.

—He tenido una larga y dura vida, llena de sexo y aventuras que les contaré a mis nietos —mostró sus dientes, en una sonrisa perversa—. Por eso no puedo deshacerme de mi coche, cielo. Es mi templo. Mi rincón de guarrerías para mayores de edad.

—¿Has acabado?

Pero él tenía anécdotas que soltar.

—En los asientos traseros tuve mi primer trío —apuntó con la cabeza—. Dónde estás tú sentada, me habré corrido como unas cien veces. ¡Y la guinda del pastel! —alzó la voz y lo que consiguió fue que frunció el ceño—. Conduciendo, me hicieron una mamada y no morí en la carretera.

Quedé cruzada de brazos.

Cuando dejó de reír, me miró.

—¿Te cuento lo que hice con Ray?

Éste tragó saliva.

—No —su respuesta fue breve.

—¡Bién! —abrió la puerta—. Espero que hayas limpiado la tapicería del coche. ¡Qué asco,

Dios mío!

Sabía que aguantó las ganas de reír. Se quedó vigilándome desde el coche y observó todos mis movimientos. Me encontré con Reno delante del banco, y cuando fue a darme un abrazo para saludarme, Bloody tocó el claxon para que éste no fuera capaz de seguir avanzando.

—Tu novio está celoso.

Me encogió de hombros.

—No se fía de ti.

—¿No le habrás contado...?

Lo tranquilicé.

—No. Pero espero que realmente nos ayudes.

—Te dije que os conseguiría pasaportes para todos. Lo que te pido es paciencia —adentró sus manos en los bolsillos. Fue extraño ver a Reno con el cabello peinado y engominado hacia atrás. Cuando lo llevaba suelto, parecía mayor, y eso que tenía veintisiete años; uno más que Bloody—. El problema es el niño. No existe.

—Lo sé.

—Su madre tendría que firmarte una autorización...

Sacudí la cabeza.

—Está muerta.

—¿Qué?

—¿Has estado en contacto con Vikram? —pregunté, nerviosa.

—No. Mi superior me ha sacado del caso. Supuestamente me asusté, y salí corriendo —golpeó una lata de refresco que había al lado de sus zapatos—. ¿Por qué?

—Maté a Shana —en vez de custodiar ese secreto, tenía la necesidad de gritarlo a los cuatro vientos. Reno se quedó inmóvil. Pasé una mano por su rostro y pestañeó—. Mató a mi padre.

Me defendí ante un policía que su trabajo era detener a delincuentes.

—¿Te has vuelto loca? Eras la única que no tenía antecedentes.

—Lo sé. Y sigo sin tenerlos —le di la espalda al coche, no quería que Bloody me viera nerviosa mientras que hablaba con Reno—. Creen que el asesino es mi padre.

Impresionado, silbó.

—Esta mierda me arrastrará con vosotros.

—No te preocupes —le di mi palabra—. Nunca te delataría. De verdad. Encima has aceptado ayudarme.

—Te lo debo. Por no delatarme.

Entramos en el interior del banco y esperamos que uno de los empleados nos atendiese. Nos hicieron pasar a un despacho que había al final de un largo pasillo. Reno me dijo que le dejara hablar, y acepté.

Un hombre alto, de la edad de mi padre, se sentó delante de él. Mientras que se presentaba, cogió uno de los caramelos que tenían en un enorme bol de cristal para sus clientes.

—Ustedes dirán.

—Estamos aquí porque necesitamos sacar dinero de una transferencia con la serie 12455-21554-12545.

El hombre tecleó los números en su ordenador.

—Doscientos mil dólares.

Harry había elevado la cantidad.

—Exacto —dijo Reno.

—Necesitaré un carnet de identidad.

—En realidad no lo necesitará —Reno sacó su placa—. Estamos investigando los últimos movimientos de una mafia de rusos. Su sucursal tendrá que cooperar con nosotros si no quiere venir conmigo a que le tomen declaración. Podría ser parte de esa banda de delincuentes y nosotros no saberlo.

El hombre se puso nervioso.

Se secó el sudor de la frente y se excusó con la política de empresa.

Pero Reno insistió.

—Negarle a un agente de la ley las pruebas de un delito, supondría estar bajo arresto durante unos diez años aproximadamente...

De repente desconecté.

Sentí mis manos húmedas.

Agaché la cabeza y me mordisqueé el interior de la mejilla al darme cuenta que entre mis dedos brotaban largas líneas de sangre. Intenté limpiarme las palmas de la mano sobre el pantalón, pero fue imposible.

La sangre no desaparecía.

«Eres una asesina.»

—¡No! —grité, levantándome del asiento.

El hombre se me quedó mirando y dijo:

—¿Mejor billetes de cincuenta?

Reno se levantó y sostuvo mi mano.

Miró al banquero.

—Sí. De cincuenta —aprovechó que nos dio la espalda para preguntarme cómo me encontraba. Apartó el cabello que cubría mis mejillas y me obligó a mirar sus ojos marrones almendrados—. Estás temblando. ¿Sucede algo?

Volví a mirar mis manos.

Estaban limpias.

—No. Lo siento.

—Aquí tienen —anunció el hombre—. Es un placer para mí colaborar con los agentes de la ley de mi país.

Reno le regaló una sonrisa y salimos del banco con el dinero que me envió Harry. Antes de separarme de él, me retuvo por el brazo.

—Yo tuve las mismas paranoias la primera vez.

—¿Qué? —no le entendí.

—La primera vez que matas a alguien. Nunca lo olvidas —su sonrisa se encogió—. Tienes su rostro y el aroma fuerte de su sangre siguiéndote cuando crees que te has librado de él.

Sentí una escurridiza gota de sudor recorriendo mi espalda.

—¿Cuándo desaparece?

—Cuando te acostumbras.

Eso sería difícil.

Quise olvidar el problema que tuve en el interior del banco.

—Estás a tiempo de venir con nosotros.

—Me gustaría. Pero mi trabajo está aquí —miró a nuestro alrededor—. Cazando mafiosos.

—Un poli rebelde.

Reímos juntos.

—Distraeré a mi superior hasta que consigáis cruzar la frontera. No tardéis.

—Gracias —le abracé.

Y Reno rodeó mi cintura con sus brazos.

—De nada, bastarda —soltó, con humor.

Me alejé de Reno y volví a reunirme con Bloody. Se había desecho de la ropa interior de sus amantes y mantuvo la mirada seria y los brazos cruzados marcando sus músculos.

—Si querías ponerme celoso, lo has conseguido.

Giré su rostro y lo besé.

—Doscientos mil dólares, Bloody —le enseñé la bolsa—. ¡Somos libres!

Era nuestro momento.

Nuestra oportunidad de huir de Vikram.

La salvación de todos.

—Volvamos a casa, cielo. Tenemos que dar buenas noticias.

Y me robó un par de besos más antes de arrancar el motor.

Capítulo cincuenta y cinco

RENO

Me dirigía a mi apartamento hasta que un delincuente me asaltó por detrás. Golpeó mi espalda con un bate de beisbol y tiró de mi cuerpo para ocultarme en un callejón. Intenté defenderme, pero fue inútil. El individuo siguió golpeándome hasta que me rendí. Giró mi cuerpo y me obligó a observar su rostro.

—Mierda —exclamé.

Un tío rubio, guaperas, alto, con actitud de gilipollas llevaba el apellido Chrowning. Terence Junior, el hermano mayor de Bloody, sonreía mientras que me limpiaba la sangre que me causó con el puño de la camisa.

Se agachó para hurgar en mis bolsillos, y se detuvo al conseguir mi cartera. La abrió y ojeó el interior. Hasta encontrar mi verdadera identidad.

—¿Eres policía? ¿Un puto poli trabaja para Vikram?

Me quedé callado.

—Él no lo sabe —no era una pregunta—. Estás jodido, Reno Losa.

—¿Espera! —lo detuve, al darme cuenta que sus intenciones era llamar a Vikram—. ¿Qué quieres? ¿Dinero?

—¿Por mi silencio? —se rascó la barba de tres días que empezaba a cubrir sus mejillas—. Sígueme.

Reí.

—¿Para matarme?

—Llevas días siguiéndome —me había descubierto—. ¿Disfrutabas viéndome follar con Diablo?

Me costó levantarme del suelo. Seguramente me rompió un par de costillas con el bate que cargaba sobre el hombro.

—Tu amante me da igual. No me fiaba de ti.

Terence Junior tiró de mí y me obligó a colarme en un edificio. Subimos cinco plantas y quedamos delante de una puerta que tenía el número 62. Sacó la llave del bolsillo de su chaqueta de cuero y me pidió que entrara.

Le obedecí.

—He trabajado para tres hombres a la vez. Todos ellos enemigos —me tendió una taza llena de café, pero la rechacé—. Gael está muerto. Arellano un hombre aburrido. Y Vikram, es la gallina de los huevos de oro.

—Eres su chivato.

—Tú también lo fuiste.

—No —estaba muy equivocado—. Yo quería cazarlo junto a los demás.

—¿Hablas de mi hermano?

Asentí con la cabeza.

De fondo, se escucharon los gritos de varios hombres. Se me puso la piel de gallina. Terence Junior lo ignoró.

—Puedo salvar tu culo, si haces algo por mí.

—¿Me vas a chantajear?

—¿Prefieres morir? —respondió, con otra pregunta.

No tenía opción.

Y si la tenía, estaba muerto.

—¿Qué quieres?

—Un secreto —me dio la espalda—. Algo que me sirva de escudo si jodo mi negocio con Vikram.

Bajé la cabeza.

Y pensé en Alanna.

Ella pronto estaría fuera.

«Quizás si le cuento...» —pensé. «Pero la pondría en peligro.»

Apreté la mandíbula.

—Shana está muerta —dije, y bajé la cabeza.

Terence Junior me obligó a mirarlo.

—Eso ya lo sabemos —sonrió.

Me pilló por sorpresa. No esperé que Vikram encontrara tan rápido el cuerpo de su hija.

—Entonces no sé...

—¿Quién es el culpable?

«Miente.»

Di un paso hacia delante, mostrándole que no le tenía miedo.

Una vez más, escuché gritos que provenían de la habitación del fondo.

«Alanna no es la culpable. Protégela.»

—Bloody.

Su hermano enloqueció. Empezó a aplaudir y se subió sobre el sofá para celebrarlo. Mientras que él bailaba, me acerqué hasta la habitación donde se podían escuchar los gritos de personas siendo torturadas. Moví la manecilla y empujé la puerta.

Ante mis ojos, un Diablo cubierto de sangre, machacaba los cuerpos de tres hombres que había asesinado con sus propias manos. La habitación estaba cubierta de sábanas blancas para que el color rojo destacara.

Terence Junior se dio cuenta y me apartó de la puerta.

—Hoy está creativo —se excusó—. No lo molestes.

—Es un puto asesino.

—Ese puto asesino —repetió—, me ha llevado al infierno y he ardido en él. ¡Me encanta!

Empujé su cuerpo y lo amenacé.

—¿Te lo follas sabiendo que es un asesino?

—Me lo follaría incluso si tuviera vagina —apartó mis manos de su cuello—. A mí me llaman rata, y a él enfermo. Es la combinación perfecta, ¿no crees?

Di media vuelta y me dirigí hasta la puerta para salir del piso.

—¡Renó! —lo miré por encima del hombro—. Tienes que escuchar esta conversación.

Marcó un número de teléfono y presionó la tecla del altavoz. Al otro lado estaba Vikram.

—Te escucho.

—El asesino es Bloody —no tardó en decirle mi mentira.

Vikram calló un instante.

—Mátalo.

—Lo haré.

Colgó.

Se acercó hasta mí de nuevo.

—Dame tu arma.

—¿Qué?

—Dame tu arma —insistió.

No podía. Estaba registrada a mi nombre y en la comisaria donde trabajaba.

—No —me negué.

Y volvió a chantajearme.

—Si no me das tu arma reglamentaria, llamaré a Vikram y le diré que fuiste tú. ¿Es lo que quieres?

¿Cómo una persona podía ser tan retorcida?

Le tendí mi arma.

—¿Matarás a tu hermano? —pregunté.

Terence Junior negó con la cabeza.

—No olvides que me follo a un asesino.

Me daba igual Bloody.

Esperaba que Alanna estuviera a salvo.

Conseguí alejarme de él.

Y su voz siguió torturándome.

—En realidad fue Alanna, ¿cierto?

¡Mierda!

Capítulo cincuenta y seis

BLOODY

Observé como Adda adentraba su cuerpo en el interior de la cuna. No sabía cómo acomodarse para estar cerca de Dashton. La cogí por la cintura y la adentré en el interior de la pequeña cama rodeada de barrotes para que estuviera cerca del niño. Movié los brazos de él y le planté un fuerte beso en la frente que consiguió despertarlo sin proponérselo. No tardó en llorar.

Asustada, me pidió que le sacara de la cuna y se aferró a mí por si aparecía Nilia o Alanna.

—Yo no he sido —se defendió. Intenté ponerme serio, pero era imposible—. Te lo prometo, tío Bloody.

Alboroté su cabello.

—Ve a jugar fuera.

Le lancé un beso al aire a Dashton y salió corriendo sin mirar atrás. Como el llanto del crío no cesó, me acerqué para cogerlo. Pero terminé frenando seco porque el móvil empezó a vibrarme en el interior del bolsillo del pantalón.

—¿Nadie va a coger al bebé? —preguntó Nilia, levantando a Dashton de la cuna.

No le hice caso.

—¿Has visto a Raymond?

—Está fuera.

Le di las gracias y lo busqué desesperadamente. Raymond se encontraba junto a Reinha, sentados mientras que observaban como Adda corría a su alrededor y alzaba el arma de plástico que le había comprado hace un año.

Llamé su atención, y éste se levantó. Me siguió hasta la parte trasera de la casa y le mostré la pantalla del teléfono.

—Trece llamadas perdidas —susurró.

—A ti se te daba bien la tecnología —recordé las veces que se quedó encerrado en el despacho de Gael para mover sus cuentas sin que la policía se diera cuenta—. Tiene que haber una manera para despistarlo si descuelgo la llamada.

—Y la hay —me confirmó. Cogió el aparato y presionó unas mil veces sus dedos en los botones táctiles—. Tienes cinco minutos. Si te pasas, te localizarán.

Asentí con la cabeza.

—Gracias.

—¿Quieres que te deje a solas?

Era lo mejor.

Raymond siguió su camino, y cuando volví a leer el nombre de Vikram, deslicé el icono verde hacia la derecha. Tenía que ser breve con mis respuestas.

Nada de humor.

Nada de ira.

Nada que me mantuviera más de cinco minutos hablando con él.

—Eres un hombre muy ocupado, Darius Chrowning.

—No te lo puedes ni imaginar.

—Llevo días intentando contactar contigo.

—Lo has conseguido —me moví por el jardín, mientras que calculaba el tiempo que duraba nuestra conversación—. ¿Qué quieres?

—A mi nieto.

—¿Otra vez?

No se cansaba.

—También quiero la cabeza de Alanna —rio—. Sé que mató a mi hija. Sangre por sangre, Bloody. O me encargaré de matar a la poca familia que te queda.

¿Cómo estaba al tanto de lo que había sucedido?

—Fui yo —me adelanté.

—No seas, tonto. Sé de primera mano que fue ella.

—No.

Pero no me creyó.

—Puede que haya una manera para mantenerla con vida.

—Nunca has cumplido tu promesa.

—Pero esta vez sí —intentó asegurarme—. Es mi nieto. Puede curar el vacío que me ha dejado mi hija. Un niño que heredará el dinero que está en vuestro poder.

Estaba equivocado.

Solo teníamos una tarjeta de las dos que necesitaba, y se encontraba en el collar de la bala que le regalé a Alanna. Ni siquiera ella lo sabía. Y era lo mejor. Era su seguro de vida.

Me quedaba un minuto y treinta segundos.

—Vikram —gruñí.

—Piénsatelo. Tú me entregas a mi nieto, y yo me olvido de Alanna.

Colgué la llamada.

Cuatro minutos.

Y no fui capaz de aguantar unos segundos más.

Me sobresalté cuando unos brazos me rodaron la cintura. Miré por encima de mi hombro y sonreí al verla a ella sonreír. Besó mi brazo y me apretó con fuerza.

No quería separarme de ella.

No podía perderla.

—Adda quiere jugar con todos.

—Si siempre gano —intenté sonar tranquilo.

Tenía que ocultar la llamada con Vikram.

—Será divertido.

—Divertido sería estar los dos en una cama de matrimonio y desnudos.

Ella sonrió.

—Te concederé ese deseo en Canadá.

—Me gustaría tener un rancho —cerré los ojos, imaginándome un futuro cercano donde no me hacía falta robar o transportar camiones repletos de SDA—. Con animales salvajes. Un coche de lujo. Una piscina y un jacuzzi.

Alanna tiró de mi camiseta.

—¿Algo más, señor marqués?

—Y a ti.

Giró su rostro para ocultar el sonrojo de su mejilla.

—Te has olvidado de Dashton.

Bajé la cabeza.

Y preferí no decir nada más.

Aparté sus manos de mi cintura, sostuve su mano y tiré de ella. Salimos corriendo en busca de Adda. Tenía que olvidarme de la conversación que mantuve con Vikram, y lo mejor era estar rodeado con la gente que quería.

Alanna no tardó en quedarse dormida. Giró su cuerpo, me dio la espalda y esperé a que dejara de moverse sobre el sofá cama. Me levanté con cuidado, caminé hasta la cuna y asomé la cabeza para encontrarme con el pequeño Dashton.

Estaba despierto. Chupándose el dedo pulgar mientras que se arañaba debajo del ojo con el dedo índice.

—No me mires así —dije, en un tono más bajo de lo normal—, algún día crecerás. Tu polla escogerá una mujer que le vuelva loco. Empezarás a sentir algo más que atracción sexual y terminarás dándolo todo por ella.

Él sonrió, con la boca empapada de babas.

Me entendía.

De hombre a hombre, nos entendíamos.

—Y es lo que me está pasando, compañero. Necesito cuidar de Alanna —lo levanté de la cama, y clavé mis ojos en los suyos que seguían oscuros y brillantes sin un color determinado—. Sé que lo entenderás.

Salimos del comedor.

—La vida es una mierda, Dash —le dije la verdad; el mundo al que se enfrentaría, no podía estar pintado de rosa—. Tienes dos días para vivir. Te da tiempo a ver un partido de los Orange Country Blue Star, echar cuatro polvos y beberte una cerveza mientras que esperas a la muerte.

Nos detuvimos en el porche de la casa.

Volví a mirar a Dashton.

—Yo no sería un buen padre para ti —confesé—. Ella sí. Pero yo no.

Éste siguió estirando los labios.

—¿Quieres irte con tu abuelo? Asiente con la cabeza.

Y sin esperármelo, Dashton bajó su cabeza para pegar la barbilla sobre su pecho.

Terminé con las manos llenas de babas.

¿Ese era su destino?

¿Criarse con Vikram?

Cerré los ojos.

Odiaba tomar ese tipo de decisiones.

Capítulo cincuenta y siete

ALANNA

Noté como el fino colchón del sofá cama se hundía cerca de mis pies. Mi rostro se giró para buscar a Bloody y éste no estaba junto a mí. Las sábanas se escurrieron de entre mis dedos y alcé con sumo cuidado mi espalda para encontrarme al individuo que estaba sentado a un metro de mi rostro.

Ahugué un grito de terror al darme cuenta que se trataba de Shana. Ella me miraba con una sonrisa de oreja a oreja, mientras que su claro cabello y su piel, estaban cubiertos con la sangre que solía bañar mis manos.

—Hola, ratoncito —me saludó.

Cayó sobre la cama y sus manos se alzaron para tirar de su propio cuerpo. Cada vez estaba más cerca de mí, y yo no era capaz de salir de la cama y huir.

—Estás muerta —susurré.

Pero me escuchó.

—Tú me mataste.

Al cerrar los ojos, intenté despertarme de la pesadilla que me estaba quitando el aliento. Y, cuando volví a abrirlos, el rostro de Shana estaba a unos centímetros del mío. Finas líneas de sangre nacían en sus ojos y terminaban humedeciendo las palmas de mis manos.

—Me mataste, ratoncito.

No podía despertar.

Shana dobló el cuello, sin hacerse daño.

Tragué saliva.

—Y ahora te mataré yo a ti.

—¡No! —grité, cuando conseguí despertarme de la pesadilla que viví. Fue tan real, que el corazón se me disparó. Tuve que sentarme y recuperar el aliento que había perdido. Humedecí mis labios y alcé la cabeza para limpiar las lágrimas que derramé inconscientemente.

Busqué a Bloody al otro lado de la cama del sofá, y me sorprendió no encontrarlo junto a mí.

«Al igual que en la pesadilla» —pensé.

Abandoné el colchón y me acerqué hasta la cuna. Después de sufrir por volver a reconstruir el rostro de Shana en mis propios sueños, sentí un nudo en el estómago al no encontrar a Dashton durmiendo. La cuna estaba vacía. Temí lo peor.

—¿Bloody?

Nadie respondió en el interior de la casa.

Mis pasos se aceleraron desesperadamente y acabé saliendo al porche en busca de respuestas.

Y el miedo que sentí al pensar que había perdido a Dashton, desaparecieron cuando lo vi junto a Bloody. Éste se encontraba meciendo entre sus brazos al bebé, mientras que el niño dormía plácidamente sobre su hombro.

Se dio cuenta que estaba junto a ellos, y con un rostro triste, se acercó hasta mí y me tendió a Dash. Lo arrojé con el mismo cariño que él aplicó para cuidarlo del frío de California.

Besé su cabecita, alcé la cabeza para mirarlo a él y esperé una explicación.

—Lo siento —fueron sus palabras.

Intenté decirle que tuve miedo al darme cuenta que estaba sola, sin ellos dos. Pero mantuve mis labios sellados.

—Pensé que, si se lo entregaba a Vikram, éste dejaría de hacernos daño —le temblaba el labio superior; seguramente recordó la muerte de su madre—. Esta misma tarde hablé con él. Sabe que tú mataste a Shana.

Me quedé de piedra.

¿Cómo era posible?

¿Reno me había delatado?

No.

Confiaba en él.

Me ayudó a sacar el dinero del banco.

Incluso nos conseguiría pasaportes con nuevas identidades para salir del país.

Seguí avanzando hasta quedar cerca de Bloody. Acomodó sus manos en mi rostro y me acarició dulcemente y con cuidado.

—Gracias —dije, mirando a Dash—. Ahora nosotros somos su familia. Lo que está buscando Vikram de él, es vengarse por lo que le hizo mi padre. Y no se lo permitiré.

—Alanna.

—No tengo miedo de lo que me pueda pasar —me arrimé hasta su pecho y hundí mi rostro en su camiseta—. No tendré miedo si tú estás a mi lado.

Bloody me obligó a mirarlo, y con una sonrisa confesó lo mismo que yo sentía hacia él:

—Si no he podido entregárselo, es porque ya no hay solo una atracción, cielo.

Seguí acercándome hasta su boca.

Y lo besé.

Lo besé como si fuera nuestro último beso.

Lo deseaba.

Y él me deseaba a mí.

Capítulo cincuenta y ocho

BLOODY

Nilia no tardó en acorralarme en la cocina cuando todos salieron fuera de la casa. Se plantó detrás de mí, con los brazos pegados a su cintura, y me miró mientras que yo terminaba de desayunar. Cinco minutos después, le di la atención que reclamaba. Me senté en una silla y esperé a que ella hiciera lo mismo.

Sus ojos, azules como los de nuestra madre, siguieron cada movimiento que di. Y, como no podía fumar dentro de su casa, acabé cogiendo un palillo de madera y lo moví entre mis dientes.

—Este silencio me incomoda —fui el primero en hablar.

Ella alzó una ceja.

—A mí me encanta. Te veo vulnerable.

—¿Por qué?

—Porque me doy cuenta que tienes sentimientos —rectificó—. Siempre nos has querido. A Adda y a mí, pero nunca habías dejado entrar en tu vida a otra persona que no fuéramos nosotras dos.

Me encogí de hombros.

—¿Qué intentas decirme?

Nilia, en vez de ser directa, terminaba manteniendo una charla de una hora para buscar el momento exacto de hacer explotar la bomba verbal que le inquietara. Pero en ese momento no fue como imaginé. Fue directa y amable.

«Difícil combinación viniendo de su parte» —pensé.

—Que tienes tu propia familia —al darse cuenta que no captaba la indirecta, apuntó a la ventana, donde Alanna mecía a Dashton para que éste durmiera—. Te estás enamorando de ella. Y terminarás cuidando al bebé como si fuera tuyo.

—¿Vas muy rápido no crees?

—¿Cuántas mujeres han pasado por tu cama desde que ella duerme a tu lado?

Le mentí:

—Ocho.

—¡Mentiroso! —gritó.

—Está bien —intenté tranquilizarla—. No he vuelto a acostarme con nadie más. ¿Contenta?

—¡Feliz! —Nilia estaba muy contenta para ser las siete de la mañana—. Mi querido hermanito ha madurado. Eso me hace feliz.

Sacudí la cabeza.

—Si nos vamos todos a Canadá, intenta no volverme loco, Nilia.

Ésta rio.

—Ahora que estaré cerca de ti, seré esa vocecilla que te llevará por el buen camino.

—¿Quieres entrar en mi cabeza?

Ella asintió.

—Está bien —vacilé—. Pero tengo que advertirte, que será como estar en una película porno las veinticuatro horas del día.

Puso los ojos en blanco, y me golpeó como de costumbre.

—¡Eres un cerdo!

—Soy un hombre caliente —alcé el brazo, y le mostré mis músculos—. Soy la fantasía sexual de cualquier mujer.

—Lo dudo.

—Lo dudas porque eres mi hermana.

—¿Qué pasa con Dorel? —cambió de tema.

¿Por eso estaba tan pesada?

¿Por qué quería información de él?

—Que Dorel sea negro no significa que tenga la polla enorme...—me calló con otro golpe—. Hace tiempo que no ve a su familia. Su mujer lo abandonó y sus hijos no quieren ni verlo. ¿Contenta?

Ella sonrió.

—Gracias.

—¿Te lo vas a follar?

Y antes de que me golpeará, me protegí con mis propios brazos. Salí corriendo de la cocina antes que Nilia me siguiera para golpearme la entrepierna. Era su forma de bajarme el calentón o las estupideces que podía decir en menos de un minuto.

Acabé fuera con los demás y busqué a Raymond para planear la salida. Teníamos dos días para salir huyendo y no tener problemas por ser la mayoría unos delincuentes.

—Preguntarán por el niño. Partida de nacimiento, pasaporte, cartilla médica, etc.

—¿Podríamos usar la de Adda?

—No. Te descubrirían —se quedó pensativo—. Pero serviría el certificado de bautismo.

Eso era fácil.

—Hay una iglesia...

Me cortó.

—Si es por la iglesia, los padres de la criatura tendrían que estar casados.

—¿Por qué?

—Porque está mal visto tener un hijo fuera del matrimonio.

—Mierda! —exclamé.

—Tenemos menos de cuarenta y ocho horas, Bloody —presionó—. Hay que tomar una decisión.

Alanna tenía dieciocho años. Era cierto que tomó la decisión de criar a Dashton como si fuera su hijo, pero casarse eran palabras mayores.

Pero era nuestra única forma de salir de Estados Unidos.

Casarnos y hacer oficial que Dash era nuestro hijo.

—Está bien —adentré las manos en los bolsillos.

—¿Vas a comprarle un anillo de matrimonio? —empezó a reír—. Bloody comprometiéndose —si seguía burlándose de mí, lo mataba—. Pensé que no viviría lo suficiente para verlo.

Le enseñé los puños.

—Estás a tiempo de dormir para siempre bajo tierra.

La sonrisa de Raymond desapareció.

Su nuez de Adán se movió, y me miró fijamente.

—Tendremos que salir a por un anillo.

—¿Dónde lo robamos?

—¿No sería más fácil comprarlo?

—Es para no perder la costumbre —dije, encogiéndome de hombros.

Iba a casarme.

«Joder.»

Realmente Alanna había hipnotizado mi polla.

Capítulo cincuenta y nueve

ALANNA

Dorel y Bekhu trasladaban las maletas a la caravana, mientras que Nilia terminaba de guardar la ropa de Adda. Reinha se acercó hasta mí para tirar las últimas bolsas que transportaríamos junto a nosotros, y terminamos formando un caos en la casa de Nilia.

Como Bloody y Raymond salieron, no estábamos al tanto del lugar donde pasaríamos la noche antes de irnos a Canadá.

Reno no contactó conmigo. No teníamos pasaportes, así que Kipper salió en busca de los papeles que nos abrirían otras puertas con ayuda de un viejo amigo que se dedicaba a falsificar todo tipo de documentación.

—¡Tío Bloody! —gritó Adda, presionando su rostro sobre el cristal.

Me acerqué hasta la pequeña, toqué su cabello y comprobé junto a ella que Bloody y Raymond habían llegado de su corta y secreta excursión. Su sobrina no tardó en tirarse sobre él, y éste le dio una enorme piruleta, pero le advirtió que la escondiera de su madre.

Nos reunió a todos en la cocina.

—Ya sabéis que esta noche haremos una última parada a Carson —todos estuvimos de acuerdo—. Habéis aceptado mi decisión; no entregarle al niño a Vikram. Significa huir, pero no nos hace ser cobardes.

Los chicos lo escucharon con atención.

—Tendremos problemas en la frontera, pero la idea es coger algo del dinero que tenemos para chantajear a los guardias que revisan los pasaportes —miró a Raymond, y éste le pidió que siguiera con un movimiento de cabeza—. Dashton no tiene el certificado de nacimiento, ni un documento que corrobore que tiene padres. Básicamente es un niño abandonado.

Empecé a ponerme nerviosa.

Bloody se acercó hasta mí.

—Tenemos la opción de ser los padres de ese niño —sonrió—. Ser una familia. La familia que nunca hemos tenido, cielo —y tenía razón; no quería que Dashton creciera sin el amor que nos faltó a Bloody y a mí—. Casarnos y ser sus padres legales.

Todos se quedaron sorprendidos.

Incluso yo.

¿Casarme?

—Sólo es un papel. Un papel que nos hace ser sus tutores...

Le corté.

Haría cualquier cosa por él.

Incluso convertirme en la esposa de Bloody y formar una familia a su lado.

—Sí. Es una buena idea.

Nilia nos interrumpió:
—¿Podrías ser un poco más románticos?
—Estaba a punto de sacar el anillo, Nilia.
Los hermanos discutieron.
Los demás reímos.
Bloody sacó un anillo dorado y me lo tendió.
—¿Quieres casarte conmigo y ser la madre de Dashton?
Miré el grabado del interior.

Darius + Alanna

Sentí felicidad al ver nuestros nombres unidos.
—No tenemos capilla.
Él rio.
—Cuando te conocí —tocó mi cabello—, te dije que nos casaríamos en la pequeña capilla que había a las afueras de Carson.
Y me acordé de aquel día; estaba herido y unos cazarrecompensas nos secuestraron.
—¿Lo tenías planeado desde el primer día?
Me acerqué, y antes de besarlo escuché su respuesta.
—Si te digo que sí te asustarás.
Rodeé su cuello con mis brazos y me abalancé para besarlo. Una parte de mí se moría por desnudarlo en aquel mismo momento, pero la parte más sensata, esa que sabía que había gente delante, se apartó de él y le dijo:
—Estoy deseando casarme contigo.
Aplaudieron y emprendimos nuestro viaje.

Tardamos unas dos horas en encontrar la capilla. La noche nos alcanzó en la carretera, y cuando llegamos, el párroco estaba a punto de cerrar.

Bloody lo alcanzó y le suplicó que nos casáramos. Le prometió ser generoso.

Nos abrió las puertas de su capilla, y nos acomodamos delante de él para escuchar su corto discurso.

—Queridos hermanos, estamos aquí junto al altar, para que Dios garantice con su gracia vuestra voluntad de contraer Matrimonio ante el ministro de la Iglesia y la comunidad cristiana ahora reunida. Cristo bendice copiosamente vuestro amor conyugal, y él, que os consagró un día con el santo Bautismo, os enriquece hoy y os da fuerza con un Sacramento peculiar para que os guardéis mutua y perpetua fidelidad y podáis cumplir las demás obligaciones del Matrimonio. Por tanto, ante esta asamblea, os pregunto sobre vuestra intención.

Todos prestamos atención.

—Esposa y Esposo, ¿venís a contraer matrimonio sin ser coaccionados, libre y voluntariamente? —nos preguntó.

Ambos respondimos:

—Sí, venimos libremente.

—¿Estáis decididos a amaros y respetaros mutuamente, siguiendo el modo de vida propio del Matrimonio, durante toda la vida?

No fui la única a la que le entró miedo, Bloody agarró con fuerza mi mano y seguimos las instrucciones que nos aprendimos de memoria.

Estábamos ahí por Dashton, porque nuestro amor solo había comenzado.

—Sí, estamos decididos.

—¿Estáis dispuestos a recibir de Dios responsable y amorosamente los hijos, y a educarlos según la ley de Cristo y de su Iglesia?

Miramos a Dashton. Éste estaba dormido en los brazos de Reinha.

—Sí, estamos dispuestos —volvimos a responder juntos.

—Así, pues, ya que queréis contraer santo matrimonio, unid vuestras manos —dijo, arrojándonos con las suyas propias—, y manifestad vuestro consentimiento ante Dios y su Iglesia.

No tuve miedo a dar el paso.

Me sentí libre por primera vez a tomar una decisión sin que otra persona me presionara.

Unimos nuestras manos, y Bloody fue el primero en hablar:

—Yo, Darius Chrowning —le costó decir su verdadero nombre—, te quiero a ti, Alanna Gibbs, como esposa y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida —se suponía que el discurso terminaba ahí, pero él siguió—. Y follarte...—miró al párroco—perdón —se disculpó—. Hacerte el amor. Sí, el amor. Hacerte el amor cada día de mi vida —se inclinó hacia a mí y me susurró—. Estoy muy caliente. Olvida lo de hacer el amor. Me muero por follarte.

Con una sonrisa en los labios lo aparté de mi lado para terminar de comprometerme con él.

—Yo, Alanna Gibbs, te quiero a ti, Darius Chrowning, como esposo y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte —me acerqué hasta él— y respetarte todos los días de mi vida —pasé su cabello por detrás de la oreja, y terminé mi discurso en secreto—. ¿Cómo puedes estar caliente en nuestra propia boda?

Él rio.

—Porque lo mejor de nuestra boda será la luna de mi miel.

Lo miré a los ojos, y algo en mí se encendió.

—Bloody.

—Voy a ser malo —dijo, arrimando su mano a mi trasero.

Lo detuve.

—No estamos solos.

—A mí no me importa que tengamos público.

—Pero a mí sí.

—Estás ardiendo, cielo.

Tenía razón, pero no era el momento indicado.

Cerró los ojos, relamió sus labios y con un guiño de ojo siguió provocándome.

—Te deseo.

—Dame diez minutos —intenté, convencerle.

El párroco nos llamó la atención.

—¿Proseguimos hermanos?

—Lo ves, el cura quiere que te folle.

—¡Bloody! —le advertí, aguantando las ganas de reír.

Miramos al hombre.

—El Señor bendiga estos anillos que vais a entregaros uno al otro en señal de amor y de fidelidad.

Bloody no supo que decir.

Y respondí por ambos:

—Amén.

Bloody deslizó el anillo por mi dedo y dijo:

—Alanna Gibbs, recibe esta alianza, en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Hice lo mismo que él. Empujé el anillo por su dedo y recité las mismas palabras.

—Darius Chrowning, recibe esta alianza, en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Antes de que terminara de casarnos, nosotros dimos el paso de besarnos sin su consentimiento. Los testigos aplaudieron y nos abrazaron mientras que el párroco nos tendía el certificado provisional de nuestro matrimonio.

Firmamos junto a nuestros testigos de boda.

CERTIFICADO DE MATRIMONIO
SE CONSTA QUE
DARIUS CHROWNING Y ALANNA GIBBS
CONTRAYERON MATRIMONIO EL DÍA 22/04

D. Chrowning Alanna Gibbs

FIRMAS DE LOS TESTIGOS

Nilia Chrowning Dorel

El hombre nos dio su bendición y se alejó de nosotros para descansar. Pero Bloody le pidió un último favor, el más importante para nosotros y el motivo por el que terminamos casándonos.

—¿Podría bautizar a nuestro hijo? —le tendió doscientos dólares.

Dejó de pensárselo cuando le dio otros cien.

—Por favor —supliqué.

Y aceptó.

—Con gozo habéis vivido en el seno de vuestra familia el nacimiento de un niño. Con gozo venís ahora a la Iglesia a dar gracias a Dios y celebrar el nuevo y definitivo nacimiento por el Bautismo. Todos los aquí presentes nos alegramos en este momento porque se va a acrecentar el número de los bautizados en Cristo. Dispongámonos a participar activamente —nos miró—. ¿Qué nombre habéis elegido para este niño?

—Dashton Lee.

—¿Qué pedís a la Iglesia para Dashton Lee?

Bloody respondió:

—El Bautismo.

—Al pedir el Bautismo para vuestros hijos, ¿sabéis que os obligáis a educarlos en la fe, para que estos niños, guardando los mandamientos de Dios, amen al Señor y al prójimo, como Cristo nos enseña en el Evangelio?

Nos miramos.

Pero respondimos.

—Si lo sabemos.

—Y vosotros, padrinos, ¿estáis dispuestos a ayudar a sus padres en esta tarea?

Reinha y Raymond respondieron:

—Sí, estamos dispuestos.

El párroco siguió diciendo:

—Dashton Lee, la comunidad cristiana os recibe con gran alegría. Yo, en su nombre, os signo con la señal de Cristo Salvador. Y vosotros padres y padrinos, haced también sobre ellos la señal de la cruz.

En silencio marcó la frente de Dash con una cruz. Después nos invitó para que hiciéramos lo mismo como los padres de Dashton, y se acercó hasta los padrinos, para que hicieran lo mismo.

—Dashton Lee, yo te bautizo en el nombre del Padre —hizo la inmersión en el agua— y del Hijo —lo hizo por segunda vez— y del Espíritu Santo.

—Amén —dijimos los demás.

Cogí a Dashton y sequé su cabecita mientras que los demás se acercaban para firmar el certificado. Primero marcó su nombre Bloody. Después Raymond, y se acercó hasta Reinha para que ella hiciera lo mismo mientras que sostenía con fuerza su mano. Se miraron con una complicidad que nunca compartí con él, y se besaron dulcemente antes de acercarse hasta nosotros tres. Besaron a nuestro pequeño y acariciaron con cuidado esa pelusilla de pelo que le crecía lentamente sobre la cabeza. Dashton se removió y no tardó en llorar al darse cuenta que tenía la atención de todas las personas que lo queríamos.

CERTIFICADO DE BAUTISMO
SE CONSTA QUE
DASHTON LEE GIBBS CHROWNING
FUE BAUTIZADO EL DÍA 22/04
FIRMAS DE LOS PADRES

D. Chrowning Alanna Gibbs
FIRMAS DE LOS PADRINOS

Reinha

Arellano

Raymond

Dunner

—Gracias —le dije al hombre.

Éste sonrió.

—Dios os protege.

«Eso espero» —pensé.

Ahora éramos una familia, y no quería alejarme de ellos.

Capítulo sesenta

La señora que una vez nos hospedó en su motel de carretera, nos reconoció al vernos en su recepción. Se llevó las manos a la cabeza y soltó un grito de alegría. No podía olvidar que la primera vez que nos vio, creyó que estábamos casados. Y un año más tarde, llevaba en mi dedo anular el anillo que me compró Bloody para celebrar nuestra boda.

Se acercó hasta Dashton y lo cogió entre sus brazos mientras que nosotros echamos un vistazo rápido a la estantería donde tenía las llaves de las habitaciones libres. Nos sonrió dulcemente y dijo:

—Estaba segura que no tardaríais en tener el primer hijo —se acercó hasta mí, cuando Bloody recogió a Dashton—. ¿Estás embarazada?

¿Había engordado sin darme cuenta?

Bajé la cabeza y encontré mi cuerpo como siempre.

Sin darnos cuenta, Bloody y yo respondimos lo mismo:

—Es el primero y el último.

No decidimos tener a Dashton, pero acepté hacerme cargo de él porque era mi hermano pequeño y no quería que Vikram se hiciera cargo de él. Pero nunca tuve en mente, tener hijos.

Ella rio.

—En unos años cambiaréis de opinión.

«Lo dudo» —pensé.

—Acabamos de bautizar al pequeño Dashton —comenzó Bloody, con la misma educación que el día que consiguió una habitación para escondernos de la policía—. Hemos pasado por aquí...

Ella lo cortó.

—¿Habitación para tres? —preguntó, tirando de los mofletes rosados de Dash.

Sacudimos para decir que no con la cabeza.

—Tenemos unos cuantos invitados esperando ahí fuera.

—¿Cuántos?

Reinha podría dormir con Raymond.

Nília y Adda estarían juntas en otra habitación.

Los chicos estaban acostumbrados a pasar tiempo juntos.

Y nosotros, queríamos estar solos.

—Cuatro habitaciones —solté, al hacer el cálculo.

La mujer asintió con la cabeza y rodeó su barra de recepción hasta quedar detrás. Bloody le pagó por adelantado y recogimos las llaves que nos abrirían las puertas de su motel de carretera.

Se despidió de nosotros con entusiasmo:

—¡Qué Dios os bendiga!

Bloody entre dientes me dijo:

—Hoy Dios ha ocupado nuestra vida demasiado tiempo.

Le respondí con la misma técnica.

—Tú dale las gracias.

—¡Gracias! Dulces sueños.

No tardamos en repartir las llaves. Todos estuvieron de acuerdo. Subimos nuestras pertenencias (las necesarias para una noche) y tiramos de ellas hasta arriba. Cuando nos detuvimos en la puerta 12, Reinha quedó detrás de mí y me pidió que le dejara sostener a Dash.

—Es vuestra luna de miel —nos recordó—. Esta linda noche será para que el pequeño Dash juegue y se divierta con sus padrinos.

—No hace falta...

Bloody quedó delante de mí.

—¡Muchas gracias!

Le tendió la bolsa de pañales y tiró de mi cuerpo hasta dejarme en el interior de la habitación. Cerró la puerta, me dejó contra la pared y su cuerpo, y alzó mi rostro desesperadamente para besarme.

Cerré los ojos y me dejé llevar.

Dashton sobreviviría sin nosotros una noche.

No esperamos a desnudarnos mutuamente.

Me acerqué hasta la cama para deshacerme de las prendas de ropa que acariciaban mi cálida piel. Bajo su atenta mirada desnudé mis pies, me quité los pantalones y terminé liberándome del jersey. Se acercó hasta mí cuando se dio cuenta que tenía un pequeño tatuaje bajo mi pecho. Se arrodilló delante de mí y paseó los dedos por la letra que quedó marcada en mi piel.

Cerré los ojos y disfruté de las suaves caricias. Estiré los brazos para ayudarlo a desnudarse, y sus prendas de ropa acabaron sobre las mías.

—Eres mía.

Sonreí.

—¿Soy tuya? —pregunté, acercándome hasta su boca.

Su respuesta fue enseñarme el anillo que envolvía su dedo y bajé la cabeza para ver el mío—. Tienes razón. Soy tuya. Y tú eres mío.

Rodeé su cuello con mis manos y acerqué mi boca hacia la suya. Tomé su labio inferior entre mis dientes y presioné hasta morderlo con fuerza. Bloody gimió y envolvió mi cintura con sus brazos, para acercarme hasta él. Al adentrar la lengua en el interior de su boca, el contacto le hizo retroceder, apartándose de mi lado. Me miró tiernamente y se acercó una vez más a mi boca para besarme lentamente. Solté su melena rubia y dejé caer mis brazos hasta descansar sobre sus hombros.

Estaba casi desnuda y ansiosa por tener sus manos acariciando mi piel. Mientras tanto, cerré los ojos cuando la tira del sujetador empezó a caer por mis brazos. Los dedos de él corrieron en busca del broche para desabrocharlo. La delicadeza con la que me desnudó por completo, me alertó que iba a hacerme el amor. No íbamos a follar como las veces anteriores. Estaría pegada a él de una forma más dulce, tierna y ardiente como nuestro deseo. Arquee la espalda y contuve un largo suspiro de placer. Él tomó ambos pechos, arropándolos con las manos abiertas, y deslizó los pulgares ya humedecidos sobre los pezones.

Con los labios apretados, observé el sujetador tirado a los pies de la cama. Me mordí el interior de la mejilla al notar sus manos moviéndose lentamente sobre mis pechos.

—No sabes cuánto te deseo, cielo —de rodillas sobre la cama, se inclinó hacia delante para capturar con la boca uno de mis pechos y succionarlos. Sus manos seguían sujetando mi cintura, impidiendo que me moviera o terminara alejándome de él.

Apoyé mis manos sobre sus hombros, temiendo de caerme. Su lengua lamió mi pezón, mis rodillas se doblaron y grité por el roce de sus dientes. El dolor que él me causaba, era terriblemente placentero.

—Alanna —gimió, y tuvo que liberar mi pecho. Me besó desde el escote hasta mi barbilla.

Necesitaba un segundo para recobrar el aliento.

—Estoy aquí —susurré—. No pienso alejarme de ti, Bloody.

Lentamente acomodó mi cuerpo sobre la cama. El cosquilleó de su cabello rozando mi piel, me obligó a aferrar los dedos entre las sábanas. Siguió besando cada rincón de mi cuerpo, deteniéndose justo debajo de mi ombligo.

—Nunca pensé que podría ser suave a la hora de follar con una mujer —susurró. Luego bajó, hasta arrimarse contra la fina tela de mis bragas. Volvió a subir hasta el ombligo, sacando la lengua para rodearlo y dejar rastros húmedos sobre mi piel—. No quiero follarte salvajemente esta noche. Quiero ir despacio y sentir cada espasmo que esponga tu cuerpo. Oír cada jadeo. Sentir cara arañazo marcando mi piel.

—¿Me harás el amor?

Bloody estiró los labios.

—¿Ese es el término?

—Me temo que sí.

—Pues le haré el amor, querida esposa —soltó con un humor, pero no tardó en besarme antes de que saliera huyendo.

No me daba miedo conocer su lado tierno que nunca experimentó con otras mujeres. No sólo deseé su parte salvaje, ansiaba amar su cuerpo como él con el mío.

Así que tiré de él y dejé que nuestros cuerpos se acariciaran. Quería, una vez más, su boca sobre mis labios.

Se tumbó al otro lado de la cama, y aproveché para apoyarme sobre él. Mis manos y mi boca se deleitaron por toda su piel desnuda. Presioné las uñas a cada lado de su pecho, arañando hasta bajar hacia la elástica tira de su bóxer azul marino. Bloody mantuvo las manos aferradas a mi cabello, envolviéndolo con su puño cerrado y, tirando, cuando quería reunirse con mis besos.

—¡Alanna! —alzó la voz, cuando mis caderas empezaron a moverse peligrosamente— Vas a hacer que me corra antes de tiempo. Y, hazme caso, cielo. Por mucho que quiera hacerte el amor, quiero enterrar mi polla dentro de ti —levantó mi cabeza cuando volví a moverme mucho más duro contra su endurecido miembro.

Lo provoqué.

Jugué con él.

Y me encantaba.

Su voz ronca, suplicante, me ponía el vello de punta y los pechos me ardían.

Levantó mi cabeza y me besó con una nueva ferocidad, agarrando mi trasero con sus manos, hasta alzarme de su propio cuerpo. Dobló las rodillas mientras que deslizaba sus manos hasta el interior de mis muslos. Envolví mis piernas alrededor de su cintura y apreté con fuerza, anhelando el ardiente placer que me daría su miembro. Sus ojos perforaron los míos, mientras que mis deseos me quemaban. Utilizó su cuerpo para forzar mi cuerpo, dejándolo debajo del suyo.

Él levantó la cabeza y besó mi mejilla, al apartarse. Deslizó mi cuerpo por la cama. Sentí frío cuando su ardiente piel abandonó la mía, y gemí en señal de protesta.

Abrió mis piernas con su bonita sonrisa, y se dejó caer sobre mí para arropar mi vientre con su duro abdomen. Cuando noté su miembro cubierto por el preservativo, lo empujé sobre mí para

que se adentrara en mi interior.

Su miembro se fue enterrando poco a poco, y cada centímetro que recibía de él, era un suspiro mezclado de jadeos que estallaron en su oído.

Lo abracé con fuerza y mantuve su rostro cerca del mío para observar sus gestos. Siguió moviéndose lentamente, mientras que se mordisqueaba el labio de placer.

Grité.

Lo sentí más duro dentro de mí.

Alcé mi espalda y le supliqué que no se detuviera.

Y me obedeció. Siguió empujando sus caderas hasta que llegué al orgasmo. Bloody no tardó en correrse y tardó en salir de mi sexo. Estuvimos unos minutos abrazos, mientras que seguíamos siendo dos personas unidas por nuestros sexos.

—Me ha gustado.

Cogí aire para responder:

—A mí también.

Me besó y salió de mi vagina para caer sobre la cama. Arrimé mi cuerpo hasta el suyo y cerré los ojos mientras que los latidos de su corazón era música para mis oídos.

«Dulce y caliente hombre» —pensé. «Al final Jazlyn tenía razón. Estaba enamorándome y no quería aceptarlo.»

—¿Cielo?

—¿Sí?

—Jodido y apretado coño caliente —sonrió.

Y nos besamos una vez más antes de quedarnos dormidos.

Desperté por el sonido que hizo el móvil al vibrar sobre la mesita de noche. Aparté el brazo de Bloody que descansaba sobre mi cuerpo desnudo, y alcancé torpemente el iPhone. Antes de desbloquear la pantalla, bostecé y observé a mi marido.

Éste se encontraba con la cabeza debajo de la almohada, mientras que mantuvo su cuerpo caliente pegado al mío. Aparté su cabello rubio y acaricié su oreja. Detrás, tenía un tatuaje con el nombre de una persona que lo enseñó a sobrevivir en San Quentin cuando él solamente era un crío.

Besé sus labios y me dispuse a leer el mensaje.

Bonito Motel.

Algo religioso para mi gusto.

Y para el tuyo, Alanna.

¿Cómo ha ido la boda?

03:54 AM ✓ ✓

Las manos me temblaron.

—Bloody —susurré.

Éste refunfuñó.

—Bloody —insistí, una vez más.

Se levantó con el cabello cayéndole sobre el rostro y lo apartó para acercarse al mío. Antes de que me besara, le enseñé el mensaje de Ronald.

—Mierda.

Nos miramos.

Terminó encontrándonos antes de conseguir huir.

No teníamos escapatoria.

Llegó otro mensaje.

Dejaré que os despedáis de
mi nieto.

04:00 AM ✓ ✓

—Jamás —gruñó Bloody, y salió de la cama en busca de su ropa interior. Yo me quedé sentada, mordiéndome las uñas. Al darse cuenta que no me moví, se acercó hasta mí, me obligó a mirarlo y me hizo una promesa—. Voy a matar a ese hijo de puta, y nos iremos a Canadá con Dashton.

El labio me temblaba.

Quería llorar.

Pero tenía que permanecer fuerte por todos ellos.

Por la gente que perdí en ese duro viaje.

—Juntos —susurré.

—Como una familia.

Me besó.

Tenía razón.

Ronald tenía que morir.

Capítulo sesenta y uno

Bloody golpeó con tanta fuerza las puertas continuas de la nuestra, que el llanto de Dashton y Adda se mezclaron con los gritos de los adultos. Estaba tan nervioso, que se olvidó que había niños pequeños junto a nosotros. Nilia fue la primera en salir y pedirle explicaciones a su hermano. Le susurró algo en el oído y ésta no tardó en meterse en la habitación para pedirle a su hija que se vistiera.

Raymond salió con un arma, y buscó al culpable por haberlo despertado. Al ver que se trataba de Bloody, observó los inquietos pasos de él. Sabía que algo iba mal. Le pidió que sacara a Reinha y Dashton de la habitación, y que se encerraran junto a Nilia. Y es lo que hicieron.

Me alegré de ver a Kipper salir de la habitación junto a Dorel y Bekhu. Nos mostró los pasaportes, pero le hice un movimiento de cabeza para que se diera cuenta que no nos daría tiempo a salir.

Nos siguieron hasta nuestra habitación, y cerramos la puerta para que nadie nos escuchara. Me senté en la cama mientras que éstos ocuparon la mesa que había en el centro de la habitación.

—Hijo de puta —empezó la conversación—. ¡Ese hijo de puta nos ha encontrado!

—¿Qué? —preguntó Raymond.

—No es posible —siguió Bekhu.

Dorel se quedó cruzado de brazos. Estaba furioso.

—Nadie me siguió —Kipper se acercó hasta Bloody.

—Lo sé —no quería que ninguno de nosotros pensara que éramos los culpables—. Tiene contactos por toda California. Llevarán días siguiéndonos.

—¿Qué vamos a hacer?

Y no tardó en responder.

—Matarlo.

¿La respuesta de los demás?

Fue un grito de guerra que los incitó a sacar sus armas y acercarse hasta Bloody para que contara con todos ellos.

Tenían muy claro dónde se encontraría Vikram; en el puerto de *O'Call Village*. Ahí murió la madre de Bloody, ahí ambos se declararon la guerra.

Se acercó Kipper y le pidió que se quedara junto a Nilia, Reinha y los niños. Se dieron un abrazo y salió de la habitación para reunirse con las chicas. Cuando se acercó hasta mí para pedirme lo mismo, pasé por delante de él y cogí una de las armas que había sobre la mesa.

—¡No! —me gritó.

Intentó arrebatarme la pistola, pero no lo consiguió.

—Iré con vosotros.

No quería discutir con él.

—No te dejaré.

Me encogí de hombros.

—Nunca me ha hecho falta pedirte permiso.

Él rio; fue una carcajada forzada y llena de temor.

—Te ataré a la cama si hace falta. Y hazme caso, cielo —alzó mi rostro, clavando sus ojos azulados eléctricos en los míos—, no será para follarte.

Lo aparté de un manotazo.

—También es mi guerra.

—¡No pienso perderte a ti también! —gritó con tanta fuerza, que los chicos tuvieron que bajar la cabeza ante la incomodidad que sintieron al vernos discutir—. Lo siento. No quería gritarte.

Le enseñé el arma.

Me la ató en el cinturón con su funda, y le di la espalda. Seguí los pasos de Dorel, Bekhu y Raymond. Lo miré por encima del hombro, y antes de salir de la habitación, le dije:

—Si somos una familia —se me hizo un nudo en la garganta— será en las buenas y en las malas.

Se rindió.

Cogió las llaves del Jeep y pasó por delante de nosotros. Eso sí, hizo una última advertencia.

—Detrás de mí.

—¿Por qué?

—Porque si uno de los dos tiene que recibir un disparo, seré yo.

—Eres un egoísta —lo empujé con mi cuerpo, quedando por delante de él.

Me retuvo por la muñeca.

—He dicho que detrás de mí, cielo.

Algo hizo que alzara el brazo, y antes de que mi mano impactara en su mejilla, Dorel me detuvo a tiempo. Bloody siguió caminando y nosotros nos quedamos atrás para que me tranquilizara.

—Te está cuidando, niña.

Ese era el problema.

—Me trata como a una adolescente que necesita su ayuda las veinticuatro horas del día.

—Te quiere.

—Y yo a él —confesé—. Pero necesito que confíe en mí.

Me soltó y terminamos alcanzándolos antes de que salieran sin nosotros. Acabé sentándome en los asientos traseros junto a Raymond y Bekhu, y opté por no intercambiar palabra con ninguno de ellos.

Raymond fue el único que consiguió que le devolviera la sonrisa. Acomodó su mano en mi rodilla, y me dio un apretón para que borrara la seriedad de mi rostro.

Tardamos una hora en plantarnos en el muelle. Como bien había dicho Bloody, Ronald y sus hombres nos esperaban. Salimos del vehículo.

Antes de que los adelantara, Bloody me lanzó una mirada que heló mi cuerpo.

Gruñí, y quedé detrás de él.

La voz de Ronald no tardó en hacer presencia.

—Siento no haber traído un detallito —sonrió—. Deberíais haberme avisado con tiempo. No me hubiera perdido la boda de mi hijastra.

Bloody no soltó una de sus bromas.

—Estamos aquí para acabar con esta guerra por una maldita vez.

—Estoy de acuerdo —le dijo él—. Mi nieto.

Una docena de hombres salió de los vehículos que habían aparcados detrás de él. Sacaron

armas más potentes que las nuestras y nos amenazaron con ellas.

—Te diré lo mismo que la primera vez —Bloody parecía calmado, pero la ira lo estaba matando por dentro—. No te entregaré al niño.

—Y, ¿qué hacéis aquí?

Dorel le respondió.

—Mandarte al infierno.

Los hombres de Ronald rieron cuando éste lo hizo.

—Alanna acabó con la vida de mi hija. ¿Creéis que daré media vuelta y olvidaré tan fácilmente?

Él me buscó entre los hombres que me cubrían.

—Entonces tendrás que saber que Shana ansiaba matar a su hijo. ¿Te lo contó?

Se negó en creerlo.

—Mientes.

—No. Es cierto —insistió, Bloody—. Se cortó las venas y le importó una mierda que estuviera embarazada.

Ronald se acercó hasta él sin temor.

Y entonces me vio.

Escondida detrás de Bloody.

Me sonrió.

Me puso el vello de punta.

—Te lo advertí, Alanna —calló, cuando Bloody lo empujó por quedarse mirándome—. ¡Está bien! A varios metros de ella. Lo entiendo. Es tu mujer.

Tanteé mi arma al darme cuenta que cada vez estaban más cerca de nosotros.

—¿Qué te dije, Alanna? Díselo a tu querido marido.

Cogí aire.

—Sangre por sangre.

—¡Eso es! ¡Esa era mi chica lista! —nos dio la espalda—. Lástima que vaya a perderte.

No sé cómo conseguí evitar el brazo de Bekhu que me mantuvo alejados de ellos. Me acerqué hasta Bloody, quedando cerca de él y alcé mi arma para disparar a Ronald.

Pero ellos se adelantaron.

Empezaron a disparar desde las azoteas.

Estábamos rodeados.

«Tenemos que volver a casa» —pensé. —«Todos juntos.»

Capítulo sesenta y dos

RENO

Salí disparado del coche cuando vi a Diablo y a Terence Junior subidos en una azotea mientras que uno de ellos sostenía mi arma. No dejé de correr, tenía que alcanzarlos antes que cometieran una locura. Tardé cinco minutos en subir los diez pisos que había en el edificio, y cuando llegué hasta ellos, la puerta estaba atrancada.

—¡Hijo de puta! —grité, golpeando con todas mis fuerzas la puerta que se interponía entre nosotros tres.

Saqué mi arma de repuesto y disparé a la cerradura. Las chispas saltaron cuando la bala atravesó el hierro. Tiré abajo la puerta de una patada y me reuní con ellos.

No era demasiado tarde.

Pero Terence Junior estaba ahí para detenerme.

Mientras tanto, Diablo, que estaba perdido sin su medicación, buscaba su objetivo para matarlo.

—No lo hagas —quise llamar su atención.

Ni siquiera me miró.

De fondo escuché los gritos de Alanna mientras que mantenía una conversación con Vikram.

—Reinha no es lo que hubiera querido para ti —insistí. Diablo me miró por encima del hombro—. Ella está junto a Alanna y Bloody. Si disparas, ella también saldrá herida.

Terence Junior empujó a Diablo, obligándolo a que lo mirara a él y me diera la espalda.

—No lo escuches.

—¡Escúchame, Diablo! —tenía la esperanza de que recapacitara—. ¿Quieres perder a tu hermana?

Éste sacudió la cabeza.

—¿Dónde está Rei?

—Detrás del Jeep negro.

Lo comprobó.

—Raymond está cuidando de ella —le aseguré—. Pero si cometes una estupidez, Vikram acabará con todos ellos.

Diablo zarandeó la cabeza. Al parecer, mi voz no era la única que conseguía tener su atención.

—Tienes que matarlo —lo detuvo Terence Junior, cuando Diablo se alejó—. ¿Querías ser libre? ¡Pues demuéstalo!

No estaba ciego.

El amor que sentía hacia su hermana era más fuerte que el de un desconocido que lo envolvió en su propia locura.

Diablo tiró el arma y se alejó de Terence Junior.

Respiré tranquilo.

Quedé cara a cara con él, y acomodé una mano sobre su hombro.

—Te necesita. Ella te necesita a su lado.

—No quiero lastimarla.

—Y no lo harás —quería abrirle los ojos de una maldita vez—. Os cuidaréis mutuamente. Tu hermana está deseando reunirse contigo para que marchéis a Canadá. Ahí encontrarás un motivo para seguir luchando contra tu enfermedad.

Diablo me escuchó, porque Reinha era la persona más amable y cariñosa que la vida le había puesto en su camino. Mientras que Terence Junior, luchó por traicionar a todos sus familiares.

Y ahí estaba.

Dispuesto a disparar con mi arma.

A matar a sangre fría.

Por la espalda.

Un maldito cobarde.

Estiró el brazo, acomodó el dedo en el gatillo.

Y disparó.

—¡No!

Fue demasiado tarde.

Capítulo sesenta y tres

RAYMOND

No tardaron en dispararnos. Las balas nos caían desde arriba y cuando se dieron cuenta que intentamos protegernos, empezaron a atacarnos desde la dirección donde se encontraba Vikram.

De repente escuché los gritos de Reinha.

«Es imposible» —pensé.

Estaba convencido que se quedó con Nilia, Kipper y los niños. Y en el vehículo solo íbamos nosotros cinco. Cuando escuché de nuevo la voz de Reinha, comprobé que Alanna estuviera bien antes de alejarme. Bloody la mantuvo detrás de él para protegerla.

Me alejé con cuidado de ellos y rodeé el Jeep para buscar el llanto de la mujer.

Y ahí estaba; dentro del maletero, presionando sus manos en los oídos para no escuchar los disparos y tiritando del miedo que sintió.

—Reinha —toqué su espalda.

Ella alzó la cabeza.

Estaba llorando.

—¡Ray! —me rodeó el cuello con sus brazos. No dejaba de temblar—. ¿Qué está sucediendo? La aparté de mi lado y la miré confuso.

—Te dije que te quedaras con Kipper y los niños.

—No podía estar en el motel sabiendo que os podía ayudar.

—¿Ayudar? —me reí, ante la estupidez que dijo.

Y de repente me sentí como un capullo.

—Lo siento, Ray.

Sacudí la cabeza.

—Está bien —quería tranquilizarla.

Las balas siguieron zumbando cerca de nosotros.

—No te muevas de aquí —le advertí.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Están todos bien?

Miré un instante, y me di cuenta que Bekhu había caído. Dorel tiraba de él, pero éste ya no se movía. Apuntaron en su cabeza y lo mataron en un segundo.

«Compañero» —cerré los ojos.

—¿Ray?

Tuve que mentir para no asustarla.

—Sí —me obligué a decir.

Perder a Bekhu me dolió, y ni siquiera sabía cómo reaccionaría cuando estuviera cerca de ellos y descargando mi arma con la gente que tanto daño nos estaba haciendo por unos cuantos

números en un talón que jamás conseguirían.

—Quédate aquí, por favor. —Volví a insistir.

Ella presionó los dedos en el gorro de mi sudadera y empujó mi rostro hasta el suyo para besarme.

—Vuelve conmigo, pequeño soldado de guerra.

Limpié sus lágrimas con mi pulgar.

—Te lo prometo.

Y salí de detrás del Jeep cuando me aseguré que ella estaba a salvo. Me acerqué hasta Bloody y me di cuenta que Alanna se echó hacia atrás bruscamente.

—¿¡Alanna!?! —grité, para comprobar que estuviera bien.

No respondió.

Alcé el brazo y disparé a dos hombres que consiguieron romper la poca distancia que conseguimos mantener con ellos. Cayeron al suelo y no me arrepentí de haberlos matado.

—¿Alanna?

Bloody se dio cuenta que algo iba mal.

Capítulo sesenta y cuatro

BLOODY

Empezaron a dispararnos desde un bloque abandonado. Sentí que Alanna retrocedía, y acomodé mi mano sobre su vientre para que no se alejara de mi lado. Seguí disparando a todo aquel que se acercaba a nosotros, y me detuve un instante al darme cuenta que uno de los míos había caído.

—¡Bekhu! —grité.

Dorel se agachó para comprobar si seguía con vida, y al darle la vuelta nos dimos cuenta que una bala atravesó su cráneo. Murió en el instante.

—¡Joder! —me volví loco y empecé a disparar sin parar.

Entonces, la voz de Raymond, me confundió. No dejaba de nombrar a Alanna mientras que ésta aferró sus dedos en mi cazadora de cuero. Sentí como mi mano, la que se mantuvo en su vientre, empezó a humedecerse. La miré a ella, y estaba tan confusa como yo. Se sentía débil.

Aparté la mano y me di cuenta que estaba sangrando. La primera bala que salió de uno de los hombres de Vikram, acabó en el abdomen de ella.

Alanna empezó a temblar y perdió la fuerza. Antes de que cayera al suelo, la cogí entre mis brazos y me arrodillé en el suelo sin importarme que esos hijos de puta me mataran.

Dorel y Raymond nos cubrieron.

Aparté su cabello del rostro y presioné con fuerza su vientre para detener la hemorragia, pero no funcionó. Sacudí desesperadamente la cabeza y me acerqué hasta ella.

—¿Por qué? ¿¡Por qué!?

Ella recogió mi cabello, y se obligó a sonreír.

—Ni...siquiera...me duele —consiguió decir—. Te...lo...prometo.

No podía perderla a ella también.

¡No!

Me negaba.

—Te dije que te mantuvieras detrás de mí.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, al igual que a mí.

—Eres...muy egoísta —rio—. No eres...el...único que...puede recibir...una bala.

Rodeó mi muñeca con su mano y apartamos mi mano de su vientre. No dejaba de sangrar.

Estaba pálida, y tenía los labios morados del frío.

—No voy a dejar que te mueras. No —solté, y presioné mi frente sobre la suya—. Tenemos que volver con Dashton. Irnos lejos y vivir en paz.

—En nuestro... rancho —me recordó mi sueño.

—Sí, cielo. Un nuevo hogar para nosotros tres.

Me acarició lentamente.

—¿Bloody?

Miré en la dirección donde se encontraba Vikram. Éste pidió que dejaran de disparar mientras que observaban que perdía a Alanna entre mis brazos.

—Dime, cielo.

—Te...quiero.

Se aferró al cuello de mi chaqueta para aproximarse hasta mi boca, pero no lo consiguió. Tuve que posar mi mano detrás de su boca y alzarla con cuidado.

—Yo también te...

Me calló.

Posó su tembloroso dedo en mis labios, consiguiendo que me tragara mis palabras.

—Tienes que...prometerme...que cuidarás de...Dashton.

—Alanna.

—Escúchame, por...favor.

Le hice caso.

Mientras que mis lágrimas se mezclaban con las suyas; recorrían sus mejillas y desaparecían en su ropa. Mantuvo los ojos entrecerrados, quitándome el placer de ver esos hermosos ojos verdes.

—Darle la familia...que nunca...tuvimos ninguno...de los dos.

—No te despidas, por favor.

Ella sonrió, y tiró torpemente de la comisura de mis labios para que yo hiciera lo mismo.

—No lo...hago —mintió—. Pronto volveré. Pero...mientras tanto...quiero descansar...en paz.

Raymond y Dorel tiraron sus armas cuando nos rodearon. Solo quería salir de ahí y llevar a Alanna a un hospital. Vikram se acercó hasta nosotros, se arrodilló para observarla, y acarició su cabello.

—No era el final que quería para ti —dijo, y después me miró a mí—. Tuviste dos opciones, Bloody. Y escogiste la incorrecta.

Alcé a Alanna.

—Deja que nos marchemos, por favor.

La sangre empezó a gotear hasta el suelo.

—Sangre por sangre —me recordó—. Cogedla.

Ordenó.

Tres hombres se acercaron hasta mí e intentaron quitarme a Alanna de los brazos.

—¡No! —luché, pero fue imposible.

La cargaron, se acercaron hasta el muelle y esperaron una señal para lanzarla al mar.

Intenté correr hasta ellos, pero sus armas me lo impidieron.

—¡No lo hagas, Vikram!

Antes de bajar el brazo, me miró.

Sonrió para demostrarme que ganó.

Y mandó a sus hombres a deshacerse del cuerpo de Alanna. Salí detrás de ella, pero empezaron a dispararnos. Fue Raymond el que me detuvo, y con la ayuda de Dorel me arrastraron hasta el interior del Jeep. Luché contra ellos.

Pero me quedé sin fuerza.

Salimos corriendo

Dejando atrás a Bekhu.

Y abandonando a Alanna.

La perdí para siempre.

Ni siquiera le confesé mis sentimientos.

Eché hacia atrás mi espalda, contra el sillón, y golpeé con fuerza el cristal del vehículo.

Nadie me detuvo.

Necesitaba descargar toda mi ira.

Vikram se salió con la suya.

Me arrebató a mi madre.

Y después a Alanna.

—¿¡Por qué!?

Capítulo sesenta y cinco

RAYMOND

Entendí su dolor.

Yo también la quería.

Nos reunimos con Kipper y Nilia, y aprovechamos que los niños estaban durmiendo sobre la cama. Se acercaron preocupados hasta nosotros, y se asustaron al ver como Bloody caía al suelo. Hundió su rostro entre las piernas y Nilia le acarició la espalda.

Pero nadie haría que olvidara la muerte de Alanna.

—¿Dónde está Bekhu y Alanna? —preguntó Kipper.

Dorel calló.

Reinha seguía llorando.

Y el único que seguía con fuerza, era yo.

—Los han matado.

De repente el puño de Bloody impactó contra el suelo.

No quería aceptar que todos vimos como Alanna murió en el momento que la lanzaron al mar. Era imposible que siguiera con vida.

Bajé la cabeza.

—Vikram no ha parado hasta deshacerse de ella.

Bloody se levantó del suelo, apartó a Nilia de su lado y recogió a Dashton de la cama. Lo pegó a su pecho y salió de la habitación sin despedirse de nadie.

Nilia abrazó a Reinha; ambas lloraban la pérdida de Alanna.

Salí fuera y esperé encontrarme a Bloody.

Éste tardó una hora en abandonar la habitación que compartió con Alanna. Pasó por delante de mí y me di cuenta que solo cargaba la maleta de ella junto a Dashton que seguía dormido.

—¿Adónde vas?

—No te importa —me golpeó, con su hombro.

—Deberías descansar.

—¿Descansar? —rio, sarcásticamente—. ¿Quieres que descanse mientras que sé que ella está muerta? ¡Responde!

No, pero Alanna no hubiera querido que él se alejara de nosotros.

—¿Es lo que hubiera querido ella? —le pregunté.

Quedó tan cerca de mi rostro, que humedeció mi rostro con su saliva cada vez que escupía una frase con ira y dolor.

—Le buscaré una familia a Dashton, y después buscaré a ese hijo de puta para matarlo con mis propias manos.

Intenté ir detrás de él, pero soltó la maleta para sacar su arma y amenazarme si me atrevía a

dar un paso más. Dejé que se marchara, y observé de lejos como salió por la carretera con la caravana.

Reinha me sobresaltó, y la miré por encima del hombro.

—Hay algo que debes saber, Ray.

—¿De Bloody?

Negó con la cabeza.

—Más bien de Reno —esperó a tener mi atención, y cuando la tuvo, siguió—. En México, cuando nos atacaron a Alanna y a mí, él sacó un arma. Confesó que era policía.

—¿¡Qué!?

—Alanna me suplicó que no dijera nada. Prometí tenerlo todo bajo control.

Reno desapareció unos días antes de que decidiéramos salir de Estados Unidos. Estuvo en contacto con ella.

«Quizás...»—Pensé.

—Él nos delató —por fin me di cuenta.

Me llevé las manos a la cabeza y me vine abajo.

¿Cómo no nos habíamos dado cuenta anteriormente?

—¿Ray?

Dejé de escuchar todo lo que me rodeaba.

Me sentí culpable.

Al no darme cuenta de lo que pasaba a nuestro alrededor, terminé ayudando a esos miserables a que acabaran con la vida de Alanna y Bekhu.

Terminé deshaciéndome del nudo que se me hizo en la garganta, gritando.

Capítulo sesenta y seis

RENO

Había un grupo de pescadores murmurando sobre una mujer que cayó desde el cielo. Me acerqué hasta ellos, pero optaron por guardar silencio. Tuve que esconderme de los hombres de Vikram que buscaban el cuerpo de Alanna como yo.

Cuando pasaron de largo, seguí buscando desesperadamente. No podía haber muerto. Ella no hizo nada. Fui yo quien le confesó a Terence Junior que ella había matado a Shana con mi propio silencio.

Seguí caminando por el puerto durante horas.

No me rendí.

Hasta que terminé al final del muelle, la parte donde los pescadores solían detenerse con sus cañas de pescar, había una mujer tendida boca abajo.

No tardé en llegar hasta ella.

Se había partido la pierna, y el hueso le sobresalía de la rodilla. La giré con cuidado y respiré tranquilo al encontrarme con su rostro.

Estaba cubierta de sangre.

—¿Alanna?

Presioné mis dedos en su cuello.

Tenía pulso.

Débil, pero seguía con vida.

No abrió los ojos.

—¿Alanna?

Silencio.

Escuché los pasos de un grupo de hombres y la alcé del suelo para escondernos de nuevo. Vikram se arrodilló ante el charco que ella dejó.

Pude escuchar su conversación.

—Se la han llevado. Seguramente para enterrar su cadáver.

—¿Buscamos a Bloody, señor?

—No —rio—. Seguramente él vendrá a nosotros.

Desaparecieron del muelle, y miré a Alanna.

Bloody creía que ella estaba muerta.

No le di importancia a eso.

Abandonamos *O'Call Village*, y la llevé a mi casa donde un viejo amigo de la comisaría me ayudaría a curar sus heridas.

Tenía que sacarle la bala y acomodar el hueso que se rompió.

—Yo te cuidaré —susurré, sobre su cabello negro—. Te lo prometo.

Epílogo

BLOODY

Ni siquiera tuve un destino en mente. Desde que abandoné el motel de carretera, me pasé las noches y los días conduciendo la vieja caravana en busca de un lugar donde poder descansar. Los días pasaron. Ya no era el mismo. Huía de cualquier persona que se acercaba a mí, incluso cuando se acercaba con una sonrisa para observar al niño que llevaba entre mis brazos.

Una criatura que empezó a detestarme desde que perdimos a Alanna.

Por las noches no dormía. Por las mañanas lloraba y nunca estaba satisfecho con el biberón. Y, cuando conseguía dormir un par de horas antes de seguir conduciendo, Dashton encontraba el momento indicado para despertarme con sus agudos gritos. No se quedaba dormido en mis brazos. Apartaba su cabeza y mantenía los ojos entrecerrados con lágrimas en los ojos la mayor parte del tiempo.

Terminé cansado. Agotado por cargar con un crío que no era mío. Nunca había estado destinado a estar con alguien el resto de mi vida.

Y cuando encontraba la persona indicada, desaparecía.

—¿Quiere más café? —preguntó la camarera. Nos detuvimos en una pequeña cafetería de Fairfax.



Sacudí la cabeza y seguí leyendo el periódico. Acabé leyendo unas cuantas noticias del día, hasta que encontré la esquila de ella.

ALANNA GIBBS WILLMAN

Falleció en Carson, California a los 18 años

EL DÍA 22/04

D. E. P.

Rogad a Dios en caridad por el alma de la joven Alanna Gibbs Willman que suplica perdón a sus familiares y amigos por haber tenido la desgracia de abandonar sus vidas a una temprana edad.



Su madre Moira Willman y su padrastro Ronald Bailey
SUPLICAN una oración por su alma.

Acabé destrozando el periódico bajo la atenta mirada de la mujer que seguía de pie junto a mi mesa mientras que sostenía la cafetera. Bajé la cabeza, e intenté tranquilizarme. Dashton comenzó a llorar y la única que le prestó atención fue la desconocida.

—Su hijo está ardiendo.

Levanté el rostro de las palmas de mi mano, y la miré confusa.

—¿Ardiendo?

—Tiene fiebre.

Si no era capaz de cuidarme a mí mismo, ¿cómo le cuidaría a él?

Alanna me hizo prometerle que le buscaría un hogar donde le dieran el amor que nosotros dos nunca tuvimos por parte de nuestros padres.

¿Por qué iba a cumplir con mi palabra cuando ella me abandonó?

Estaba furioso con ella, incluso cuando sabía que jamás la recuperaría. Toqueteé el colgante que le regalé. Lo llevaba alrededor de mi cuello para no olvidarla.

A veces me levantaba con ganas de olvidar su rostro, pero me encontraba con los ojos de Dashton, y ese color verdoso era el mismo que heredó de su hermana mayor.

Empecé a odiar a un crío que no tenía la culpa de nada.

—Estamos en Fairfax, ¿cierto?

—Sí. Hay un hospital... —no terminó para indicarme la dirección.

Pagué el café y la leche que calentó para el biberón de Dashton, y abandoné la cafetería. Había una persona que estuvo años viviendo en Fairfax; una mujer que se cruzó en mi vida cuando era muy joven y me enseñó que podía ser mejor persona si me lo proponía. Pero no le hice caso. Por eso tuve esperanzas con Dashton. Él sí podría ser una buena persona. Se haría mayor, estudiaría, encontraría un buen trabajo y formaría la familia perfecta sin tener a la policía detrás de él.

Nos adentramos en una urbanización, y miré el teléfono móvil para comprobar la dirección que había encontrado de la abuela de Callie. Salimos de la maldita caravana y cruzamos con cuidado la carretera.

Quedé delante de su puerta, y presioné el botón del timbre. Miré a Dashton y alcé la cabeza para encontrarme con la mujer de cabello rojo.

Cuando me crucé con sus ojos, me arrepentí.

«No debería estar aquí» —pensé, pero fue demasiado tarde.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confusa, aferrando la mano en la puerta.

Intenté sonreír, pero no lo conseguí.

Ella era la mujer perfecta para cuidar a Dashton. La madre que necesitaba para vivir una vida totalmente diferente a la mía.

—Hola, Callie —saludé—. ¿Puedo pasar?

Se lo pensó muy bien, y cuando se apartó del marco de la puerta, avancé con terror. Ni siquiera sabía cómo huiría de ahí. O, simplemente, había encontrado el hogar perfecto para nosotros dos.

Mi corazón estaba destrozado y confuso.

Pero tenía una cosa muy clara; acabaría con la vida de Ronald y yo mismo me entregaría ante las autoridades para que me encerraran en el lugar que jamás debí abandonar; la prisión.

«Por ti, cielo» —y miré a Dashton aprovechando que estaba despierto, para volver a recordar el rostro de ella.

SIGUIENTE LIBRO DE LA SAGA

MELISSA HALL



POR EL PELIGRO

MIEDO,
FAMILIA y
SANGRE

MELISSA HALL

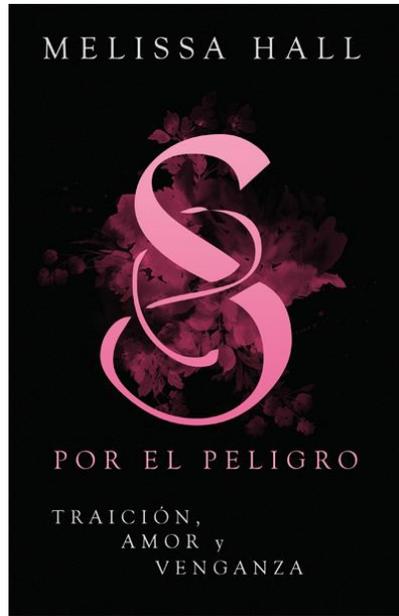


POR EL PELIGRO

PODER,
ATRACCIÓN y
DOLOR

AMADA POR EL PELIGRO
LIBRO 3

LA SAGA COMPLETA DE
SECUESTRADA POR EL PELIGRO



BLOODY ES EL PELIGRO

LIBRO 0.5



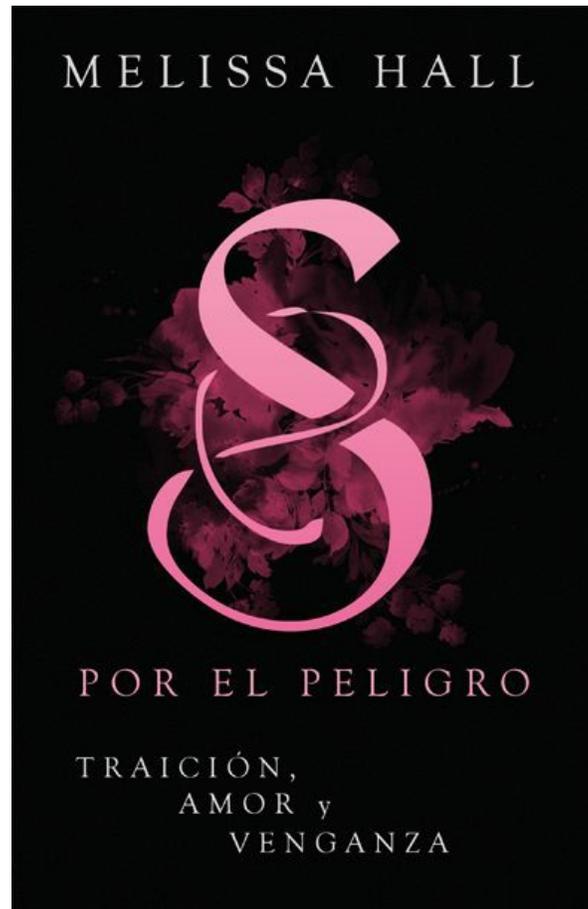
Darius Chrowning es un niño que nació dentro de la prisión de San Quentin; sus padres, unos vendedores de SDA, acabaron presos por varios errores que terminaron perjudicando a sus propios hijos. El único que permaneció junto a ellos fue el pequeño Darius, un crío que no tardará en darse cuenta que lo peor no es estar dentro de una cárcel, lo terrible de la vida comienza cuando sale fuera.

Perdido, se deja guiar por su viejo amigo Puch, un viejo militar que quiere ayudarlo y alejarlo de la mala vida en las que se vieron envueltos sus padres. Pero por terribles sucesos que marcarán un antes y después en la vida de Darius, acaba cometiendo delitos peores que los de sus progenitores; robar y sobrevivir eran las únicas palabras que tenían un significado especial para él.

Darius termina convirtiéndose en Bloody para que todo el mundo descubra, que detrás de ese dulce niño rubio, se esconde una persona terrible que sólo quiere vengarse de todas las personas que lo traicionaron o le hicieron daño en algún momento de su vida.

SECUESTRADA POR EL PELIGRO

LIBRO 1



Lo llamaban Bloody porque era terriblemente peligroso; sus padres lo educaron en el interior de la vieja cárcel de San Quentin. Cuando cumplió la mayoría de edad, se vio obligado a abandonar la prisión de alta seguridad y sobrevivir en las calles de South Central con todo lo que aprendió de la gente con la que convivió durante años; asesinos, delincuentes, ladrones y violadores. Hasta que un día conoció a Vikram, un hombre que lo metió en su banda callejera a cambio de favores. Siete años después, Bloody, se ve obligado a secuestrar a la hija de Moira, la próxima candidata al puesto de senadora. Pero secuestrar a Alanna no será fácil. Su misión será mantenerla con vida hasta que se la entregue a Vikram. Siempre y cuando Alanna no provoque a Bloody, y éste pierda el control.

DESEADA POR EL PELIGRO

LIBRO 2



Alanna Gibbs ha conseguido huir de sus secuestradores, volver a casa y despedirse de su mejor amiga ante una tumba vacía. Llena de ira y de presión, acepta el trato que le ofrece su padrastro Ronald; Encontrar a su padre y recuperar el dinero que éste le robó al verdadero Vikram. Pero ella no podrá llegar hasta Gael sola, necesitará la ayuda de las personas que la alejaron de su vida cotidiana durante meses.

Bloody no está dispuesto a caer una vez más ante las promesas de un nuevo mafioso que insiste que es el verdadero Vikram, pero tampoco tiene pensando en pasar toda su vida en prisión. Buscará a su viejo jefe en México, siempre y cuando el supuesto Vikram acceda a ayudarlo en un par de problemas que tiene pendientes y no lo dejan dormir por las noches.

Bloody no asume tener que reunirse con la chica que lo volvió loco. Aún así, intentará acercarse a Alanna incluso cuando ella está junto a su nuevo novio, Raymond, el cual no tardó en aparecer en la vida de ambos.

¿Podrán admitir que se desean por encima de todos los problemas que causó Gael y Shana? O, ¿Alanna seguirá sintiéndose traicionada por la persona que la secuestró y la deseó sin darse cuenta?

¿Qué piensan los lectores de Secuestrada por el peligro?

*

“Soy de esas lectoras que pensaron que SECUESTRADA POR EL PELIGRO sería un libro que hablaría del síndrome de Estocolmo, pero me equivoqué. La trama es increíble, nunca sabes qué puede suceder en la siguiente página. También odias, sufres y amas por todo lo que pasa la protagonista. Tiene acción, suspenso y amor. Me ha encantado.”—Danielle Bellido; Lulu.

*

“Me encanta secuestrada por el peligro, es una historia que te transporta a la trama del libro, vives cada acción como si estuvieras dentro y te engancha de una manera que no puedes dejar de leer. Sin lugar a duda uno de los mejores libros que he leído.”—TaniaPerezTato; Wattpad.

*

“Literal me quedé enganchada a secuestrada por el peligro. Es una historia muy interesante que hace que no pares de leerla y que necesites más capítulos, me encanta la trama y el suspenso. Ya quiero leer deseada por el peligro.”—_FutureDream_; Wattpad.

“¡AMO ESTA SAGA! Primero que nada, decir que amo tu forma de escribir, y secuestrada por el peligro fue algo tan genial, mágico que sigo en shock. Admiro y amo la trama del libro, me lo recomendaron y hoy yo la recomiendo por qué es uno de los mejores libros que podrás leer, la intriga te comerá las neuronas, amarás y odiarás tanto a todos, sospecharás y crearás teorías y lo más importante que rescato de este libro, es el Perdón.”—EmilceMendess; Wattpad.

*

“¡¡¡ME ENCANTA!!! Es lo que tengo que decir ante todo... Me encantó demasiado secuestrada por el peligro, me encanta la trama, me encanta la historia, amo demasiado a los personajes, todo me encanta y amo... Es la primera historia que me deja siempre con la intriga de lo que pasará después. Me encanta tu manera de describir toda la historia. Amo secuestrada por el peligro, una aventura inesperada con las personas inesperadas, una historia de amor, odio y perdón... Me encanta.”—DulceRevolorio5; Wattpad.

*

“Creo que para mí no solo es un libro interesante, mi definición va más allá. Para mí es una historia llena de

emociones, tragedias, suspenso. Una historia que te traslada a ese instante y que llena de sensaciones con solo leerlo. Encontrar este libro fue lo mejor. Mi libro favorito, un libro que me enamoró con solo leer el primer capítulo ya me quedé con ganas de más.”—vickymart65; Wattpad.

*

“Secuestrada por el peligro fue lo mejor, entregué alma, sentimientos y todo lo que secuestrada por el peligro transmite. Lloré y reí por las estupideces de Bloody y el juego q le sigue Alanna. Ese libro me encantó me enamoró, muy pocos libros son los que marcan con esa chispita de sentimiento que quieres más y secuestrada por el peligro es una de ellas, podría decir q fue la mejor historia que leí y muy bien redactada. Me encantó, gracias por compartir tu historia.”—Ariana_Jimenez157; Wattpad.

*

“Secuestrada por el Peligro tiene todo lo necesario para hacerte vivir con el corazón en la garganta, siempre sorprende, y nada de lo que pienso que va a pasar, pasa. Excelente historia, tiene todo lo necesario, por lo que se convirtió en una de mis historias favoritas.”—LilyR0712; Wattpad.

*

“Empecé a leer Secuestrada por el Peligro por aburrimiento, pero desde un inicio me atrapó es genial, realmente admiré el trabajo.”—marycarmetzor; Wattpad.

*

“Me sorprendió mucho que desde el primer capítulo hubiera tanta acción, la forma en como describiste cada escena y personaje hizo que pudiera sentirme como si de verdad estuviera allí, cada capítulo es algo inesperado y asombroso, nunca sabes que va a pasar. Me atrapó desde el principio. Muchas gracias por todo tu trabajo, sigue así.”—Andreina_Alfaro; Wattpad.

*

“Nunca me enganché tanto con un libro como lo hice con el tuyo. Secuestrada al peligro me enganchó tanto que llegué a obsesionarme con cada personaje que has creado. Tienes mucho talento en escribir me alegro mucho que los hayas sacado en físico, y en unos días me llegará tu libro y estoy que me como las uñas de los nervios. ¡ME DECLARO SU FAN!”—DrogoBartholy_; Wattpad.

*

“Desde el prólogo lograste atraparme de lleno en la historia, cada capítulo hace que vivas tus emociones a flor de piel y que la incertidumbre sobre el que pasará en el próximo te lleve a plantear distintas teorías en tu mente, sin duda alguna has creado una trama muy atrapante y para nada repetitiva, el final de esta también deja muchas puertas abiertas a lo que pueda pasar en el siguiente libro el cual espero con muchas ansias. Muchas gracias por compartir tu arte con nosotras.”—[xdouceprisonx](#); Wattpad.

*

“La primera vez que vi de reojo Secuestrada por el peligro lo que me llamo la atención fue la descripción. De inmediato pensé "Esta chica se va a enamorar del secuestrador" y le quise dar una oportunidad, fue lo mejor que pude haber hecho. ¡Nunca pensé que un libro daría tantas vueltas en mi cabeza! Estar tan desesperada por una actualización, reírme junto a los comentarios, estar triste y a la vez feliz por saber lo que pasaría, simplemente una historia maravillosa. La personalidad de Alanna, La sonrisa de Bloody y la timidez de Raymond me cautivaron, el cómo estos van Creciendo de una manera que nadie creería es fantástico.”—[Nxmi-Chan13](#); Wattpad.

*

“Todo lo que puedo decir es que siempre me sorprende con cada historia que publica y SECUESTRADA POR EL PELIGRO no es la excepción. Cada capítulo que sube me deja sin palabras, además de que me hizo retomar la lectura en Wattpad en un punto donde las historias ya no me llamaban la atención. Sin duda alguna SECUESTRADA POR EL PELIGRO es una historia original y maravillosa.”—[paolagn8a](#); Wattpad.

*

“Pensé que esta historia iba a ser el típico cliché de wattpad, pero cuando comencé a leerla no pude parar. Espero todos los capítulos con unas ganas increíbles. Este libro te hace odiar algunos personajes, pero amarlos a la vez. Siempre con esa intriga que hace que no puedas parar de leer. Es un libro genial.”—[ladyrebel_](#); Wattpad.

*

“Secuestrado por el peligro es una historia Adictiva, no es el típico cliché del amor entre el secuestrador y la secuestrada. Te atrapa desde el primer capítulo, te enamoras y odias algunos personajes te hace sentir mucho, vives la historia, y eso me encanta. Empecé a leer sus historias y son increíbles enserio que su trabajo es muy bueno.”—[StefhaniaLu](#); Wattpad.

*

“Quiero decir que este es uno de los libros favoritos de mi lista. La trama es muy buena tiene de todo, tiene suspenso, drama, etc. Nunca me había quedado tan enganchada de un libro. De verdad se los recomiendo, léanlo, disfrútenlo y gócenlo”—[GenesisDiazampuerto](#); Wattpad.

*

“Estaba buscando en Wattpad algo que leer, pero no encontraba nada bueno, seguí buscando y llegué a su perfil. Me encantó secuestrada por el peligro, me lo comí en un rato, también he leído algunas de tus historias, y me encantan. Es muy buena, deja con intriga y seguirá creciendo como escritora.”—[user183685759493](#); Wattpad.

*

“La historia es fantástica. Me gustan las historias fuertes que te sacan suspiros y a la vez lágrimas y enojo. Por esa y muchas otras razones me encanta Secuestrada por el peligro.”—[Reine360](#); Wattpad.

*

“Me encanta”—Genesis; Amazon.

*

“Todo comenzó cuando buscaba algo para leer y de repente me salió «Secuestrada por el peligro». Comencé a leerla y me atrapó inmediatamente. Quedé encantadísima con esta historia. La leía en el colegio, y en mi tiempo libre. No podía detener la lectura, de pensar en la trama y en los personajes «Bloody+Alanna». La leí en un instante. Estoy completamente obsesionada con esta hermosa historia.”—[bautista_d12](#); Wattpad.

*

“Una tarde como cualquiera me logré topar con la maravillosa historia de secuestrada por el peligro. De inmediato me llamó la atención porque sabía que esta historia no sería como cualquiera otra. Iba a ser oscura nada comparado como otras a la que estaba acostumbrada y no me equivoqué. Poco a poco al pasar de los capítulos me enganché de inmediato. Tiene una gran forma de dejar intriga en cada capítulo que me hacía poner ansiosa cada vez que esperaba una nuevo. Lo que más me gusta de esta historia es que nunca sabes lo que va a pasar siempre logra sorprenderme no es como otras historias que son muy clichés. Es una historia única; tiene de todo misterio, amor y peligro.”—[RachelGardner7u7](#); Wattpad.

*

“Todo comenzó cuando estaba trabajando y estaba muy aburrida buscando un buen libro para leer en los libros de acción y lo encontré en el número uno y así empezó mi amor por el libro Secuestrada por el peligro cada personaje era único cada capítulo me sorprendía entre más leía más me enamoraba tenía más intriga para conocer el desenlace de la historia es una historia que no es predecible y única a cualquier otra es la mejor. Así digo que ME ENCANTA SECUESTrada POR EL PELIGRO.”—[CthyGmz6](#); Wattpad.

*

“Secuestrada por el peligro” mi primera lectura en Wattpad. Cuando comencé a leerla pensé que era una historia cliché, la vedada lo que me atrajo a ella fue la portada y la sinopsis, pero bueno ¿A quién no le ha pasado eso? A medida que leía la cosa tomaban otro rumbo, un giro, fue entonces cuando entendí que tenía una adicción con la historia, devoraba los capítulos y cada vez quedaba más hambrienta, no estoy exagerando, literalmente así estuve, caí en el efecto Alanna, en el efecto Bloody, en el efecto Ray y sobre todo en el efecto de Melissa Hall. La historia (que hora es un libro) es algo sumamente exquisito.”—May_Jara; Wattpad.

*

“No hace más de 2 meses que leí Secuestrada por el Peligro, fue la primera historia que leí en Wattpad y la primera que me atrapó desde un primer momento. Créanme si les digo que me sentí bipolar, reí y hasta lloré, era una lluvia de emociones a medida que iba leyendo. ¿Qué tan mágico y genial puede ser un libro para que al leerlo te haga sentir tantas emociones juntas?, hace que te sientas parte de los personajes a tal punto de amarlos, le tomas un cariño increíble. ¡Sin duda se volvió mi libro favorito, amaría que algún día esta historia llegase a la pantalla grande!”
—AlejandraGal7; Wattpad.

*

“Esta historia fue de mis favoritas desde el primer capítulo. Una vez que comencé con ella no podía dejar de leerla es increíble, está llena de muchas emociones, pero la que me lleno más fue como aborda el problema de como las personas hacen cualquier cosa para su propio interés algo que pasa en el mundo real. A veces me siento parte de la historia y me embarcó en las emociones de cada protagonista como si yo la estuviera viviendo. Nunca creí volver a leer un libro hasta que conocí Wattpad y empecé a buscar una historia que me transmitiera algo más que amor necesitaba emociones más fuertes y encontré esta historia y se convirtió en una de las primeras en mi lista de lectura. Todos los días espero con ansias un nuevo capítulo y saber cómo nos sorprenderá la escritora en esa nueva actualización. A veces no he dormido por esperar las actualizaciones o por leer esta increíble historia, es grato saber que todavía hay en el mundo personas que escriben con esa pasión y crean estas grandiosas historias. Espero siempre disfrutar de sus historias como lo he hecho y lo sigo haciendo con Secuestra Por El Peligro porque yo amo y quiero ese Peligro. Muchos Éxitos.”—Fabiola8991; Wattpad.

*

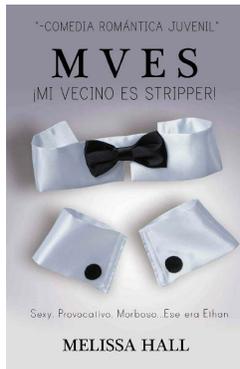
“Un libro excelente, totalmente enganchada desde el principio. Una trama 100% original e inesperada, nunca sabes qué es lo que va a pasar. Estoy deseando continuar leyendo lo que tiene preparado la escritora, a la que le auguro un futuro brillante.”—Raquel Barroso; Lulu.

*

“Se lo regalé a mi chica y le ha encantado. Muy buena historia, ya está esperando el próximo.”—Cliente Amazon.

OTROS LIBROS ESCRITOS POR MELISSA HALL

TRILOGÍA MVES



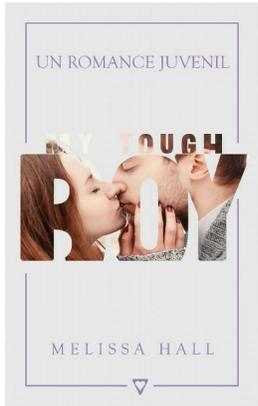
Freya Harrison nunca llegó a pensar que su vida cambiaría por completo al decidir pasar el verano junto a su padre. Un bloque de apartamentos alejados del centro de la ciudad parecía ser la cosa más aburrida para a una adolescente...pero todo cambia al conocer a su vecino. Ethan no sólo posaba casi desnudo delante de la ventana; ¡Ethan era stripper! Un chico que enloquecería a la dulce y torpe Freya.



LA SEDUCCIÓN DEL PRÍNCIPE

Puedes seducir a un príncipe en la cama, pero jamás tendrás su corazón. Complacer, jugar y satisfacer los deseos sexuales de Kenneth formaban parte del juego de Thara. Lo único que no debió hacer, fue descubrir un pasado que los destruiría.

MY TOUGH BOY



Nunca pensé que todo cambiaría de repente, que iba a convertirme en algo que nunca imaginé. Él apareció, consiguiendo cambiar mi vida. Sus dedos manchados de sangre por los golpes que él mismo causaba, por las noches quedaban posados en mi piel, y me hacían sentir especial. Odiaba la idea de enamorarme de él. Su nombre era temido por todos. Y yo había caído en la seducción de Tough Boy.



QUARTERBACK

Kiara está dispuesta a vengarse de la persona que le hizo bullying en el instituto. Antes de comenzar la universidad, aprovecha el último curso para cambiar su imagen; tiene claro que la única forma de hacer daño a Wade Tucker es enamorándolo. Pero no será fácil, y menos si Jayden, el chico de la mejilla pintada, está cerca.

Melissa Hall

Si quieres saber más sobre
y estar informado permanente de cualquier
novedad, ahora puedes seguirla en sus redes sociales:

WATTPAD: <https://www.wattpad.com/user/Itsbeautifulove>

INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/immelissahall/>

TWITTER: <https://twitter.com/ImMelissaHall>

LULU: <http://www.lulu.com/spotlight/melissahall>

AMAZON: <https://www.amazon.es/dp/108912760X>

YOUTUBE: Melissa Hall

CORREO: itsbeautifulove@outlook.com

Desde su página de Wattpad podrás comentar libros, compartir opiniones
con otros usuarios y leer libros exclusivos de forma gratuita.

[1] Sensación de haber pasado con anterioridad por una situación que se está produciendo por primera vez.

[2] La del 'misionero' es, posiblemente, una de las posturas más conocidas y utilizadas a la hora de tener relaciones sexuales y que consiste en que la persona que es penetrada se sitúa tumbada boca arriba con las piernas entreabiertas mientras que quien penetra se coloca encima (sobre ésta) cara a cara.

[3] Jeans + leggings= ¡Jeggings! Diferencia: Los jeggings son mucho más elásticos y cómodos que los clásicos pantalones pitillo.

[4] El síndrome de abstinencia es la unión de reacciones físicas o corporales que ocurren cuando una persona deja de consumir sustancias a las que es adicta. La adicción puede estar ligada a alguna sustancia psicoactiva, bebidas con alcohol, tabaco u otras drogas. ... El síndrome de abstinencia es denominado coloquialmente "mono".